# LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE



anama

EDICIÓN CONMEMORATIVA 25 ANIVERSARIO

A la Dirección Nacional
del Frente Sandinista
de Liberación Nacional



Los derechos de autor de ésta edición conmemorativa 25 aniversario son donados para el fondo *Hambre Cero*

N
923.2
C114 Cabezas, Omar
La mantaña es algo más que una
inmensa estepa verde / Omar Cabezas.
-- 5a ed. -- Managua : ANAMA Ediciones,
2007.
220 p.

ISBN : 978-99924-75-03-4

1. CABEZAS, OMAR-RELATOS PERSONALES
2. NOVELA HISTORICA NICARAGUENSE

Cabezas, Omar, 1950
La montaña es algo más que una inmensa estepa verde
Omar Cabezas. 5'ed. Managua: anamá Ediciones.

Quinta edición nicaragüense: anamá Ediciones Managua, 2007


Cubierta portada : Tomado del afiche, Fire From The Mountain
Diseño de portada: Leonel Hernández
Edición al cuidado de Claudia Dávila y Consuelo Ortega

Primera edición: Casa de las Américas, La Habana, 1982.
Primera edición nicaragüense: Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1982.
Segunda edición nicaragüense: Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1983.
Tercera edición nicaragüense: Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1985.
Cuarta edición nicaragüense: Editorial Nueva Nicaragua, Managua, 1987
Quinta edición nicaragüense: anamá Ediciones Managua, 2007

# Omar Cabezas

## LA MONTAÑA

## ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE



Crédito a la primera edición

Quiero manifestar mi reconocimiento
a algunos compañeros
porque sin ellos este
libro no hubiera sido posible:

*Pilar Arias*
*Nazarena Navas*
*Sergio Ramírez Mercado*
*Ernesto Cardenal*
*Lilliam Jirón Rivas*
*Rosario Murillo*
*Chichí Fernández*
*Lizandro Chávez*
*Julio Valle*
*Cruz Munguía*
*Fernando Silva*
*Luis Rocha*
*Marlene Chow*
*Xavier Argüello*
*Gioconda Belli*
*Y a la gata más linda del mundo: mi mujer*

A todas mis mujeres y mis varones:

A mis mujeres:

Mi madre Elietta.
Mis hijas Nidia Margarita,
Alejandra Victoria, Eliett María, Daphne Isabella.
A la mamá de Daphnita: Giuditta. Que llegó justo....

A mis varones:

Emir Eugenio y Raúl Ernesto.

*...si yo muero decile a mi hijo que tuvo un padre que fue revolucionario, que cumplió con su deber y que se enorgullezca toda la vida del padre que tuvo.*

Omar Cabezas

# Prólogo

## Carta a mi padre

Aunque en su momento este mensaje no era precisamente para mí, sino para mi hermana Nidia, yo lo he hecho mío. Por vos y por otros, sé que fuiste un guerrillero, un hombre que luchó por un ideal hasta las últimas consecuencias, y papá, te lo digo ahora en voz alta, me siento orgullosa de ser tu hija.

Hoy, a 25 años de haber compartido tu testimonio de lucha con el mundo, celebro con vos lo que significó haber vivido aquella epopeya, la cual sé que te marcó profundamente las entrañas. Y no sólo te marcó a vos, también nos marcó a nosotros, tus hijos, a través de vos. Esta vez, al volver a leerte, reconocí las historias, los personajes, tus dichos, tus ademanes, pero sobretodo, me reconocí a mi misma, como tu hija, me reconocí como parte de vos, parte de ese pedazo de historia. Tal vez a otros jóvenes les ocurre igual. Tal vez lo que sentí al leerte no fue por ser tu hija, sino porque te logras comunicar directamente con quien te lee. Y entonces uno inevitablemente se identifica con las emociones que vas experimentando, porque son terriblemente genuinas. Sin darte cuenta, nos contagias, nos transmitís las ganas de aventurarnos a perseguir nuestros sueños, con el alma, con coraje, con perseverancia. Tus confesiones parecieran brotar de la pureza de una de esas quebradas que trepaste y bajaste en la montaña. No pensaste en el otro, en nosotros, mientras hablabas, no, vos simplemente sacaste todo aquello que estaba acumulado en vos, y entonces se generó tu catarsis, y con la tuya se desencadenaron las demás. Sos el causante de las miles de catarsis que empezaron a sucederse, una tras otra, hasta provocar una gran explosión de

chispas y colores. La montaña dejó de ser tuya, pasó a tener vida propia y a quedarse con quienes se apropiaron de ella.

Este libro y yo tenemos la misma edad, 25 años. Esta simetría, según me cuentan, no fue del todo planificada. Fue una suerte de conspiración del universo que todavía hoy no comprendo. Mientras yo me gestaba en el vientre de mi madre, La montaña es algo más que una inmensa estepa verde, ya cobraba vida en tu boca, con la que apasionado le dictabas tus palabras a no sé cuántas manos, hoy anónimas para todos nosotros.

El Acta dice que nací la misma noche en que te inauguraste internacionalmente como escritor, gracias al Premio Casa de las Américas. La algarabía de aquella noche me alborotó a mi también. No quise esperar más. Fue así como la madrugada del 7 de febrero de 1982, en el Hospital Militar de Managua aparecieron mi mamá, vos y toda la comitiva de amigos y familiares que se encontraban en nuestra casa festejándote a vos, a Rubén Darío y mi llegada al mundo. Aquel episodio no podía haber sido menos surreal y mágico, tan sólo por tratarse de Omar Cabezas y la gata.

Todo esto para decirte: gracias. Gracias por haberme enseñado que el imposible no existe y que siempre vale la pena luchar por lo que uno cree, así te caigas del caballo, te chimes, te dé miedo, te entren dudas, así el camino sea pedregoso y difícil, aún así valdrá la pena. Lo importante es, como vos decís, no soltar ni ensuciar nuestro "puñado de ilusiones".

Con amor,

Tu hija.

Eliett Cabezas Elizondo

Managua, 31 de agosto, 2007

# 1

Recuerdo que ingresé al Frente después de unas vacaciones, después que me bachilleré. Fue un verano, como en marzo o abril del 68, después de la matanza de enero de 1967. Me acuerdo que íbamos por la calle algunos compañeros, a estudiar; era de madrugada, tempranito en la mañana, cuando de repente nos paran en la calle unos guardias hijos de puta, nos ponen contra la pared y todo. En ese momento había sido la masacre de Managua, había sido por la tarde o por la noche. Nosotros no sabíamos nada porque estaban calladas las radios, lo mismo que los diarios.

Cuando chavalo, en mi barrio había una cantina que era de una señora gorda —que le pegaba a su marido—, le decían la cantina de los Dimas. Entonces como en esa cantina había pleitos de bolos, la Guardia llegaba y malmataba a los bolos. Esa es la primera impresión que yo tengo de la Guardia. Los golpeaban, eran unos salvajes golpeándolos en la cara con las culatas. Se miraba la sangre... La impresión que me dejaba eso era de miedo. Yo le tenía miedo a la sangre, la sangre es fea cuando uno está chiquito, ¿verdad? Es que yo le tenía horror a los bolos y a los pleitos, aunque a mí me gustaban los pleitos pero cuando no llegaba la Guardia, porque los bolos dan risa cuando se están peleando.

Mi primer conflicto con la Guardia fue siendo yo estudiante en la universidad, pero yo nunca tuve enfrentamiento directo con ellos en esa época, me hubiera muerto sólo del susto. Mi papá era más grande que yo y yo sabía que a mi papá le ganaba la Guardia. Pero no es eso lo que me hace ingresar al Frente. A mí me motivaron muchas cosas para ingresar: primero, mi padre era de familia opositora, militaba en el Partido Conservador. Yo me acuerdo que una vez llegó Agüero al barrio de nosotros y habló en un mitin encaramado en una mesa; Agüero era un viejo pelón que tenía una gran manzana en el cuello. Entonces mi papá estaba encaramado encima de la mesa donde estaba hablando Agüero, sosteniendo un cordón eléctrico con una bujía porque era de noche y en eso se fue la luz y todo quedó oscuro, entonces mi papá gritó fuerte: "que se mantenga esa luz" y toda la gente del barrio empezó a gritar "que se mantenga esa luz, que se mantenga esa luz..." Entonces

tuve la sensación de ser hijo de una persona muy importante, porque la gente repitió lo que él dijo y, luego, volvió la luz.

Luego la cercanía con Juan José Quezada. Nos conocíamos desde el bachillerato, pero fundamentalmente intimamos desde que estudiamos juntos en la universidad el año básico. Posteriormente los dos entramos a estudiar derecho.

Juan José era de esas personalidades raras. Era altote pero no desgarbado, sino que era un flaco fibroso de apariencia extranjera, tipo alemán. El era hijo de un médico que nunca hizo plata.

Yo conocí la clínica de ese señor, quedaba en la avenida Debayle en León y era toda fea porque no tenía sillas y las camas bonitas como las del doctor Alcides Delgadillo que tenía un rótulo que decía: "Dr. Alcides Delgadillo, Médico Cirujano, Graduado en La Sorbona de París". Mi papá me contó que ese señor se había ido a estudiar a Francia en un barco y que había pasado un mes en el agua, y que ese doctor sabía mucho...

Pero decía que Juan José era altote, pero no desgarbado, sino que era un flaco fibroso, de apariencia extranjera, tipo alemán, que era hijo de ese doctor y de una señora pobre. El doctor se peleó con la mamá, la mamá era bien pobre. Pero él era alto, chele, de facciones bien finas incluso, un poco así como las estatuas griegas, clásicas. Pelo crespo... No lo tenía rubio, pero tampoco era negro, decididamente era un tipo bien parecido. Pero en su modo de vestir era anticuado. Tenía un olorcito muy particular, que yo creo era el de la brillantina (te la vendían embadurnada en un tuquito de papel, era roja o verde o azul, la vendedora la sacaba con una palita de madera y la embadurnaba en el papel).

También me acuerdo que en ese tiempo era el único que usaba pantalones de vestir con paletones, que en aquel tiempo ya eran antiguos (ahora esa es la moda de John Travolta). Además sus pantalones eran de cáñamo y usaba la camisa toda flojota, sólo se la metía por dentro cuando íbamos a las fiestas, porque nosotros le decíamos que se la metiera, entonces... se ponía el único pantalón distinto, que era negro, de *dacron*, y ése sí lo usaba tallado. Claro, como siempre andaba con las camisas y los pantalones flojos, se le escondía la fibra, hasta que uno lo veía desnudo, o en calzoneta.

Yo admiraba a Juan José Quezada por diferentes razones: una, que él era karateca y judoka, era una bestia en karate. Entonces, claro, yo admiraba su capacidad física, su resistencia. Cuando se va Juan José al secuestro del avión de Lanica, él llega a mi casa a despedirse, pero no me dice que se va. Llega a pedirme prestada una cámara fotográfica y se la lleva: yo sospeché un poquito, mejor dicho, yo sabía que él era

del Frente y que algo iba a hacer, porque cuando se fue me dijo: "O.K. flaquito, Patria Libre o Morir"; así me dijo... Yo creí incluso que la cámara la quería, porque él era medio raro o medio loco, mejor dicho, la quería para algo raro, ligado con el Frente, ¿me explico? Y por supuesto, fue la última vez que lo vi a él y a la cámara. Porque él, para disfrazarse de turista, se colgó la cámara al montarse en el avión. Yo me di cuenta de eso porque luego me lo contó Federico, que iba con él en el avión. Juan José llevaba la cámara. Juan José fue el que me reclutó para el Frente.

De muchacho, en la universidad, ya empiezo a oír y a oír y, claro, me empieza a gustar la cuestión y empiezo a participar en las manifestaciones y en las asambleas, sin estar alineado en ninguna organización política estudiantil. Por un lado me gusta o atrae eso porque es contra la dictadura, contra Somoza, contra la Guardia, y por otro lado viene la cuestión clasista. Yo estaba muy consciente de que era de familia proletaria y entonces, cuando se hablaba en la universidad de la injusticia, de la pobreza, yo me acordaba de mi barrio que era un barrio pobre. En mi cuadra había nada más como unas seis casas; unas eran de madera, otras eran de barro, blanqueadas con cal, como la casa en que vivía doña Lupe, que como era viejita le decíamos doña Lupita, casada con don Cándido; entonces los chavalos, cuando pintaban la casa, le pasábamos la palma de la mano para pintarnos con ella la cara de blanco; pero como mucho gritábamos cuando estábamos fregando allí, embadurnándonos, la doña Lupita salía y nos quería pegar con una verga de toro; pero como era viejita no nos podía alcanzar. Se iba a ponerle las quejas a mi mamá, quien nos decía que no teníamos juicio ni cabida, que éramos como perro sin dueño, que buscáramos la casa, que fuéramos a regar el patio para aplacar ese polvasal, pues la calle no era pavimentada, ni adoquinada y en el verano se levantaban unos polvasales que cuando uno estaba comiendo quedaba en el plato una capita café de polvo; nosotros lo tapábamos con las manos, pero el polvo se metía y cuando seguíamos comiendo los dientes nos rechinaban. Mi mamá decía: "coman, coman rápido o les va a seguir cayendo canela".

Por supuesto, la extracción te marca. Y el Frente Estudiantil Revolucionario (FER) mantenía una línea clasista. Ese *puro* a mí me gustaba. Lo paradójico es que viene Juan José y me recluta para el Frente y luego Edgard Munguía me recluta para el FER, sin saber que Juan José ya me había reclutado para el Frente.

Un día viene Juan José y me dice: "Flaco, mirá... esté... ¿estarías vos dispuesto a adquirir un compromiso mayor con el pueblo y con la organización?" ¡La sangre de Cristo!, pensé yo por dentro, ya sé qué es

esta mierda, ya sé por dónde viene este hombre. Yo ya sabía que algún día eso tenía que ocurrirme porque ya lo había oído decir infinidad de veces, sobre todo a los socialcristianos, a los profesores, a los papás que le decían a sus hijos, a sus niñas y a sus niños que llegaban a León a estudiar, que vivían en grandes casas de prestigio en León y que almorzaban donde mamá Concha, le decían a sus hijos que no se metieran en política, porque la política sólo deja cárceles y cementerios, porque la política es para los adultos, no para cipotes inmaduros que no tienen ni oficio ni beneficio, que no se metieran con los del FER ni con los del CUUN porque eran simpatizantes de los rusos y de Fidel Castro y que, además, los comunistas eran ateos... Que no se metieran con los del CUUN ni con los del FER porque estaban mangoneados por los del Frente, que eran comunistas y venían de Rusia y de Cuba y que sólo mandaban a la gente a morir como pendeja a la montaña. Que al muchacho que se metía al CUUN luego lo pasaban al FER y de allí al Frente, para mandarlo de allí a la montaña. Todo eso a mí se me pasó por la mente. Se me pasó que Juan José siendo tan bueno, cómo podía Juan José estar metido en eso, pero luego me dije: ¡güevo, si Juan José está metido en eso quiere decir que los que están detrás no son malos...! Sin embargo, amén de que fueran buenos o que fueran malos, yo tenía miedo a perder la vida. Y tenía una recóndita esperanza de que la pregunta que me estaba haciendo no se relacionara precisamente con lo que yo estaba pensando. Entonces yo le digo: ¿qué me estás diciendo?, ¿con el CUUN o con el FER?, "no —me dice— con el Frente..." Y luego agrega una palabra que me puso más nervioso todavía: "no hombre, con la Iglesia..." que era un seudónimo del Frente. Esa fue mi primera gran decisión. Yo sabía qué me podía pasar, pero como aún no me pasaba... como que te aletargás... como que no querés pensar en eso. Como que es más rico no pensar en eso. Cuando uno piensa más en eso como que te zumba el corazón aunque nadie se dé cuenta, se interrumpe el pensamiento y vuelve la tranquilidad. Así se va desarrollando una contradicción interna. Pero cuando va pasando el tiempo, la idea te asalta hasta cuando estás cogiendo.

Yo me imaginé que si decía que sí, me iban a mandar a poner bombas... y hacía poco que René Carrión había puesto una bomba en la casa de la mamá de Pancho Papi y lo habían matado en la cárcel... Y luego la montaña... Recordá que estaba recién pasada la masacre de Pancasán... me imaginé tantas cosas... y entre más cosas me imaginaba el miedo era mayor pero, por supuesto, yo estaba de lo más serio y sereno delante de Juan José, porque delante de él yo no podía aparentar ser un miedoso. Sin embargo, yo pensaba todas estas cosas, pero pensaba también en mi barrio, recordá que yo no tenía una convicción

sólida, yo no era un teórico, ni siquiera un teórico; más aún, tenía mis serias dudas sobre si el marxismo era bueno o era malo. Entonces, más por confianza en él que por convicción, le digo: "Sí hombre, perfectamente..." porque ahí había una cuestión casi de hombría. Es decir, yo estaba consciente de qué quería; de que quería luchar contra la dictadura, pero no estaba muy seguro —y más que seguro tenía cierto temor o duda, o qué sé yo lo que sentía— de llevar un compromiso hasta las últimas consecuencias.

La firmeza política se va definiendo poquito a poco. Claro, hay compañeros que tienen procesos distintos, en este caso particular, el mío fue ése.

Juan José me palmeó la espalda y me sonrió."Bueno —me dice Juan José—, entonces te voy a poner en contacto con alguien tal día a tal hora. En la esquina opuesta a la iglesia de Zaragoza va a pasar un muchacho bajito, como de veinte años, que tal vez lo conozcás, pelito crespo, corto, para atrás, con unos anteojos que parecen de soldador, con un puente dorado... él te va a decir: '¿Vos sos Omar Cabezas?' y vos me le vas a responder: 'Sí, sí, sí, el mismo de San Ramón".

Yo fui al punto. Entonces el tipo pasó y me dijo: "¿Qué hay Omar?", como si fuéramos viejos conocidos. Yo era la primera vez que lo miraba y me dejó sin la respuesta.

El había cambiado más que yo, por eso no lo reconocí. Era un compañero que había conocido en el colegio San Ramón, en primaria, que había estado en el seminario haciéndose cura, en Managua, luego en Honduras, que se salió del seminario y se metió a las guerrillas: Leonel Rugama. Ese fue mi primer responsable a nivel del Frente.

## 2

Mi pueblo en Semana Santa es un pueblo fantasma, con algunos ribetes medievales. Los días de Semana Santa en León son calientes, extremadamente calientes. Caliente el pavimento, caliente el polvo, caliente los asientos de los carros, calientes las bancas de los parques, caliente incluso el agua de la paja. Todo en ese pueblo es caliente en Semana Santa. Es caliente hasta el pelo de la cabeza, calientes las ideas... entiéndanme que León, en Semana Santa, es caliente. Fijate que es tan caliente que casi no andan carros en la calle. En el casco urbano, ni gente, porque toda la gente se va para el mar, me refiero a la burguesía que vive en el casco urbano que es pavimentado, donde viven los ricos, en el centro de la ciudad. Cómo será de caliente, que vos ves los perros que van caminando a la orilla de las aceras donde camina

precisamente la gente porque es donde hay un poco de sombra y también la sombra es caliente. Se ve también una gran cantidad de perros que van caminando a prisa, casi corriendo por la calle con los ojos vidriosos y echando espuma por la boca... perros con rabia, que van por la calle porque la gente los espanta si van por la acera. Estos perros van corriendo, galopando sin rumbo, no voltean a ver ni siquiera para los lados, es que me imagino que si voltean a ver para los lados es más caliente, a saber hasta dónde llegarán después que atraviesan el pueblo esos perros con rabia. Así es León de caliente.

Todo estaba cerrado... el comercio, hasta las casas. El único que abría era Prío, que quedaba en la esquina del parque en una casa colonial con una puerta esquinera de doble hoja que siempre estaba abierta de par en par. Cuando soplaba un poco de viento, los árboles del parque refrescaban la temperatura y el aire era menos caliente. (Quiero persuadir al que lea esta mierda que León es caliente. Que no es invento mío... que es caliente...)

Te decía que el establecimiento de Prío era una casa colonial de dos pisos con balcones hacia afuera que daban al parque. Allí habían unas diez mesas con sillas antiguas y recuerdo que tenía un aparato de sonido anticuado, pero que era potente porque se oía en todo el parque donde generalmente no había nadie, más que uno u otro parroquiano sentado en alguna banca bajo la sombra de un árbol. Por lo general era gente que se dedicaba a ver pasar los pocos carros desperdigados; cuando se oía el ruido, antes de que apareciera en la esquina, estaban pendientes qué carro sería y cuando lo veían aparecer le ponían los ojos hasta que doblaba y se perdía y ya sólo era el ruido y te quedabas esperando a que pasara otro carro a ver quién venía en él. Eso fue en mi pueblo, durante mucho tiempo, una sana diversión en Semana Santa.

Prío era muy famoso porque tenía música clásica, además que hacían unos sorbetes de fruta muy ricos y unas "lecheburras" deliciosas, que eran chiquititas, que se te hacían agua en la boca cuando se iban terminando.

A los 60 años Prío era bien dinámico, un hombre bajo y blanco a quien acusaban de anticlerical porque ponía a todo volumen las canciones de "Jesucristo Super Estrella", una película que exhibieron en el teatro González, que queda en la otra esquina del parque; las monjitas del colegio La Asunción, que viven en la tercera esquina del parque, fueron a ver la película y se salieron a media función porque dijeron que eso era herejía y falta de respeto. Y por eso se enojaban con Prío porque la música se oía hasta el colegio donde estudiaban todas las niñas internas de la ciudad.

A Prío le decían el "Capi" Prío y se vanagloriaba que Rubén Darío llegaba a beber cerveza a su establecimiento y de que una vez que no tenía dinero le escribió un poema en pago, y cada vez que llegaba alguien importante él lo sacaba y se lo enseñaba. Es que Prío en León era algo más que un punto de referencia.

El otro lugar al que uno podía ir en las lóbregas semanas santas de León era a los billares de Lezama, que quedan a media cuadra de donde Prío, buscando para el edificio de la universidad, donde sólo quedaban los muros con las consignas contra la dictadura pintadas por los estudiantes, pues de gente no quedaba ni un alma allí. Y por supuesto el barcito de doña Pastora también estaba cerrado.

A los billares de Lezama concurría toda la gente de los barrios, los obreros, la gente del campo que llegaba a pasar Semana Santa con sus familiares de las barriadas, es decir, se hospedaban donde sus parientes para ir a pagar promesas a la procesión de San Benito, lo mismo que al Santo Entierro del Viernes Santo. Yo a veces pienso que los ricos se iban para el mar o cerraban sus puertas para no confundirse con aquella masa de la pobrería que iba estrenando camisas, pantalones, naguas de todos los colores en las procesiones Es que los ricos siempre han sido bien distinguidos.

Luego, uno que otro de esta gente pobre de los barrios empezaba a caminar hacia el centro de la ciudad buscando la acera donde había sombra hasta llegar a los billares huyendo de los polvasales que el viento levantaba en los barrios. Cuando vos llegabas donde Lezama ya ibas sudando, los zapatos polvosos y si te restregabas las manos te salían colochitos de tierra negra. Aunque algunos buscaban un poco de diversión en otra parte, indefectiblemente, como por ley de gravedad, caían donde Lezama.

En los billares de Lezama había como seis o siete mesas de las cuales una era de carambola que quedaba en la propia entrada; ésa era para los mejores jugadores. El local medía unos 15 metros cuadrados, de los cuales 3 los ocupaba el mostrador, tras el cual estaba Lezama, un señor gordo a quien nunca me acuerdo haber visto reír, y dos mujeres malcriadas que despachaban como autómatas; había también dos mantenedoras repletas de cerveza y gaseosas, y algunas que otras cosas propias del negocio, además de la máquina sumadora.

En tiempos de Semana Santa el local albergaba no menos de ciento cincuenta personas, que habían entrado de la calle caliente y hacían el ambiente en el local bien denso, la atmósfera pesada. Se entraba de la calle empujando una celosía como las que se ven en los bares de las películas de vaqueros, sentías en la cara y en el cuerpo todo un golpe caliente sobre la temperatura que llevabas encima, sentías todo el so-

por de un baño sauna, pero no había más remedio ni más alternativa: o te quedabas en el barrio polvoso y caliente contemplando tu miseria e inundándote de ocio, o bien, pagabas un poco más de temperatura, jugabas billar, bebías cerveza bien helada y, lo que era más halagüeño, sin nadita de polvo.

No más entrabas al lugar y te envolvía todo ese aire pesado, empezabas a escuchar simultáneamente en distintos tonos y variaciones el cla pra pra pon bun bun de los billares y, por supuesto, el clic cuando hacías una pifia. En la primera mesa, infaltablemente, el Curro, el mejor de todos ellos, maestro de la carambola, de una, de dos, de tres y cuatro bandas. Concentrado, imperturbable en el bullicio, sudando de los brazos, de la cara, de la espalda, dando un sorbo de cerveza después de cada tiro, desafiando a cualquier apostador o desmochándose algún pichón, lo cierto era que conteníamos la respiración cuando el Curro se preparaba solemnemente para golpear la bola, porque las apuestas eran de cincuenta córdobas y en la palmazón en que vivíamos nosotros eso era una emoción: perder o ganar de un tiro cincuenta o cien córdobas. Lezama, que estaba detrás del mostrador, con disimulo, pero sin reírse, vigilaba de reojo o cada vez que le tocaba el turno al Curro. En las otras mesas el ruido no se detenía y las voces de los jugadores se levantaban por sobre el ruido del choque de decenas de bolas exclamando: ¡mirá qué vía más linda la que te va ahí!; ¡ese quince está duro!; ¡no papa, ese tiro es para las mayores!; ¿y por qué no me la echás con la mano mejor?; ¡te gustaría, mi rey... !, vos creés que esto es de soplar y hacer botellas...; estás acostumbrado a pegarle a chigüines...; ¡poné cuidado, poné cuidado...!, ¿te gustó, mi tierno...?; ¡tiempo billar, tiempo billar...! Y volvían a armar las mesas. Y cuatro abanicos que te percatabas que existían por el ruido, porque por más revoluciones que dieran y esfuerzos heroicos que hicieran no sentías el más mínimo aire fresco y el ruido sólo servía para acompasar los múltiples sonidos que ahí se aglutinaban, se juntaban, pegaban contra las paredes, rebotaban en el paño y terminaban por recalentarte más todavía. Lo de Lezama era una torre de Babel, un Berlín, un manicomio; de alta temperatura, de mucho ruido, con un pestilente olor a orines. Llegabas en busca de diversión y al final te salías, indefectiblemente, te salías. ¿Te das cuenta? En León no había adónde ir. Porque además los burdeles estaban cerrados, las putas en mi pueblo siempre han sido bien religiosas, por lo regular eran mujeres muy devotas. Las putas no cogían en León en días santos, yo te lo puedo decir... ¡qué va! que en León ibas a conseguir una puta en Viernes Santo. Las putas empezaban a coger otra vez hasta el Sábado de Gloria. Entonces, en toda la semana, las putas no cogían, las cantinas no abrían, los restaurantes de los chinos cerraban.

Porque el colmo era que no podías ni jugar pelota porque golpeabas al Señor y lo ofendías y entonces... ¿qué te quedaba...? Irte al billar de Lezama. No había más remedio.

Yo conocía a Leonel Rugama, pero no me acordaba de él y supe definitivamente quién era hasta después que un compañero, un gran fisónomo amigo mío, que se llama Manuel Noguera, pasó por donde estábamos sentados en la grama del Parque Central de León comiéndonos un raspado, uno de esos, días de Semana Santa.

Leonel y yo lo que queríamos era platicar y no en un lugar público como Prío, porque recordá que yo ya iba a las manifestaciones y mi papá era un dirigente opositor, tampoco podíamos platicar con calma donde Lezama y no queríamos andar caminando en ese solazo de las calles, así que no teníamos más remedio que irnos a platicar al Parque Central bajo un árbol que te diera sombra, sentados en el zacate que para un pobre era lo más fresco de toda la ciudad, porque en León hay muy pocos árboles y en mi casa, por supuesto, no teníamos aire acondicionado, sólo en la universidad había y estaba cerrada y ahí ni don Víctor, el celador, se quedaba en Semana Santa.

¿Te das cuenta? Estábamos en el parque platicando porque en León era Semana Santa.

Y estando ahí fue que pasó Manuel, llegó hasta donde nosotros y luego de saludar se dirigió a mi acompañante y le dijo: ¡idiay Leonel...! Y el otro me había dicho que se llamaba Marcial Ocampo. ¿Cuál Leonel?, le contestó. Yo me llamo Marcial. ¡Ah, no jodás, vos sos Leonel Rugama, no te acordás que estudiamos juntos en el San Ramón! ¡Ah jodido! dije yo, éste es Leonel Rugama, es cierto, me acuerdo que me debe veinte pesos de pan. El era interno del colegio San Ramón y como yo era externo él me pedía que yo le trajera dos pesos de pan del que pasaban vendiendo por mi casa todas las mañanas y me pagaba al final de la semana. Era una cuestión de amistad. Entonces él de repente se me desapareció del San Ramón y se me fue sin pagarme veinte pesos de pan.

Leonel siempre apuntaba a una sola cosa y a medida que fue madurando, esto llegó a ser un rasgo fundamental de su personalidad. Leonel te planteaba la cuestión de ser hombre, pero no ya en el caso del macho, sino del hombre que adquiere responsabilidad histórica, un compromiso para con los demás, de quien lo da todo para felicidad de los demás. La estrella de Leonel es en ese entonces el comandante Ernesto "Che" Guevara, que tiene apenas meses de muerto. El basa casi toda su politización sobre mí, en ese momento, en el compromiso que tiene el hombre de sacar al hombre de la pobreza, de la explo-

tación, de ascender en el escalafón revolucionario. Por supuesto que también me hablaba del materialismo histórico del cual yo conocía un poco por algunos folletitos que había leído en la universidad y cosas así como de ese tipo, tales como comunicados, periódicos estudiantiles... Entonces, fundamentalmente, Leonel apuntó a eso. Incluso recuerdo que un día hubo un debate ideológico en la universidad, me acerqué a uno de los corrillos que se formaron y Leonel era el centro de la discusión en el corrillo. Leonel era marxista-leninista y anticlerical. Recuerdo que entonces dijo al grupo de compañeros que estaban allí discutiendo con él, fruncido el ceño: "Hay que ser como el Che... ser como el Che... ser como el Che..." Sus gestos, ademanes y su frase, con todo y lo explosivo de la carga que llevaba adentro, me hicieron impacto al centro del cerebro. " ... Ser como el Che... ser como el Che..." Salí de la universidad con la frase repitiéndola interiormente como si fuese una cinta magnetofónica; aún recuerdo con nitidez los gestos y la expresión de la cara, la firmeza con que Leonel pronunció eso: "ser como el Che... ser como el Che..." Por supuesto que jamás me imaginé yo la influencia que eso iba a tener posteriormente en mí porque, efectivamente, después de esa época yo empecé a estudiar al Che. Y aquí hay una cuestión bien simpática y no me avergüenza decirlo, ni mucho menos: yo conozco y llego a Sandino a través del Che, porque me doy cuenta que en Nicaragua para ser como el Che hay que ser sandinista. Es el único camino en Nicaragua para la revolución.

## 3

Y bien, empecé a trabajar y desde entonces no he dejado de hacerlo. ¿Sabés cómo me sentí entonces? Como cuando a uno de niño lo llevan por primera vez a la escuela, justo ese día es como que se acaba la felicidad del niño, por cuanto ya empezás a tener responsabilidades. Cuando te metés al Frente ocurre algo similar, a otros niveles, no en cuanto a la felicidad, sino que si sos consecuente y si, como decía el Che, la organización a la que te metés es revolucionaría y si la revolución es de verdad, vas hasta la victoria o hasta la muerte. Una vez que entrás, como el trabajo y las responsabilidades van creciendo, es como que entrás a un torbellino. O bien dentro de una espiral, ¿ya?, que no tiene más que revoluciones en sentido evolutivo. Y quedás, felizmente, hasta el tronco... Conseguir casas para que vivan compañeros clandestinos, para reuniones, para bodega, para buzones de correspondencia; conseguir carros, talleres de mecánica, levantar informaciones de orejas, espiar las casas de las queridas de los guardias. En fin, empecé

a trabajar, a hacer todo lo que me decían y lo que yo creía que debía hacer. En ese momento no había grandes estructuras clandestinas, pero el trabajo que hacía cada persona, como individuo, era muy significativo. Sentar las bases para el posterior avance del trabajo. En León el Frente eran sólo Leonel, Juan José, Edgard Munguía y Camilo; hay que recordar que eso es después del repliegue de Pancasán, en realidad momentos muy difíciles. Tomar la decisión, para cualquiera en aquel tiempo, de entrar al Frente, viendo ahora retrospectivamente, pienso que tiene un mérito extraordinario, yo creo eso. En la decisión de haber entrado al Frente en aquel tiempo —esto de aquel tiempo me suena al evangelio— yo creo que influyó un poco la compartimentación. Como ninguno de los compañeros manejaba la información de toda la organización, y el Frente sonaba... y había rótulos en las calles, en las paredes; y había asaltos y todos los radios anunciaban los asaltos y ponían a todo el país pendiente del piripipí de los famosos flashes, el despliegue de información, nos hacía pensar a nosotros mismos, por el espejismo de la publicidad, la dimensión de la realidad. Eso era lindo. Yo me iba a misa a la catedral de León sólo para oír los comentarios que hacía la gente en el atrio de la iglesia después que terminaba la misa, los mismos comentarios que oías en el estadio antes de empezar el partido, o en las gradas del edificio de Ciencias y Letras de la universidad, o en los talleres de mecánica, o cuando estabas en las barberías, vos oías que en la silla que tenías al lado, el barbero estaba comentando con el otro cliente la cuestión. Y uno por dentro y en el fondo piensa: "si supieran que yo soy del Frente". Aquí hay un aspecto interesante. Y es que las acciones armadas de toda vanguardia revolucionaria no solamente fortalecen moral y políticamente a las masas, es decir, no solamente repercuten hacia afuera, sino también fortalecen moral y políticamente hacia adentro, elevan la predisposición combativa de la militancia... Es un fenómeno que es sumamente rico y que hay que vivirlo para comprenderlo a cabalidad. Te sentís en secreto, calladito: vanguardia.

El rebote de la propaganda, después que golpeaba en las masas, cogía para donde nosotros y en determinado momento nosotros mismos —también por efectos, te repito, de la compartimentación— pensábamos que el Frente era una organización poderosa. A mí me pasaba algo que yo no sé si a otros compañeros les habrá pasado. A veces, por suspicacia, especulación, conciencia o pragmatismo realista, sabía racionalmente que éramos unos cuantos, un grupúsculo, como decía la Guardia en aquel tiempo. Y la compartimentación se convertía en una especie de válvula de escape para dar rienda suelta a los sueños, a los deseos... y es que la compartimentación te permitía guardar un resqui-

cio de esperanza de forma que la aventura, o el reto, se hiciera más liviano, menos peligroso, ¿entendés? La compartimentación te permitía soñar despierto, teniendo una justificación permisible. Y me atrevería a decir que éste era un sentimiento generalizado en la mayoría que día a día fue creciendo. Somoza con 45 años de dictadura era también un factor que influía en que el pueblo se aferrara a esa esperanza, ¿te das cuenta? Definitivamente, el pueblo y el Frente siempre pensaron igual. Sin embargo, no deja de entrarte cierto bajón cuando en el trabajo cotidiano la práctica y la realidad te reafirman seriamente que estás soñando, que evidentemente sos un grupúsculo, pero inmediatamente después te funciona, como recurso o como fe, o como lo querrás, que detrás de la compartimentación hay un mar de cosas, de gente, de planes, de recursos que existen, pero que vos no los conoces. Y estos estados de ánimo —o como les querrás llamar— eran el pan nuestro de aquellos tiempos. Hasta que el tiempo pasa, poquito a poco y se va desarrollando la cosa. Ya a mediados o bien entrado todo el proceso de la guerra revolucionaria, cuando ya sos bien fuerte, te da una gran satisfacción personal e íntima ser un machetero de la revolución, como dice Modesto.

Yo quiero hacerte ver que es bien triste o que te aflige, cuando uno, a medida que se va introduciendo en la organización y en el trabajo, se llega a dar cuenta que... ¡ni verga!, que el Frente no es un gran poder. Que el Frente son unos cuantos y que a lo mejor sólo en León, Managua y Estelí, hay algunos heroicos, audaces, que aceptaron el reto. Valientes que aceptaron el reto de la historia y empezaron a trabajar. Que, como dice Tomás de Carlos Fonseca, fuimos también hormigas, martillo, tercos, caprichosos de nacimiento... Y se hacían asaltos, ajusticiamientos, que la prensa reportaba por que eran acciones directas contra la dictadura; aquello era una osadía sin límites, una herejía política dentro del marco de los partidos políticos burgueses, el conservador y el liberal y, por supuesto, que también el socialcristiano y el socialista. Estos últimos nos catalogaban de aventureros, pequeño-burgueses, y en las asambleas universitarias nos recitaban párrafos de aquel libro de Lenin *El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo*. Pero lo que yo quiero hacer resaltar ahora es que al reportar los periódicos, la radio, la televisión los hechos del Frente, también nosotros éramos influidos por esa propaganda, al menos a mí me pasaba eso. La compartimentación y este fenómeno que estoy marcando eran un caramelo de lo más rico. Pero como todo caramelo, sólo te dura un momento. Y luego la maldita realidad... Te das cuenta que no hay nada y no deja de darte cierto miedo el ver para adelante. Yo sólo pensaba que habían muchos muertos que dejar por delante. Cómo no iba a sospechar o a

darme cuenta que, mientras esta lucha no alcanzara niveles de masas o no lográramos convertirla en guerra de masas armadas, entre aquellos que estábamos vivos trabajando teníamos que repartirnos los muertos del futuro inmediato. En ese tiempo uno le tiene mucho miedo a la muerte, porque por mucho que se arriesgue la vida estando uno legal, la arriesgás menos que al estar clandestino. Yo diría que entre menos jugás con la muerte más miedo le tenés y viceversa.

Es decir, vos te metés al Frente porque creés en su línea política. Con todo y tus temores o socás o no socás. Pero no deja de influir el que uno cree que el Frente es capaz de derrocar a Somoza, a la Guardia de Somoza, que uno entra a ser uno más de esa gente que va a botar a Somoza. Es más, este fenómeno no sólo se da, no sólo te ocurre cuando vas a entrar al Frente; ya después de seis años de estar en el trabajo legal, cuando me fui a la montaña, subí con la idea de que la montaña era un poder, pues estaba el mito de los compañeros de la montaña, lo misterioso, lo desconocido, Modesto, por allá, arriba... Y en la ciudad los clandestinos y los legales hablábamos de la montaña como algo mítico, donde estaba la fuerza e incluso las armas, los mejores hombres, la indestructibilidad, la garantía del futuro, la balsa para no hundirse en lo más profundo de la dominación de la dictadura, la determinación de no resignarse... la certeza de que no podía ser así, que Somoza no podía seguir mandando toda la vida, no aceptar la invencibilidad de la Guardia. Y claro, la realidad impactante, casi a nivel de desmoralización, cuando llegás a la montaña y te encontrás con que sólo es Modesto y quince hombres más divididos en grupitos pequeños. Quince hombres o qué sé yo cuántos, pues. Lo cierto es que no habían 20 guerrilleros en ese tiempo en la montaña. Dan ganas de bajarse. ¡A la gran puta! decís vos, ¿esta mierda, cuándo...? Eras capaz casi de decir interiormente ¡Dios mío! ¡he tomado la peor decisión de mi vida! Te sentís embarcado en una empresa que no tiene futuro...

Ya dije que en León el Frente eran Leonel, Juan José, Edgard Munguía y Camilo; posteriormente yo. En León no había ni siquiera un clandestino. Al menos uno de los que vos sabés que existía en Managua era Julio Buitrago. Después me di cuenta que en Managua existían una o dos escuadritas urbanas, me daba cuenta que existían cuando la Guardia los mataba, porque la Guardia publicaba los nombres con los *currícula* en la radio. Somoza le llamaba al *currículum* revolucionario de los compañeros "historial delictivo". Julio Buítrago era el jefe de todos los sandinistas en Nicaragua en ese tiempo. Dicen que era bueno, yo nunca lo pude conocer. Pero Leonel lo adoraba. En el Frente en ese tiempo se establecían lazos de afecto muy grandes. El Gato y yo, por ejemplo, y Leonel, llegamos a ser entrañables amigos. Recuerdo que

los fines de semana, todos los estudiantes que no eran de León se iban a sus casas; como nosotros nunca teníamos reales nos íbamos al mar pidiendo *raid* y la gente nos quedaba viendo, porque éramos quemados. Recuerdo que nos gustaba pedirle *raid* a muchachas burguesas y como éramos fregones, cuando nos montábamos, la burguesita, nos quedaba viendo por el espejo retrovisor y nosotros le sonreíamos y le sacábamos la lengua; ella se sonrojaba, quitaba de inmediato la vista del retrovisor y ya no volvía a mirarnos más. Pero allá, al rato, volteaba a ver de nuevo y siempre que nos miraba nosotros ya la estábamos viendo otra vez por el retrovisor. Era un como juego de miradas, una mezcla de miradas; a nosotros nos gustaba verles el cutis, la forma de mover los labios, les mirábamos las uñas cuando hacían los cambios, las manos eran bien bonitas, dan ganas como de que te acaricien unas manos así; y cuando las ventanas iban abiertas y el viento soplaba se les agitaba el pelo y quedaban sus cabelleras frente a nosotros, sobre el espaldar del asiento. Nos encantaba irles viendo el pelo. Yo recuerdo que una vez Leonel escribió un poema que hablaba algo sobre la "rabia de tu pelo".

Allí en el mar nos bajábamos en cualquier lado por lo general nunca llevábamos calzonetas. Juntábamos como veinte pesos entre los tres y nos íbamos al Hotel Lacayo o donde el "Pariente" Salinas a pedir una Pepsi Cola para cada uno, a ver entrar el montón de muchachas burguesas, que eran bien lindas. Entraban en *shorts*: blancos, rojos, azules; en *blue jeans* recortados hasta el entronque de las piernas, eso a mí me mataba, y me mataban más cuando iban de espaldas. Eran pelos largos, pelos cortos, eran morenas o eran blancas; entraban por puños, uno no hallaba ni a cuál ver. Es que todas eran lindas... Unas entraban rojitas, rojitas, quemadas... El Gato Munguía decía: "Sólo han de tener un manchoncito blanco". Entonces Leonel decía: "¡Mejor...! para acertar en el blanco". Cuando la tarde se acababa volvíamos a León, siempre al *raid*, cada quien a su casa y al día siguiente, el lunes por la mañana, indefectiblemente a las 8 de la mañana, estábamos en las oficinas del CUUN, en la cafetería de la universidad, en la oficina de la Asociación de Ciencias y Letras, o de Derecho, pero estábamos ahí, en el trabajo.

El trabajo era bien duro, porque era incipiente. El hecho de ser pocos te obligaba a trabajar más. Y como uno entre más trabaja más se desarrolla, entiende más un montón de cosas, descubrís otro montón de cosas. Te ves presionado a desarrollar el ingenio, a desarrollar respuestas, a prepararte más. En esa situación yo me llegué a formar de una manera relativamente vertiginosa, de tal forma que al poco tiempo adquirí responsabilidades muy serias dentro del movimiento estudiantil organizado de la UNAN.

Primero estuve en un círculo de estudio del que Leonel era responsable. A los tres meses empecé a hacer círculos de estudio por instrucciones de Leonel y del Gato en el FER, con instrucciones de reclutar de ahí a los mejores muchachos para el Frente. Llegué a tener hasta siete círculos de estudio bajo mi responsabilidad. Cuando la noche caía estaba totalmente agotado, cansado mentalmente. Recuerdo que el texto que ocupábamos era un libro de Marta Harnecker que se llama *Conceptos elementales del materialismo histórico*, me lo sabía de memoria de tanto repetirlo. Por la noche trabajábamos en el Club Universitario haciendo mantas, afiches, imprimiendo folletos de estudio, hasta la madrugada.

Como nos daba miedo irnos a las casas en la madrugada, dormíamos en el CUUN encima de las mesas de ping pong, o en petates, hasta que amanecía. Y entre más días amanecían el FER fue creciendo... fue creciendo, y ahora me doy cuenta que nosotros también como personas íbamos creciendo. Porque el FER también eran cuatro personas al comienzo. No era una organización, no tenía estructura, eran una suma de cuatro o cinco compañeros que, gracias a Dios y la Virgen, tenían facilidades de oratoria, que hablaban en asambleas. El FER en ese tiempo, el Frente en ese tiempo —en León— era fundamentalmente una línea política, una lucha justa y, por justa, peligrosa. Y por eso mismo, con pocos adeptos al comienzo.

## 4

En 1970 pasé por seis meses al clandestinaje, después de que el comandante Julio Buitrago muere en combate cuando es descubierto en una casa de seguridad en Managua, junto con las compañeras Doris Tijerino y Gloria Campos. La Seguridad los detectó y posteriormente la Guardia montó alrededor de la casa un operativo militar sin precedentes en Nicaragua. Rodean la casa, la manzana y el barrio entero en un tercer cerco. Julio se fajó con la Guardia. Muere él solo, después de horas de resistencia en aquella casa. Es uno de los más grandes entre los grandes que ha tenido el FSLN. El fue de los que forjó la gran leyenda de invencibilidad del Frente Sandinista en el pueblo, o bien la que el pueblo forjó del Frente Sandinista. Esa leyenda se hizo en base a hechos históricos concretos. El primer hecho histórico concreto contemporáneo es ese combate heroico de Julio Buitrago el 15 de julio de 1969.

Y la Guardia cometió el error de pasar por televisión el combate; nosotros vimos sentados frente a la pantalla de la televisión del Club

Universitario de León cómo una gran cantidad de guardias colocados en grupos en diferentes sitios, o de dos en dos o de tres en tres, de pie detrás de los árboles o de los vehículos, de rodilla en tierra detrás de los muros, o desde la posición de tendido, disparando contra la casa. El reportaje era sin sonido, veíamos nosotros con avidez cómo las armas automáticas expulsaban con una gran velocidad los casquillos, agudizábamos la vista y veíamos cómo saltaban pedazos de concreto, cemento, madera, vidrios, pintura, cuando centenares de miles de impactos de bala golpeaban contra la casa. Y también veíamos cuando salía el cañón de la subametralladora de Julio por la ventana del balcón y se veía el humo de las ráfagas con que Julio contestaba. Al rato, lo veíamos aparecer en la ventana de abajo del primer piso o por la otra ventana del mismo primer piso o por la puerta del segundo piso que daba a la calle; de repente veíamos que Julio no aparecía, pero que la Guardia no se movía y veíamos que nadie seguía disparando y que habían como reuniones de jefes de la Guardia afuera, y luego la Guardia empezaba a avanzar hacia la casa y, de repente, aparecía Julio disparando por cualquiera de los puntos que ya te dije, y los guardias salían en carrera para atrás, y nosotros gozábamos con eso porque veíamos que la Guardia le tenía miedo a las balas que Julio le tiraba. Y cuando veíamos que Julio le pegaba a algún guardia gritábamos enojados: "¡Malditos! así quieren..." Luego llegó una tanqueta y los guardias se vio que se alegraron. La tanqueta se puso frente a la casa, como a quince metros frente a la casa; nadie disparaba, ni los guardias ni Julio. Recuerdo que era de tarde y los guardias se secaban el sudor con pañuelos. Hubo un gran silencio... La tanqueta disparó... Nosotros pelamos el ojo cuando vimos que la tanqueta hizo saltar en pedazos la pared y decíamos: tal vez no le dan... tal vez no le dan... Después del disparo de la tanqueta se vio que los jefes gritaban a los soldados para que avanzaran sobre la casa. De la casa no contestó nadie y cuando los guardias estaban cerca, Julio volvió a disparar desde adentro y los guardias se volvieron a correr otra vez de nuevo para atrás. La tanqueta volvió a disparar y ocurrió lo mismo. Luego hubo un silencio prolongado y apareció una avioneta y entonces empezaron a disparar sobre la casa todos los guardias, la tanqueta insistentemente, y el avión, que casi rozaba la casa, disparaba, y entonces veíamos cómo iban reduciendo a escombros la casa en cuestión de segundos. Saltaban al mismo tiempo pedazos de hierro, de zinc, trozos de madera, pedazos grandes y pequeños de pared; vidrios regados por todos lados... Y no nos explicábamos cómo Julio estaba vivo porque veíamos cómo la Guardia se escondía o las balas que Julio disparaba pegaban cerca de los guardias, y veíamos guardias caer heridos y de inmediato algo que nos conmocionó a todos: vemos

salir por la puerta central de la casa a Julio, corriendo, disparando en ráfaga contra la Guardia y, segundos después, cómo Julio se empieza a doblar y disparando y doblándose más y disparando y doblándose más, hasta caer al suelo. A nosotros nos daban ganas de llorar, pero al mismo tiempo sentíamos que teníamos una fuerza indestructible.

Así cayó el padre de la resistencia urbana del Frente Sandinista.

Por supuesto que todo el que en Nicaragua tenía televisión vio eso. Y lo vieron los que no tenían televisión también, porque Somoza cometió la estupidez de pasarlo varios días por televisión, y los vecinos que no tenían televisión llegaban a las casas de los que tenían para verlo. El pueblo vio cómo los guardias temblaban nerviosos; sus gritos; oyeron por los megáfonos pedirle a Julio que se rindiera; las tanquetas, porque luego recuerdo que llegó otra. El avión y dos helicópteros. Y luego Julio, solito él ahí.

Después de la muerte de Julio asume la primera responsabilidad de la organización Efraín Sánchez Sancho, que era un tipo que no tenía ni solvencia moral ni gran capacidad política. Por causa de él me vi obligado a pasar seis meses al clandestinaje. Por su falta en las medidas de seguridad, siendo clandestino, fue detectado por un teniente al servicio de la Oficina de Seguridad de Somoza, cuando se cruzaron en automóvil en la calle; la mujer del teniente, que iba con él, se fijó en la acompañante de Sánchez Sancho que era vecina del teniente. Y el teniente al reparar en ella descubrió a Sánchez Sancho, reconociéndolo. En el carro también iban otros dos compañeros. Al armarse la balacera, el teniente cae y su esposa identifica a la vecina que era María Esperanza Valle, la Tita", quien tenía una estrecha amistad conmigo. La mujer del guardia, por los nervios, no se fijó bien en los otros dos compañeros que iban en el carro y dio por cierto, producto de su imaginación, que yo era uno de los que iban en el carro. Eso me obligó al clandestinaje. Esto quiere decir que uno opera ya al margen de la ley, escondido de todo el mundo, de la Guardia, de los orejas, de los neutrales, de los amigos, de la familia. Te movés camuflado, vivís en casas de seguridad, andás armado y adquirís responsabilidades de otro tipo.

Pero pasó que a mí me estaban requiriendo en el movimiento estudiantil por la experiencia que ya había acumulado. Realmente yo me desperdiciaba en la clandestinidad y los responsables decidieron que volviera a la legalidad, a León, a la universidad nuevamente.

Yo era muy joven, débil físicamente, sin ninguna preparación militar, sin posibilidad de pasar algún curso de entrenamiento, y me volvería una carga dentro del clandestinaje.

Entonces para devolverme a León se acuerda hacer un truco: una visita al jefe de la Cruz Roja Nicaragüense, con sede en Managua,

pidiendo mejor trato para los reos políticos. En ese tiempo Bayardo Arce, que era ya militante del Frente, trabajaba como redactor parlamentario del diario *La Prensa*. Estaba también William Ramírez, que era director del radioperiódico *Extra*, que se pasaba por Radio Mundial a las 6 de la mañana y a las 6 de la tarde. Aprovechando, pues, que había una campaña de agitación en pro de la libertad de los reos políticos, se acordó que se iba a formar una comisión del CUUN que iría a hablar para que le dieran mejor trato a los reos políticos. Para ello invitamos a monseñor y a algunos abogados de prestigio, de forma que la comisión del CUUN acude a la Cruz Roja una mañana como a las 10 y a mí me pasan directo de la casa de seguridad a la puerta de la Cruz Roja a encontrarme con la comisión del CUUN, poniéndome al frente de ella y entrando al edificio. ¡Pura cáscara! Era rifa, porque yo aparezco como que nunca he estado clandestino. ¿Y los periodistas? Y los periodistas, como que no supieran nada, empiezan a sacarme fotos, prac, prac, prac y a hacerme entrevistas preguntando por la misión en que andábamos. Esa misma tarde aparezco retratado en la primera página de *La Prensa*, junto al obispo y mis compañeros del CUUN, gesticulando frente al presidente de la Cruz Roja. El pie de foto decía: "Bachiller Omar Cabezas, delegado del CUUN, pide a monseñor y a la Cruz Roja Nicaragüense interpongan sus buenos oficios ante el general Somoza para mejor trato a los reos políticos". Eso era una prueba evidente de que yo nunca había estado clandestino, que no andaba huyendo, que si no me veían en León era porque estaba trabajando en Managua con el CUUN. Y así volví a mi pueblo, por la noche. Al día siguiente me fui tempranito para la facultad de derecho a meterme a clase de derecho romano. ¡Qué vida ésta!, ¿verdad?

Casi inmediatamente después, empezamos a trabajar con el Gato en el CUUN. El Gato Munguía llegó a ser el primer presidente del CUUN lanzado por el FER, que alcanzó esa responsabilidad precisamente por decir públicamente que era del FER y que estaba de acuerdo con el FSLN. El FER tuvo el poder del CUUN de 1960 a 1964, pero sus candidatos a la presidencia no decían públicamente que eran del FER, menos aún que eran marxistas. Del 63 al 70 fue un período de gobierno estudiantil socialcristiano, el Gato fue el primer presidente del CUUN que llega, repitiendo aula por aula, que él era comunista y sandinista y FER, fue en 1970. La elección del Gato, o la campaña del Gato a la presidencia del CUUN fue muy agitada. El FER tenía casi cien miembros, la mayoría eran del año básico. El contrincante del Gato era un socialcristiano que se las daba de Adonis, pero el Gato no era feo y hasta por ahí le hacíamos competencia. El Gato era también de ojos azules, pero a mí me preocupaba que era un poco trompu-

do, entonces yo le decía: "Gato, escondé la guayaba", y él se ponía a reír, enseñando los dos dientes de arriba que eran grandes y fuertes... No, ahora que me acuerdo, el Gato era de ojos verdes. Y el día de la elección se puso una camisa verde. De tanto verlo, de oírle hablar y andarlo aplaudiendo cada vez que hablaba en todas las presentaciones, hasta yo lo miraba ya más bonito que el contrincante. Y ganamos. Recuerdo que el escrutinio terminó por la madrugada. Saltamos, gritamos, lloramos, ofendimos a los perdedores, les arrancamos los afiches que tenían pegados en la universidad, levantamos en hombros al Gato ... Eso era toda una histeria colectiva... Abrazos, besos, suspiros, brazos abiertos, en fin, íbamos al poder por primera vez en la universidad. ¡Viva el Frente Estudiantil Revolucionario! ¡Viva el FSLN! ¡Viva Carlos Fonseca! ¡Viva el comandante Julio Buitrago! hasta quedar roncos, desvelados de hacer mantas, de hacer afiches, de inventar consignas, de preparar eventuales respuestas a preguntas que le hicieran los adversarios a Edgard en las presentaciones. Cansados, practicando con el Gato cómo debía pararse en el auditorío, cómo debía agarrar el micrófono, los gestos que debía hacer cuando le hicieran preguntas malintencionadas o al saludar a las votantes femeninas; cansados de no dormir y estar soñando despiertos, a medianoche, a mediodía, en la madrugada. Cansados de hacer el amor con nuestras novias en los ratos de descanso; casi sin voces de tanto gritar. Pero ahí, al filo de la madrugada, con el viento soplando a las tres de la mañana en los predios del Recinto Universitario Rubén Darío de Managua, nosotros, los que habíamos sido tres o cuatro, éramos como quinientos y, nosotros, los que éramos tres o cuatro, éramos los líderes de un montón de jóvenes que al igual que nosotros un par de años antes empezaban a asomarse a la vida Política estudiantil; que al igual que nosotros, muchos de ellos, muchísimos de ellos, irían hasta la victoria o hasta la muerte.

Digamos que este triunfo marca un salto cualitativo, es la culminación de toda una fase y el inicio de una nueva. La victoria del FER en las elecciones del CUUN nos dio grandes ventajas para el desarrollo del trabajo político organizativo, porque el mero hecho de ser nosotros los dueños de la oficina del CUUN implicaba que ya teníamos, en primer término, un local para reunirnos que no fueran nuestras casas o las piezas estudiantiles de alquiler. Implicaba que teníamos máquinas de escribir, que teníamos fotocopiadoras, que teníamos mimeógrafos para imprimir y lo que era mejor aún: DINERO. Es decir, el ascenso del FER al CUUN nos permitió hacer uso de las estructuras legales y públicas de la universidad para desarrollar trabajos del FSLN, del FER y trabajos del CUUN Hasta entonces nosotros habíamos costeado al FER con las cuotas que dábamos semanalmente y eso era demasiado poco.

Ahí se nos dio un problema en chiquito, igual al problema que se nos da ahora en grande. Aunque nos hacían falta cuadros para el trabajo del FER, ahora teníamos que sacar cuadros del FER para atender el CUUN; nuestro primer hombre que era el Gato, el más experimentado del FER, el más viejo del FER, tenía que dedicarse al CUUN, desplegar toda una labor política, pero también ponerse al frente de las reivindicaciones más sentidas de los estudiantes, para que los estudiantes estuvieran contentos con la gestión nuestra, para que los estudiantes vieran la ventaja y lo positivo de que el FER estuviera en el poder en la universidad y volvieran a votar por nosotros el año entrante. Para nosotros esto era una necesidad porque a través de las luchas reivindicativas del CUUN podíamos seguir captando para el FER a los compañeros que más se destacaban. Y, como te decía, nos permitía ocupar las estructuras y los recursos económicos del CUUN para invertirlos en propaganda para el trabajo, no sólo del CUUN y del FER sino del FSLN.

Antes teníamos que robar en la universidad, nos metíamos a las dependencias administrativas; los bolsos de las compañeras eran famosos porque ahí echábamos engrapadoras, resmas de papel, crayones para hacer afiches, nos robábamos goma, grapas... Todo lo que nos podíamos robar, lo robábamos. Y qué alegría la de nosotros cuando conseguíamos doscientos pesos para comprar diez *sprays* y hacer cartulinas, mantas, y pintar las paredes de la universidad y de la ciudad. Mantener el poder en el CUUN significaba tener dinero para todo eso.

A partir de que el FER triunfó en la universidad los robos descendieron sensiblemente en el Alma Máter. Uno es bandido cuando es estudiante, ¿verdad? Y me estoy acordando que los bolsos de las compañeras no sólo los ocupábamos para eso, sino que también para otras cosas: para robar en los supermercados. Y me acuerdo que también para algo más, que no sé si les vaya a gustar a algunos puritanos; entre nosotros teníamos un sindicato de parejas y nos daba miedo que las compañeras salieran embarazadas. ¿Y cómo aguantarse uno durante el ciclo natural de la compañera? La salida era buscar anticonceptivos. Pero como los anticonceptivos eran muy caros, entonces descubrimos que en una farmacia que quedaba de donde Prío media cuadra abajo, que era la farmacia Balladares, en el extremo derecho en la primera gaveta estaban los anticonceptívos. En ese ángulo del mostrador había un sitio donde colocaban revistas: *Vanidades, Ecran, Siete Días, Selecciones del Reader's Digest* y toda suerte de literatura calificada. ¡Ni dudarlo! ¡A robar anticonceptivos se ha dicho! El operativo era el siguiente: llegábamos las dos o las tres parejas, pero nunca una sola; como éramos conspiradores, ya sabíamos a qué hora del día había menos personal

en la farmacia: al mediodía, a la hora del almuerzo. Sólo quedaba una mujer, pelito corto, vestida de blanco, con una gran cara de aburrida... más que de aburrida, de amargada. Entonces llegábamos y una pareja le montaba un operativo de distracción; preguntábamos por una medicina que ya sabíamos que estaba en el extremo opuesto y en la parte de arriba, de suerte que la mujer para poder despacharla tenía que subirse encima de una silla y dar la espalda totalmente a la gaveta en la que estaban los anticonceptivos. Entonces la otra pareja se ponía como que estaba viendo revistas, como que estaba viendo... y ¡fas! abría la gaveta. Yo recuerdo que cuando me tocaba a mí, abría la mano todo lo que podía, hasta que me quedaban tilintes los dedos y cuando cerraba el puño encima de los anticonceptivos agarraba lo más que podía. La compañera que ya estaba a mi espalda cubriéndome por cualquier cosa y vigilando a la mujer que despachaba la medicina en el otro extremo, echaba los anticonceptivos en el bolso de la companera y el operativo quedaba cerrado. Recuerdo que eran unas inyecciones que tenían un mes de efectividad, ¿te imaginás vos lo que es eso? Un mes sin preocupaciones, sin tensiones... Luego salíamos agarrados de la mano, nos hacíamos la seña con la otra pareja y nos íbamos todos de lo más felices, y ni siquiera esperábamos llegar al apartamento para ver cuántos nos habíamos traído... Y va risa, y va besitos en la mejilla, en la calle... Yo creo que, como se dice, nosotros irradiábamos juventud en ese tiempo. No sé por qué, pero ahora yo siento que los estudiantes ya no son los mismos. No son como antes, no son como éramos nosotros, creo que les falta brillo, brío, de las dos cosas les falta... o es que me estoy poniendo viejo...

Ese mismo año de 1970 el FER orientó al CUUN luchar porque se ampliara el cupo de primer ingreso de estudiantes del primer año de medicina. Entraban 50 nada más y nos planteamos la conquista de 100. Por supuesto, conseguimos movilizar a todos los estudiantes, fundamentalmente a los del año básico, que en León eran unos 1500 y en Managua como 2000. El Gato Munguía se puso a la cabeza de los estudiantes y tras el Gato nosotros, los mismos de siempre, agitando, organizando, haciendo mítines, tomándonos los edificios de la universidad, reventando bombas de mecate, poniendo parlantes, sentándonos en la calle frente a la universidad, discursos, canciones, guitarras, poemas, diálogo con las autoridades, comisiones para acá, comisiones para allá, y salían caras nuevas, rostros nuevos, con futuro y destino insospechados en aquel tiempo; estudiantes que cuando encontraban motivación dentro de la lucha reivindicativa, entonces nosotros podíamos hacer trabajo político sobre ellos; y surgían nuevas figuras, nuevos muchachos, nuevas muchachas... nuevas sonrisas como la de Roberto

Huembes, que tenía una dentadura bien pareja y que en ese tiempo era medio *hippie*, andaba de caites, de camiseta, pantalones manchados, peludo; como Iván Montenegro, que era gordo, medio gordo, mejor dicho, era bien recio pero flojo, siempre de camisa *Ban Lon* y pellizcándose la cara... Y así, de lucha en lucha, de reivindicación en reivindicación, íbamos captando lo mejor de los estudiantes que entraban a la universidad. Esto le dio un gran impulso al FER. Ganamos la lucha por los cien en medicina y volvieron nuevas luchas, y nos planteamos la reforma universitaria, estudiamos la reforma de Córdoba, y queríamos cambiar nuestra universidad y luchábamos para cambiar el contenido de los programas de estudio y podíamos fuertes sumas sumas de dinero al Frente, de las arcas del CUUN.

Recuerdo una vez, cuando nos querían expulsar a dos compañeros de la Facultad de Medicina nos tomamos el edificio de la Facultad de Derecho que era de estilo colonial, donde estaban refugiados los más reaccionarios y oscurantistas de los profesores de la universidad, salvo honrosas excepciones que enseñaban con programas de estudio individualistas, donde se defendía la constitución política de Somoza, donde se hacía apología de la democracia representativa de Somoza, donde se nos instruía a respetar, por sobre todas las cosas el Código Civil; estaban justo a tono, los profesores, los programas y la arquitectura del edificio. Y como para ponerle un acento irónico a la situación, a la entrada de la facultad había un letrero grabado en la pared que decía: SIC ITUR AD ASTRA, que significa "por aquí se va a las estrellas".

Una vez hicimos una manifestación frente a la casa del decano, que era progresista pero simbolizaba la autoridad, un profesor a quien yo quiero mucho como persona, muy cristiano-occidental, y siempre nos decía que él estaba forrado por una fe inquebrantable. Nosotros siempre estábamos inventando algo distinto para incentivar a los estudiantes, para que no decayera el entusiasmo y la motivación moral, no sólo para conseguir nuestros objetivos académicos, sino también los políticos; la cosa era inventar cualquier originalidad coyuntural. Los estudiantes en ese tiempo éramos muy inventores. Yo era el presidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, la famosa AED de León. En ese tiempo fue que dispuse sacar la manifestación de la facultad hacia la casa del decano; en esa manifestación cada quien llevaba una candela encendida, y cuando íbamos por la calle toda la gente, al oír los gritos y las canciones, se salía de sus casas y abrían las puertas, porque eran como las diez de la noche y en León la gente se acuesta a las nueve; al oír los gritos, los hombres se salían en calzoncillos a las puertas, en chinelas de gancho, unos asustados, otros con rostros serios, o desconcertados, o divertidos; los estudiantes en León éramos una

atracción del pueblo, porque recordá que también hacíamos carnavales bufos que a la gente le encantaban porque ridiculizábamos a Tacho y al gobierno, y aun cuando a veces habían motivos pornográficos en los carnavales, y el pueblo de León es bien moralista y conservador, le encantaban las vulgaridades de los estudiantes. Yo creo que ellos sentían que nosotros hacíamos lo que ellos no podían hacer porque los criticaban los vecinos si se daban cuenta que hacían algo malo, o luego venían los chismes que ponían en entredicho el honor de cualquier cristiana del pueblo. Esa noche de la manifestación de las candelas las mujeres se salían en fustán o camisón, o con un montón de trapos que parecían locas, despeinadas y sin pintura, y se asomaban por las puertas entreabiertas o sacaban los pescuezos por las ventanas, y más de alguna reconocía al novio, o al hijo, o bien a mí, y entonces se oían los comentarios dentro de las casas "¡Ve al jodión dónde anda!" "¡Dios mío mi lindo!" "¡Mira lo que andan haciendo ahora!" "¡Ve Por dónde les entró ahora!" "¡Qué hombrecito para joder!"

Como íbamos cantando y miraban las candelas de lejos, primero pensaban que era una procesión de alguna virgen o un santo antes de que pasáramos por sus casas; y, claro, como desde los aposentos no se distinguía qué canción era, la gente se salía incierta a asomarse, a ver y ¡qué va! cuando miraban... El incorregible del "Flaco" Cabezas, que ya estaba colorado en el pueblo, al frente de la manifestación con una candela en la mano, caminando y gritando delante de todos los muchachos. Unos nos veían con simpatía, pero otros nos miraban como vagos, como estudiantes, como que lo que queríamos era pasar sin estudiar porque eso era lo que decían algunos profesores y algunas autoridades: que lo que nosotros queríamos era pasar sin estudiar. Pero nosotros queríamos otra cosa... eran momentos duros aquellos...

Y al fin llegamos a la casa del decano y cuando veo la casa, que tenía el estilo de la facultad, o se parecía en algo a la facultad, se me vienen a la mente una serie de ideas: el oscurantismo de muchos profesores, enseñándonos a creer, a respetar y defender jurídicamente la sacrosanta propiedad privada, se me cruza por la cabeza lo que nosotros queríamos, se me cruza por la cabeza la fachada de la facultad y recuerdo el lema SIC ITUR AD ASTRA Y A LA LIBERTAD POR LA UNIVERSIDAD, entonces me dije yo: ¡Qué absurdo! y le arrebato un *spray* de pintura a un compañero y me paro frente a la acera de la casa y le pregunto a los estudiantes: ¿Ustedes creen que con la enseñanza que se da en la Facultad de Derecho se vaya hacia las estrellas o hacia la luz? Y todos los estudiantes contestaron "¡Nooo...!" A continuación, en un arranque firme y con gran convicción pinté con letra de molde y de prisa, en la nítida pared blanca de la casa de mi decano: POR AQUI

SE VA AL SIGLO XV. A continuación, porque mi decano era y es muy religioso y en León el día de la Virgen de las Mercedes, que es la gran patroncita de León, todo el mundo pone candelas por la noche en las aceras de las casas... entonces nosotros le dejamos en la acera de su casa a mi querido decano no menos de 500 candelas encendidas.

## 5

Pero lo importante es que nosotros conseguíamos los objetivos que nos proponíamos en estas luchas estudiantiles. Y aunque no consiguiéramos los objetivos propiamente por los que estábamos luchando, a nivel de reivindicación, lo cierto es que lográbamos motivar a los estudiantes en torno de nuestra línea política, en torno de los activistas, con quienes ellos poco a poco empiezan a identificarse, e incluso empieza ya el fenómeno, digamos, de la admiración de los estudiantes de la base hacia los dirigentes del FER. Y en la medida que íbamos desarrollando la lucha, iban saliendo más y más estudiantes que se iban estructurando en círculos de estudio, que se iban estructurando en equipos, ¿ya? Equipos que posteriormente se convertían en células del Frente Sandinista. Yo no te puedo decir en ese tiempo —porque no manejaba mucha información— los pormenores de la estructura clandestina a nivel nacional, no te los puedo dar. Aunque sí sospecho que era débil.

Pero lo que te quiero referir es que las casas de seguridad y los carros que nos mandaban a decir los clandestinos que consiguiéramos, al Gato Munguía, a Leonel, fundamentalmente al Gato Munguía, a mí y a otros dos o tres compañeros nos los mandaban a pedir a nosotros porque éramos de León. El resto de los estudiantes del FER no eran leoneses. Eran compañeros de otros departamentos que llegaban a estudiar a León, que vivían en piezas de estudiantes, que nada más tenían amistades estudiantiles; pero al no ser oriundos de León, ellos no tenían amistad con los pobladores de la ciudad. Nosotros los leoneses sí. Entonces eso nos daba facilidad para buscar quién te prestara un carro, quién te prestara una casa, porque vos llegabas donde tus vecinos, donde la gente que vos conocés en León y podías lograr el apoyo que buscabas. Entonces en una ocasión, recuerdo que en Semana Santa —en otra Semana Santa— nos llega la orientación de que no saliéramos del pueblo ninguno de nosotros, o sea los principales dirigentes del FER que éramos del Frente, que no saliéramos de León y que no nos fuéramos al mar, sino que nos quedáramos en las oficinas

del CUUN porque iba a haber un trabajo muy importante. En efecto, recibimos después la orientación de que viene una *góndola* que ya está en la frontera —o que está en Chinandega o no sé dónde— de compañeros que van a entrar al país y que se requieren urgentemente casas, y nos ordenan conseguir casas a como dé lugar. La orden decía: "Conseguir casas. Patria Libre o Morir". Eso significaba que no había justificación, no podíamos regresar de vuelta sin conseguir una casa. Teníamos la presión encima de nosotros y encima de los compañeros clandestinos, pues había llegado la *góndola* —yo no sabía si aguardaba en Chinandega o en la frontera con Honduras— y salíamos sin saber para dónde coger, agarrábamos las calles, porque a veces vos echabas seso y revisabas mentalmente la gente que vos conocías y no dabas, pues. Entonces nos íbamos a ver a quién mirábamos, quién nos saludaba de los viejos amigos de León a quien le pudiéramos plantear el asunto. ¡Hijo de puta —me decía yo—, para dónde agarro... para dónde agarro...! Hombré —le digo al Gato Munguía—, esperate, vamos a ver si soca este jodido. Como a las seis piezas del CUUN hacia el este había un abogado que era del PLI que se llamaba Eduardo Coronado, un abogado de ascendencia proletaria, que tenía su *bufete* en la misma casa donde el hermano tenía su clínica odontológica. Hombré Eduardo —le digo—, necesito que me hagás un volado urgentemente. Fijate que necesito una casa para meter un compañero del Frente que va de tránsito, ¿ya? porque si le decía que era para que me tuviera un clandestino no me la iba a prestar, sino que el truco era decirle: para un compañero que va de tránsito para Managua y necesita quedarse aquí una o dos noches esperando que lo vengan a traer. Pero aún así con eso el tipo se me raja y me recomienda a un señor de apellido Blandino que tiene, media cuadra más adelante de donde él vive, su casa, donde también tenía una funeraria. Entonces yo le digo al compañero —que también lo conocía porque eran del PLI y yo conocía a todos los del PLI porque yo me inscribí en el PLI—. Entonces: compa —le digo— esté... necesito un volado... el problema es que eran viejos y yo era un cipote en ese tiempo... Tengo 31 años, te estoy hablando del 70, 71, tendría ¿cuántos? 20, 21 años. Es decir, meterse con un joven como yo planteándoles esas cosas... Esa era una irresponsabilidad para un viejo, aceptar una cuestión de ese tipo que yo les propusiera, ¿no? Son viejos que estaban acostumbrados a meterse en conspiraciones de viejos, o sea en conspiraciones de conservadores y liberales, que eran conspiraciones de viejos, que conspiraban en los corrillos de los cines o en las casas solariegas de León. Entonces meterse con un muchacho estudiante revoltoso, quemado, un viejo de ésos aceptar que iba a prestar

su casa para meter un hombre, era muy difícil. El me dice que no, porque en su casa no hay lugar... No —le digo yo— eso no importa compañero, mire, en el día lo metemos en una caja de muerto, le ponemos otra caja de muerto encima y allí pasa el día, los compañeros son bien disciplinados —le decía yo—. Sí, —me dice— pero es que pueden venir a comprar la caja de muerto... Usted dice que la tiene comprometida —le decía yo—. Pero el viejo no acepta y me dice: —Ve, te voy a recomendar a un hombre que es el que puede ayudarte, es otro de los del PLI, un subtiaveño...

Me voy y me encuentro a Tomás Pérez. El hombre se ve que quiere ayudarme cuando le hago el planteamiento, pero realmente su casa no presta condiciones. Yo lo veo, y él me dice: hermano, yo con gusto, pero en esta casa no hay cuartos. Te cuento que la *góndola* de la que te estoy hablando es en la que venían Tomás, Modesto, Oscar Turcios, Juan José Quezada, José Dolores Valdivia, René Tejada... ¡Toda la mancha brava! Era toda la *góndola* que venía de Cuba y creo hasta de Vietnam. Entonces el compañero me dice que él no puede, pero que hay un hombre que está seguro que sí puede, que me lo garantiza y que vamos a ir a buscarlo, pero que no está en su casa, que anda en un entierro ahí en Subtiava. Y entonces nos vamos al entierro y él me dice: Pero ve —me dice— yo no voy a llegar con vos hasta donde él porque me voy a quemar... Si él te dice que no, él va a creer que yo soy del Frente —me dice— y está jodido eso. Yo te voy a señalar cuál es, y vos hablás con él y lo llamás aparte. En efecto, nos metemos así con disimulo entre la gente del entierro y me dice: "ese que va ahí" y me lo señala. Entonces llego yo, me pongo junto a él que va platicando ahí en el grupo, le pongo el dedo así en el hombro, le guiño el ojo, él entiende que yo le quiero decir algo. Porque yo no soy amigo de él, él me conoce porque soy quemado ahí en León, pero yo no lo conocía a él, hasta ese día. Entonces le digo: "Hermano, quiero hablar con vos una cuestión muy delicada". Cómo no —me dice— con gusto. Nos vamos quedando atrás, y entonces le digo: "Hermano, viene un compa". Es que lo importante allí era tomar la decisión, que un hombre tomara la decisión, luego tener uno o dos hombres por una noche o tres días es igual. Lo importante es que aceptaran y tomaran una decisión. Entonces yo le planteo la cuestión y el hombre me dice: "Con gusto compañero, cómo no..." Un subtiava, Magno Bervis.

¡Qué felicidad! Yo agarro para el Club Universitario, no jodás, a pie, que se me hizo lejos... las cuadras, ¿verdad? Llego sudado y le pregunto al compa: ¿Qué consiguieron ustedes? Nada, hermano... Yo sí hermano, conseguí una. ¿Nítida? Hermano, no es nítida, pero es una casa. ¿Y dónde queda? En Subtiava. ¡Pijudo! ¡Vámonos!

En efecto. Llega el contacto en la noche y llevan a esa casa a una pareja: a Pedro Aráuz Palacios, "Federico" y a otro que no recuerdo. No, miento, la gente no llega, no viene la gente de Chinandega y el hombre se queda esperando. Y yo le llego a decir que no van a llegar y entonces él me dice: "Bueno, cuando vaya a ser eso, usted me avisa para estar preparado". El ya había llegado a su casa, había hablado con la mujer, a la mujer le había contado porque como su casa pegaba con la de su mamá y sus hermanos, les había dicho que iba a llegar un amigo de Managua, que se había robado a una muchacha y lo andaban siguiendo... ¿verdad? y que lo querían casar y él no se quería casar... y que entonces con ese pretexto iba a estar allí. La cosa es que al fin y al cabo la *góndola* entra, ya habíamos conseguido otra casa. Yo le caigo a Joaquín... en ese tiempo está entrando Joaquín Solís Píura, que es ahora viceministro de salud, está entrando de Europa, de Suiza, de un posgrado, es el mismo que fue presidente del CUUN cuando la masacre del 23 de julio. Entonces yo le caigo, él no me conoce pero él ya sabe... él se investiga quiénes son los nuevos dirigentes y ya sabe que soy un dirigente, y entonces yo le caigo y el hombre me soca, y tenemos dos casas.

Cuando la *góndola* viene, nosotros tenemos dos casas, y efectivamente el hombre empieza a colaborar. Pero Federico y toda esa gente estaba de paso para Managua. Entonces yo empiezo a hacer trabajo político con el hombre. Era una casa en una calle polvosa del barrio de Subtiava un barrio marginado, indígena; la casa estaba aislada y hasta como a treinta metros habia otra casa de un hombre que después reclutamos también. El patio era un patio inmenso, un gran solar. Entonces yo le planteo que tenemos que estudiar, que hable con su hermano, que busque ahí gente para estudiar, que no diga que es cosa del Frente, sino de estudiantes que llegabamos al barrio para hacer conciencia. Entonces como la casa era muy chiquita y muy incómoda y no se podía estudiar (el montón de chiguines y la mujer trabajando ahí, pues la mujer vendía vaho y preparaba el vaho en la tarde, en la noche), él regaba el patio y a la orilla de la puerta poníamos una regla que pendía del techo, sacábamos una extensión que tenía un bombillo, una luz, una bujía, como de cincuenta, qué sé yo... Y entonces poníamos cinco, seis, siete sillas que él había conseguido... tenía tendencia natural de líder. Fue justo una puntería, algo del azar, que iba a tener una gran proyección de futuro como ahí lo vas a ver más adelante. Entonces el tipo reúne los cinco, seis, ¿no? Yo llego como tres veces... empezamos a estudiar el *Manifiesto comunista*, empiezo a ser amigo de los cinco o seis, todos indios. Unos dedicados a las labores agrícolas, otro de ellos era chofer de taxi, otros eran picapedreros, otros estaban

ligados a la pesca, otros tenían finquitas cercanas. Subtiava es un barrio que está a las orillas de León, buscando para Poneloya, para el mar.

Y se miraba que cuando yo hablaba ellos estaban absorbiendo con los ojos, como que de los ojos se les refractaba al cerebro, quién sabe cómo sería el proceso, la cosa es que ellos entendían, entendían, entendían, y como que luego del cerebro se volvía a los ojos y por la expresión de la mirada yo sabía que estaban dando la vuelta al mundo, estaban dando vuelta a su propia cabeza y estaban descubriendo una gran cantidad de cosas a cada momento, pero en una forma demasiado acelerada porque así era la expresión de los ojos. Y se fueron entusiasmando y entonces fueron... y reclutamos más. Pero como yo era demasiado quemado, cuando ellos empiezan a trabajar acordamos que yo no debo llegar allí. Primero, porque esa es una casa de seguridad que se va a seguir ocupando posteriormente, pues aunque ya Federico no estaba ahí, se podía volver a ocupar; segundo, no podía ser ya centro de reuniones, porque a veces pasaban los vecinos por la calle y miraban el patio abierto y allí estaban los cinco o seis hombres bajo la luz, yo con un folleto, estudiante quemado, hablando ahí. En silletas, en bancas, en patas de gallina, todos sentados. Y entonces el FER, el Frente a través del FER, delega a otro que se haga cargo del trabajo del barrio y encarga a Iván Montenegro Báez, el "Gordo" Montenegro, que ya estaba más crecido.

Total que el trabajo en Subtiava empieza a crecer como reguero de pólvora, silenciosamente, en la sombra. Y nosotros empezamos a proyectar a Sandino dentro de Subtiava. Ellos tienen un cacique que fue el cacique más representativo de ellos: Adiac. Nosotros proyectamos a Sandino como continuador de Adiac, y entonces encarnamos a Sandino en Adiac, pero a Sandino con la proyección del *Manifiesto comunista*, ¿te das cuenta? Entonces empieza a correr de casa en casa ahí, de indio en indio, la idea de Adiac... Sandino ... lucha de clases... Vanguardia... FSLN.

Y empieza a nacer todo un movimiento en Subtiava, poquito a poco. Y aquí es donde te quiero hacer ver lo que se entrelaza. Nosotros empezamos a penetrar los otros barrios de León a través de familiares de los subtiavas que ya no vivían en Subtiava, sino en otros barrios, porque se habían casado, por lo que vos querrás, y entonces nosotros mandamos a reclutar a sus parientes en otros barrios y así hicimos los primeros contactitos con gente oriunda de Subtiava. Te estoy hablando de La Providencia, Reparto Vigil... Llegó un momento incluso en que el FER empieza a desarrollar un departamento para barrios. Ya no solamente nos hemos proyectado a secundaria, ya no solamente hemos crecido en la universidad, sino que el FER empieza a proyectarse a los

barrios, porque es el Frente a través del FER. Cuando el trabajo de barrios se va desarrollando, el Frente dice: "Bueno, ahora el FER se olvida de esto. Esto lo asume la estructura clandestina del Frente".

Y empiezan a sacar a una serie de cuadros del FER para que atiendan directamente a nivel de Frente el trabajo de barrios y se empiezan a organizar juntas comunitarias por la luz eléctrica, por el agua, por esto, por lo otro... Y claro, los barrios se van desarrollando poquito a poco y salen sus propios líderes y entonces ya eran menos estudiantes los que llegaban a los barrios; nada más que el coordinador. Y van surgiendo los líderes de las masas y se van formando... y entrelazamos los dirigentes de barrio y va naciendo el movimiento de los barrios. Ya el FER no tiene que ver nada ahí. E incluso, a esta gente reclutada en esos barrios la mandamos a introducirse a los sindicatos de León; y empezamos a penetrar los sindicatos de León. Esos sindicatos son ahora toditos afiliados a la CST y los dirigentes actuales de la CST de León... los Izaguirre, toda esa gente... Era algo bello, eso fue algo bello.

## 6

Hay una cosa que a mí me impresionó, que siempre me llenó de satisfacción. Mirá, yo siempre repetí algo que ya en 1974 decía: si a mí la Guardia me mata sólo que me destrocen el rostro a balazos me van a quitar una sonrisa después de muerto, yo juraba eso. Porque yo sentía que a esas alturas yo le había hecho tanto daño a la Guardia, tanto daño al enemigo, tanto daño al imperialismo, que matarme a mí era demasiado poco para el daño que ya les había hecho a esas alturas, ¿te das cuenta?

Cuando yo me fui a la montaña, yo me voy a la montaña con una gran firmeza, sin vacilaciones —aunque a veces resulta feo decir esto— Cuando yo me fui a la montaña yo sabía que detrás de mí estaba el Frente, como Frente, que no me iba solo; y sabía que cuando salí de Subtiava, detrás de mí estaba toda una generación estudiantil, pero lo que es más importante: una generación estudiantil a la que yo, en alguna medida, le había impreso —y tal vez aquí peco de falta de modestia— mi propio sello de combate.

Porque ese movimiento estudiantil es el que después se proyecta a todos los departamentos. Incluso los estudiantes nuestros reclutados en León son los que en sus departamentos inician la labor de barrio, y son los primeros contactos de los regionales clandestinos que manda el FSLN a los diferentes departamentos.

Pues bien, te decía que yo me voy a la montaña con una confianza absoluta, no de salir vivo, sino de la victoria, fundamentalmente porque yo sentía que atrás estaba Subtiava. Y cuando yo me voy a la montaña, Subtiava... era un poder.

En 1972 o 1973 empiezan a salir las primeras manifestaciones populares. Antes las manifestaciones eran sólo de estudiantes, pero no eran manifestaciones de los barrios. Recuerdo una vez que hicimos una manifestación, que no atino ahorita de qué era, en la que se juntarían una corriente de la universidad y otra corriente de Subtiava, donde teníamos capacidad de mover masas, aunque a la manifestación concurrían los elementos que ya teniamos reclutados en los otros barrios, los pequeños comités. Aquélla, como todas las movilizaciones de Subtiava, fue impresionante. De Subtiava a la catedral es una sola calle recta. Nosotros nos ibamos a juntar en el parque frente a la catedral: los estudiantes íbamos a salir de la UNAN al parque y la gente de Subtiava, de Subtiava al parque.

Nosotros descubrimos los orígenes indígenas de los subtiavas y se los alimentamos, tratamos de traspolar sus viejas luchas ancestrales de Adiac, recordarles cómo fueron despojados, cómo fueron sometidos, y cómo liberales y conservadores fueron empujándolos y quitándoles las tierras, y cómo Sandino se rebela, igual que se rebeló Adiac... Y luego la cuestión de que las clases burguesas los están dominando. Entonces cuando los subtiavas salían en manifestación... antes de salir en manifestación, sonaban sus atabales ¿sabés lo que es un atabal?, es un tambor. Entonces salían las comisiones por todo el barrio con tambores: *parangan -pangarán*... Es un sonido así: *parangan-pangarán*... Pero es un sonido sordo, es un sonido serio; no es un sonido alegre ni es un sonido triste, sino que es un sonido tenso: *parangan-pangarán-parangan-pangarán-parangan-pangarán*... Y ellos no voltean a ver a los lados, sino que van recto, *parangan-pangarán-parangan-pangarán*... Y la gente se va asomando por los solares, por los cercos de piñuelas, por las casas... Y atrás vienen los que van citando: en la plaza a las siete de la noche, en la plaza a las siete de la noche... Ya saben, porque son sandinistas, que es una orientación. Entonces se juntaban en la plaza, ahí se hacía un pequeño mitin y luego agarraban la calle Real —que así se llama esa calle que va hasta el parque central, la calle Real de León, famosa—. Entonces vos veías adelante los atabales en la manifestación con los subtiavas. Iban los atabales, tras los atabales los dirigentes y atrás todos los indios. El primer dirigente, el hombre del entierro, Magno Bervis.

Entonces vos, cuando veías marchar a los subtiavas, oyendo adelante sus atabales: *parangan-pangarán-parangan-pangarán*, veías el rostro de piedra del indígena, pelo chuzo, sin mucha sonrisa, un rostro serio,

pero no triste, tampoco amargado, sino grave, con la rabia reprimida que empieza a asomar. Entonces vos mirabas que había una unidad entre el compás del tambor, una unidad entre ritmo y rostro, o entre ritmo y marcha, o entre marcha, ritmo y rostro... No sé en qué consistía la unidad, pero vos veías a los indígenas, con las caras de indígenas, marchando y gritando consignas, pero no en el tono de jolgorio de los estudiantes que iban jodiendo y que inventaban. La de ellos era más sencilla. Un indígena gritaba: "¿Cuál es el camino?" y todos respondían, pero serios, viendo para adelante: "¡El que nos enseñó Sandino!" Pero en un tono de gravedad y eso infundía respeto, y le empezó a dar temor a la burguesía, porque era el indígena despertando, el indígena rebelde que retoma a Sandino, pero que lo proyecta con más profundidad histórica hacia el combate contra una sociedad explotadora de clase. Entonces, cuando vos mirás centenares de indígenas marchando así, serios; mujeres, niños, viejos, gordos, chaparros, altos, fuertes; hombres toscos, vos te imaginás que es una marcha no sólo de Subtiava, es una marcha de indígenas proyectándose sobre América Latina. Es el indígena de Bolivia, el indígena del Perú, el indígena de Chile; los del cobre, los del estaño, los de las plantaciones huleras... Entonces yo me percataba en ese momento que no era sólo en la calle Real que iban marchando, sino que marchaban sobre América Latina, sobre Los Andes. Sobre la historia, sobre el futuro pero con un paso firme, seguro. Entonces, cuando yo me voy a la montaña, yo sé que me pueden matar, pero también yo sé que esa marcha de indios es una marcha de indios latinoamericanos, es una marcha de indios contra el colonialismo, es una marcha de indios contra el imperialismo, que es una marcha de indios que podrían rubricar, o empezar a rubricar el fin de la explotación de nuestros pueblos.

¡Entonces, que me mataran a mí, eso era verga, verga! Yo sabía que detrás de mí estaba Subtiava.

Subtiava era una hoguera permanente. Porque fíjate que ya para ese tiempo habíamos descubierto el fuego. Dentro de la línea de ir incorporando actividades o elementos agitacionales que mantuvieran la motivación de la que antes te hablaba, digamos que fuimos en ascenso, y el fuego fue creciendo. Pero no te hablo del fuego político —aunque también el fuego político fue creciendo—, te hablo del fuego como elemento de la naturaleza. Empezamos con manifestaciones con candelas, luego se nos metió que "cada estudiante una rama de ocote", pero el ocote era muy difícil de conseguir porque sólo había en el norte del país. Nosotros veíamos que cada vez que sacábamos candelas la gente se interesaba. Luego hicimos una manifestación, temprano, con ramitas de ocote y la gente se plegó a la manifestación porque fue

temprano y porque a la gente le llamaba la atención las antorchas de ocote. ¿Has visto aquellas procesiones de la Edad Media, que van un poco de viejos con capuchas y que van así, en lo oscuro, por aquellos pasillos de los castillos, los monjes...? Entonces, en los barrios oscuros, en las calles, como a un lado hay una fila de casas y al otro hay otra fila de casas, parecían el corredor de un castillo medieval. ¿Te imaginas vos el montón de lucerios, con las ramas de ocotes encendidas en las calles, brincándonos los charcos, subiéndonos los barrancos, los pretiles de las calles disparejas de León...?

Pero entonces veíamos que conseguir el ocote era difícil y pensamos que mejor había que hacer en cada barrio fuego; y acordamos hacer las fogatas porque ya habíamos visto que el fuego —por el que se te ve la cara en la oscuridad—, atrae a la gente y la gente siempre está viendo la llamita de fuego cuando está encendida. Está viendo la llamita de fuego pero también está oyendo; y está oyendo y entonces los ojos y la mente van del fuego a la palabra, de la palabra a la boca, del fuego a la palabra del que está hablando, y entonces hay un ciclo allí bien bonito que nosotros descubrimos que existía. Entonces dijimos: Bueno, vamos a hacer fogatas en las esquinas. Y empezamos a hacer fogatas en las esquinas... Y además, que era más fácil conseguir la leña con las tablas viejas de las casas, o la comprábamos... en los barrios la gente cocina con leña, entonces siempre hay unas casas que venden leña, cinco pesos de leña son unas rajas de leña así como de medio metro o un metro. Hoy, mitin con fogata, decíamos. Entonces llegaban nuestros activistas, cinco o diez activistas de la universidad, al comienzo, en el verano, porque en el invierno llovía. Andábamos un galón de gas, arpillábamos la leña y le prendíamos fuego en los barrios oscuros. Entonces alrededor del fuego empezábamos a gritar: ¡Pueblo únete, pueblo únete...! O gritando las consignas por las que nos reunían allí. Digamos: ¡Para Chico Ramírez y Efraín Nortalwalton... libertad! Ahí fue donde generalizamos las fogatas, en la campaña por la libertad de Chico Ramírez que es comandante guerrillero ahora, y Efraín Nortalwalton que era un profesor salvadoreño.

Entonces nosotros observamos que al encender fuego en esos barrios oscuros la gente se brincaba un cerco de piñuelas que daba a la calle, venían de los patios, se cruzaban los predios montosos, con árboles... Y vos veías cómo la gente salía a la calle por las tapias de madera, por los cercos de alambres de púas, que en algunos casos son los que marcan el lindero de la propiedad de la casita. O veías que se salían de las casas, o ya los veías que venian sobre la calle... La cosa es que de todos los puntos del barrio, de entre las casas, de entre los patios y

por las calles y las bocacalles, empezaban a converger en la esquina y se paraban a cierta distancia de los agitadores.

Te decía que empezaba a converger la gente allí, se paraban a la orilla, cerca de nosotros. Entonces nosotros los llamábamos para que se acercaran y los chigüines eran los primeros en llegar, los cipotitos pequeños, pues, y eran los primeros en gritar. Y los cipotes hacían coro con nosotros. Nosotros estábamos conscientes de que se oían más las voces, de que el coro era más grande, pero estábamos conscientes que eran todos cipotes. De ahí que al comienzo los subestimamos y entonces no le dábamos importancia a los cipotes, aunque sí nos sentíamos un poquito acompañados porque no estábamos solitos, íngrimos... Por lo menos estaban los cipotes y nos daban un poquito de compañía.

Pero luego llegaba también algún obrero, que era sindicalista y ya llegaba medio motivado... los sindicatos débiles, de artesanos, sindicatos pequeños de León. O llegaba tal vez alguna locataria del mercado, que era un sector bien combativo. O llegaba algún estudiante que vivía en el barrio marginado y se unía... y empezábamos a corear. La cosa es que a medida que se iba juntando un poquito de gente, la gente se iba aproximando más, se iba congregando más. Y la gente siempre estaba viendo el fuego y nos estaba viendo a nosotros. Empezábamos a hablar y tratábamos de ver a las personas cuando estábamos hablando, como con deseos de meterle en el cerebro lo que uno estaba hablando. Es más, como no teníamos formas organizativas para contactar, para estudiar con la gente, para convencerla, para persuadirla, para hacerla que se rebelara, entonces esos pocos minutos en que nosotros les dábamos ese contacto a través del fuego, tratábamos de desarrollar al máximo nuestra capacidad persuasiva sobre la gente. Y se iba acercando más gente, y más gente, y más gente... Y se acababa la leña y mandábamos a traer más leña. Y se iban consumiendo los palos de leña y la gente seguía oyendo y seguía oyendo.

Las fogatas se repitieron una vez y otra vez, y otra vez, y luego ya la gente de las casas te ayudaba a arpillar, a hacer las casetitas, las torrecitas que formábamos con la leña para encenderla. Y las seguimos haciendo, y fue yendo más gente; ahí se consumió mucho fuego.

Y luego la gente ya tenía leña, y daba leña de su casa, o si tenían llantas viejas las traían también, o madera que estuviera tirada en el patio... Y cuando se nos acababa el gas y no podíamos encenderla porque la leña estaba verde, nos regalaban más gas. Y bueno, la fogata se fue generalizando en todos los barrios y paulatinamente fue adquiriendo un carácter subversivo. El fuego fue tomando un carácter subversivo porque todos los opositores, todos los antisomocistas, todos los pro-

sandinistas se aglutinaban alrededor del fuego. Entonces la fogata era síntoma de subversión, era símbolo de agitación política, de ideas revolucionarias llevadas por los estudiantes a los barrios. Las fogatas eran enemigas de la Guardia. La Guardia odiaba las fogatas porque la fogata concentraba a la gente. El fuego concita, integra, une; como que el fuego te da valor, como que el fuego te hace sentirte más protegido, más fuerte. Como que la llama fuera compañía. Es una sensación más o menos de ese tipo.

Pero claro, la fogata fue creciendo y, como te decía, se convirtió en un abierto desafío, en una conspiración pública. La fogata se convirtió en grito, se convirtió en consigna, pero la consigna iba creciendo en la medida en que las fogatas se multiplicaban y en la medida en que las masas se aglutinaban en torno a nuestros dirigentes. Y se fueron identificando y haciéndose más grandes. Y habían diez, quince, veinte, treinta, cincuenta, cien fogatas en la ciudad. Pero lo bueno es que con el desarrollo de la organización, cuando el trabajo de barrio se expandió posteriormente y el Frente dijo: "Bueno, ahora esto lo asumimos nosotros", las fogatas ya no las hacen los estudiantes. La gente de cada barrio empieza a encender sus propias fogatas. Era algo así como que en el día los explotaban y en la noche se rebelaban. En el día trabajaban y en la noche protestaban y gritaban. Y la fogata no consumía esos gritos, más bien les daba vida.

Entonces, cuando yo me voy a la montaña, no es solamente la marcha de los indios lo que me llevo tras de mí, sino que era también un desencadenamiento de fuego, el desencadenamiento de llamas en todos los barrios, de conspiración, de rebeldía lo que me acompañaba. Era un pueblo en llamas que posteriormente se convirtió en un pueblo en armas, pero que empezó siendo un pueblo en llamas.

Es decir, yo no me voy a la montaña solo, sino que yo me voy con una gran sensación de compañía. Al comienzo sí estuvimos solos, cuando te decía que solamente gritábamos nosotros y el montón de cipotes, de niños... En ese instante nosotros sentíamos una gran soledad, solamente acompañados por el recuerdo de nuestros muertos, que nos daba una gran vida. Nos costaba establecer comunicación con la gente.

Es que no habían lazos orgánicos, no habían lazos todavía ideológicos ni políticos, sino que nuestra palabra era para ellos una mezcla de peligro con expectación; de extrañeza con temor. Por eso te decía que tuvimos que desarrollar una gran persuasión. Yo hice para entonces un descubrimiento —digo un descubrimiento personal, político—, no estoy hablando de haber descubierto el agua caliente: descubrí que el lenguaje identifica. Descubrí por mi propia cuenta que el lenguaje comunica.

Yo iba repasando los rostros de todas las personas que estaban a nuestro alrededor; miraba a los obreros con gorras que no decían ni que sí ni que no; mujeres gordas con delantales que no se reían pero que tampoco decían que no, eran rostros en alguna medida impenetrables, impersonales. En más de alguna ocasión sentíamos la sensación de que no estábamos haciendo nada, que la gente no nos entendía, que no les importaba. Y vos querés meter a verga, a la fuerza, en el cerebro de la gente lo que estás diciendo, pero no es posible. Entonces era un nudo esa incomunicación al comienzo. Y por encima de eso, si llegaba la Guardia y los jodía a ellos, o nos jodía a nosotros, o nos jodía a todos... Entonces yo recuerdo que una vez, hablando, yo dije malas palabras y entonces, je je je, la gente se sonrió cuando yo dije malas palabras y se quedaron viendo entre ellos mismos; se comunicaron, entre ellos sí había comunicación, se reían, pero se reían en torno a algo que yo había dicho. Entonces me di cuenta que me había comunicado. Y este es un elemento muy importante, por cuanto yo empecé a descubrir que una mala palabra o una palabra soez bien dicha tiene un contenido político bien explosivo y bien penetrante. Y no es lo mismo ir a hablar de la coyuntura histórica a un barrio, que decirles que los ricos con los reales que explotan se van a putear a Europa, ¿te das cuenta? Entonces como que el pueblo se empieza a identificar con eso, con ese planteamiento. Se empieza a identificar con esa mala palabra. El pueblo empieza a encontrarse, porque ayudamos al pueblo a que repare en su situación.

Esta guerra, pues, no solamente costó un montón de tiros, un montón de fuego, un montón de hijos, sino que se vertieron millones de malas palabras. Malas palabras que sintetizan rabia, odio, esperanza, firmeza. Millones de millones de malas palabras encarnándose: el *hijueputa* tenía un significado político, o el *cabrón*...

Por todo eso repito otra vez, que cuando yo me voy a la montaña, sé que yo no voy solo. Voy con una sensación de compañía de miles de subtiavas y de obreros de los barrios de León, de fogatas... Es decir, me voy acompañado de un desafío colectivo que había proliferado en las masas, me voy acompañado de millones de malas palabras que sintetizaban el odio de las masas y las aspiraciones de las masas. Malas palabras que tienen un contenido político porque ellos decían: ¿Adónde irán los pobres? ¡Al poder! ¿Adónde irán los ricos? ¡A la mierda, a la mierda! ¿Adónde irán los pobres? ¡Al poder, al poder! ¿Adónde irán los ricos? ¡A la mierda, a la mierda! Entonces es una mierda inmensa que ha trascendido al barrio marginado y ha empezado a ensuciar a la burguesía.

Por eso es que yo me fui a la montaña con una fe infinita. Porque no era sólo el sentimiento romántico de aquella marcha que te refería, sino que detrás de eso ya había toda una práctica política, una práctica organizativa, una práctica de combate —en este caso callejero—, de movilización de masas.

## 7

Cuando yo subo a la montaña subo con una moral extraordinaria... digamos con las baterías cargadas, por todo lo que he referido anteriormente, porque quedaba a mis espaldas una gran cantidad de trabajo político; por otro lado, yo sentí la íntima satisfacción de que en ese incendio que se empezaba a vislumbrar en las ciudades, yo había puesto mi pequeña chispa.

Este fue un factor importante para que yo no pensara en desertar desde la entrada misma a la montaña, porque el impacto que te causa cuando pasás abruptamente de un medio a otro y sobre todo cuando vos no estás preparado físicamente para eso, es muy fuerte. Yo diría que no estábamos preparados ni psíquicamente para eso, porque a pesar de que habíamos leído el *Diario del Che*, escritos sobre Vietnam, sobre la Revolución China, una serie de relatos, de trabajos sobre los movimientos guerrilleros de América Latina y de otros lugares... la idea que teníamos era muy general... no sabíamos lo que era en concreto eso. Entonces, cuando nos meten a nosotros, nos dejan primero un día en una haciendita que está antes de llegar a Matagalpa, propiedad de un compañero colaborador, creo que era de Argüello Pravia, que fue liberado en la acción del 27 de diciembre; ahí nos recibe Juan de Dios Muñoz y nos mete en una casita que había ahí. Hasta ese punto llegó el vehículo que nos fue a dejar. Lo manejaba Cuqui Carrión. Para mí fue un gran susto cuando reconocí a Cuqui Carrión manejando el vehículo. Antes de salir de León nos habían reconcentrado en una casa del barrio San Felipe, en unos apartamentos nuevos de estudiantes. Nos llevaron por la tarde. Por la madrugada apareció un *jeep* rojo, Toyota o Nissan, a recogernos. Tocaron la puerta, montamos los sacos que llevábamos y nos subimos Iván Gutiérrez, Aquiles Reyes Luna y Denis Palma en la parte de atrás; era una madrugada fresca, como a las 3 de la mañana. Era la primera vez que yo iba a subirme en un vehículo clandestino y estaba con la curiosidad de saber quien era el que nos iba a llevar, y todo eso...

Pasamos esa noche sin poder dormir esperando las 3 de la mañana. ¡Quién iba a poder dormir...! con una gran tensión, hablando babo-

sadas... nos quedábamos viendo, haciendo cálculos de cuánto tiempo íbamos a necesitar para triunfar, que si cuatro o cinco años, y luego cada quien hacía sus análisis nacionales e internacionales para argumentar que eran cinco años, o que eran diez años... la cosa es que tocan la puerta, el compañero abre, montamos los sacos. Yo reconozco a Pedro Aráuz Palacios porque se baja, se vuelve a montar, el chofer no se baja ni voltea a ver a los lados. El chofer está impertérrito, serio, el jodido. Está oscuro, y aunque creo que hay una luz en la esquina el resplandor llegaba muy poco hasta donde estábamos nosotros, no alcanzo a reconocer al hombre que maneja y que lleva una chaqueta negra, o café creo que era, no sé si de tela o de cuero, con un casco tipo obrero, tipo minero y una especie de toallita alrededor del cuello. Y yo no quería mirarlo por una cuestión de compartimentación, aunque me daban ganas porque yo me iba para la montaña, pero fue mas la educación, porque eso no es correcto aunque sepas que nadie se va a dar cuenta si vos lo ves, pero es una cuestión que uno la lleva adentro, de autocontrol, de autodisciplina.

Y entonces... allá al rato, amaneciendo, porque pasamos primero por Chinandega a dejar a uno de los clandestinos que se quedaba ahí, empieza a hablar Federico con él. Yo recuerdo que en la carretera comenzamos a cantar, cantando canciones como para darnos ánimos, no porque nos sintieramos desmoralizados, ni mucho menos, íbamos con una gran moral, sino porque sabíamos que nos estábamos metiendo a una empresa que estábamos seguros iba a triunfar... lo que no sabíamos es quién de nosotros iba a verla triunfar porque, efectivamente, algunos de los que viajaban ahí, murieron.

Se nos planteaba la interrogante de cada quien, cuando íbamos callados en el vehículo... en la noche... que nadie te va viendo la cara, que nadie sabe lo que vos vas pensando, uno va barajando, porque vos sabés que no es una película, como en algunas películas en que al final aparecen todos los actores que participaron en *close-up* congelados, incluso los muertos; nosotros, por el contrario, sabíamos que algunos no íbamos a volver... y claro, tampoco sabíamos cuánto tiempo iba a durar la película. Entonces íbamos cantando... cantábamos con alegría, pero no sé, el canto no era totalmente espontáneo... era como tratarnos de agarrar de las palabras del canto para impulsarnos hacia arriba, para no quedar sumergidos en esas ideas... Al rato es que veo que empieza a hablar Federico con el chofer y entonces, claro... yo reconozco, ya va clareando, yo reconozco que es Cuqui Carrión, el ahora comandante guerrillero, que participaría después en la acción del 27 de diciembre... Yo me voy de espaldas porque Javier Carrión era un muchacho burgués, a quien yo había conocido porque era de

la pelotita de la Claudia y de la "Guaba" hermano de Tito Castillo, hoy ministro de justicia; yo los había conocido en el apartamento que tenían ellos en León, donde Claudia y yo hacíamos el amor, porque Cuqui nos prestaba el apartamento. Para entonces el modo de hablar de ellos era todo al suave, algunos de ellos eran quemones. Empecé a conocerlos y ellos se empezaron a motivar, entonces me hacían preguntas y en vez de estudiar pasábamos horas y horas hablando, eran muchachos burgueses con mucha plata tal vez no millonarios, pero con plata, y algunos de los muchachos fueron evolucionando, dejaron de quemar de repente, se ligaron a las actividades del CUUN y se fueron haciendo más serios sin perder la alegría, pero más responsables, incluso en el estudio; por eso fue que me asustó...ah bueno... porque antes me habían ordenado que dejara de llegar al apartamento para verme con Claudia; entonces me imaginé que lo ocupaban para hacer reuniones del Frente, entre otras cosas... y en realidad así fue. Pero es que Cuqui era ya el chofer clandestino de Pedro Aráuz Palacios y no se podía quemar, y también lo alejaron de las: actividades del CUUN... Y entonces pensé... Cuqui se separaría, no se motivaría, no siguió luchando, qué se yo; así que cuando lo veo me dio una gran alegría Cuqui metido allí.

Y bueno, entonces amaneció, y ya como a las cinco y medía de la mañana llegamos a la finquita esa que les digo, en las afueras de Matagalpa. Ahí pasamos todo el día, nos comimos una gallina, me acuerdo. En la noche nos llegan a traer, creo que era en otro *jeep*, no recuerdo muy bien si era un *jeep* o era una camioneta de tina. Nosotros no sabemos para dónde vamos, sólo que a la montaña... pasamos por Matagalpa, seguimos y nos metimos a una carretera pavimentada, no recuerdo si sería la que va para Jinotega; luego la dejamos y agarramos una trocha. Esa era la parte ya más peligrosa, porque empezamos a caminar en zonas donde tradicionalmente ha habido actividades guerrilleras y aunque no se veía mucha vigilancia del enemigo, porque habían pocas detectaciones, sin embargo existía mucho soplón y algunos retenes del enemigo; pero los compañeros ya habían limpiado la zona; esto quiere decir que mandaban siempre un vehículo adelante para ver si habían retenes, se devolvía y hasta entonces salía el vehículo nuestro.

Fue un viaje como de tres horas en *jeep*, otra vez de noche... nosotros íbamos sin dormir, desde el día anterior no dormíamos en el día y empezamos a viajar de noche... Es un camino malo, vemos que hay montañas, que hay guindos, subidas, bajadas, terrenos malos, lodazales, algunos ranchitos donde divisábamos el fogón pues no hay luz eléctrica... de vez en cuando nos encontrábamos un vehículo que venía

en sentido contrario. Para nosotros significaba ir adentrándonos en el misterio, porque no sabíamos cuándo comenzaríamos a caminar; no preguntábamos nada por una cuestión de educación, no sabíamos si íbamos a coger para el monte, si íbamos para una casa... nada... ni quién nos iba a esperar ahí, y las armas... y si andan con uniformes... y toda la curiosidad nuestra... pero uno eso lo va manejando por dentro y ya vamos con las armas por fuera, nosotros, con las armas cortas por fuera... Hasta que de repente el vehículo se para, hace un silbidito el compañero Juancito (Juan de Dios Muñoz), y sale un campesino clásico norteño, yo conocía más o menos el tipo de campesino cuando iba a pasar vacaciones donde mi tío Víctor cuando chavalo. Entonces ya conocía la cara, el tipo del campesino, porque no es el mismo campesino de León... es distinto, no sé por qué razón será. Con un sombrerito norteño, mala dentadura, estaba medio oscuro, no se miraba muy bien, porque se apagaron las luces del vehículo... había una media luna bajita... pero como estaba lloviendo, porque también nos llovió en el camino, no se apreciaba muy bien. La cosa es que nos dicen que nos bajemos todos. Sacamos el vehículo así un poquito de la carretera, bajamos todo y lo metemos a una casa. Se levantó una gente, los niños se pusieron a llorar. Eso fue como a las 11 de la noche... Y ahí nos dijo un campesino... "Acuéstense allí..." en el suelo. Habían unas pocas reglas... armamos los focos... Nosotros hacíamos ruido y Juancito nos decía: "shist, no hagan ruido..." y nosotros no estábamos haciendo ruido, pero aún así insistía. Eso para nosotros no era hacer bulla... pero era bulla... porque habían unas casas cerca y, entonces, que haya bulla en la casa de un campesino a esa hora, o que suene una voz que no tiene el acento del campesino, eso es mortal, porque significa que ahí están bajando o montando guerrilleros, que llega gente rara en la noche... ¡cualquier cosa!. Entonces nosotros no teníamos sentido de cuánto se oye el mas leve sonido, lo peligroso del sonido, de cualquier tipo de sonido, de un golpe, de un objeto metálico, de una bolsa de plástico, de un saco, de cualquier cosa... Y bueno, encendemos los focos y nosotros con el foco buscando cómo aliñar, uno agarra el foco y vuelve la luz para arriba, la hace para el lado, se sale la luz por las rendijas de las casas porque son casas que tienen rendijas entre la madera. ¿Qué puede pensar un campesino que ve dentro de la casa del vecino la luz de 4 ó 5 focos cuando a duras penas el campesino tiene un solo foco? "Pero compañero, si sólo es un foco...", "compañero apáguelo, apáguelo", como si hablara con la garganta... "no lo tenga encendido así... agárrelo para abajo..." y nos explica cómo se agarra el foco. Se agarra por el vidrio, de ahí se agarra el foco, y uno se sirve nada más de la luz que se filtra por entre los dedos... Y bueno nos pusieron super

nerviosos... y luego oímos ruido, eran animales que andaban ahí, vacas... y nosotros notábamos que Juancito estaba sumamente nervioso, tal vez porque conocía a los que íbamos ahí, algunos de los principales dirigentes del movimiento estudiantil, del FER, y nosotros ya conocíamos a Juancito, sabía quién era yo, quién era el otro... eso lo presionaba a él un poco. —Duérmanse que tenemos que salir en la madrugada — terminó por decirnos Juancito. La casa estaba situada a la orilla de un camino, ese camino lo agarrabas por montañas, por un valle, habían casitas por ahí y teníamos que salir de madrugada para pasar partes pobladas y luego coger por montañas o por abras, por picadas, por todo eso... Entonces no dormimos tampoco, qué íbamos a dormir, si había una tensión horrible, con una arma que no la sabía ni manejar. Yo andaba con un revólver grande, así... que hasta me chimaba el hijueputa cuando me lo metía aquí... y yo era super flaco, me pegaba en todos los huesos el maldito revólver... Como a las 4 de la mañana, calladitos... ¡a despertarse compañeros, a despertarse, calladitos....! abrimos las bolsas de plástico grueso que hacen ruido... hay que abrirlas muy suavecito, como cuatro o cinco bolsas de plástico, pra, pra... se oye, por el camino, por la casa vecina ... Aliñamos las cosas que habíamos sacado... y guarden los focos, denle vuelta a las pilas porque el foco a veces se abre, se enciende solito, porque roza el encendedor y se va hacia adelante, la linterna se enciende; empacamos todo y agarramos el saco y le ponemos un mecate y salimos... Eramos como cinco... Y ahí empieza para mí el calvario, desde que salí de esa casa. Ahí empieza una etapa nueva en mi físico, en mis convicciones, en el desarrollo de mi personalidad, en todo, en la madurez, en todo, en todo ... porque a partir de ahí yo iba a empezar a experimentar una serie de sensaciones por las que pasa cualquier ser humano en esas condiciones, desde las más hermosas hasta las más miserables de las sensaciones. Y lo primero que nos dice el campesino: "vamos sin hacer ruido". Y yo veo que el campesino se mete dentro de un monte tupido donde no se podía pasar; entonces yo me dije: a saber qué va a traer a ese monte, porque yo era el que seguía después. No se podía pasar. El campesino no regresa y está ahí el monte tupido que no se puede pasar, él no me dijo que lo esperara, pero yo me quedo medio esperándolo. No se podía caminar, pero el compa no se regresa... ¿Y el compa?... yo no sé, se metió ahí... no ha salido... yo veo como un muro, como un obstáculo grande ... y yo agudizaba la vista y no lo miraba... ¿no habrá salido por ahí y vos te quedaste aquí parado...? Yo, yo creo que no se puede pasar... No jodás, asomate... me empiezo a meter y no lo miro..., pero sera posible que nos vayamos a ir por este monte si no se puede pasar? No puede ser, dije yo... ¿cómo vamos a irnos así ... ? Es muy difícil y

yo sigo caminando, y aparto las ramas que habían quedado ahí por donde él había pasado; entonces yo miro que está un canalito... y el monte machacado allí monte arriba, monte al lado y monte abajo... iba en monte... Entonces esto es, que esta mierda así es... la cagué... dije yo... y ahora se me perdió porque se fue, pero es que éste va caminando para la montaña, dije yo, dónde nos va a llevar... ¡hijueputa!, entonces comienzo a caminar más rápido, pero es que me caía y el saco lo llevaba así en el hombro y se me pegaba en la mierda esa y luego se caía detrás. Yo me llamaba Eugenio. ¡Esperate Eugenio!, y veníamos haciendo una gran bulla. Ibamos todos nerviosos porque yo no miraba al hombre... jodido... y se me perdió y se me fue ... porque yo no pensé que por ahí nos íbamos a ir. Yo imaginé que nos íbamos a ir por un caminito. Yo no entendía lo que era la montaña... porque se fue entre el monte... entre el monte tupido, el jodido ... ¿Te das cuenta...? Yo no entendía eso... Aquél se caía, se enredaba, uno se sacó el zapato. Y aquello oscuro y mojado... y eso es helado. Son las montañas del norte... eran unos guatales hijueputas los que habían, unos guatales monte-bajos del tamaño de esta casa pero que no son todavía árboles inmensos sino que es monte tupido donde ha habido montaña que se ha socolado y que ha nacido un nuevo monte... árboles delgados, más altos que una casa y cualquier suerte de todo tipo de bejucos, de enredaderas de hierba pequeña, de hierba más grande, de matas de todos los tipos, todo en verde, sí... Entonces, ahí hay que entreverdear, como cuando uno se mete entre el agua y va rompiendo el agua, ahí se mete en verde, pues, en vegetación, o cuando uno camina y va rompiendo el aire, así se va rompiendo en verde...

Pero, claro, el campesino se mete ahí y va apartando y se va metiendo, y nosotros va de hablar... Hijuelagranputa... ya me quedé trabado, y se me trababa el saco, y lo jalaba, y me caía con el saco y estaba como mojado, y lo volvía a agarrar y me lo volvía a poner y ya me iba chimando el cuello... luego me cansaba de un hombro y me lo volvía a poner en el otro hombro y yo quería subir... y yo decía y cómo subió este "maje" aquí, ¿pero cómo voy a subir con el saco, si tengo ocupadas las manos?, entonces yo no sabía si agarraba el saco o lo aventaba para subirme, pero luego se me resbalaba... entonces... no puede ser... y lo agarraba así, para abajo y ponía la mano tratando de subir y se me deslizaba... un pleito para subir 30 metros con el saco... y al cabrón... pero ni lo oía yo por dónde estaba... Y nosotros va de hablar... Hermano, yo creo que no es aquí... ¡Eugenio, Eugenio vos vas perdido! yo creo que el hombre ya no va por ahí... Eugenio ¿no estará el hombre atrás? No hermano, si yo miro que por aquí pasó... Y vos qué sabés, acaso estás acostumbrado al monte... Hombré, es que yo siento... aso-

mate, asomate... Ajá, parece que por allí pasó... porque era manifiesto el gran huellón que había. Allá, al rato, se regresa el campesino, encachimbado, pero con mucho respeto ante el hombre de la ciudad: "Compañeros, hasta allá voy oyendo los gritos de ustedes". Es claro, yo no lo miraba pero él iba oyendo. Adelantito él nos viene oyendo, él tiene experiencia. Va oyendo los ruidajes, la gritazón, los pleitos... Porque muy al comiencito perdimos el genio y el carácter, no habíamos caminado doscientos metros cuando ya nos estábamos hablando en tono que nunca nos habíamos hablado, que no era siquiera el tono cuando nos hacíamos la critica en el círculo de estudios en la célula del Frente, sino más bien cuando te peleás con tus hermanos menores, cuando estás cipote, que no me jodás... hacete para acá vos... ¿ya? Y se regresa el campesino: "compañeros, vienen haciendo mucha bulla... y apúrense que nos va a amanecer aquí y nos va a ver la Guardia y nos va a matar..." ¡Qué nos apuremos! ¡Si nosotros veníamos corriendo, más bien andábamos perdidos detrás de él! A esa hora comenzamos a sentir el friíto de lo mojado y caminamos como dos horas de lo más incómodo.

Llevábamos las manos rayadas con hilitos finos de sangre, no echando mucha sangre, verdad... pero ya se miraba sangre en las manos, ya nos habían picado los chichicastes... este hijueputa campesino no siente, decía yo ... te hacías así en las manos y luego te pasabas por la cara el chichicaste, entonces no sabías si botar el saco, si seguir con el chichicaste; dos horas así, y para arriba y para abajo y de repente nos llevábamos unos grandes sustos porque habían criquitos. Criquitos son pequeños hilos de agua, manantiales de agua, pero que yo no los miraba y pum me iba encima de ellos, pero decía yo, aquí hay pasadita... un criquito de medio metro de ancho,y te ibas dentro del zanjoncito... Uno no mira en la montaña. Al comienzo todo es oscuro, hasta después es que la vista se te va haciendo una vista de gato y comienza uno a diferenciar entre las sombras, ve la topografía, pero al comienzo todo es igual y entonces, nos íbamos en los zanjoncitos hasta la pantorrilla de agua. Yo no sabía si pararme a sacarme el agua de los zapatos o qué... Hermano, el agua... no hermanos, apurémonos, no vaya a ser que nos dejen; y en mis cuentas yo iba haciendo algo anormal sin sacarme el agua de los zapatos y andaba las uñas largas y luego me tocaba con las uñas lo mojado del calcetín y me agarró jodedera con las uñas cuando iba caminando... Hasta que nos paramos, ¡por fin! ¿habremos llegado al campamento? dije yo. No tenía ni la más remota idea. Yo sentía que habíamos caminado, quién sabe cuánto tiempo, caminamos como tres horas sin pararnos. ¿Cuánto se camina en tres horas? Sacaba la cuenta de lo que caminábamos en la carretera de León a Managua,

como allí es parejo y este camino es disparejo, hemos caminado como unos 20 kilómetros, decía yo.

Parémonos aquí, vamos a esperar que amanezca. Ya estaba clareando. Compa, ¿y a qué horas vamos a llegar? Bueno, según como caminen ustedes, porque si aligeramos el paso bien nos ponemos en tres días... ¿Cómo, le decimos nosotros, tres días hasta donde está el primer campamento de los compañeros? Es que ése no es como campamento, ahí es donde está Silvestre o Faustino (que era Valdivia). El estaba ahí porque trabajaba en esa zona. El tenía un campamentito donde él se escondía para trabajar en el valle. Estaba como con tres compañeros, trabajaba con Aurelio Carrasco, estaba con Edwin Cordero, el marido de la Raquel, estaba Jorge el panadero y dos campesinos más. Ibamos Iván Gutiérrez, Aquiles Reyes y otros. La cosa es que ¡hijueputa, compa! le digo yo, en una forma que yo sabía que por tener mayor nivel intelectual podía darle vuelta y sacarle información al campesino sin que sintiera que le estaba sacando información, porque son muy listos además de que son desconfiados de los urbanos. Pero yo con disimulo quería sacarle cuándo íbamos a salir del infierno en que caminábamos porque el chichicaste me reventó...

Cuando amaneció yo estaba medio lodoso, mojado, mojado, y las manos hechas mierda y ya teníamos hambre, ya llevábamos dos noches sin dormir y como veinticuatro horas sin comer y no valorábamos y no nos imaginábamos lo que nos esperaba, si no, nos hubiéramos pegado unas buenas hartadas. Entonces nos pusimos a descansar cuando nos paramos a la orilla de un crique de un metro de ancho. "Saquen la comida porque ya vamos a cenar", dice el campesino. Pero nadie quiso comer. Andábamos cerrado el estómago de la tensión. Entonces miro que él agarra la leche en polvo que habíamos llevado, Lirio Blanco, de aquella verde de la Prolacsa; saca una porra que ya iban todas chopeadas de los vergazos que les pegábamos, miro que le echa azúcar, bastante azúcar —comen dulzudo cuando tienen azúcar—, corta un palito y lo ocupa como cuchara para batir, la llena hasta el tronco de agua y bate la leche, ¡y se ha bebido la gran porra! y nosotros viendo que se bebió una porra así... de este tamaño, sin exageración, hasta arriba; y como queda abajo pegado parte de leche que ni siquiera se llega a mojar, todavía la raspa en el bordecito con el dedo, con la uña, se lo come y todavía saca con los dientes el último resto de leche que le quedaba en las uñas. ¡A la gran puta! decíamos nosotros, tiene razón porque los pobres campesinos no beben leche, y que coma el campesino... ¡Ja...! Y va de preguntar nosotros sobre el camino... "No", dice, "ahora nos vamos a ir en una parte por abra, pero nos vamos a ir como a unos 20

metros de distancia cada uno. Yo voy a ir adelante". Detrás de él iba yo. No me le despego, decía yo, vaya y me pierdo.

Entonces empezamos a caminar, dejamos el monte, habíamos pasado el rastrojo y luego comienza otro tipo de monte que no era el que habíamos dejado, sino que una montaña con árboles grandes pero tupida con árboles pequeños de todo tipo, hierba abajo con matas de cualquier clase de monte que te podás imaginar... tupido que no ves el suelo, ni tampoco ves el cielo porque los árboles como que se besan allá arriba; no ves nada, ves pequeños agujeritos azules o blancos allá arriba, y sigue lloviendo... y empieza a llover antes de arrancar y yo no entendía por qué al campesino le cogió la jodedera de que no fregáramos el monte nosotros. "Compa, no quiebre la mata...", "compa, no casque el palo..." Yo comienzo a pensar que ese era amor del campesino por la naturaleza. Nosotros también, teóricamente, respetábamos la naturaleza porque estábamos en contra de todas las barbaridades que habían hecho en León con el problema de las tolvaneras, que por la siembra de algodón han despalado todo occidente. Pero me parecía exagerado que en semejante mar de monte comenzara a decir, "compa, no le encaje el machete". Y cuando nos vamos, nos para en fila, nos aparta y empieza a tapar con el machete y con la mano las matas que habíamos doblado al sentarnos y acomodó las hojas; y hasta pensé que si no sería el Gato Munguía, que le encantaban las plantas, el que le había enseñado a cuidar las plantas... Eran las huellas... Y bueno empezamos a caminar con un tiempo medio lluvioso como a las 6 de la mañana, más que cansados de tanto caminar. Yo estaba rendido de los hombros, me dolían las manos por el peso del saco, eran como unas 25 libras. Caminábamos por el abra que va dentro de la montaña, un camino lodoso; los caballos al caminar donde ponen el casco dejan huella y de tanto pasar mulas, muchos caballos van haciendo huecos, y entre hueco y hueco va quedando una protuberancia de tierra que es donde uno pone el pie; son unos como tumbitos... eso en el invierno es totalmente lodoso, es barro, barrial, barrialoso... nos deslizábamos, y ¡pum! te caes de culo y te levantas y se ensucia el saco; entonces uno viene, trata de limpiar el saco porque el saco se ensució y era nuevo, pero luego que le limpiás el lodo al saco ¿adónde te limpiás las manos?, ¿en un palo...? das otro paso más y te escapás de caer y metés la mano, y te volvés a embarrar de lodo. Entonces empieza a llover y seguimos caminando en el lodo, porque no podíamos poner los pies firmes entre las partes protuberantes que dividen hueco con hueco del lodo, además de que las partes protuberantes también están lodosas aunque cuando te vas en las huellas quedás hasta la rodilla, y como llevábamos unas botas de hule que son de tubo se nos iba el lodo dentro del tubo...

te vas dentro del lodo... y el saco de tanto caerse estaba todo negro y ya después decís: ¡Así que se quede este hijueputa! Así aprende uno que nadie en la guerrilla limpia el saco.

Yo llevaba una escopeta, de un tiro, de esas de quebrar, prac, y se le mete el tiro. Mis atuendos militares consistían en esa escopeta, el revólver que ya me había chimado la piel, ya me lo había cambiado de lado porque me había chimado y con el sudor me ardía, entonces me lo cambié... Y a veces se me metía entre las costillas cuando caminaba. Llevaba un pañuelo grande y en el pañuelo había echado los tiros de escopeta porque andábamos sin canana todavía y el pañuelo me lo había amarrado en la otra parte de la faja, al otro lado. Entonces llevaba mi escopeta, mi revólver y un puñito de tiros en la bolsa de atrás del pantalón, y en una mano llevaba la escopeta porque no tenía portafusil de donde colgarse y en la otra mano el saco; cuando me cansaba cambiaba de mano el saco porque era lo más pesado, y ya no sabía cómo hijueputa caminar, si había que ir subiendo y tenés que agarrarte de las manos; entonces a veces con la misma mano agarraba la escopeta y el saco y con la otra me agarraba, lo que hacía era descachimbarme, me caía encima de los tiros y me chimaba más, y a medida que va avanzando la caminata te va chimando más y más hasta que hay un momento en que el cuerpo se le vuelve a uno insoportable, ya no se aguanta el cuerpo uno, está todo chimado, a medida que vas caminando te vas cansando y entonces te va entrando como mareo, y de repente una cosa rara que nos pasó a varios por igual, oíamos como un ruido de sirena uiiiiii uiiii uiiii... como una sirena de bomberos, pero no había sirena, íbamos caminando y el campesino adelante y el pleito de no quedarse, ir avanzando y te vas cayendo en el lodo, ya de repente no te quitás el lodo ni de las manos y entonces yo para no caerme metía la escopeta y se me iba hasta el tronco la escopeta en el lodo, el cañón de la escopeta llenito de lodo; o cuando caía se me quebraba la escopeta y el tiro saltaba, entonces yo lo buscaba y metía las manos en el lodo buscando el tiro y lo sacaba y ya no hallaba con qué limpiarlo, porque no me quedaba nada limpio.

Me di cuenta que se me habían salido los tiros del pañuelo, se me iban saliendo porque un campesino los encontró. Entonces el compañero me dice: "Váyase a buscar esos tiros porque eso son huellas". "Están enterrados en el lodo", le alegué yo. "No compa, vaya". Lo que yo no quería era devolverme 50 metros en ese lodazal hijuelagranputa, además que estaba todo dolido y todo chimado. Es mejor venir entre el monte como veníamos al comienzo. Imagínese usted que estaba saliendo de toda una pesadilla que era ese monte y cómo sería ese lodo, que yo estaba deseando el anterior. Y bueno caminarnos todo el día.

Cada vez el saco se hacía más pesado y nos quedábamos descansando, pero uno como a 500 metros, otro como a 300 metros, otros como a 200 metros.

Allá... pasó un campesino por el abra: "adios... adiós...!" Los campesinos sabían que no éramos de allí, que éramos de ciudad pero se hacían los pendejos, por miedo, para que no supiéramos que habían descubierto que éramos de la ciudad.

Nosotros mirábamos que el campesino caminaba tranquilo, adelante. No iba lodoso, sólo las botas llevaba lodosas. Sacó un pañuelo limpio y se limpió el sudor de la cara, mientras mi pañuelo ya estaba hecho lodo. Llevaba lodo en el pelo, en la cara, en todos lados. Entonces al igual que antes habíamos caminado en monte, allí caminábamos en lodo, y cuando vas de tumbo en tumbo y ponés el pie perdés el equilibrio, el saco cuando se te mueve, se te pasa por este lado, y poing... te bota, porque el saco te domina o te quedas en equilibrio y el saco te jala para atrás... poing... o soltás el saco y no te caes o te vas por un lado y te tropezás. Ya por último yo agarraba el saco, lo jalaba porque ojalá que fuera un lodo en un camino parejo pero es que es un lodo que va dentro de la montaña subiendo y bajando y con guindos a la orilla en algunos casos. Horrible, el lodo es horrible.

Recuerdo que nos paramos como a las 4 de la tarde porque ya íbamos a dormir, dijo el campesino. Bueno, ya vamos a parar para que cenemos, y nos durmamos. Lo que hacíamos era dejar el camino y meternos para el monte, unos 500 metros adentro y ahí nos íbamos a dormir. Todo era nuevo para nosotros. "Entonces miren... vamos a meternos al monte, regados, como a diez metros entre monte y monte y entre hombre y hombre, pero antes de salirnos", dice, "vamos a caminar a la orilla del camino; no vamos a caminar en el lodo, pero levanten los pies como que van a caminar en bicicleta y traten de poner el pie donde lo pone el otro". Uno se sale del camino y comienza a caminar a la orillita en una vegetación bajita, con los pies levantados como en bicicleta y cada quien poniendo el pie donde lo ponía el de adelante, de forma que como venís caminando sobre el camino, van las huellas de uno, en el lodazal hay momentos en que la huella se pierde dentro del lodo porque si te has salido del lodo y te has puesto a caminar sobre esa vegetación chiquita y entonces para que no quede el gran trillo ahí y quede todo machacado es que uno pone el pie donde lo puso el de adelante y así en grandes pasos. Entonces caminas un buen trecho así, 300 a 500 metros, hasta dos kilómetros, que es de lo más incómodo porque no va parejo, una topografía sumamente accidentada... que no se puede, es imposible física y psíquicamente hacerlo. Era muy difícil hacerlo para nosotros por lo incómodo. Entonces decíamos: este jodi-

do es un exagerado, ni mierda, esa era la supervivencia de la guerrilla para no ser detectada. Entonces una vez que caminábamos como 500 ó 1000 metros, a veces caminábamos como medio día así, es super incómodo, hasta que había un momento en que él se metía también a grandes pasos así... pan, pan, pan... para adentro, entonces se metía el otro, pran, pran, pran, y luego ya dentro del monte nos volvíamos a juntar ¿me explico?, para no dejar huellas ni en la entrada ni de donde salimos, por si acaso le siguen la huella a uno no te detectan, aunque después la Guardia las detectaba porque tenía campesinos que conocían todas esas mañas y cuando cayeron campesinos de la guerrilla que hablaron se dieron cuenta de todos los métodos también. Entonces la persecución fue feroz, no había forma. Nosotros desarrollamos mil ingenios en ese sentido pero siempre teníamos a la Guardia encima.

## 8

En el trayecto que hemos venido todo el día yo vengo pensando, pues, en el campamento, yo vengo con el patín del campamento, recordando lo que nos han dicho de la montaña, pues la montaña en la ciudad era un mito, la montaña era un símbolo, como ya dije anteriormente. Yo iba pensando cómo serían los campamentos, cómo será Modesto, de qué tamaño será Modesto, si habré conocido a Modesto, y toda esa cuestión, es decir la idea de llegar al campamento y develar, esa es la palabra develar, para siempre, conocer ya las interioridades, todo por lo que yo había pasado trabaja casi seis años, día y noche, sin navidades, sin Semana Santa, sin descansar, en función de esa montaña, en función del FSLN, de ese misterio, que cada día se hacía más grande ese misterio, entonces, si una cosa me proporcionaba felicidad en todo aquel infierno de lodo, en aquella pesadilla de lodo y de chimones en el cuerpo, y de cansancio, y de incomodidades, era que por fin con mis propios pies estaba acercándome, iba a conocer personamente a esos famosos hombres, a los guerrilleros, a la gente como el Che. Cómo serían las barbas, cómo hacían la comida, cómo eran los combates, cómo era el trabajo con los campesinos, iba a estar en el corazón del Frente Sandinista, en lo más oculto, en lo más virgen del Frente, en lo más secreto, en lo más delicado, el Frente de Carlos Fonseca y todas esas cosas. Carlos a quien no conocí, nunca lo conocí, y todo eso me alimentaba en el camino, y yo no sé si será machismo o sentido del ejemplo, pero yo creo que más que todo es un profundo sentido de la vergüenza que teníamos todos nosotros y del que me valía cuando iba caminando, cuando yo sentía que estaba cansado, que

estaba haciendo complot en la caminata, abrumado por mis debilidades físicas porque recordá de dónde venía: bebiendo, desvelándome, fumando, mal comido, sin hacer ejercicios, de repente, pum, a esas cuestiones que eran para hombres, ¡no jodás! ¿para hombres? ¡Para campesinos! Viendo lo inútil que me iba sintiendo en la caminata, después de estar acostumbrado a ir al frente de las marchas de los estudiantes en la pavimentada, en las caminatas a Managua, te das cuenta que era el héroe para las muchachas. ¡Ah!, ahora era un desgraciado caminando, un miserable; entonces las ideas las sentía íntimamente, en el fondo, no era posible que yo no pudiera dominar ese miedo, yo sentía que nunca lo iba a dominar, porque hay momentos en que te reduce a unos niveles extraordinarios de impotencia ya cuando vos sentís que te van saliendo las primeras ampollas en los pies, las llagas en los pies, y chimones, cada paso es un chimón, pum, pum, porque hay un momento en la caminata, como que el cuerpo, junto con la ropa, y todo lo que llevás encima hicieran un ritmo, un ritmo, como que el corazón late al mismo ritmo con que me van rozando en las nalgas los tiros, en la pierna, como que el corazón llevara el mismo ritmo de las dos bolsas de tiros, del corazón y de la pierna cuando das el paso como que fuera al unísono todo y como que fuera unísono la pierna que estirás, el hueso que se me mueve aquí, en el entronque me anda pegando la pistola, ponete a pensar como que el chimón de la pistola, la pierna, los tiros que me chiman las nalgas, el chimón de los zapatos y el corazón fueran latiendo, golpeando al unísono, y la marcha es pum pum y te vas sintiendo en el cuerpo todos esos golpes en la piel, y por dentro de la piel, en el mismo organismo como que si de repente con la marcha cogiera una armonía, todo el cuerpo, por dentro y por fuera y armonía por dentro y por fuera y cuando ponés el pie en el suelo y cuando vas a dar el paso hacia adelante y volvés a poner el pie como que ese golpe se acompasa con el del corazón, con el del chimón de la pistola, con el del chimón de los pies, con el chimón de los tiros, hasta la circulación de la sangre, hasta como con la vista cuando vas viendo dónde ponés el pie, porque uno cuando va caminando va tan hecho mierda, tan cansado, tan incómodo, tan en tensión para no caerse o no deslizarse, que allí te la vas pegando donde vas poniendo el pie, entonces vista, oído, latir del corazón, el golpe del chimón, el golpe del pie al ponerlo en el suelo, golpe de la pistola, golpe de tiro atrás, golpe de tiro adelante, como que es una sola cosa, un solo golpe, un solo movimiento, un solo hombre caminando, y entonces entre golpe y golpe, distribuidos en todos esos pequeños golpecitos que te estoy diciendo, de chimones y de cansancio y del movimiento del saco que te golpea en la espalda y se te baila y das un paso y te baila para un

lado y das otro paso y se te baila para otro lado y se acompasa junto con el del chimón y del corazón, vas también pensando y repensando y recordando imágenes de donde venís, imágenes del misterio que vas a desentrañar, y sentís que lo vas a desentrañar a golpe, a golpe de corazón, a golpe de tiro, a golpe de chimón, a golpe de pulmón, porque la respiración también se pone acorde con el resto de los golpes, aunque por fuera vos veas a un hombre que va caminando pero en el fondo ese caminar de ese un solo hombre es la composición de un montón de pequeños golpecitos, de chimones, de golpes, los golpes del pulmón, de golpes de corazón; entonces me daba horror pensar que me podían estar viendo, entonces yo le hacia güevo para que ese golpe fuera un golpe elegante, un golpe marcial, un golpe guerrillero, un golpe valiente, golpe dominante, hidalgo; entonces la respuesta sería tal vez, machismo, egoísmo, ese recuerdo de ejemplo, de dar el ejemplo, aunque no me estuvieran viendo, más la gran curiosidad de ver frente a frente a los compañeros, conocer, pues, todo eso me alimentaba, entonces cuando en medio de la caminata nos metimos a descansar allí donde te decía, había mucho misterio, todo era nuevo; me fijaba en todos los campesinos, todo lo que hacían, cómo lo hacían para después hacerlo yo; entonces dicen: "Vamos a cocinar" ¿Y cómo vamos a cocinar y dónde vamos a cocinar? porque para cocinar yo entendía alistar un campamento, poner condiciones; estaba lloviendo, y dónde íbamos a conseguir la burusca para cocinar, y en qué vas a cocinar allí, y las cazuelas para cocinar ¿dónde están? y en qué hornilla, en qué estufa, y qué íbamos a cocinar... Entonces, cuando veníamos en la marcha, nosotros habíamos oído un goorrr, goorrr, goorrr, hooss, creíamos que eran tigres o leones y en base a eso yo hacía mis cálculos rápidos; pra, pra, decía yo, son tres tigres, con cinco tiros, uno para cada uno, con la pistola los matamos, ¡hijueputa! y la escopeta hasta el tronco de lodo, bueno, con mi revólver, decia yo, lo mato, pam, pam, lo tiro y lo mato, porque el campesino sabe qué hacer cuando se le aparecen cinco tigres, ustedes comprenden al campesino, entonces los compañeros tienen que haber sabido cómo comportarse con los tigres; y el campesino nos dice que no, que esos no son tigres, que son monos, que son monos congos, el mono congo es un mono hijueputa, feo, hediondo, la carne es dura, ¡mano!, y hiede, pero con hambre es riquísima, un sopón de mono, sopón es una sopa con cuatro horas de fuego; entonces el campesino ordena: "Vamos a tirarnos un monito, verdad, préstenme el veintidós, venga Eugenio, con usted, venga Eugenio", decía. Y qué rico era caminar sin nada, fuera del lodo que hay en la montaña y sin carga y yo había dejado la escopeta porque estaba todavía sin limpiar y entonces me había sacado los tiros que me chimaban

y los andaba en la mano, la mano y los pies estaban hechos mierda, no quería caminar, pero bueno yo quería ir con él a ver cómo era y para que mirara que yo no estaba cansado, entonces veo los monos, una manada de monos, el cachimbo de monos brincando arriba de los palos, pero altísimos, palos de cien metros de altura, palos hasta de ciento y pico de metros, y los monos de rama en rama, iban corriendo sobre la copa de los árboles eran kilómetros, centenares de kilómetros en manadas, el mono es como el hombre, te voy a contar más adelante una pesadilla, no sé si te la he contado, una pesadilla que tuve con un mono; entonces el veintidós y ¡pam! ¡se va a caer el mono de ahí!, dije yo, un mono grande, no jodás, así como de medio metro o de un metro, no, como de un metro con la cola, y yo miraba que los monos quedaban viendo igual que la gente los monos, yo nunca había comido mono ni mucho menos, pero yo nunca fui melindroso para la comida y además que llegaba dispuesto a comer todo; no tenía mucha hambre, no habíamos querido comer nada, nos dolía al tragar cuando comíamos algo, quién sabe por qué nos dolía al tragar al comienzo, a saber qué sería y entonces, pack, pack, ¡ay! hace cuando le tira, le pega tres balazos hasta que el mono cae y perr-bamg el turcazo, pasan quebrando ramas, como son tan pesados un mono puede pesar treinta y cinco libras, un mono también puede pesar el quintal; se cae el mono, primera vez que veo un mono de cerquita, porque donde mi abuela había un mono, un mono chiquito y a mí me daba miedo de cerquita el mono y era chiquito pero tenía años de no verlo ya; primera vez que miraba un mono cerquita, y le miro la cara como de viejito al hijueputa, una cara de viejito, un cuerpo de chavalito con cara de viejito, y lo llevamos para el lugar donde estábamos acampando ¿y cómo hacíamos con un mono y dónde va a pelar el mono? cómo, dónde, quién va a pelar el mono ¿y el condimento para el mono?, pero bueno está todo mundo aprendiendo y viendo, se agarra al mono y nos lo llevamos, cortamos en el camino cinco hojas de platanillo que parecen hojas de chagüite, pram, pram, las corto yo. Yo creí que íbamos a dormir, que íbamos a poner las sábanas, pero estaba todo mojado, la hierba, el monte, entonces veo que él empieza a cortar a un metro cuadrado del monte con el machete... a excavar la tierra porque la que está encima está muy húmeda... a escarbar para buscar un poco de tierra más seca. "Fulano, vaya a buscarse unas piedras, ahí en la quebrada hay piedras"; van los muchachos a buscar piedras en la quebrada y traen unas que no sirven, "esas piedras no sirven, tráiganme otras". Ya no estábamos caminando, había un momento de alegría, era nuestra primera noche guerrillera. Todos nos sentíamos guerrilleros allí. Nos sentíamos hombres guerrilleros. Yo había andado en giras así con los *boyscouts*, con

Juan José Quezada, pero era distinto. Ahora era con la Guardia, si la Guardia llegaba teníamos que combatir con la Guardia. ¿Te imaginás vos? No hubiera salido ni uno vivo de allí. A lo mejor el campesino, porque se hubiera corrido y porque tenía el arma buena. Ponga la piedra, dice, agarramos una porra, pone las hojas que tenía a un lado, empezamos a pelar el mono, pram, pram, pram, lloviendo. El mono tiene lombrices, se las sacamos y el mono pelado parecía un chavalito que le habían quitado la piel, con la cabeza cortada y la cola cortada, las manos se las cortás, el mono es un niño. Nosotros en el fondo mirábamos que parecía un niño pero no decíamos nada para no parecer mujeres, que les da miedo, o asco. Agarra los pedazos de las manos, de las patas, de las piernas, de la rabadilla del chavalito, pero era mono. Lo echa en la porra, le echamos agua y un puño de sal, sin lavarlo medio enjuagadita la carne. El agua cristalina medio tintosa con puntos de sangre porque no estaba bien enjuagada. Ahora la leña ¿con qué hijueputa vamos a cocinar si esta leña está mojada? El se fue a traer la leña; claro, ellos conocen cuál es la leña seca, palos secos que están sembrados todavía, que están mojados por fuera pero que están secos por dentro y entre más fina es la madera menos problemas te da, porque como no es porosa hace que no penetre el agua, trae la leña, la pela para quitarte la cáscara mojada y el resto queda seco. Pero, ¿cómo va a hacer el fuego? ¿Le va a poner un fósforo a la madera para que se encienda?, mentira, cómo va a tener un palo de fósforo ahí, nosotros nos estábamos fijando en todo, era la primera vez que mirábamos ese ritual en el cual después nos haríamos verdaderos maestros, el ritual de hacer fuego en la montaña, que quien mejor lo domina se llama David Blanco. David Blanco es un genio para hacer fuego, ese hombre sólo en el agua no te hace fuego. Te hace fuego en el lodo, donde está un charco, te lo quita y te hace fuego aun estando mojado él, mojado todo, te hace fuego. El fuego de la montaña es un arte. Es más difícil encender fuego que encender una mujer ahí. El campesino cortó pequeños pedazos de palo, luego con el machete los cortó por la mitad, chas, chas, luego uno de esos lo partió más, los otros los partió más, y fue haciendo más chiquitos los pedacitos hasta que al final, con el machete les sacó canelita, colochitos de madera con el machete, un montón de colochitos, luego colochos más grandes, más grandes, hasta llegar a la raja. Entonces se ponen primero los colochitos en el centro, los colochitos de madera sequita... Antes ya habíamos puesto una champa, un plástico arriba para que el agua no nos jodiera. Los colochitos vos los colocás junto a los pedacitos de madera, a la orilla, encimita, luego otro más grandecito, otro más grandecito y los más grandes van más para afuera, más para afuera, al centro los colochitos,

entonces se agarra un papel o un pedazo de hule de bota, el hule de la bota enciende si vos le ponés un fósforo. Ese pedacito de hule de bota vieja que él anda en su mochila, lo enciende y aparta con cariño los colochitos para que no se desarmen, forma una estructurita bien frágil de colochitos en el centro, porque los colochitos tienen que besarse, sequitos, los colochitos se besan secos ahí dentro de una montaña de madera húmeda, eso es lo más seco que hay allí en centenares de kilómetros a la redonda. En medio de todos los colochitos cae el hule encendido y entonces el hule empieza a encender todos los colochitos. A medida que el fuego va prendiendo, de lo mojado va emergiendo la llama, de lo húmedo, va naciendo el fuego de allí, se va haciendo más grande, se va acercando a los palos, van encendiéndose los palitos, los más grandes, los más grandes, hasta que el fuego se enciende. Luego parece mentira que pueda haber fuego allí. Te secás, te calentás, es inimaginable cómo dentro de tanta humedad, tanta lluvia, en selva tan húmeda, pueda aparecer el fuego. Pusimos la porra sobre las piedras llena del agua helada de la montaña y luego empieza a hervir la porra, encendimos el radio y empezamos a oír las noticias, el radio casi no suena, andábamos una antena de radio que se cuelga de los palos para poder oír un poquito mejor, y bueno, todos a la orilla del fuego hablando chochadas, haciéndole preguntas al campesino porque no nos aguantábamos: que cuántos hombres habían adentro, cuáles eran los seudónimos, los lugares que teníamos que pasar; como tres horas platicando y oyendo el radio todo borroso, escuchando La Corporación cuando todavía hablaba el lenguaje de su pueblo, oíamos "Cinco en punto" y pensábamos que cuándo se iban a dar cuenta que nos venimos todos esto ya a reventar cuando se den cuenta bueno, quiénes van a ser los dirigentes... fulano, fulano, que si las novias sabían, que si las novias no sabían, unos les habían dicho que se iban a estudiar al extranjero, otros habían dicho la verdad a las novias. Bueno, la gran sopa, pues, cada quien con su porra. No teníamos hambre pero cómo no íbamos a comer si nos había costado la comida, además caliente, nos despertó el apetito lo caliente. Empezamos a comer y nos dimos una comida de mono búfala... no jodás... de a verga...

## 9

Al día siguiente nos fuimos, había que hacer desaparecer el fuego, la cocina; se abre un hueco, las piedras se tiran, se entierran los tizones, las cenizas, las brasas, luego se le echan hojas, se esparcen, como si nunca hubiera habido nadie allí. Esa noche no dormimos en las hama-

cas. Al amanecer arrancamos por monte, no por lodo. Otra experiencia, otro pleito con los bejucos, y el saco se seguia pegando en los bejucos, a veces no podías pasar porque vas por debajo del monte, jalando el saco eso cansa. Ese día que arrancamos de nuevo agarramos otra vez un camino, hasta que llegamos a la casa de Evelio (Nelson Suárez), en un lugar que se llama Las Bayas. Como a cien metros antes yo veo que se para el campesino y hace *shiiii*, que guardáramos silencio; agarra el machete y le pega a un palo, pam, pam, pam, y luego vino y se fue al ranchito que estaba como a unos cincuenta metros, pam, pam, pam, una contraseña. Entramos al ranchito, chiquito, la cocina, los niños tendiditos, un niño recién nacido, un ranchito hecho con los materiales del mismo monte que están ahí nomás, palos cortados con paja, tejas de madera, sin mesa, sin nada, el tapesco hecho con los mismos palos, ningún elemento artificial, ni siquiera artesanal, más que los vasos de plástico, tenían como dos vasitos de plástico. Ahí dormimos, ya habían cenado pero nos dieron tortillas. En la mañana, como a las seis, llegamos al contacto, donde estaba Silvestre. No sé qué me esperaba yo con este contacto, pero me impresionó profundamente. Yo tuve una plática con Valdivia ahí, yo no sabía que Silvestre se llamaba José Dolores Valdivía, nunca se me va a olvidar cuando llegamos en la mañana donde él, estaban como cinco compañeros, porque Valdivia recibía a la gente nueva y la trampolineaba donde otros compañeros que estaban más adelante, y se la mandaba a René Tejada que estaba a dos días de camino de donde estaba Silvestre. René Tejada se llamaba Tello. Cuando llegamos donde Silvestre, yo pensé que estábamos en un campamento, yo no sé qué pensaría.. La cosa es que había un barranco allí en la montaña y en el barranco estaba un gigantesco árbol caído, tenía poco de haber caído pensé yo, tenía las hojas verdes todavía y debajo del árbol que estaba montado sobre el barranco quedaba un espacio entre la tierra y el palo, un palo gigante que tenía un cachimbo de ramas; entonces los compas estaban metidos ahí debajo del gran árbol, escondidos en las grandes ramas que eran tan grandes, que ahí colgaban las hamacas. Se da la señal, los tres golpes, contestan y luego unas caras, a ver quiénes eran, la curiosidad clásica, sale un flaco, flaco, flaco, flaco, barbudo con una cara como alargada, dura, como que no le entusiasmaba mucho incluso estarnos recibiendo. Parecía mucho más entusiasmado yo de llegar y conocer a los compañeros e incorporarme, que él de vernos. Una cuestión seca, seria, tal vez tensionada de parte de él, flaco, narizón, con una camisa café y un pantalón verde, pero no militar, sino ropa de corte civil con un cinturón de cuero del que colgaba una pistola, no estaba vestido de militar, pero era entre militar y civil, guerrillero digamos, él tenía creo que un

Garand; allí estaba también Flavío (Edwin Cordero), ahora delegado del MINT en la Cuarta Región, le llamábamos el "Doctor", porque antes había sido estudiante de medicina, chaparrito, yo le entregué una correspondencia que le mandaban de la ciudad. Ahí nos pusimos a confeccionar cartucherines para los tiros, a tratar de medio equiparnos porque íbamos para adentro, los campamentos eran por la verga grande, donde está el grueso teóricamente. A esa hora ya tenemos hambre y no hay comida ahí, más que la comida que lleva el colaborador que era bien pobre, lleva tres tortillas y un poquito de frijoles para toditos, un poquito para cada uno. Ya se sentía hambre. Platicamos con Valdivia y Valdivia me reconoció, creo que me reconoció, porque me habló de la universidad; cómo estaba la universidad, cómo estaba la reforma universitaria, un poco de babosadas. Yo no sé si conocía a mis hermanos, la cosa es que salió a colación: mirá hermano, yo me fui a la guerrilla un domingo y al miércoles siguiente nos graduábamos mi hermano Chema y yo. Emir estudiaba cuarto año de economía, le contaba a Silvestre que nos fuimos cuatro hermanos, pero estoy seguro que también se van a ir los otros; pues sí, las madres con uno que vuelva es suficiente, me dijo, y ¡a la gran puta! vieras cómo me impactó, aun que vuelva uno, con uno que vuelva, entonces digamos veía más cerca la posibilidad real de lo que veníamos pensando en el *jeep*; y era cierto, era demasiado pedir que volviéramos todos vivos, no era película, no era cine... Y efectivamente, sólo volví yo. Bueno, ahí nos aliñaron, nos equiparon, ahí nos repusimos de las ampollas, hasta ese día fue que yo cagué la primera vez, tenía tres días de no hacerlo, entonces dije yo, voy a ir a cagar, sabe cómo es, me dice, ¿cómo? Agarrá un machete, abrí un hueco, cagás allí en el hueco, cuando terminés le echás tierra encima, luego le echás hojas para que no queden huellas. Ahí la huella es válida para seguridad de la guerrilla. ¿Y con qué me limpio? Con hojas, me dijeron, te limpias con hojas, agarrás un puño de hojas y te limpiás con ellas; bueno, yo no tenía miedo a eso. Me voy con todos mis chimones, el pobrecito, abrí el hueco, cago, y entonces agarro unas cuantas hojas, la cosa es que me llené toda la mano limpiándome, no podía, después aprendí a coger un puño grande de hojas, al principio agarré dos hojitas chiquitas y con eso me iba a limpiar ¡y qué me voy a limpiar así! todo me lleno allí, las uñas, entonces hundo la uña en la tierra, así, para limpiarme, entonces me limpio con más hojas, hasta que el mismo sentido común te va diciendo, a fuerza de golpe, que uno no se limpia con hojas, sino con un puño de hojas, con un puño grande de hojas te limpiás. Esa noche me mandaron para donde Tello, donde René Tejada, y no llegamos esa misma noche porque hubo problemas en la caminata, eran dos campesinos bien pate-

ros, iba Pedro adelante, Aurelio Carrasco atrás y yo enmedio, iba con mochila, sí, con mochila de sacos Macén, que le ponen bambadores para cargar atrás, como los sacos de las prácticas de las Milicias. Te imaginás vos, yo me voy, salgo con Aurelio, bajo el cuido de esos dos campesinos pateros. Digamos uno de los primeros chanes de la montaña fue Pedro, el que te digo que iba adelante, ése era el principal chan en ese momento, era el que tenía de estar más tiempo en la montaña, veterano de Zinica, hijo de una de las campesinas del Cua, ¿quizás vos te acordarás de la canción? Venancia es la mamá de él. Iba más cómodo, llevaba mochila, llevaba cartucherín para los tiros, ya no sentía los chimones de atrás, entonces la arrancada fue buena, yo me sentía más macizo, ya había asimilado la experiencia de la caminata a través de aquel monte feo y había asimilado la expenencia en el lodo, entonces como que ya llevo los pies un poquito más firmes; la cosa es que teníamos que caminar de noche y empezamos a caminar con focos pero siempre agarrándole el cristal para que no diera mucha luz. Mi primera caminata solo con esos compañeros, con esos dos hombres de paso patero, como que me obligaba a mí a tratar de caminar lo mejor, para no dar problemas, además de que no tenía yo la esperanza que fuéramos a descansar porque se había cansado otro compañero, sino que iba yo ahí solo, tenía que tratar de hacerlo lo mejor posible. Y yo no sé, de repente siento que voy caminando bien y que va el campesino adelante y que yo voy pegado al campesino, va caminando y yo voy detrás de él, vamos pasando los lodazales y me voy, cayendo muy poco, y a veces yo veía que el campesino se caía y yo casi no me caía y de repente yo siento que las piernas como que se van acostumbrando y que se me van amacizando un poquito, siempre, claro, con debilidades, con poca experiencia, pero yo siento que ya no es lo mismo. Nos perdimos, nos perdimos ese día, paramos de caminar las cuatro de la mañana, nos dormimos, nos levantamos para salir a la montaña pero Pedrito se perdió y seguimos caminando ya por montes de nuevo yo sentía que ya me acostumbraba a hacer los cambios de pie, claro que ya llevaba portafusil, una mano desocupada, el foco guardado, llevaba una mano libre, entonces como que ya empezaban mis piernas a jugar con la topografía, cómo poner los pies cuando yo iba para abajo, cómo poner los pies cuando yo iba para arriba, cómo pasar un palo encima, por debajo, para que no se te pegara la mochila y al rato de caminar empiezan otra vez los chimones, pero esta vez ya no por todos lados como al comienzo, sino que los chimones fundamentalmente son alrededor de la cintura, por el cinturón, el cinturón me pegaba en los dos huesos, en el entronque de las piernas, ¿cómo se llaman estos huesos de aquí? la pelvis; a medida que va avanzando la caminata el cinturón como que

se va comprimiendo hacia abajo, comprime hacia abajo, se va subiendo y se te baja, y entonces te va haciendo mierda estos huesos de aquí, te va jodiendo y la mochila empieza a pesar más. Entonces al rato otra vez aparece de nuevo el mismo infierno del cuerpo con los chimones, y los golpes al caminar, y empecé a experimentar el cansancio de las piernas, estos músculos de aquí, de la parte posterior de las piernas, te empiezan a doler. Y por fin llegamos donde Tello, Tello que era René Tejada, te decía; estaba solito, yo no sabía que Tello era René Tejada tampoco, me di cuenta porque después él me lo contó, no su nombre pero me contó cómo había muerto un hermano de él y vos sabés que era famoso, cómo había muerto David Tejada Peralta, quién lo había matado, que lo habían echado al volcán Santiago. Entonces vimos a Tello; Tello era distinto a Valdivia, pero tenían un parecido: era la cara, la expresión de la cara, Tello era un flaco, fuerte, flaco fuerte, como de mi alto más o menos, tal vez un poquito más alto que yo, pero creo que más bien era de mi alto, pelo corto, crespo, ensortijado, murruquito, cara fina, con una buena dentadura, unos ojitos chiquitos, de ademanes violentos, muy acampesinado, ya se había chupado bastante a los campesinos en el modo de hablar, porque cuando hablaba con vos, siendo urbano él, hablaba igual que los campesinos, y quién sabe por qué Tello empezó desde ya a intimar conmigo, a intimar un poco; estuvimos ahí con él como tres días, porque teníamos que esperar a los muchachos que se habían quedado con Silvestre. Yo iba hacia donde Rodrigo, que era Carlos Agüero, al campamento principal que estaba como a quince días de camino para adentro, y allí donde Tello íbamos a juntarnos todos para irnos a reunir con el grueso de la guerrilla. No recuerdo si la primera noche o la segunda noche de estar allí, Tello me invita a que pongamos las hamacas juntos, entonces ya en las hamacas quedó claro el hecho, de que él me había reconocido, sabía que yo era estudiante, que me llamaba Omar Cabezas, que era líder estudiantil, que era un tipo con alguna capacidad política; a veces a los campesinos no les podés hablar todo lo que vos querés, tenés que hablar al nivel de ellos, entonces cuando yo llego donde Tello, se abría conmigo, ahora sí podía hablar, tal vez un montón de recuerdos, de ideas que él tenía, de sueños, de lo que sea, de dudas, ganas de saber, de preguntar algunos aspectos, algunas cosas que estaban ocurriendo en la ciudad y de las que no tenía información, etcétera.

Entonces como que el hombre empieza a soltar todo lo que tenía adentro, cosa que no había hecho con los campesinos porque pensaba que a lo mejor no lo iban a entender. Porque los urbanos somos más complejos, somos más abstractos, más sofisticados, más complicados; los sentimientos, los afectos, la interpretación de las cosas... entonces

Tello me empieza a hablar de su familia, de su confianza en la guerrilla. Estaba deprimido, él era un tipo que se miraba endurecido por la montaña, por la mala comida, por la lluvia, pero lo que yo sentía también era que Tello tenía un gran sentimiento de soledad. Después me contó que lo había dejado la mujer a quien había amado mucho... y se ponía muy nervioso al hablar de eso. Tenía ademanes muy rápidos, era un tipo muy ágil, muy fuerte, aparentemente un tipo duro, un hombre curtido, pero apenas lo empezabas a rascar era capaz de llorar, así encontrabas lo sensible que era en el fondo, tierno, humano, Tello era un hombre que era capaz de llorar por una decepción, como después me contó René Vivas que sucedió durante la caminata desde el sitio donde estaba Tello hasta el campamento de Rodrigo; nosotros lo habíamos hecho llorar a Tello. Claro, él no comprendía mucho el por qué nosotros no podíamos ser buenos en ese momento, él quería, por la angustia de la libertad, por la angustia de la victoria, por la angustia de que se acabara ese sufrimiento, por lo que fuera, que nosotros fuéramos mucho mejores desde el principio; por cuentas él pensaba que iban a llegar hombres hechos y derechos ahí, guerrilleros pateros, cargueros, combatientes formados. Y entonces en una de las caminatas uno de nosotros dijo: ya no aguantamos y aquí nos quedamos; y Tello lloró de decepción. Eso me lo contó René Vivas. Era capaz de llorar por una decepción. Tello tenía formación militar, había sido teniente de la Guardia Nacional y había sido entrenado después por los palestinos, que son rigurosos, duros para entrenar. La forma de Tello para tratar de adaptarnos a nosotros era una forma grosera, era una forma de academia militar, o bien el tipo de entrenamiento que dan los palestinos que es un entrenamiento sumamente pesado; entonces su formación militar era una mezcla de las dos cosas y las quiso implementar de sopetón con nosotros que éramos unas "gualdrapas" como nos encajó, llamados desde el básico de la universidad de León directamente a ese infierno inconcebible e inimaginable para nosotros.

## 10

Tello llegó a tener una gran influencia sobre mi desarrollo. Digamos que en la montaña fue uno de los hombres que influyó más en mí. Ni Modesto, ni Rodrigo influyeron en mí tanto como lo hicieron Tello y David Blanco.

Al poco tiempo llegaron más compañeros al lugar donde nosotros estábamos con Tello, los que se habían quedado antes con Silvestre, y entonces nos aliñamos pinol, comida, íbamos supercargados; desente-

rramos armas que habían ahí, para llevarlas adentro de la montaña y que nos sirvieran a nosotros mismos, y entonces, cargados con vituallas y dos armas cada uno, se hacía más difícil el paso, pero así arrancamos todos. Eramos como 10 ó 12 hombres, no preciso, son datos que ya se han olvidado. Arrancamos al centro de la montaña que son como 15 días de camino, creo que nosotros lo hicimos en 15 hasta que llegamos al campamento. Por supuesto que esa caminata la hicimos tanto por montaña como por abra... Esa fue nuestra primera gran caminata. Porque primero habíamos caminado una noche, que caminábamos dos noches, caminábamos un día... Hasta entonces empezamos a caminar 15 días sin topar con casas, más que una casa, en un lugar que si mal no recuerdo se llamaba El Naranjo, adelante de Zinica. En esa caminata, digamos, fue nuestro bautizo, las anteriores no habían sido nuestro bautizo de fuego de caminata en la guerrilla, nuestro bautizo de guerrilleros, pateros; aquélla había sido apenas como una entradita. En esa caminata empezaron a aflorar en algunos los primeros sentimientos de distinto tipo que uno va experimentando; cuando llevás dos días de caminar vos sentís que ya no podés, que el cuerpo no te da, que los pulmones no te dan, sentís que te tiembla el cuerpo, y subidas y bajadas, y subidas y bajadas interminables... y no oís ningún ruido que no sea el de los animales del monte y de los árboles, que se derrumban, y el ruido de la lluvia, no ves colores, y siempre los mismos compañeros. Te empezás a aburrir de ver los mismos compañeros, el mismo paso... ¡Ideay! y cuando tengamos que combatir, decía yo ¿vamos a tener que ir a buscar hasta allá abajo a la Guardia?, ¡hijueputa! ¡tenemos que caminar hasta allá, de vuelta! Y luego regresar. Ojalá que la Guardia se metiera hasta donde estábamos nosotros, pensaba, y la acabemos todita para que así bajemos de un solo viaje. Y luego ya empieza a dar hambre, de caminar y caminar todo el día. Al tercer día se nos acabaron las tortillas y los frijoles que llevábamos y al cuarto día ya nada más son tres cucharadas de pinol por tiempo. Entonces con aquella hambre... Tirábamos monos, pero era sólo a la hora de la cena, porque no los podés ir cargando, aunque a veces cargábamos la carne de mono y se nos hacía más pesada la mochila. Para aliviar el peso yo quería ir botando las cosas que llevaba en la mochila: la cobija no la podía botar porque me da frío, la hamaca porque en ella duermo, boto estos libros, yo quería botar todo, corta-uñas, lapicero, papel, todo lo que fuera necesario, para aligerar la mochila, porque entre más caminás es más pesada, vos ponés el pie y sentís que con el peso de la mochila se te hunde más o se te desliza, sentís que la rabadilla se te dobla por el peso de la mochila, pesaban como 35 libras cada una. En los descansos nos sentábamos de culo... pum... Recuerdo que una vez me senté, y siento

que se me meneaba una nalga, y pego un grito y me levanto: me había sentado en una pobre culebra, dichosamente no era venenosa, pero yo no lo sabía, y cuando siento en las nalgas un remolineo ¡ay mamita! me levanto en carrera que ni sentí la mochila y veo que sale la culebra a toda carrera... ¿Te das cuenta? Nos sentábamos sin ver dónde, sin ver nos dejábamos ir... posj... A mitad de las cuestas pedíamos cacao y nos sentábamos y aquel Tello arrecho con nosotros... "que veníamos haciendo cuadros... que éramos unos haraganes..."

Recuerdo que cuando me fui al clandestinaje había una canción de Camilo Sesto que estaba de moda que decía: "Ayúdame a cambiar por rosas mis espinas..." Iván Gutiérrez que iba conmigo, y estaba enamorado se puso a cantar un día y de repente te oímos grandes gritos en la montaña, "¡Ayuudaamee...!" Era el pobrecito que se había sentado cantando la canción hacia la ciudad, para la mujer, que le fuera a ayudar... quién sabe a quién... como que estaba llamándola. Total que ese día Tello ya no se arrechó, sino que le dió risa.

Los pies eran una sola llaga con todo y los calcetines mojados. La caminata había sido una constante lucha. De repente empezamos a descubrir que la sal nos gustaba y empezamos a comer mas sal que lo de costumbre. Claro, nos estábamos deshidratando... y empezó lo de la sal. Agarrabamos puños de sal.. la carne del mono estaba salada y le poníamos más sal y pegábamos el mordisco... o con el maíz cocido. También descubrimos el valor del fuego. Si vos no sabés hacer fuego en la montaña te morís. No solamente el fuego para cocinar, sino el foco, el chispero para encender. Si se te mojan lo fósforos ¿cómo hacés? Todo se lleva en bolsa plásticas dentro de la mochila. Guardás la caja de fósforos, tu libreta de apuntes, una foto de tu hijo todo va en bolsas plásticas. Descubrís el valor del fuego para secar, para cocinar, hasta para sentirse acompañado porque el fuego te da compañía también.

Por fin, un día de tantos, llegamos al campamento. La misma señal de los golpes. Por fin iba descubrir y a develar el misterio. Entramos y recuerdo que el primero que nos recibe es un muchacho de unos 28 ó 29 años, alto, un hombre flaco de contextura recia, más recio que Tello y que Silvestre. Tenía la cara dura pero no amarga, de pelo castaño, con unos anteojos azules muy lindos, con estampa de rico. Pero este hombre tenía el rostro distinto, tenía una pequeña barba amarilla. La barba amarilla en la cara blanca, los ojos azules y el pelo así castaño, de verde olivo con un fusil R-15; nos saludó con una sonrisa. Fue la primera sonrisa que encontré al entrar a la montaña. ¿Sabés lo que es pasar 20 días sin que un jefe, alguien superior a vos, alguien que sabe más que vos, que es mejor que vos, no te quede viendo con una cara tosca y dura, sino que te quede viendo con una sonrisa...? con una

sonrisa bien linda diría yo... Sonrisa en un rostro duro, una sonrisa de profeta. El seudónimo era Rodrigo. Después supe que ese compañero era Carlos Agüero Echeverría. Era el jefe militar de la guerrilla, el segundo de Modesto en la montaña.

Estaban otros compañeros, David Blanco, otros que no recuerdo. Al ir entrando miramos unos plásticos verdes, unos tapescos, como un campamento, como diez champas por distintos lados, champas grandes, negras y verdes, y había otros tapescos de madera, con sacos encima. Otras champas que tenían como mesitas a la orilla pero hechas de troncos de palos de pacaya, que se parece al bambú por la forma exterior verde... y la cocina... vemos las grandes ollas con los peroles... Aquí sí es el campamento. Efectivamente, tenía cara de campamento. Así como yo me lo imaginaba... pero no miraba a la gente. Pensé que andaban en algún lugar, que estaban por otro lado y qué va, esa era toda la gente la que estaba ahí y nosotros los que estamos llegando. Esto lo fui asimilando poquito a poco, porque también sabía que estaba Víctor Tirado López con Filemón Rivera al otro lado de la cordillera Dariense, como a 600 kilómetros de donde estábamos nosotros. Allí andaba mi hermano Emir. Nosotros estábamos en la cordillera Isabelia.

A Rodrigo se le entregó la correspondencia pero no la leyó al momento, sino que nos llamó. Estaba interesado en platicar con nosotros. Me imagino que era el mismo sentimiento que había tenido Tello, aunque un tanto distinto diría yo, porque claro, tenía una situación diferente en el sentido que ellos eran ocho, diez compañeros que con meses de estar juntos, o años, qué sé yo... un año, dos años, tiempo durante el cual ya has contado a tus compañeros toda tu vida. Entonces hablás de tus anhelos, de tu historia, de tu biografía, hablás de tu familia, empezás a referirle a tus compañeros los aspectos más relevantes que vos considerás y todo mundo conoce las historias de tu vida y de repente ya no te queda más que contar... Alguien comienza a hablar y vos le decís lo que sigue.

Cuando llegaba uno nuevo, un grupo de nuevos era como sacarse la lotería... cuánta información te podía dar cada uno y además que te refrescaban la memoria de cosas, vos podías preguntar por tus vecinos, por tus compañeros del movimiento estudiantil... cómo están trabajando... y los clandestinos de la ciudad... Era inundarse de felicidad aunque a los seis meses ya toda la misma situación está planteada de nuevo. Era cargar de nuevas cosas el campamento, cargarlo de nuevos ángulos de ver las cosas, de nuevas opiniones, de nuevos criterios, cargar el día, la noche de nuevas pláticas o de nuevos tópicos que no los has platicado con los otros. Seis, siete compañeros nuevos en el

campamento era una inundación... Además ves los rostros... todavía no los distinguís bien, son nuevos, los nombres son nuevos... ¿cuál es el fulano? una inundación de información, una inundación de compañía... una ruptura de la soledad acumulada. Era la irrupción de una compañía violenta en el campamento. Era el fracturamiento de la soledad, y además, regás la soledad que se esfuma, la soledad se esparce por momentos. Con tu presencia se inunda y se irriga de compañía la situación. Es una cosa extraordinaria. Yo fui de los que, incluso, dije muchas veces en la guerrilla, ya a los meses de estar en ella, cuando te adaptás y te has convertido ya en un guerrillero, que lo más duro no es la pesadilla del abra, no es lo horrible de la montaña, no es la tortura de la falta de comida, no es la persecución del enemigo, no es que andés el cuerpo sucío, no es que andés hediondo, no es que tengás que estar mojado permanentemente... es la soledad, nada de eso es más duro que la soledad. La soledad es algo horroroso, el sentimiento de soledad es indescriptible, y ahí había mucha soledad... La falta de compañía, de la presencia de una serie de elementos que históricamente el hombre de la ciudad está acostumbrado a tener a su lado, a convivir con ellos, la soledad es el ruido de los carros que se te empieza a olvidar. La soledad por la noche del recuerdo de la luz eléctrica, la soledad de los colores porque la montaña sólo se viste de verde o de colores oscuros... y verde es la naturaleza ... ¿y el anaranjado qué se hizo? No hay azul, no hay celeste, no hay morado, lila, no hay esos colores modernos que existen. La soledad de las canciones bonitas que a vos te gustan... la soledad de la mujer... la soledad del sexo, la soledad de la imagen de tu familia, de tu madre, de tus hermanos, la soledad de los compañeros del colegio, la ausencia, la soledad de no ver a los profesores, de no ver a los trabajadores, de no ver a los vecinos, la soledad de los buses de la ciudad, la soledad de no sentir el calor de la ciudad, el polvo... la soledad de no poder ir al cine, aunque vos querrás tener todas esas compañías no podés tenerlas... es una imposición de soledad contra tu propia voluntad, en el sentido de que vos quisieras tener esas cosas pero no podés, porque no podés dejar la guerrilla, porque has llegado a luchar, ha sido la decisión de tu vida. Ese aislamiento, esa soledad es lo más terrible, es lo más duro, es lo que más golpea. La soledad de no poder dar un beso... lo que para un ser humano es no poder acariciar algo... la solesdad de no recibir una sonrisa, de que no te acaricien, si hasta los animales se acarician... una culebra ponzoñosa acaricia al macho... un jabalí... un pajarito... los peces de los ríos se acarician. Nosotros no podíamos, acariciarnos, éramos puros hombres, no podíamos recibir palabras dulces; entonces, esa soledad, esa ausencia del mimo, que nadie te mima, y que a nadie podés mimar... eso es más

duro, es más aguijonante que estar siempre mojado, que tener hambre que tener que ir a buscar leña, que tener que andar peleando con los bejucos para que no se te caiga la leña y volverla a levantar, que limpiarte las nalgas con hojas, nada es más terrible, para mí, pues, que la soledad infinita que vivíamos, y lo peor era que no sabíamos cuánto tiempo íbamos a pasar así. Eso iba desarrollando en nosotros una especie de asimilación forzada de que teníamos que prescindir de todo el pasado, de las caricias, de las sonrisas, de los colores, la compañía de un sorbete, la compañía de un cigarrillo, la compañía del azúcar, porque no había azúcar... un año sin probar azúcar... Te vas resignando... Y por otro lado, si caminás un poquito te caés, aunque estés hecho y derecho, te caés como treinta veces... ya nadie se asusta... Se cocina con poca higiene, casi no te bañás, o lo hacés sin jabón, la comida es el mayor aliciente, pero te das cuenta que siempre es la misma mierda... una pelota de pozol con sal, un pedazo de mono sin condimento de ningún tipo, o tres cucharadas de pinol simple, una cucharadita de leche en polvo, y luego con esa hambre tenés que ir a hacer trabajo político con los campesinos y te vas... y te mojás... y estás tiritando de frío y con hambre... y no hay caricias y no hay risas... y no mimás a nadie... y el lodo... y la oscuridad de la noche... y todo mundo a las siete de la noche acostado en su hamaca pensando cada quien en lo que le da su gana... Pero cada vez vas dominando el medio... aprendiendo a caminar... se te fortalecen las piernas, aprendés a manejar el machete... y ya con el tiempo el pelo te va creciendo. A mí me salieron los bigotes en la montaña... el poco baño te curte la piel, luego han pasado períodos de períodos en que te desaparecen los rayones y vienen otros rayones y heridas hasta que las manos y los brazos empiezan a coger otro color... te empiezan a salir callos en las rnanos... y eructás... aup... delante de todo mundo y a cada rato, lavás tu ropa, el entrenamiento... y la Guardia, y sin información de la ciudad y la represión en la ciudad; entonces, como que poco a poco ese montón de hombres se van convirtiendo en otro elemento más, en otras criaturas más de la montaña, con inteligencia, pero como los animales, y peor, porque somos animales reprimidos.

En alguna medida esto fue lo que ayudó a forjar en cada uno de nosotros el acero para derrocar a la dictadura. Se nos fue curtiendo la piel, la mirada, se nos fue curtiendo el paladar, se nos fue agudizando la vista, se nos fue perfeccionando el olfato... los reflejos... nos movíamos como animales. El pensamiento se nos fue curtiendo, puliendo el oído, es decir, nos íbamos revistiendo de la misma dureza del monte, de la dureza de los animales...nos fuimos revistiendo de una corteza de hombres-animales como hombres sin alma, aparentemente... Eramos

palo, culebra, jabalíes, veloces como los venados, y tan peligrosos como las serpientes, tan fieros como un tigre en celo. Así se fue forjando en nosotros un temple que nos hacía soportar el sufrimiento psíquico y físico, fuimos desarrollando una voluntad de granito frente al medio. La solidez de la Vanguardia del FSLN no es una palabra. El Frente Sandinista de Liberación Nacional fue desarrollando con su práctica tanto en la montaña, en la ciudad, como en el campo, un temple de hierro, de acero, un contingente de hombres con una solidez granítica entre ellos, una indestructibilidad del núcleo de hombres en lo moral, en lo psíquico, que fue capaz de mover a toda la sociedad contra la dictadura en diferentes etapas de su formación... Porque nosotros, como dicen los cristianos, nos negamos a nosotros mismos ahí. Sin embargo, y éste es otro aspecto contradictorio, misterioso, aunque éramos, sumamente duros y curtidos, también éramos tiernos aun con toda la vista dura, vos nos tocabas un poquito los ojos y le podías dar vuelta a la pupila, y entonces aparecía otro tipo de mirada. Es decir, nosotros éramos duros por fuera y por dentro, pero también gente muy tierna, muy dulce, éramos cariñosos también. Nos teníamos un cariño en bruto y como que habíamos almacenado todo el cariño que no podíamos repartir entre nosotros mismos, como se le da a un niño, como se le da a una madre, como se le da a una mujer. Todo eso almacenado, acumulado, hasta formar por dentro un pozo de ternura, de cariño, como que la falta de azúcar había servido para que se nos acumulara una dulzura interior, capaz de hacernos estremecer, de hacernos llorar, de sangrarnos el corazón por las injusticias que mirábamos.

Eramos hombres duros, curtidos, y Henry Ruiz era capaz de quedarse sin cobija cuando pasaba por un rancho y miraba a un niño durmiendo descubierto, se la daba sabiendo que eso no iba resolver el problema, y que él era el dirigente nuestro, que se estaba quedando sin cobija en la montaña. Esa soledad nosotros la tradujimos en fraternidad entre nosotros mismos; nos tratábamos toscamente pero en el fondo nos amábamos con un amor profundo, con una gran ternura de hombre. Un grupo de hombres abrazados, hermanados, éramos un grupo de hombres con un beso permanente entre los mismos. Nos amábamos con sangre, con rabia, pero un amor de hermanos, un amor fraterno. Recuerdo que en una ocasión un compañero descubrió en la marcha el nido de un pajarito, y se fue con él seis días cargándolo, pues había un compañero montaña abajo que había dicho que a su mamá le gustaban los pajaritos y como iba a bajar correo a la ciudad, el compañero aprovechó para llevar el pajarito los seis días, ir seis días con un pajarito tierno en la mano, unos salvajes como nosotros, peleando con los bejucos, con las pasadas de los ríos, caminando diez

kilómetros en ríos, en las piedras, buscando cómo no caerte, salvar el pajarito, cuidando la mochila y pensando que puede aparecer la Guardia... y la muerte... todo eso... con el pajarito, peleando con el medio, durmiendo con el pajarito, para llevárselo al compañero para que se lo regalara a la mamá. Aquél recibe el pajarito, lo queda viendo, le da un abrazo, y estoy seguro que no llora, porque ya no puede llorar o porque no quiso. Es como aquella canción de Carlos Mejía Godoy que dice que nosotros mantuvimos limpia, limpia la mirada. Entre nosotros no había egoísmo. Como que la montaña y el lodo, el lodo y la lluvia también, la soledad, como que nos fueron lavando un montón de taras de la sociedad burguesa. Nos fueron lavando una serie de vicios. Allí aprendimos a ser humildes porque vos solo no valés ni mierda ahí adentro, aprendés a apreciar los valores estrictamente humanos que ahí van saliendo a fuerza, y poquito a poco se van muriendo todas las lacras, por eso nosotros decimos que la génesis del hombre nuevo está en el FSLN. El hombre nuevo empieza a nacer con hongos, con los pies engusanados, el hombre nuevo empieza a nacer con soledad, el hombre nuevo empieza a nacer picado de zancudos, el hombre nuevo empieza a nacer hediondo. Esa es la parte de afuera, porque por dentro, a fuerza de golpes violentos todos los días, viene naciendo el hombre con la frescura de la montaña, un hombre, pareciera mentira, un tanto cándido, sin egoísmos, un hombre que ya no es mezquino, un hombre tierno, que se sacrifica por los demás, un hombre que da todo por los demás, un hombre que sufre cuando sufren los demás, un hombre además que ríe cuando ríen los demás. Empieza a nacer el nuevo hombre que se va apropiando de una serie de valores, los va encontrando y los va tomando y los va cuidando y los va mimando y los va cultivando en su interior porque uno siempre cultiva esa ternura en la montaña, yo cultivaba la capacidad de no perder esa belleza. Ahí nace el hombre nuevo en la montaña, como nace el clandestino en la ciudad, con nace el guerrillero del campo...

El entrenamiento militar tiene que ver mucho con esto que estamos hablando; el comienzo y el final de las cosas es lo que más se le graba al hombre, el comienzo y el final es lo que más influye en el hombre. El entrenamiento es el inicio, es decisivo porque es donde ya empieza uno a recibir el conocimiento dirigido, la información sistematizada, para asimilarla, de forma que el entrenamiento pesa mucho en la posterior conducta, desarrollo y modo de ser del hombre.

## 11

A nosotros nos entrenó René Tejada que era Tello, David Blanco, que era Arcadio, y metió las manos también Carlos Agüero, que era Rodrigo. Claro, Tello fue el que rectoreó el entrenamiento. Fue un entrenamiento de lo más severo y riguroso. Tello no nos permitía ningún errorcito, y siempre estaba gritando, siempre nos tenía en movimiento; claro, también tenía la gran virtud de que nos señalaba el error y nos explicaba por qué no debíamos cometer el error, todo a grandes gritos. Vos ibas a rastras y decía: "compañero, no levante las nalgas así porque le pueden pegar un balazo en un terreno, así, así, como en el que usted está desplazándose, no puede hacer eso"; "hay que amarrar la champa de esta forma, porque así no se suelta y así usted la puede soltar rápido en el momento de una retirada rápida"; "ponga estas tiras en el *nylon* que pendan de su hamaca para que cuando la lluvia se pase del árbol en que está amarrada la hamaca al cordel no le moje la hamaca sino que pegue, chorree hacia abajo"; porque era horrible cuando estabas dormido en la montaña, caían aquellos aguaceros y te levantabas empapado, toda la cobija mojada, era lo peor que te podía pasar, que se te mojaran la cobija y la hamaca en la montaña. Implicaba que tenías que levantarte y dormir sentado. En el entrenamiento Tello nos enseñó uno por uno a hacer fuego, y por qué y cómo debían hacerse las cosas, hasta cómo hacer una cocina guerrillera de distintos tipos, cómo caminar, cómo poner el pie, todo con aquella paciencia y gritando... vamos gualdrapas... tenderse, y nos agarraba a balazos. Cogía una arma y nos comenzaba a volar bala a la orilla, y nosotros arrastrándonos. Ponía el arma en un ganchito y tenías que pasar debajo del fuego que él estaba tirando, no podías levantar las nalgas porque te pegaba un balazo. Cuando nos formaba antes de empezar el entrenamiento, ligaba la cuestión militar con la cuestión política. Tello siempre que nos formaba no podía dejar de soñar un poco. Es ahí donde él con todo y su temperamento militar, con toda su violencia, con todo su don de mando, siempre empezaba a hablar de la lucha, del porqué de la lucha, había momentos en que empezaba gritando y terminaba como hablando solo, como que estaba hablando para él, como que él mismo se estaba diciendo las cosas para no perder su propia sensibilidad. Tello era una mezcla de ternura y de violencia

El entrenamiento duró como mes y medio en pleno corazón de la montaña. Duraba desde cuatro de la mañana hasta que ya no había luz. Vos sabés lo que es estar acostado y que de repente oigás aquel grito horrible, llegabas a odiar ese grito... ¡Levantarse, compañeros...!"

no era "a levantarse, compañeros", sino "levantarse, compañeros". Eso fue durante toda la guerrilla, el oficial del día da la voz de levantarse a las tres y media de la mañana, nosotros que estábamos acostumbrados a levantarnos tarde, porque nos acostábamos tarde... eso era horrible... empezar a acostumbrarse a acostarse a las 7 de la noche por fuerza y levantarse a las 4. Nos acostábamos molidos y con hambre. Con frecuencia soñás que estás comiendo helado, soñás con un banquete, la comida empieza a ser a veces el centro principal del pensamiento, uno mucho piensa en la comida en esas circunstancias... y a las 4 de la mañana el grito de levantada ... bajo la lluvia... estás sequito y están cayendo aquellos rielazos de agua en la montaña, pero helada, hacé favor, helada y a salirte... quitar la champa, porque se quita en el día, enrollar la hamaca e irte a formar bajo la lluvia sin desayunar, sin nada... A los diez minutos ya estabas arrastrándote en el lodo, después que dormido sequito, tenés el lodo en todo el cuerpo,en la boca, en los oídos, en el pelo, a los 15 minutos... y va bala aquel Tello con nosotros, arrastrándonos, haciéndonos pasar a paso de ganso por unos cachimberos, y haciéndonos pasar por entre el agua a rastras, y disparándonos en el agua helada de la madrugada, y vos no mirás nada y te arrastrás encima de cualquier cosa. Y ejercicios físicos. Eran horribles y cuando Rodrigo los dirigía era peor, que era carrera estacionaria primero, velocidad, luego sentadillas, luego en cuclillas, ejercicio para la cintura y para las piernas, para los brazos, para la cabeza... Eran unos ejercicios agotadores, con mochila, nada más que sin el cinturón porque se podía fregar de tanto brincar. Entonces las piernas no te daban en el ejercicio, después de eso te ordenaba... tenderse... tenderse... arrastrarse... y va bala con nosotros, pero claro, ahí íbamos agarrando paulatinamente condiciones físicas buenas, reflejos, ya no nos daban temor las espinas, ni las zarzas, ni el lodo, éramos como animales moviéndonos en nuestro propio medio, como salvajes. Y así estuvimos ensayando a montar emboscadas, disparando, triangulando, ejercicio y táctica militar y siempre la cuestión política, y todo el tiempo Tello nos hablaba del hombre nuevo.

No recuerdo si ya conté lo que nos dijo Tello la primera vez sobre el hombre nuevo: una vez, después de una práctica cuando ya terminó el curso, fuimos a buscar maíz a dos días del campamento, a una milpa abandonada. Lo que uno se comía le costaba. No sabíamos lo que era agenciarse, prepararse, buscarse la comida de todos los días. Nosotros estábamos acostumbrados a comer caliente en la casa, pero no a buscar la comida para sobrevivir. Esa es una cuestión de instinto. Además que nunca había sentido hambre, lo que uno siente en la ciudad es apetito, como dice René Vivas... en la montaña se siente hambre. Así que

después de terminado el entrenamiento, primero a buscar comida... ya estábamos más fuertes físicamente pero Tello siempre era bayunco, siempre quería que estuviéramos dando más, dando más y más. A Tello llegó un momento en que no lo queríamos porque lo mirábamos como guardia. Lo queríamos, pero nos arrechaba su forma de ser, su carácter y yo se lo decía cuando platicábamos en confianza, porque ya dije que nos hicimos muy amigos, incluso, algunos compañeros como a los tres años que nos volvimos a encontrar, me decían que yo tenía algunos ademanes de Tello. Es posible eso porque uno copia a los compañeros. Entonces salimos esa vez en caminata, vamos sin carga, con confianza en nosotros, estábamos entrenados, con armas de guerra, carabinas M-1, con ganas de chocar con el enemigo, ya sabemos cómo poner las hamacas, cómo borrar las huellas. Tello nos había explicado un montón de cosas en el entrenamiento, cosas que habiamos vivido y aprendido. Entonces fuimos a buscar la comida y llegamos bien. Todo mundo pijudo... ¡Quiero ver a la vuelta! Llegamos donde estaba el maíz. Ya sabíamos cómo desgranar maíz... Comimos maíz tostado, comimos maíz cocido, asamos elotes... hicimos café de maíz. En la montaña cuando se acaba el café, se hace café de maíz. El maíz se pone a tostar hasta que se quema, luego se muele y ése es el café. Pasamos meses, años, bebiendo café de maíz, sin azúcar... y eso es lo más amargo del mundo, pero con el tiempo lo empezás a sentir riquísimo y más si te lo comés con un guineo asado, pegás un mordisco de guineo asado con ceniza, medio tierroso y tu sorbo de café, es manjar, pues. Ahí se desarrolla el hambre... yo me comía, por ejemplo, tres docenas de guineos y era de los que comía menos, habían salvajes que se comían seis docenas de plátanos. Entonces, a la vuelta de ese viaje que estoy contando, teníamos que llevar maíz para la comida de la gente del campamento y porque también iba a llegar Rodrigo, que había salido a ajusticiar a unos jueces de mesta.

Arrancamos más o menos con una carga uno de entre 75 y 85 libras. Yo recuerdo que cuando me quise echar la carga no me la aguanté. Tenía dos meses de estar en la montaña. Cómo sería de pesada que yo solito no me la pude echar, con todo el esfuerzo que le puse. Yo miraba que Tello para echarse la carga le hacía güevo, arrugaba la cara y hacía el impulso y tas, que se la ponía en la espalda, luego pasaba las manos por entre los bambadores y se la acomodaba. Cuando vimos el peso de la carga, nos pareció que no era correcto, que era una exageración. Es cierto que nos sentíamos más macizos pero era humanamente imposible; sin embargo, la cosa era en serio y había que llevar la carga y Tello nos dijo algo que nos dolió a todos... "¡Hijueputas, aprendan a cargar la comida que se hartan...!" Nos había herido y ofendido... tal

vez lo hizo adrede, pero lo haya hecho o no, fue una cosa dura para nosotros. Me acuerdo que le dije a un compa: "compa, ayúdeme a echarme esta mierda..." Entonces con la ayuda del compa lo logré... Y así entre todos nos ayudamos con la carga. Los campesinos lo hicieron ellos solos, aunque no recuerdo muy bien, pero también a ellos les ayudaron y empezamos a caminar... Claro, vos sentías cómo te hundías en la tierra, aunque no había lodo, pero la tierra es suavecita de tanta agua, es tierra barrosa, cuando te deslizas, sentís que abrís una zanja en el piso. Cada 50 ó 100 metros nos parábamos... Una cuestecita de 200 metros, a los 150 estábamos parados. No podíamos con la carga, se nos iba para atrás pero nosotros le hacíamos güevo, porque ya veníamos con rabia, ya nos sentíamos medio fuertecitos también. Llega un momento en que no podemos y nos sentamos. Tello se arrecha y se vuelve... "¿Qué quieren? ¿que botemos el maíz? El que no carga no come" dice Tello. "Aquí el que quiera comer, va a tener que cargar la comida..." "son unas mujercitas... son unos maricas, estudiantitos de mierda que para nada sirven..." Nosotros veníamos de mandar en la universidad... que te hablen así... hay que ser humilde, además que te sentís impotente frente a la carga... En alguna medida tiene razón en lo que te está diciendo, entonces te sentís un impotente, un gualdrapa, pero también sabemos que hemos avanzado un poco en nuestro desarrollo... que nos hace falta pero no sabemos si es que Tello quiere seguir chocando para que sigamos avanzando, o es que es un jodido que no entiende. Hubo una situación violenta con Tello porque nos paramos en 30 y dijimos, no. No teníamos el tiempo que tiene él de estar en la montaña, más de un año. Los ocho compañeros que tenían más de estar en la montaña eran Filemón Rivera, Modesto, Víctor Tirado, Valdivia, Tello, René Vivas, Rodrigo y Manuel, eran ocho y Juan José Quezada y Johnatán González que estaban muertos. Ocho compañeros que tenían un año o año y medio de estar antes que nosotros en la montaña. Nos encachimbamos... Eso no es un método de formación, no es un método para hacernos más hombres... Hemos venido demostrando que nos venimos superando, en todo caso la culpa la tuvieron ellos porque nos mandaron de romplón a la montana, pero nosotros hemos demostrado convicciones ahí, firmeza política, aunque físicamente éramos una mierda... después fuimos pateros, cargueros, pero la adaptación , fue un período duro para nosotros.

Entonces llega un momento en que Tello se da cuenta que por ahí no vamos nosotros, que estamos encachimbados, que estamos armados y no está tratando con niños; además, se da una cuestión bastante tirante porque estábamos hablando con argumentos de fondo, estamos cuestionándolo a él... y él está furioso pero no aceptamos ese tipo de

cosas. Se aparta un momento... creo que ahí lloró Tello, no recuerdo bien. Se apartó solo, andaba René Vivas con él, que igual que nosotros se venía cayendo con el peso del maíz. Allá al rato vuelve con nosotros y nos dice, con un tono suave, persusivo que adoptaba a veces, cuando él quería: "Compañeros", dice, "ustedes han oído hablar del hombre nuevo", nosotros nos quedamos viendo..." ¿Y ustedes saben dónde está el hombre nuevo...? El hombre nuevo está en el futuro, pues es el que queremos formar con la nueva sociedad, cuando triunfe la revolución..." Y nos quedó viendo... "no hermanos", dice: "¿Saben adónde está...? Está allá en el borde, en la punta del cerro que estamos subiendo... está allá, agárrenlo, encuéntrenlo, búsquenlo, consíganlo. El hombre nuevo está más allá de donde está el hombre normal. El hombre nuevo está más allá del cansancio de las piernas... El hombre nuevo está más allá del cansancio de los pulmones. El hombre nuevo está más allá del hambre, más allá de la lluvia, más allá de los zancudos, más allá de la soledad. El hombre nuevo está ahí, en el plusesfuerzo. Está ahí donde el hombre normal empieza a dár más que el hombre normal. Donde el hombre empieza a dar más que el común de los hombres. Cuando el hombre empieza a olvidarse de su cansancio, a olvidarse de él, cuando se empieza a negar a él mismo... Ahí está el hombre nuevo. Entonces, si están cansados, si están rendidos, olvídense de eso, suban el cerro y cuando lleguen allí ustedes van a tener un pedacito del hombre nuevo. El hombre nuevo lo vamos a comenzar a formar aquí. Aquí se empieza a formar el hombre nuevo, porque el Frente tiene que ser una organización de hombres nuevos que cuando triunfen puedan generar una sociedad de hombres nuevos... Así que si no son teorías y en realidad quieren ser hombres nuevos, alcáncenlo..."

¡Hijueputa! y nos quedamos viendo toditos... Nos quedamos viendo ¡a la gran puta!, ése es el hombre nuevo. Estamos de acuerdo con esa identificación y todos nos identificamos con ese concepto, nada más que se nos pasó por la mente que para ser el hombre nuevo nosotros tenemos que pasar un montón de penalidades, para matar al hombre viejo y que vaya naciendo el hombre nuevo. Entonces yo sólo me acordé del Che, del hombre nuevo del Che, y hasta entonces comprendí la magnitud de lo que el Che quería decir cuando hablaba del hombre nuevo: el hombre que da más a los hombres que lo que el hombre normal puede dar a lo hombres, pero a costa de sacrificios, a costa de la destrucción de sus taras, de sus vicios; nos quedamos viendo, convencidos de que Tello tenía razón. Nos entró por el lado flaco el jodido. Porque todos nosotros queríamos ser como el Che, o como Julio Buitrago, como Rigoberto. Entonces nos ponemos las mochilas, nos arrecostamos a las mochilas, no pasamos los bambadores por los

hombros, nos quedamos viendo y nos dijimos: ese hijueputa hombre nuevo nosotros lo agarramos a verga hoy. Y empezamos a subir. Y a mediodía yo llevaba en la mente la película del hombre nuevo, ser como el Che, ser como el Che, y te juro que no descansamos en un trecho igual al que habíamos recorrido y durante el cual habíamos descansado como cinco veces. Mirá cómo a veces el no estar claro de las cosas te lleva a rendirte ante las primeras manifestaciones de cansancio, o claudicar ante las primeras dificultades. Es mentira, el hombre siempre puede dar un poco más, sólo cuando el hombre se desmaya o se muere, pero mientras esté consciente todavía y está de pie y no se cae, el hombre siempre puede dar más, y eso es aplicable a todas las actividades y a toda la conducta en todas las esferas de la actividad social. Llegamos al borde, pero Tello se dio cuenta que nosotros veníamos asumiendo un reto a partir de ahí. Luego dijo: "vamos a descansar, pedacitos de hombres". Entonces nos abrazó y desde entonces ya empezó una mayor amistad con Tello, parece que el jodido nos había querido hacer llegar hasta allí, nos quería primero hacer de piedra físcamente y luego también a nivel psíquico, a nivel de la voluntad, de la conciencia, hacernos indestructibles la voluntad y la conciencia; incluso hubo una vez que nos dijo: "a mí esta Guardia hijueputa, ya me puede matar", casi visionariamente lo dijo, ya me puede matar, porque aquí hay gente con el suficiente acero para mantener y desarrollar esta guerrilla. Y llegamos al campamento y comimos, entonces ya nos sentimos como viejos guerrilleros y nos recibieron como viejos guerrilleros, y eso fue poco: sentíamos como que nos hubiéramos parido nosotros mismos, como que todo empezaba ahí, como que ahí terminaba el primer período de adaptación que consistía en desarrollar esa invencibilidad física del medio y esa invencibilidad moral. Recuerdo una anécdota de ese período desastroso nuestro del gran choque, ese período duro que vivimos los primeros que entramos a la guerrilla, unos más que otros, claro, porque a los obreros o a los trabajadores agrícolas les costaba menos que a nosotros. No sé qué desastre habíamos hecho nosotros, qué problema estábamos dando que una vez le dice David Blanco a Rodrigo: "juelagranputa, yo no sé por qué nos mandan estudiantes mierdas aquí, estudiantes gualdrapas que son una bola de mierda, jueputa, habiendo gente buena allá en la universidad, en la ciudad, mandan chochadas aquí. ¿Por qué no mandan estudiantes como Omar Cabezas, jueputa? ¡que aquí vendrían a hacer mucho, no que mandan estas babosadas que están aquí!" "Callate", le contestó Rodrigo "que ése es Omar Cabezas, ese flaco que está ahí"; yo no me di cuenta, a mí me lo contaron después. Te decía que luego fuimos pasando por el período de adaptación, luego seguimos entrenando ya

no con la misma intensidad sino para seguir manteniendo frescos los conocimientos, pero ya era otra relación de los viejos compañeros con el compañero nuevecito, el *status* se había mejorado, y permanecimos allí en Cerro Gacho como se llamaba ese lugar que está como a dos días a pie antes de llegar a Siuna, te imaginás vos, que son centros de montañas, allí pasamos aproximadamente unos dos o tres meses que ya era un tiempo más o menos prudencial de adaptación para nosotros que andábamos participando en la cocina, en las postas, de todo eso. Incluso poco a poco se me fue dando responsabilidades a lo interno ahí; recuerdo que a mí se me encargó la instrucción política de los compañeros, entonces formé varios círculos de estudios y a veces estábamos cada uno de oficial del día, pues ya se nos daba responsabilidades, digamos, militares, porque oficial del día era una responsabilidad militar, hasta que los compañeros decidieron regresar a la periferia. Entiendo que había una cuestión de coordinación entre Modesto, que está con otras escuadras, y escuadritas pequeñas de compañeros que operaban también en la Isabelia; Modesto vendría de la zona donde estaba otra columna pequeña que tenía a la cabeza a Víctor Tirado López, con unos campesinos, Filemón Rivera, el Zorro, mi hermano Emir y una serie de compañeros que estaban por ese lado; entonces, a medida que nosotros venimos avanzando parece que Modesto ya había girado instrucciones de que se fueran quedando algunos compañeros entre Cerro Gacho y la posición que tenía Modesto, para efectos de desarrollar trabajo político en esa zona e ir estructurando una red más sólida, porque había una pequeña red pero muy débil, y a veces quedaban muchos trechos grandes de hasta tres días de camino sin que hubiera colaboradores entre los campesinos; entonces se trataba de afirmar a los colaboradores donde los hubiera y de crecer, y de pegar nuevas zonas con zonas donde hubieran colaboradores. Recuerdo que cuando pasamos por Zinica, Tello se quedó en Zinica, que fue donde murió después, y yo me quedé en Waslala; esto para mí fue una experiencia nueva porque a mí me designan en Waslala solo, esto entiendo que fue la primera muestra de confianza para mí, de parte de los compañeros. Waslala era una de las zonas principales donde estaba el cuartel central de contrainsurgencia de la Guardia, y allí debía desarrollar yo el trabajo político. Existía Waslala abajo, Waslala arriba y Waslala central, creo que el cuartel estaba en Waslala abajo, yo estaba en Waslala central; me dejaron en la casa del único colaborador que había en Waslala central, el papá de Quincho Barrilete, el mismo al que le dedicó Carlos Mejía aquella canción, un colaborador que era juez de mesta de la Guardia pero estaba reclutado por nosotros. Se llamaba Apolonio Martínez y tenía una mujer extraordinaria, que incluso era mejor que

él. Se llamaba Martha. Una mujer con unos deseos de superación, con una cabeza tan abierta, una mente tan despierta, tan inteligente, una mujer con un gran sentido místico y con un gran sentido de la lucha misma, de la emancipación de la mujer, una mujer con un gran cariño a la guerrilla, a la liberación, que hablaba con un cariño y un gran respeto de la guerrilla, de los compañeros, tenía mucha claridad del porqué se luchaba, una mujer como para que le sirviera de ejemplo a AMNLAE. Entonces a mí me dejan un mes allí, pero todavía no en la casa de él, sino en el monte, como a unos seiscientos metros de la casa de él; al principio yo me perdía cada vez que iba a su casa, nunca me orienté en el campo, en el monte, me costaba ir a la casa, siempre me perdía; recuerdo que una vez viniendo de la casa de Apolonio, porque yo me cruzaba a la casa en la tardecita, no pude llegar adonde tenía mi campamentito en la raíz de un árbol y me quedé durmiendo allí en el suelo debajo de un cachimbazo de agua. Me dejan solo para que yo me encargue de abrir redes de colaboración allí en esa zona y formar un enlace desde allí hasta donde Tello en Zinica, o sea de Las Bayas para Waslala, de la propiedad de los Amador, aquel compañero Amador que asesinó en Matagalpa la contrarrevolución. Entonces yo llego, me presentan a Martha, la compañera de Apolonio, conozco a los niños pequeños, y yo, bueno, no sabía cómo empezar el trabajo, porque nunca había tenido experiencia en ese tipo de trabajo, tenía experiencia con los obreros de la construcción en León, con los hospitalarios en León, trabajo de barrio, pero no con campesinos, adonde yo no domino el terreno, en cuanto a orientación, en cuanto a ir por mi propia cuenta de un lado hacia otro. Tenia cierto temor, pero sabía que iba a sacar adelante el trabajo, porque ya sabía que todo se podía hacer, de alguna forma yo me las iba a arreglar y sabía que lo iba a hacer. Pero allí también experimenté bastante la soledad, porque ¿te imaginás vos quedarte en un punto del monte adonde estás solito, sin radio, sin reloj, sin libros, sin comida? No te podés distraer haciendo comida, no se puede hacer fuego porque pueden mirar el humo desde las casas que había por ahí; sin nada, nada más que papel y lápiz. Recuerdo incluso que hice un poema, un poemita, o no era poema, era un estado de ánimo, qué sé yo, lo que sea, que está como epitafio ahora en la tumba de mis hermanos, a quienes yo recluté:

Un día les planteé
luchar juntos por un mundo nuevo
ustedes aceptaron
y desde entonces
fuimos hermanos.

Yo nada más miraba a Apolonio de noche, cuando estudiaba con él y lo instruía sobre cómo conseguir más colaboradores, hacia qué lado podíamos abrir picadas, hacia qué zonas podíamos realizar el trabajo, le daba instrucciones de cómo recoger información, porque yo tenía como misión estudiar la situación operativa del cuartel de Waslala; fue a través de ese colaborador que recogimos la información necesaria para que Rodrigo atacara el cuartel de Waslala el 6 de enero de 1975, después de la acción del comando "Juan José Quezada" en la residencia de Chema Castillo en Managua. Entonces, para poder yo hablar con Apolonio de esas cuestiones, de la situación operativa, a quién íbamos a reclutar, cómo lo íbamos a reclutar, para hacerle conciencia y mantenerlo sólido, para que no se me rajara, no se me corriera, es que llegaba todas las noches. El me iba a traer al caer la noche, como a las seis y media, me iba a cenar a su rancho, oíamos Pancho Madrigal, platicábamos ahí y ya como a las nueve y media de la noche yo me venía bajando; recordá que el campesino se acuesta temprano pero es que yo me pasaba todo el día sin hacer nada, pensando nada más, pensando. Ahí en esa soledad cumplí veintitrés años, subí de veintidós años a la montaña, y cumplí veintitrés en Waslala; entonces, ese día de mi cumpleaños fue un día igual que todos los demás; yo tenía una hamaca para dormir, si había cigarro me fumaba un cigarro antes de dormir, empezaba a pensar en mi mujer, en los compañeros, en la universidad, en Subtiava, en cómo estaría el Frente en algunas partes del país, cuáles serían los planes de la guerrilla, porque yo no conocía los planes, y en la noche que subo al rancho los compas me habían hecho una gallina para mi cumpleaños, yo llegué a quererlos mucho a ellos, y ellos también a mí. Cuando el campesino te llega a querer, cuando te llega a amar, es algo extraordinario, aman no solamente con la razón, sino con la fuerza del instinto. Porque también son medio salvajes por el medio, entonces aman con la razón, aman con el instinto también. Martha me llegó a amar a mí, a querer mucho, yo también mucho a ellos.

Una vez estábamos fuera del rancho y hacía una luna bellísima, vemos el cielo, hay muchas estrellas, entonces comenzamos a hablar sobre las estrellas, y qué harán las estrellas y yo iba a empezar a contarles de las cosas que se decían, de otras galaxias, que no sólo era el sol, que habían otros astros más grandes que el sol, y así, y quién sabe, cómo le digo yo: "hombré, compá, pareciera mentira, verdad, que la tierra sea redonda y que dé vueltas"; así, inocentemente, se lo dije, y entonces ella me queda viendo incrédula y se me pone a reír, "cómo no, es cierto" le repito: "la tierra es redonda y da vueltas". Y me queda viendo, ella no sabía que la tierra es redonda y que da vueltas.

Entonces se pone seria. "En serio, compa" le digo, la tierra es redonda y da vueltas", "compa, no se esté burlando de mí, compa". Como yo había hablado bastante de las estrellas, de los astros, de la Osa Mayor, de la Osa Menor, de las constelaciones, de esto, de lo otro, y sobre las teorías del espacio, cuestiones así por las que ella miraba que yo era un hombre super máster, super más culto que ella, entonces cuando yo le digo que la tierra es redonda, ella sentía como que yo me estaba aprovechando que sabía más para burlarme de ella, y me doy cuenta que efectivamente ella ignoraba que la tierra fuera redonda que diera vueltas, ¡diosmiíto mi lindo! ¿y ahora cómo le explico a esta compañera? Va a creer que me estoy burlando de ella, y está resentida; y entonces le digo: "mire, compa, sí es cierto que la tierra es redonda y da vueltas", "y entonces, si la tierra da vueltas, el agua se saldría para arriba, los palos se pondrían patas para arriba, a los ríos se les saldría el agua, nosotros saldríamos volando", "no compa, la tierra da vuelta con tanta rapidez que uno no se mueve"; y agarro una porra con agua para demostrarle, mire que el agua no se me cae, mire que le doy vuelta; y bueno, logré que la compañera se convenciera de que yo no estaba jugando, de que no me estaba burlando de ella. Pero no quedó muy contenta que se diga porque yo todavía no pude profundizar en mi explicación científica de la tierra.

Y luego, bueno, bajaba a mi lugar donde estaba y ahí pasaba todo el día, miraba amanecer y miraba anochecer, sin reloj, y nunca me sentí más animal que ahí, como un animal contemplativo, que ve la naturaleza y todo su círculo y ya; entonces ahí pensaba mucho, hasta me cansaba de estar pensando, llegaba la noche y no me dormía de estar pensando. Un mes y pico pasé ahí así. Recuerdo que una noche empecé a pensar cuestiones eróticas, me puse a pensar en mi mujer, pensando cuando hacía el amor con ella, me fui poniendo erecto, y pensaba en películas dé mujeres bonitas, y la mente comenzó a galopar porque tenía rato mi mente de no tener cabida para eso; me estaba excitando y empecé a tocarme el pene, a tocarme el pene y a pensar, al rato estaba super-erecto y me seguí tocando, cuando me di cuenta, o no me di cuenta, es que había terminado de masturbarme, tenía entonces ya como seis meses de estar en la montaña y ésa fue la primera vez que me masturbé.

Recuerdo que me dormí tranquilo. Después de varios días de estar un poco nervioso, pensando en la muerte, en el trabajo, en que yo sentía que iba muy lento el trabajo, eso me desesperaba un poco, y yo solito ahí que no me podía mover para donde yo quería, tenía deseos de poder salir y platicar con los campesinos que vivían alrededor, solito, medio presionado, medio tensionado y quién sabe cómo, porque

la tensión es punto y guión, de repente un principio así de ideas eróticas, sexuales, me empezó la idea y la cabeza se me sexualizó también, cuando me di cuenta es que ya había terminado de masturbarme y me sentí tranquilo, suave, reposado, y efectivamente así fue en la guerrilla, cuando pasábamos un tiempo sin hacerlo, te masturbabas y quedabas más calmo, aunque la mayor parte del tiempo se te olvida la cuestión de la mujer, se te olvida y ya no pensás en mujer ni en nada de eso. Y a veces si se te ocurre, procurás dejar de pensar inmediatamente para no martirizarte, porque no hay respuesta posible; y sin embargo aunque no pensés en mujer, se te va almacenando la represión sexual y aunque no deseés mujeres todos los días, cuando tenés acumulada cierta represión hay un momento en que pensás un momentito y ahí está, te masturbás, y ya quedás tranquilo de nuevo. Eso no quiere decir que si vos mirás una mujer, que si te ponen una mujer ahí desnuda no le ibas a hacer nada, no fregués. Pero es así la cuestión, así se manifestaba en mí al menos la cuestión sexual. Y bueno amanecía, y empezaba otro día, ese mes a mí me sirvió para armarme de mucha paciencia, y me ayudó mucho a afinar más los órganos sensoriales, porque como yo no oía ningún ruido, más que los ruidos de la montaña, aprendí a distinguir con nitidez, a fuerza, cómo suena cuando cae una fruta en la montaña cuando cae al suelo de un árbol, cómo era el ruido del viento cuando viene lejos y se iba acercando y luego cuando pasa por donde vos la corriente de viento y se va alejando. Es distinto el nacimiento del sonido que cuando se va acercando o cuando pasa por donde vos; o el sonido del pájaro carpintero, el paso de la ardilla, cuando camina una res, o cuando un pájaro es espantado por otro animal, o el ruido del agua cuando llueve en la lejanía o los truenos lejanos, todos los días vos empezás a detectar con nitidez y precisión los ruido de la naturaleza, de cualquier tipo, en cuanto vos sentís un ruido, cualquiera que sea, entonces vos te das cuenta inmediatamente si viene o no gente, aunque no sea de manera tan diáfana. Vos nada más conocés tu ruido, el que vos hacés, y nada más conocés el ruido de la naturaleza. Entonces cuando oís un ruido distinto, yo te digo ese sonido no es, hay gente, e inmediatamente te ponés en guardia. Se te meten todos los sonidos, se te registran todos los sonidos en el cerebro, desde el más leve, desde el más chiquito, desde el más inverosímil sonido que te podás imaginar. Lo mismo ocurre con la vista, de tanto ver lo mismo ya me sabía de memoria los árboles, sus formas, las sombras, los efectos de luz que a distintas horas se proyectan dentro de la montaña, los matices de sombra de tarde, de día, de noche, ya sabés cómo se ve de noche lo que has estado viendo por la tarde, y sabés cómo se ve de tarde lo que has estado viendo por la mañana, o al amanecer, son diferentes siluetas,

diferentes formas. Igual con el olfato, aprendés a oler todo, el olor de la naturaleza y tu olor también como otro elemento más de la naturaleza, el olor de mi cobija, de mi porra, el olor de mi hamaca, el olor de la mochila, y de las botas, el olor de mi pelo, el olor de mi escupida, porque el gargajo huele, sí, el gargajo de catarro huele. Aprendés a sentir todos los olores, los olores de comida, de desperdicios de comida, de distintos tipos de desperdicios de comida, el olor del sudor, del semen, conocés el olor del monte, de la tierra, de las distintas hierbas, el olor de los animales que se acercan, porque cuando vos introducís un olor más ahí, el olor de un cigarrillo, se siente con precisión porque no está mezclado con ningun otro olor como en la ciudad. En la ciudad hay un montón de olores en el ambiente, y si a vos te saco de aquí todos los olores y te dejo nada más el olor del cigarrillo, vos aprendés a oler a cabalidad el cigarrillo, entonces así pasaba en la montaña, si vos me metías un olor extraño, cuando ya se había quitado ese olor, sólo quedaban los olores de la montaña.

## 12

Yo no perdía el tiempo en el día ese mes que estuve solo; hacía ejercicios en la mañana, en la tarde ya sabía que iba a escribir informes, o escribía un poema, o caminaba un poco, me ponía a practicar la vista, me asomaba de un lado, me asomaba de otro, y aunque no perdía mi tiempo aunque estuviera solo, casi siempre te quedaba espacio para pensar cualquier cantidad de cosas.

Allá un día en la tarde se aparece Margarito, un campesino que nosotros ya conocíamos, con un compañero nuevo que le estaban mandando a Tello y que pasaba por donde mí haciendo escala. Eran como las cuatro de la mañana y veo llegar a un muchacho grande, recio, alto, ojos de chibolón, pelo crespo corto, y en cuanto llega el pobrecito, lo veo que pom se sienta ahí como un fardo y lo miro que se está hartando el lodo, el lodo de la cara, en el pelo, el fusil hasta el tronco de lodo, "Omar Cabezas, yo sé que sos vos hermanito" me dice apenas entrando, y empieza a hacerme preguntas, las preguntas que yo le hacía a Tello, a Silvestre cuando los vi la primera vez, de que cómo es la cosa, cuántos hay, que para dónde iba ahorita, que si hay varios campamentos, que si hay cocina, que si siempre tienen que caminar así como viene él ahí, que si tengo curita o alcohol para las ampollas y se quita las botas el pobrecito, y traía una gran herida en la mano porque se había caído y había puesto la mano para no quebrarse la cara en una piedra, un pañuelo lodoso enrollado en la mano. Ese era Casimiro,

que me conocía porque también era estudiate de la universidad, su nombre verdadero era Orlando Castellón Silva, luego cayó también en la guerrilla.

Más tarde me tocó entrenar a muchísimos hombres militarmente. Yo hice cerca de cuarenta escuelas guerrilleras en mis cinco años y pico de vida clandestina. Y entonces yo trataba de enseñarles a los compañeros con mucho cariño, con mucha fraternidad, manteniendo la cuestión dura del entrenamiento, pero tratando de ser con ellos muy fraternal, para acabar con esos prejuicios que había contra los estudiantes en la montaña. Entiendo que después se corrigieron.

En Waslala hay zancudos todo el día, zancudos por todos lados y en la noche es peor, jejenes, bocones, y toda suerte de mosquitos e insectos, y no podés dormir porque se te meten en la cobija, y tenés que hacer brasitas debajo de la hamaca, fuego pequeño, tízones para que den humo, porque vos estás en una hamaca y oír el bruuuuuuuuuu interminable en los oídos; y hay un insecto chiquito que jode todo el día, que se mete entre los poros de la hamaca o de la cobija, y te anda picando por dentro. Eso es una pesadilla, es horrible, porque no podés dormir en paz; eso hace que la cara se te arrugue en la montaña, porque ahí uno vive con la cara dura. Para ir a cagar te mojás las nalgas con el monte helado, la comida es fea, no hay atractivo, no hay azúcar, casi no sonreís, te vivís rayando a cada rato, siempre cargado, siempre mojado, entonces siempre estás haciendo expresiones de dolor con la cara, y en el transcurso de los días, las semanas, los meses, los años, la cara como que ya te queda así, los músculos comprimidos, y ya tenés la cara dura, la cara como una mueca, como que el músculo no se devuelve a su estado normal, se te cambia la expresión. La expresión de los guerrilleros cambia con los años, y eso te revela el nuevo temple, la cara transformada te dice que no sos el mismo; y por supuesto, la mirada va siguiendo el mismo proceso. Entonces como tampoco podés dormir por que los animales se te meten, estás arrugando siempre la cara y te pegás en la cara, no hay un momento agradable ahí, sólo cuando hay una buena comida o cuando llega un compañero, o cuando te masturbás, o cuando oís una noticia pijuda, o cuando oíamos por la radio "El son nuestro de cada día" de Carlos Mejía Godoy, eso era como agua fresca, por que nos demostraba que no estábamos solos, cuando oíamos a Carlos Mejía Godoy cantando. Ese fue un alimento permanente. "El son nuestro de cada día", todos los días a las seis de la tarde en el campamento; nos concentrábamos en diferentes radios que había y nos juntábamos ahí a oír "El son nuestro de cada día" y la música y la mazurquita y las palabras de Carlos, eso fue para nosotros un aliciente permanente que nos ayudaba a llevar esa vida.

A Casimiro luego lo despachamos para donde Tello. Y allá otro día, ya en noviembre, llegó un correo, un campesino en la madrugada que me llegaba a traer. Me mandaba a traer Modesto para hablar conmigo; todavía no lo conocía y tampoco sabía, que se llamaba Henry Ruiz. Bueno, en mis cuentas, yo iba a volver ahí, después de mi reunión con Modesto. Entonces me voy con el compañero y llegamos al campamento de Modesto adonde ya estaban todos los que habían salido conmigo del centro, más otros nuevos que estaban, más otros campesinos que yo no conocía, más otros colaboradores, eran como treinta o cuarenta hombres, más o menos. Puta, somos bastantes decía yo, porque yo no sabía que tenían otras escuadritas ahí. Entonces llego yo, y ya los otros compañeros tenían nuevas experiencias acumuladas después de unos dos meses de habernos separado, y yo también con nuevas experiencias. Llego, pues, al campamento de Modesto, están desayunando cuando nosotros llegamos, porque nosotros salimos de noche; estaban desayunando y ya habían terminado los ejercicios que estaba dirigiendo Rodrigo y se los estaba llevando puta, porque ese Rodrígo era caballo, no fregués, hacía ejercicios todos los días, desde que amanecía, formación de ejercicio a las cuatro de la mañana. Cuando clarea vos estás terminando de hacer los ejercicios, con mochila, e inmediatamente después de eso, aseo personal, todo mundo a bañarse, a lavarse los dientes, la cara, el que se quiere bañar se baña; con autorización sí, cuando estás cuidando algo. Y luego el desayuno que es un puño de maíz cocido reventado, o sin reventar, cocido nada más, sin reventar. La medida era medio pocillito de maíz reventado, ese fue nuestro desayuno durante años, nosotros lo odiábamos porque nos aburría. Y cuando padecimos hambre, cuando no había ni eso, cómo deseábamos ese pocillito de maíz.

Modesto estaba comiendo su porra, me acuerdo y el campesino me lleva donde él y yo lo saludo "mucho gusto, compañero", así lo saludo yo, "¿vos sos Eugenio?", "sí, yo soy Eugenio", "ah, está bueno, vamos a hablar". Entonces fui a traer mi comida y me puse a comer, digamos que fue una expresión bien fría de los dos, a pesar de que Modesto era el símbolo, pero fue una cuestión fría, me imagino que fue por la misma cuestión un tanto despectiva que tenían con los estudiantes. A esa hora yo tenía clara esta cuestión, porque era un tipo que estaba constantemente analizando las cosas.

Estando en Waslala, se me olvidaba decirte, unos quince días antes de que llegáramos donde Modesto, yo me había visto aquí en la pantorrilla del pie derecho un puntito blanco y aquí en la pantorrilla del pie izquierdo otro puntito blanco, un puntito de piquete de zancudo pero como uno tiene las manos todas picadas de zancudo y heridas y

miles de miles de piquetes que se te quitan, luego piquete sobre piquete, herida sobre herida, rayón sobre rayón, eso es normal y a veces los piquetes se te infectan un poquito, entonces andás las manos picadas y con un montón de pus y luego les echas alcohol cuando encontrás alcohol o *merthiolate*, se te quitan y luego vienen otros piquetes, y así; pero yo vi que esos piquetitos se me empezaron a crecer en forma de puntito blanco a los dos lados de la pantorrilla, y alrededor del puntito blanco, rojo, rojo, rojo, colorado, colorado, colorado, en los dos lados y poco a poco, con el transcurso de los días me fue creciendo como una moneda de diez centavos me lo apretaba y luego como una moneda de a chelín,y luego como una moneda de cincuenta centavos; luego ya me empezó a doler, ya me dolía mucho, yo vi que era pura pus eso; entonces yo creí que cuando llegara donde Modesto me iban a inyectar para que se me quitara, porque ahí había suficiente medicina.

Le digo a Flavio, el doctor de la guerrilla: "tengo jodido aquí, en la canilla", "lo que tenés ahí es una infección". La supuesta infección empieza vertiginosamente a crecer, ya estaba como una moneda de a córdoba. Me dolía, que no podía dormir. Tuve que doblarme el gollete de la bota de hule, pues cuando me rozaba, me mataba. Me han dado unas cápsulas de antibiótico para que cediera la infección, pero yo le decía a Flavio: "esta chochada no se me quita..." "Flavio, yo empiezo a sentir un mal olor, yo siento cómo esta chochada hiede". Flavio acerca la nariz: "Sí, hermano esto apesta"; me huele la otra... hedionda... "Te voy a inyectar *benzetazil*..." entonces me pone la primera *benzetazil*, penicilina de dos millones cuatrocientas mil unidades en la cadera, y paso cuatro días renco, sentado. Estábamos todos débiles, bien flaquitos... Una inyección de ésas me botó. Pasan los cuatro días y empiezan las curaciones, eso fue algo horrible, porque te meten una pinza con algodón dentro de la chonela... y se va hasta adentro la pinza con el algodón, luego la otra... y yo que me agarraba los dientes y apretaba los puños... ¡ay hermano...! y le quitaba el pie, y Flavio se me sentaba al pie y me agarraba. Total, que cuando me saca toda la pus me queda un gran hueco... y aquel tufo... Me vendaron el par de huecos donde se me miraba la carne. Ya no podía caminar, sentado todo el tiempo. Como no se me quita, me vuelve a meter otra *benzetazil*... y recordá que eso mata los glóbulos rojos; estamos subalimentados, hechos mierda... me vuelvo a quedar postrado y siguen las curaciones todos los días porque todos los días tenía pus... y cada vez la chonela más grande. Me metió tres *benzetaziles* y la cuestión fue creciendo, fue comiéndome, y aquel dolor que no podía levantarme ni para ir a traer la comida, a duras penas para ir a cagar, o para irme a bañar... Era un sacrificio, me bañaba todos los días... vos sabés lo que es desnudarse en

una quebrada, el agua de lo más helada, helada... todas las mañanas y a veces dos veces al día, y que me lavara y la cuestión no se compone y miro que Flavio está preocupado porque ya les está empezando a otros compañeros en diferentes partes del cuerpo, chiquitas, las mías eran las más grandes. Flavio está preocupado porque se percata de que eso no es ninguna infección, yo ya tengo como un mes de estar postrado y lleno de antibióticos... y siguen creciendo. Son chorchas grandes. Iban creciendo y comiendo por dentro, ya se miraba el hueso. Me curaban entre tres. Un compañero había cortado dos palos. Me daban un palo en cada mano y luego me metían otro en la boca para que no gritara a la hora de la curación y me comenzaba a meter las gasas dentro de los huecos de las piernas. Sentía que me tocaban todo por dentro un gran dolor que no puedo describir, me dolía hasta el cerebro, quebraba los palos que me ponían en la boca, era tan grande el dolor que parecía un animal cuando me estaban curando, era de lo más desgarrador... sólo a Somoza se lo podría desear yo. Me escapaba de desmayar cuando aquel hombre me metía la gasas, y aquel tufo, y las gasas salían envueltas en pus, en sangre, me salían pedazos de carne, pedazos más grandes que un frijol, que un grano de maíz, eran tucos de carne los que se me desprendían; ahora sólo tengo las cicatrices... pero esto era mucho más grande, como cinco pulgadas de diámetro, del tamaño de un jeme y para dentro comido. Para remate me habían empezado antes en Waslala, unos dolores de apéndice; entonces se me había mezclado la apendicitis con la cuestión ésta. El pobre Flavio estaba siempre en su cama agüevado porque no hallaba lo que era. Una tarde viene Flavio y dice: "¡es lesmaniasis! ¡lesmaniasis!", como quien grita ¡tierra!... ¡tierra!... "¿qué cosa es lesmaniasis? "Hermano, eso es lo que ustedes tienen, es lepra de montaña, esa es la lesmaniasis. Yo me acuerdo que en un curso antes de venirme a la montaña, viendo medicina tropical... eso es... eso es... Repodral ... Repodral... con eso se quita, con Repodral Ojalá, hermano". "Entonces, bueno, manden a traer Repodral..." ¿Sabes lo que es mandar a traer Repodral a la ciudad...?¡Cuándo iba a llegar! A ver si pasaba por los retenes de la Guardia. Duré cinco meses así. Lo que hice después fue ponerme vendas y vendas, y me levantaba a buscar leña a veces, o me mandaban a la posta, la cosa es que yo pedía trabajo, no estar postrado. Entonces, la lepra me fue haciendo más caballo. Me fue curtiendo más. Tal vez por eso es que fuimos tan exigentes nosotros porque si vos no tenés convicciones, vergüenza, te vas, pedís que te bajen. Y nunca pedí a Modesto que me bajara y sabían que estaba hecho mierda yo. Un día de tantos vino la navidad, la navidad de 1974.

A mí no me gustaban las navidades en la montaña. Me acuerdo de unas más que de otras. Pasé cinco en diferentes lugares, en diferentes

campamentos, en diferentes zonas, incluso con diferentes gentes... No eran las mismas columnas guerrilleras, eran nuevos cariños, nuevos grupos que llegaban, nuevos compañeros. Yo les contaba dónde pasamos la otra navidad, la del año pasado, porque, por lo general, te es más fácil recordar la del año anterior.

Se me cruzan las navidades con los años nuevos, porque son dos fechas tradicionales de conmemoración y el campesino celebra más el año nuevo que la navidad. En las montañas la navidad es un día común y corriente, casi desconocido, porque como no hay juguetes, ni en broma, la fiesta no existe. No se conoce la navidad en la montaña, pero el año nuevo sí se conoce, porque yo recuerdo un año nuevo que me eché unos tragos con unos campesinos.

La primera navidad que pasé en la montaña, como decía, fue la de 1974. En ese mes, Carlos Agüero, René Vivas, Aurelio Carrasco, Nelson Suárez (Evelio) y otros compañeros se habían ido a hacer un asalto. Estábamos en ese campamento y se había ido Rodrigo. Nosotros sabíamos que había salido a hacer algo, pero no dijo qué. Después oímos el alboroto del asalto de Abisinia. "Este hijueputa fue Rodrigo" —decíamos nosotros— y empezamos a socar hasta que regresó al campamento.

Volvieron para navidad. Nosotros, los que habíamos entrado ese año, estábamos en las hamacas, pensando en la navidad, el lucerío, los regalos, los supermercados.

Yo me acordaba por supuesto de la navidad en León, que ponen en el atrio de catedral un montón de caramancheles, las muñecas, el lucerío. Y en la esquina del Sesteo, por la universidad, en la esquina del Chinchunte, en la entrada a León, que es una esquina donde había un billar y un viejo que le decían Taponcito, en esa esquina ponían una luz bien linda para navidad. Y yo me acordaba. Y estábamos en la hamaca oyendo música, oyendo una canción que decía "tú que estás lejos de tus amigos, ven a mi casa esta navidad". Nosotros nos poníamos a cantar y decíamos: "Ven a mi champa esta navidad". Y no nos queríamos acostar. Así estuvimos. Eso fue el 23. El propio 24 si no me equivoco se aparece Rodrigo. No sé si en la mañana o en la tarde. Nosotros felices, porque íbamos a estar juntos en la navidad, aunque fuera hechos mierda. Teníamos la idea de que ya con Rodrigo iba a ser distinto. Además de que Rodrigo aunque no fuera un religioso tradicional, era un tipo que comprendía la naturaleza humana y que nos comprendía a nosotros. Nosotros ya estábamos también acostumbrados a lo difícil porque a veces pasábamos las navidades metidos en las catedrales con las huelgas de los prisioneros políticos. Es decir, ya en alguna manera nosotros estábamos acostumbrados, desde que éra-

mos estudiantes, a pasar la Semana Santa o la navidad y el año nuevo encerrados en las iglesias, en campañas.

Rodrigo apareció con unos chompipes, y los jodidos como habían pegado el asalto al banco de Abisinia habían pensado en llevarnos cosas de la ciudad, porque habían ido al pueblo. Nosotros teníamos meses de estar en la montaña. Me acuerdo que cuando llegó René Vivas le preguntamos: "Hermano, ¿estuviste en el pueblo y viste la luz eléctrica, y los carros, y la gente?" Teníamos tiempo de no ver luz eléctrica, ni carros, de no ver nada de eso. Rodrigo dice: "vamos a pasar la navidad pijudos, porque trajimos ¿adivinen qué? (a Rodrigo le encantaba cocinar) mantequilla, *petit pois*, salsa de tomate, salsa inglesa"... Lo anduvieron cargando cerca de 20 días en las mochilas para llevarnos todo al campamento el 24. Eso tal vez no diga nada, pero es que andar cargando cuatro onzas en la bolsa o en la mochila de más, de extra, donde caminar es norma y el descanso es excepción, tiene un significado grandísimamente humano.

Entonces, ponen a Luciano a cocinar. A él le tocaba la cocina ese día. Pero también cocina Rodrigo porque él dice que va a hacer un pavo como lo hacían en la ciudad. Y tiene toditos los fierros para cocinarlo. Vamos a darnos una cena de la madre, después que tenemos meses de estar comiendo maíz cocido reventado. Pero, a pesar de la alegría por la comida, por la llegada de Rodrigo, a veces se te cruzaba "dónde estará tu mujer, o tu mamá, tus amigos, los compañeros de la ciudad, que están mejor que vos, que en algún cuartito clandestino, en algún traspatio, en el patio de una casa clandestina, de seguro que se están echando unos tragos, de seguro que se acuerdan de nosotros..." Porque era una solidaridad humana permanente, siempre estábamos unidos en cualquier lado, en cualquier momento, los unos pensando en los otros.

Rodrigo entró de tardecita, ahora me estoy acordando, todo mojado. Nosotros nos dimos cuenta porque oímos el grito de la posta. Vimos a Evelio, como siempre, recio con su mochila, empapado, con la misma cara de siempre. Y luego Rodrigo con su gorra, siempre chele y siempre detrás de Evelio. Llegó con su sonrisa. Rodrigo tenía una sonrisa chiquita, no era explayada. Venía entonces con una sonrisa alegre porque venía de Abisinia, porque venía a pasar la navidad con nosotros, porque seguramente también le habíamos hecho falta. Ya me acuerdo que fue de tarde, estaba medio humoso, porque allí diciembre es pleno invierno Y entonces, Luciano, que había quedado de ayudante de cocina de Rodrigo, a esa hora, ya medio oscuro agarra los pavos, los sala y se los pasa a Rodrigo Este empieza a cocinarlos, un olorcito que todavía recuerdo... El resto de la tropa —en un campamento las

champas están en forma circular— nos pusimos en el centro a chilear, en el lugar donde se hacían las formaciones. Decíamos, ¿cómo estarán en la ciudad? Rodrigo dijo que podíamos cantar y cantamos.

Pero después que cantamos un rato, nos empezó a dar ganas de orinar. En el monte uno orina a cada rato. Y si estás dentro del grupo y luego te hacés a un lado para orinar, se te viene a la mente, inmediatamente, la ciudad, tu familia, tu mamá, tu mujer, las posibilidades de la victoria, cuántas navidades más aquí, hasta cuándo todo esto, hasta cuándo saldremos de aquí. Eso en el instante en que te volteás para ir a orinar. Pero cuando ya te integrás al grupo y seguís cantando y fregando, se te olvida.

Mientras nosotros hablábamos, Rodrigo cocinaba y empiezan a salir de la cocina sucesivos olores, como sucesivos condimentos Rodrigo va echando. Y así también nosotros los vamos reconociendo. Alcaparras, salsa de tomate, salsa inglesa, mostaza... porque aunque estábamos como a 20 metros de la cocina, soplaba el viento y son olores tan conocidos y uno allí desarrolla los sentidos, lo sensorial. Nosotros íbamos detectando, íbamos preguntando... ¿qué le echaron ahorita? ¡Tal cosa! Y así.

Cuando ya estaba preparado, salía un olor de la madre. Ya no hallábamos la hora. Habían llevado también dos cigarros más para cada uno. La cuota era de seis al día cuando habían óptimas condiciones. Habían llevado dos más y también tres caramelos para cada uno. Eso era un derroche, una verdadera fiesta. Más cigarros, más confites, el pavo, el olor del pavo. Sin embargo, cuando te volteabas del grupo, se te pasaba todo el encanto. Por eso a mí no me gustaba casi ir a orinar. Porque a veces es mejor estar soñando.

Al fin llegó la voz esperada por todos, como siempre entre firme y lacónica, entre firme y mecánica, entre firme y seca: "La comida, compañeros". Todo el mundo a formar. Y aquel olor tan rico. Yo primero metí el dedo en lo oscuro, en vez de la cuchara metí el dedo. Y me acuerdo de que toqué las aceitunas, las alcaparras. Vos tocás una y vas reconociendo en la oscuridad con el tacto las diferentes cosas. Y agarro una aceituna y le pego el mordisco... y me acuerdo de la aceituna que comía en la ciudad, el jugo o la saliva mezclada con la aceituna te produce una sensación que te transporta y te hace recordar. Y en efecto, la alcaparra, y sentís el olor a salsa de tomate... Si vos comés en lo oscuro y cerrás los ojos podés hacer cualquier cantidad de maravillas con un poquito de imaginación.

Pero... la gran tragedia, y la gran puteada que le pegaron a Luciano, y el enfurecimiento de Rodrigo y la desmoralización de todos. La carne venía salada y Luciano la había salado otra vez y estaba incomible.

Yo le metía el diente, no por hambre sino por ejercitar la imaginación. Nada más le metía el diente. Tenía todos los condimentos. Me la chupé alrededor, me comí todos los condimentos. Casi me comí toda la carne. Esa noche, después de cenar nos fuimos a acostar pensando... pensando en luchar, en la vida, en la lucha.

También pasé una navidad en Tegucigalpa antes de la victoria. En una casa clandestina. Fue una navidad bien urbana. Recuerdo que entonces estaba yo de responsable en Honduras. Había salido y mi estadía afuera se había prolongado. Estaba de responsable allí con el compañero Rafael Mairena. Nos juntamos con algunos compañeros y compañeras. Como había menor presión, bailamos, cenamos, nos acordamos de los compañeros. Para mí el recuerdo era el de mis compañeros, de mi unidad, de combate. Los imaginaba en la montaña, en diferentes formas, en correspondencia con otras navidades que yo había pasado también en la montaña. Porque me acuerdo que pasamos algunas caminando toda la noche. Vas caminando, caminando y ya ni te acordás. Cuando te sentás a descansar platicás con el que está a la orilla, "mira hermano, que barbaridad, quién sabe cómo está este mundo mientras nosotros aquí, la gente quién sabe dónde, bebiendo guaro, haciendo quién sabe cuántas cosas..." Es impactante, porque si vos no tenés principios sólidos, te desmoralizás. Porque son fechas tan tradicionales, tan enraizadas en los pueblos. Vos vas caminando y te vas acordando de la ciudad, de los carros. Y a veces me distraía yo, que era el jefe. Me distraía por ir pensando. Aunque uno ocupa recursos mentales, incluso yo, combinaba el recuerdo con el cansancio para no agotarme. Y decía que cada paso que daba era un bombillo del árbol de navidad de la casa de un rico. Un bombillo, otro bombillo, hasta quebrarle todos los bombillos al árbol navidad...

En los primeros años nos pusimos, como una curiosidad, a observar al campesino. A ver si se miraba festivo el rancho. Si se sentía el olor a navidad en la montaña. Vos sabés que en la ciudad todo es distinto. Las luces, la propaganda, los ríos de regalos, las tarjetas, las fiestas. Navidad tiene un olorcito. Diciembre en sus últimos días tiene una cuestión particular, la gente es más alegre, la gente más bonita en navidad y año nuevo. Las casas, tu propia casa es distinta. La misma casa de uno aunque sea la misma repetida casa de todos los días.

Nosotros queríamos ver si en la montaña, al salir del propio monte al rancho, respirábamos diciembre, si respirábamos ese sentimiento que brota en diciembre. La gente siempre compra algo, aunque sea una cosita. Y si no inventa algo, pero el niño celebra la navidad. El niño tiene juguete. Tiene que ser una pobreza demasiado extrema para que la navidad no llegue.

## 13

A los pocos días después de la navidad se dio algo bello. Como yo estaba enfermo a mí me encomiendan el radio. Responsable de escuchar todas las noticias de los radioperiódicos y al caer la tarde dar a conocer las más importantes a toda la tropa en formación, para que esté enterada y hacer un pequeño análisis de las noticias que yo considerara más importantes. Uno siempre está aportando, siempre está trabajando y yo contento porque estaba haciendo algo.

De repente oigo que algo raro pasa en la carretera a Masaya, que no hay pasada en la carretera a Masaya, que está la Guardia tendida. Yo vi como que era algo serio, entonces me voy donde Modesto, me acuerdo que estaba en la cocina: "Hermano, hermano, pasa algo grave en Managua, dicen que no se puede pasar por la carretera a Masaya y que está la Guardia tendida". Claro, ellos ya sabían que venía un golpe del Frente en la ciudad, nosotros no sabíamos ni mierda. Ellos sabían qué tipo de golpe era. Sabían que era el asalto a una fiesta para capturar rehenes... Te estoy hablando del vergazo del 27 de diciembre de 1974.

¿Qué casas quedan, qué embajadas quedan en la carretera a Masaya? Yo no sé, no soy de Managua.. ¿qué casas quedan, qué embajadas quedan? René Vivas creo que es de Managua... El asalto a la casa de Chema Castillo. Nosotros gozábamos en la montaña con la expectativa de la noticia. Cuando al rato oímos el comunicado de la Guardia y las radios paradas. Las han cortado. Aquí fue el turcazo cuál habrá sido, qué habrá sido. Y empieza un período de angustia... Diosmiitomilindo, que salgan bien estos muchachos hijueputas, ¿qué habrá pasado? Nosotros sabíamos que era un golpe... Y al rato, cuartel general, cuartel general de la Guardia Nacional informa que está tomada la casa de Chema Castillo, que está mediando el obispo y que tiene identificado que es Carlos Agüero uno de los que está ahí adentro... bueno... Ahí me di cuenta que no era Carlos Agüero, porque yo vi que Rodrigo se puso a reír maliciosamente con René Vivas, y ahí identifiqué, yo sabía que Carlos era chelito, alto y ojos azules... ¡Ah, este jodido es Carlos Agüero!... Sí, éste es... y empiezo a ligar un montón de cosas que me había dicho. Yo no lo ubicaba y en ese momento me di cuenta que Rodrigo era Carlos Agüero. Y va todo el día de especular con los sucesos de Managua y como yo era responsable de las noticias siempre estaba pegado al radio... qué hay de nuevo... qué de nuevo... siguen negociando... que van a pasar unos comunicados del Frente... y salen lo comunicados. ¡Hijueputa! decíamos nosotros, a güevo pasaron

el comunicado. Así los queríamos, tener, cabrones... era una euforia en el campamento, fue alegrísimo, las pobres postas cuando les llegabas a dejar la comida... "¿qué fue hermano?, contame..." Y te ponías a contarle todo, pero eso era prohibido, y te volvías... "contame más, más", "no, en la tarde te cuento..." Hasta que salen los compañeros... no me acuerdo si tiramos tiros, si hicimos descargas... la cosa es que para nosotros el 27 de diciembre fue un levantón moral extraordinario, gozamos en puta porque salió al mundo la denuncia de todos los asesinatos de campesinos habidos en la montaña, los nombres donde habíamos andado nosotros, Zinica, Waslala, sentíamos que ya no estábamos solos, que se estaban haciendo famosos los nombres donde andaba la guerrilla, que estaba siendo denunciada la represión que había en la montaña. Como a los cuatro días, nosotros vemos que empieza el movimiento en el *bulpén*, en la champa de Rodrigo y de Modesto; reuniones con Arcadio, con otros. En efecto, sale Rodrigo con cinco hombres... Después de unos seis días que habían salido, llega un campesino: "dicen que atacaron el cuartel de Waslala, que hubo una balacera... que hay un montón de muertos de la Guardia". Rodrigo había salido a atacar el cuartel de Waslala, ése era el plan. Por cuentas, le hicieron a la Guardia once bajas. La Guardia que nunca se imaginó que le iban a atacar un cuartel tan inexpugnable, que nunca la habían tocado en la montaña, de repente le empiezan a tirar plomo. Eso fue una locura ahí adentro, se mataron entre ellos mismos y los compas se retiraron en orden, victoriosamente. Ajusticiaron algunos jueces de mesta, y la guerrilla comienza a vivir momentos pijudos, que sólo fueron empañados por la muerte de Tello.

Porque como a los tres días después que volvió Rodrigo al campamento apareció un comunicado de la Guardia diciendo que en la zona de Zinica, o de Cusulí, persiguiendo a la banda que asaltó el cuartel de Waslala, la patrulla había encontrado resistencia de un hombre armado, y que el hombre muerto en el combate había sido identificado como René Tejada Peralta. La Guardia había capturado a un colaborador nuestro quien había contado que en tal casa estaba un guerrillero; Tello estaba con otro compañero que pudo salir vivo de ahí, descalzo. Como a las 6 de la tarde, creyendo que era el colaborador que le llevaba la comida, porque le hacen la seña y todo... comienzan a volar tiros: como está medio turbio, oscureciendo, al primer tiro, a un hombre como Tello que era tan desconfiado, le pegan un balazo de Garand en la frente.

Te voy a contar lo que yo sentí cuando oí la noticia de que Tello había muerto: sentí miedo cuando Tello murió. Sentí miedo porque a Tello yo me lo había copiado en alguna medida; me había enseñado a

caer, las posiciones de tendido, me había ensenado qué hacer cuando llegara la Guardia, qué hacer cuando la Guardia se fuera acercando. Tello me enseñó qué hacer en el combate, qué hacer en una retirada, cómo mandar a los hombres a la hora de un combate contra la Guardia... Y de repente, el hombre que cae es Tello, el que me enseñó todo... Hubo momentos en que pensé: todo lo que me enseñó no sirve, porque si no lo aplicó él, si no lo usó él, es pura teoría esta mierda pues, aquí nada está dicho, qué guerrilla es ésta, que cae primero el mejor de todos, el que te enseñó. Cuando Tello cayó yo ya me sentía güevoncito, un poco más fuerte, un poco más capaz, superior al estudiante, al político al dirigente estudiantil de la universidad, superior a eso, ya un guerrillero, que cargaba, que pateaba, que dominaba el fusil, que dominaba las armas, y de repente Tello cae, entonces lo que nos enseño ¿para qué puta nos lo enseñó? Qué ganamos con sus enseñanzas si lo matan a él de primerito, ni siquiera matan a un compañero de los que nos entrenamos juntos, pues entonces hubiéramos podido decir: no asimiló los conocimientos que le enseño Tello. No, es Tello el que muere, Tello de primero, y entonces te sentís super frágil, como que la Guardia es invencible y como si sólo fuera una caricatura de guerrilla la que teníamos nosotros, como que son remedos, como que son sólo buenas intenciones como que son sueños cursis, guerrillas cursis... Esa es la sensación que uno siente en ese momento.

Recuerdo que esa tarde pasó un helicóptero por encima del campamento. Era el helicóptero que iba a traer el cadáver de Tello para que lo identificaran en Waslala y nosotros aún no sabíamos de su muerte. Apagamos el fuego en carrera, creyendo que era con nosotros. Estábamos dispuestos a combatir en ese momento si acaso la Guardia llegaba. Redoblamos las postas, alistamos las mochilas... Y no hubo nada. "Si hubieran venido esos hijueputas, los quebramos" comentábamos nosotros. Y nos damos cuenta después que Tello ha muerto. Yo nunca le perdoné a Tello que lo hayan matado de un balazo así nomás. Y esa tarde que nos dimos cuenta me fui para mi hamaca, para mi champa a pensar en todo esto que he dicho y pensé en León, en los barrios, en la universidad, y también que la guerrilla era una mierda. Yo no asimilaba la muerte de Tello. Los estudiantes tiraban piedras, ¿pero qué sabían los estudiantes lo que era el combate, lo que era la Guardia? Yo que había sido de los principales dirigentes estudiantiles, que ahora ya estaba entrenado, sentía en lo más profundo que quien me había entrenado a mí era el primer muerto, uno que sabía más que yo, y por ende, más que Subtiava en lo militar, y más que la universidad, y más que todos los compañeros legales y clandestinos del Frente Sandinista.

Como que se metió en miedo también la montaña. Se calmó el viento de la montaña y los árboles dejaron de mecerse y hubo una quietud, una calma sobrecogedora, no sé si era yo que estaba con un gran miedo, pero recuerdo que los árboles dejaron de besarse, no se movía una hoja y semejantes árboles tan altos, el monte agachado y no se movía una hoja, como que se le había caído la coraza a la montaña, todo quieto, no como siempre, cuando se siente que es violento el movimiento de los árboles, como que se están defendiendo del viento o aventando quién sabe qué cosa con las ramas, con, pantándose con las ramas la muerte o el peligro... Y los pájaros dejaron de cantar, como que se habian ido por temor... todo se volvió tétrico esperando el momento que llegaran y nos mataran a toditos. No sé, no puedo explicar qué fue lo que pasó ahí. Todos los compañeros comentando, no sé si los compañeros que se entrenaron conmigo tambien habrán sentido miedo. A algunos, como que no les dolió mucho la muerte de Tello. Tal vez no fue que no les dolió mucho, sino que Tello había sido muy duro con nosotros, y pensaban algo así como que por qué no hizo güevo a la hora llegada como hacía con nosotros, como recriminándolo que donde estaba lo que nos había enseñado. Hasta el ruido de la quebrada que era un ruido permanente cesó, que se le había llegado su momento de que iba a pasarle algo a ese ruido permanente, porque se junto con los árboles que no se movían, con los animales que se fueron, que no cantaron y hubo un silencio hasta en los movimientos de los compañeros en la guerrilla y no se oían las risas de los compañeros que estaban en la cocina moliendo el maíz o preparando la comida. Me parecía mentira que Tello pudiera haber muerto... Bueno, quiere decir que no era cierto que la posición de rodilla en tierra era así como él decía, y no era cierto que había que moverse de ésta, u otra forma en el combate. Todo eso era pura teoría y la Guardia con su fuerza, con su poder, anulaba todo. ¿Tenían valor los conocimientos que nos había dado o no eran ciertos? La Guardia se los pasaba por los güevos, aunque la Guardia no sabía todo lo que Tello sabía, y desde la entrada le pega un balazo. Entonces la Guardia es mil veces superior, la Guardia se ríe de esa mierda o la Guardia hace caso omiso a eso, o aunque vos sepas eso, te matan. ¿No sirve entonces lo que vos sabés?. Para defenderse de la Guardia no sirve, entonces cómo hacer para matarla, para aniquilarla, entonces cómo vamos a acabar con la Guardia, cómo vamos a acabar con la dictadura si a la Guardia no le va ni le viene que nosotros sepamos disparar así, o así, o combatir así... Me sentí impotente; ya no por la carga, porque yo sé que podía cargar, que podía caminar, que podía subir, que podía padecer hambre, que podía estar solo, pero la confianza de combatir, de aniquilar al enemigo se me fue

por el suelo, que era lo más importante. Y yo que me sentía representante de un montón de gente, de los barrios, de la universidad, yo que me sentía preparado...

La muerte de Tello no era comprensible para mí, aunque desde el principio tenía en mi cabeza su decir, de que quedaba gente preparada para la guerrilla si él moría; y yo pensaba si este jodido nos preparó como se preparó él, si nosotros vamos a ser como fue él, si vamos a combatir como combatió él, o si los conocimientos que nosotros tenemos valen un pito para la Guardia, que no la neutralizan, que no sirven para nada, nos van a matar a toditos, pues. Y también Tello admiraba al Che y Tello admiraba a Carlos Fonseca. A lo mejor a Carlos Fonseca no lo han matado porque no ha entrado, decía yo. Es imposible, esta guerrilla hijueputa con este enemigo tan potente... Y cuándo iba a sobrevivir el Che, si los que mataron al Che fueron entrenados por los *rangers* que fueron los que entrenaron a los que mataron a Tello. Entonces pensaba que si el Che no habría sido un quijote como Tello, como nosotros, y el mismo Frente Sandinista era un quijote, a lo mejor. Y si el movimiento estudiantil, el movimiento de los barrios, no serían sino otros movimientos más, como muchos que se dan en diferentes países de América Latina, sobre todo en el Cono Sur, que tienen un momento de auge y que luego los aplastan, y que si Cuba no sería una excepción, pues, porque estaban Fidel, Raúl, Camilo, y lograron hacerlo porque el enemigo no estaba experimentado, porque el imperialismo no había sacado las uñas, y que si todas las canciones, toda la literatura revolucionaria que salía de América Latina, no era más que para darle un revestimiento, un baño intelectual a una eventual teoría revolucionaria que en la práctica no tenía ningún resultado, que América Latina no tenía posibilidad, y que íbamos a fallar, a perder, como habían perdido los colombianos, los venezolanos, los guatemaltecos.

¿Y qué es lo que te salva en ese momento? Porque luego se te calma la cabeza, se te apagan esos sentimientos y empezás a reflexionar maduramente, con calma, te salva el hecho de que el FSLN inculcó en nosotros un capricho histórico, una terquedad infinita, sin límites; y de repente te empieza el cerebro a funcionar: bueno, aquí se puede morir un montón de gente, pero hay que seguir luchando para derrocar al enemigo; porque definitivamente ser guerrillero, estar contra la Guardia, aunque murás, ser guerrillero es una actitud moral y si se muere, se muere con una actitud moral de vergüenza. Tu muerte es una protesta en sí. Entonces, la muerte de Tello era una protesta, y nosotros íbamos a morir protestando y aunque el Frente Sandinista sólo fuera otro movimiento guerrillero más, que luego lo aplastará el imperialismo y la dictadura, de Somoza, como aplastaron tantos en

todo el continente. Lo importante no era que si Tello aplicó o no sus conocimientos, y si lo que nos enseñó a nosotros era o no correcto; lo importante era que había que morir soñando, lo importante era que había que amortajar sueños, esperanzas, ilusiones y romper contra la montaña, romper contra lo ciego, romper contra todo, pero romper al fin y al cabo... ¡Romper! Eso era lo importante, luchar aunque para eso tuviéramos que arpillar burlas sobre nuestra propia formación militar, o dudas sobre nuestra propia capacidad militar; había que morir, y había que almacenar y amortajar dudas y frustraciones sobre nuestra propia capacidad, pero había que juntarlas y volárselas al enemigo y volárselas a la montaña, y hacer que se volvieran a mover los árboles y que el río volviera a coger otro sonido. Entonces sale el sentimiento de vergüenza. Nace desde lo más profundo el sentimiento de combate, de no claudicar aunque te murás. Lo que te toca es elevar a tu muerto, elevarlo, convertirlo en estandarte e impulsarlo, e impulsarte vos junto con tu muerto, junto con todos los compañeros, con los animales, hacer que la montaña se pusiera de nuestro lado, que se movieran esos árboles de nuevo. De tanto pensar, porque se hizo de noche, dormí con rabia; y al día siguiente amanecí con rabia, con ganas de combatir, con ganas de probarme yo mismo contra el enemigo y probarnos todos y con ganas de morirnos y que sirviera nuestra muerte de afrenta al enemigo. Es decir, amanecí con ganas de vivir para morirme y con ganas de morir para vivir.

Decía que no solamente quería morir para vivir; luchar para vivir por América Latina, para vivir y morir por los indios, para vivir y morir por los negros, para vivir y morir por los animales, para vivir y morir por mi papá que era un hijueputa pero muy lindo ... por los estudiantes, por Subtiava, por todo... Las ilusiones que yo siempre anduve en forma egoísta desde que entré de la ciudad a la montaña y que nunca se las transmití a nadie; me fui entre el lodo, me harté lodo, me embarduné de lodo, me cagué en lodo, lloré dentro del lodo, metí las piernas dentro del lodo, la cabeza dentro del lodo, se me fue lodo a todas partes del cuerpo, en el pene andaba lodo; pero es que yo andaba algo en la montaña que a nadie se lo dije, que nadie lo supo, creo que sólo se lo confesé a un compañero una vez con tragos, pero ya para 1978; es decir, anduve con el secreto guardado o agarrado durante cuatro años, es que yo quería vivir, porque yo subí a la montaña, llevando entre los puños aferrado un puño de ilusiones que nunca solté, que nunca se me ensució, y que nunca se me perdió; y si me fui hasta el tronco, de lodo, sacaba la mano y ahí dentro andaba entre las manos un puño de ilusiones. Esa mierda yo quería decir...

Y recuerdo que como a los tres días de la muerte de Tello, creímos que la Guardia iba a buscar el campamento. Entonces nos fuimos quebrada arriba. Nos estábamos comiendo una vaca. Alegrísimo lo de la vaca. Y de repente llega un colaborador que era "Evelio", que dice: "compañeros, la Guardia viene para acá, la viene chaneando fulano de tal", que era un campesino vecino nuéstro a quien había cogido la Guardia y se lo había llevado. Entonces se da la orden: vanguardia, centro, retaguardia, y yo con los grandes estragos de la lesmaniasis en las piernas al momento de la retirada del campamento. Le dan instrucciones a Flavio de que me ponga vendas y vendas y vendas... a duras penas me alcanzaba la bota. Yo andaba con una rabia de combatir, con una rabia de morirme contra la Guardia y empezamos a agarrar quebrada arriba. Quebrada arriba es ir en sentido opuesto de donde viene el agua. Una quebrada como de unos 15 metros de ancho, llena de piedras, pero que va serpenteando por la montaña bruta, la montaña que además está de aliada de la Guardia, porque está calladita, porque se ha dejado de mover, tiene tres días de no moverse esperando el momento por cuentas que la Guardia llegara y empezara el turqueo. Nos alineamos todos, nos formamos en vanguardia, centro, retaguardia, y empezamos a caminar... y como que la montaña se dio cuenta que no era juego lo que estaba pasando y se empieza a mover; claro, la montaña estaba confiada porque habían matado a Tello, entonces no se movía y como que se hacía del lado de la Guardia. Estaba incólume ella, espectante, a ver qué hacía; y cuando nosotros empezamos a caminar en son de combate quebrada arriba en esa retirada, pero esperando chocar con la Guardia, se empieza a volver, se sacude, como que sacudimos a la montaña, como que la agarramos y le dijimos: bueno cabrona, qué te pasa. Y empezamos a marchar con Rodrigo a la cabeza de la vanguardia, Modesto en el centro y Aurelio Carrasco en la retaguardia. Va un campesino en el centro, también Modesto por ser el jefe en el centro, y yo que estoy enfermo también en el centro, porque los que estaban jodidos caminaban en el centro. Y había un turcazal de piedras dentro del río, el agua es cristalina y vos vas viendo las piedras, y te vas metiendo entre ellas, te vas cayendo y se me mojan desde la entrada todas las vendas y se me mete el agua dentro de las llagas y el agua dentro de las llagas de la lepra empieza a hacer cualquier cosa. Como que era aliada de la Guardia el agua. Empieza a punzarme la herida, a joderme a su gusto, por puro gusto, mi propia carne se resistía y como que también se peleaba con el agua y como que en la medida que me voy calentando se me va calentando la herida y voy sintiendo menos y menos, me voy pegando contra las piedras pero voy sintiendo menos. A esa hora a mí me vale un pito morir

porque murió Tello, y aquí vamos a probar quién hijuelagranputa es quien sabe más... quién falló. Yo sé que llevo balas dentro del fusil y a medida que voy caminando comienzo a sentir unas ganas, una rabia de combatir, de dirimir con la Guardia con todo y la lepra, con todo y el hambre que llevamos, con todo lo que nos habían hecho dejar, la carne... con todo; y la muerte de Tello, bueno, quién hijueputa podía combatir o quién tenía la razón de su parte ... un reto con la historia. Y empiezo a sentir esa rabia que se me traduce en millones de diminutas explosiones atómicas por los poros. Llevo el cerebro comprimido de rabia. Y las manos arrugadas las sobaba contra el disparador esperando que saliera la Guardia y yo sabía que me iba a morir porque no iba a poder pasar ese río, pero yo me iba a fajar volando balas. Y una vez que vamos subiendo por un lugar como 30 metros de piedra hacia arriba, un salto que tenemos que escalar de la quebrada que va al centro de la montaña, le digo a Modesto, que iba adelante, cogiendo para arriba: "Oíme Modesto, vos no me dijiste que trajera el manual de alpinismo" porque eran como 30 metros y yo miro que Modesto va subiendo con dificultad, subiendo la cascada esa... Y salimos y sigue la caminata y estamos asoleados dentro del agua y asoleados bajo la sombra. Y le digo a Modesto: "Mira, Modesto, si yo muero decile a mi hijo(yo ya sabía que tenía un hijo) que tuvo un padre que fue revolucionario, que cumplió con su deber y que se enorgullezca toda la vida del padre que tuvo". ¿Sabés qué me hizo Modesto en media caminata cuando yo le dije eso? "Se lo voy a contar, se lo voy a contar" y me hace así, un gesto en la cara mojada, porque no tenía que ver esto con eso, cada quien, tenía que ir cubriendo su flanco porque ya la montaña si bien se empezaba a mover, podía echarse para atrás, la montaña que era nuestra protectora, que nos ayudaba, que nos escondía, que nos guardaba, en sus entrañas, pero como se había quedado quietecita con la muerte de Tello, yo desconfiaba de ella ya ... podía haber estado del lado de la Guardia... pero cuando se empieza a mover cuando nos ve en disposición de combate, yo digo se está animando ¿no? está volviendo a su posición normal, pero todavía pienso: chiva con la montaña, no vaya a ser que sea aliada de la Guardia, entonces le dije eso a Modesto. Caminamos y la Guardia no llegó.

La montaña después que salimos de la quebrada se compuso, como que volvió a adquirir su confianza en nosotros, como que estaba pendiente de quién podía más, o de quién tenía la razón, o de quien tenía la fuerza. Pero yo terminé sospechando que la montaña no estaba pensando quién tenía la fuerza, ni quién tenía el poder de destrucción, sino que terminé pensando que la montaña se inclinaba por quien andaba guardado dentro de su mochila y dentro de sus manos, cien

años de vida. A veces me salían ganas de decir: mirá montaña, si vos sos piedra y vegetal inanimado, vos aquí no pintás nada, vos aquí no discernís; porque a mí me daba la impresión de que ella empezaba a discernir, empezaba a pensar, como que una fuerza interna hacía que ella pensara y que tomara partido y discerniera... ¿a cuenta de qué esta cabrona? Yo tenía ganas de decirle: mirá, aquí vos no pintás nada... Vos sos aquí vegetal, vos sos roca, vos protegés aquí a quien se te meta; porque yo llegué a pensar que ella protegia a la Guardia, que ella tenía que ver algo con los signos de los tiempos, y que los signos de los tiempos los agarraba ella a favor de la Guardia, a favor de lo estatuido, a lo mejor por temor de que no la socolaran, por una cuestión de supervivencia de la misma montaña: bueno, vos sos aquí un ser inanimado, pero aquí nosotros somos los humanos, los racionales, los que tenemos alma y conciencia, y te mandamos y te dominamos y te gobernamos por que vos sos naturaleza. Vos aquí no mandás nada. Yo sabía que dentro de la cuestión del discernimiento, de la razón y de la inteligencia, nosotros éramos más inteligentes, más cultos y más discernidos que la Guardia; entonces ella no tenía por qué tomar esas actitudes. Y como que ella se persuadió de lo que yo decía, y de lo que yo pensaba, se persuadió cuando vio nuestra disposición de combate, después de la muerte de Tello, que a lo mejor, no sólo para mí sino que también para la montaña era un símbolo porque Tello podía ser un símbolo para la montaña porque vivía con ella. Estoy seguro que vivió con ella, que tuvo relaciones con ella, le parió hijos a Tello, entonces la montaña cogió a Tello como la medida de las cosas y cuando Tello muere, ella siente que se va a acabar. La montaña siente que ya no tiene ningún compromiso, que lo demás es babosada. Pero cuando ve la disposición de combate del grupo de hombres marchando ahí, sobre ella, en el corazón de ella, como que siente que Tello no es el fin del mundo, ni sus comienzos, que ha sido su hijo. Que Tello fue su hijo, aunque haya sido su vida, aunque haya sido un amante secreto, aunque Tello haya sido su hermano, su animal, su piedra, aunque Tello haya sido su río. Ella se tuvo que dar cuenta que Tello no era el fin del mundo. Ella tenía que darse cuenta que Tello era el comienzo del mundo, porque después de él veníamos todos nosotros con los dientes crispados, con las piernas amarradas, con lesmaniasis, con los dedos arrugados puestos sobre el gatillo, con las mochilas cargadas, que le podíamos prender fuego en su corazón.

Como que se dio cuenta que había metido las patas, que no se debió haber quedado callada aquella tarde en que Tello murió, sino que debió haber seguido meciéndose aunque fuera por neutralidad; pero nosotros la doblamos, le fracturamos la neutralidad a los árboles grandes, a los ríos, la devolvimos, porque el ruido cambió después de

nosotros, porque nosotros poseímos el río y le imprimimos a ese río nuestro propio ruido, distinto al ruido que él le había impreso cuando yo estaba en mi hamaca oyendo y pensando que ese ruido que tenía el río era un ruido que se estaba acompasando adrede con el silencio de las hojas de los árboles callados. Entonces como que ella se dio cuenta que había metido las patas, no tenía más remedio, y la persuadimos a verga. Cuando la Guardia andaba ahí adentro, se dio cuenta la montaña de su sinrazón.

Y al fin salimos de la quebrada. Yo iba destrozado de las piernas, por los golpes de las piedras; y cómo lamenté cuando salimos de la quebrada que la Guardia no hubiera aparecido, porque estábamos casi seguros que íbamos a chocar con la Guardia, que nos iban a emboscar, y andábamos con una buena disposición anímica, casi con deseos de chocar con la Guardia por la muerte de Tello, y por todos; entonces, cuando salimos de la quebrada nos alegramos, porque íbamos a descansar, y fundamentalmente yo que estaba mal de las piernas. Como que al mismo tiempo sentimos una especie de tristeza, como de que se fue la oportunidad de probar de una vez, de vengar la muerte de Tello, azarear a la montaña, al río, a las piedras, la oportunidad de demostrar quién era quién, o de morir protestando en el río, protestando a balazos sobre el río, como habían muerto un montón de guerrilleros en toda América Latina, en quebradas, en combates. Pero la Guardia no estaba allí, andaba por otro lado buscándonos, o nos siguió y nos perdió la huella porque veníamos sobre la quebrada. La cosa es que salimos de la quebrada sin combatir; entonces sabroso, porque íbamos a descansar, recuerdo que el compañero que compartía conmigo la champa me ayudó a poner la hamaca porque en la montaña dormíamos de dos en dos, por lo general; cuando la columna es muy grande, para no dejar mucha huella, duermen dos abajo de cada champa. Entonces, el compañero que estaba conmigo me ayudó a poner la hamaca, recuerdo que no hubo orden de cambiar ropa porque estábamos en estado de alerta.

## 14

Al día siguiente nos cambiamos de lugar y nos fuimos a meter a una fila. Una fila es una cresta de montaña, hasta arriba; pero en vez de subirnos, porque por arriba, a lo largo de la cresta es más fácil caminar, nosotros caminamos "faldeado" como decíamos, porque la Guardia por lo general baquea las crestas buscando la huella, ya que presumía que los guerrilleros caminan siempre por las partes más ele-

vadas. Nosotros caminamos todos en esa ocasión sobre las faldas de la serranía, que era supuesto lo más difícil, porque hay que ir poniendo, un pie más abajo y otro más arriba, y te encontrás precipicios, guindos, barrancos, bejucos, árboles grandes caídos que es complejo remontar porque vos no te podés encaramar a los árboles, tenés que buscar el lado del ramaje caído para darle, pasar encima de todas las hojas, encima de todas las ramazones, se te pega la mochila, se te pega el fusil, es un pleito, y como vas cansado y como va de lado te deslizás, te caes, dejas huellas, tenés que ponerte de pie, borrar la huella.

Esa fila de la cordillera era una zona sumamente helada. Llegamos a un lugar y acampamos, en un cachimbero; un cachimbero es un chinchal una vegetación de mil clases de montes y hierbas, vegetación, arbustos, árboles, bejucos, plantitas de matas, bejucales. Entonces acampamos allí en aquella falda totalmente inclinada, que solamente poner las hamacas en un árbol, era sumamente, difícil y ya acostado en la hamaca, si te inclinabas a un lado, tocabas con la mano el suelo, y si te inclinabas al otro, mirabas para abajo el gran guindo, así y para ir de una champa a otra tenías que caminar con mucho cuidado o te caías y las champas como a quince o veinte metros cada una, que sé yo, quince, diez, veinte, no se cuántas champas, no recuerdo ahora. Hicimos "campamento" ahí por varios días, tal vez quince días. Me imagino que estábamos esperando que la Guardia terminara de baquear la zona, seguramente ésa era la decisión de Modesto y de Rodrigo, porque no había orden de pasar a la ofensiva guerrillera, para entonces estábamos más bien en una actitud defensiva. Cuando salimos apresuradamente del campamento habíamos metido en la mochila un tasajo de carne cada uno y llevábamos leche en polvo; era sólo un poquito de carne, un pedacito de dos pulgadas de ancho y dos cuartas de largo, porque nosotros cortábamos la carne en ristras, tasajos largos. Entonces lo primero que empezamos a consumir fue la carne porque se descomponía y no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar allí, y cuánto tiempo íbamos a pasar aislados de la población que ya habían seguramente reprimido. Te la comías casi cruda, sólo la poníamos en un tapesco, la salábamos y ya para comerla la metíamos al fuego, no la asábamos, sólo la soasábamos, ahumada, más o menos.

En la noche hacíamos fuego para soasar la carne, y el agua íbamos a traerla como a un kilómetro de ahí, guindo abajo; llevábamos porras y ya de vuelta caminar con una porra cuesta arriba en aquellos precipicios, eran verdaderos malabares, nosotros fuimos especialistas en malabares, era cosa de circo, se nos quedaban chiquitos los equilibristas. Hacíamos proezas para que no se nos derramara el agua y poder sobrevivir.

El agua que quedaba ahí después de lavar la carne la bebíamos como sopa y la sentíamos riquísima. Había un frío enorme y el agua de la "sopa" era caliente. No podíamos estar junto al fuego, porque el fuego quedaba en un pequeño plancito como de un metro y no podíairnos estar concentrados, además, era peligroso. Estando en la hamaca cuando no te tocaba la cocina mirabas de largo para abajo de tu champa el fuego donde estaban cocinando. Al rato escuchabas en lo oscuro, a lo lejos, la voz de ¡la comida compañeros! en un sonido casi gutural, de garganta y ya bajábamos despacio, a tientas a traer cada quien su comida. Allí en la fila se padeció hambre, que no fue como el hambre que se padeció posteriormente. Recuerdo que ya como a los cuatro, cinco días, la carne se pudrió. El hambre iba aumentando y la ración se iba haciendo más chiquita. La carne se empezaba a engusanar, empezaba a heder, a podrir, y era tanta el hambre, que el tufo lo sentíamos bien rico, ya éramos como animales ya, aspirábamos el tufo de la carne, qué rica, porque era comida aunque fuera podrida, sentíamos bien rico el tufo, por supuesto que después eran unos pedos con un tufo horrible. Nos daba ganas de vomitar. Y cuando se acabó la carne, empezamos con la leche en polvo. La ración era primero de tres cucharaditas y la tragábamos así en polvo, porque no podíamos bajar de día a traer el agua hasta abajo por el ruido de la porra que va chocando con los palos y se oye el sonido del metal. Entonces vos llegabas con tu porrita, que ya estaba toda chopeada, agarrabas las tres cucharaditas en tu porrita y te ibas a tu champa, aquello era casi como un rito. Llegabas a tu champa, te encerrabas en vos mismo y te sentabas a comerte tu leche; aquel momento te daba incluso algo que hacer, era una actividad, y además riquísima, porque era la comida. Agarrábamos la cuchara y la metíamos en la porra, nada más la puntita de la cuchara para agarrar un poquito de leche y empezabas a comer la leche, la punta de la lengua y los dientes; y como eran solo tres cucharadas, por supuesto que te daba un hambre horrible, tres cucharadas en el desayuno, igual en el almuerzo, y aquel frío; teníamos prohibido, sacar las cobijas y cobijarnos porque en cualquier emergencia de combate perdíamos las cobijas. Era un frío insoportable y yo me acordaba de aquellas películas mexicanas con unos indígenas que están metidos en sus ponchos todos tristes ahí por el frío, pordioseros, sin expresión, unos rostros tristes como resignados, no te podría explicar cómo. Y luego en la cena igual, y luego al otro día eran dos cucharaditas, y luego una cucharadita; entonces hacés maravillas, como la cuchara no es plana sino que la punta es curva, no cabe entre todas las ranuritas que tienen las porras cascadas en el fondo y los lados; como te cuesta sacar lo que se queda ahí pegado, usábamos las uñas, raspabas y luego te pa-

sabas la uña por los dientes, hasta que se te diluía en la saliva el poquito de leche. La última parte de la operación consistía en pasarte los dedos por las encías para sacarte lo que tenías allí y volvértelo a chupar.

Tengo una imagen que no se me olvida nunca: al cabo de los días, sin combatir contra la Guardia, esperando quién sabe qué cosa, sin mucho conocimiento de la táctica y de la estrategia de la guerrilla, con frío, hechos mierda y todo eso: Modesto leyendo la *Economía política* de Ernest Mandel. Tal vez si alguien tenía un libro desperdigado por ahí no se nos ocurría sacarlo, no nos sentíamos en capacidad en ese momento, al menos en lo personal, de estar con esas babosadas, o no babosadas, pero de estar leyendo un libro, pues, de teoría revolucionaria. Entonces Modesto estaba hecho de ese tipo de madera; él se pasaba leyendo, estudiando. A veces nos juntábamos en la tarde allí en la fila, en la champa de Rodrigo, que era muy ameno para platicar y siempre estaba enseñando. Con Modesto se platicaba menos, y además que Modesto era más complicado, su léxico, Modesto era un extraordinario compañero, pero pienso que el jodido es tan agudo, tan inteligente, que a veces cuesta entenderle; ahora le entiendo un poquito más, en aquel tiempo casi no le entendía ni mierda lo que decía, lo que siempre sabíamos era que él siempre tenía la razón, porque lo que él decía era cierto, pero yo no lo entendía, pero yo decía que era cierto. Rodrigo a él sí le entendía lo que estaba diciendo. Y yo creo que Nelson Suárez era más inteligente que todos nosotros porque Nelson le entendía a Modesto; era campesino, y siempre se llevaban bien. Rodrigo era totalmente comprensible cuando hablaba, entonces nosotros hacíamos pláticas ya en la tarde, a los, varios días cuando ya se sentía que el peligro era menor, estábamos siempre hablando de Vietnam, sobre la política internacional, o contando anécdotas, fregando. Rodrigo siempre estaba educando, hasta que nos fuimos de allí.

Nos cambiamos de zona, una zona lejos de allí y empezamos a caminar, si no me equivoco, durante varias semanas. Y entonces recuerdo que al llegar al nuevo punto hubo una reunión del estado mayor de la guerrilla que operaba en la zona. Empezamos a caminar para el rumbo de Yaosca, Cuscawás, El Chile, para esos lados de ahí, viniendo del lado de Las Bayas y Waslala. Yendo de camino, no recuerdo qué día fue, Modesto me dice que me van a bajar a la ciudad, para que me cure la lesmaniasis y me vea el apéndice. Pero creo que fue en el camino durante esa marcha de varias semanas, buscando esa nueva zona, que aparecieron las famosas Repodral, parece que las habían mandado a pedir y aparecieron de repente en manos de un contacto. Sólo tengo imágenes borrosas, no recuerdo mucho de eso. La cosa es que las inyecciones de Repodral, se tienen que poner tres veces diarias, durante no

me acuerdo cuántos días, algo así como tres días. Era lo más simpático porque en ese tiempo teníamos pocas condiciones higiénicas además de que estábamos caminando por zonas muy peligrosas; de forma que a mí me inyectaban antes de que arrancáramos a caminar, acostado y cuando ya íbamos marchando había un descanso,verdad, me volvían a inyectar. "¡La inyección, Eugenio!" Entonces venía el doctorcito, Edwin Cordero, yo me sacaba el cinturón y con todo y la mochila puesta, con el fusil puesto, medio me bajaba el pantalón y así de pie y el doctorcito con su mochila puesta, con el fusil puesto, agarraba la jeringa, sin alcohol, ni algodón, ni nada, y *pam* la metía, es decir, medio salvajes, dichosamente que el doctorcito tenía buena mano y casi no me dolía los primeros días; pero cuando ya me metieron varias y cuando llegábamos en la noche al campamento, entonces te imaginás vos lo doloroso que es ir caminando, caminando con el dolor en las nalgas y caminando con el dolor de la lesmaniasis, que eso es indescriptible, y con hambre, y con la muerte de Tello encima que nunca nos la pudimos sacar, y la sensación cuando a uno le ponen la inyección es una sensación como de que sos ya un animal, como no te acostás, ni ves el algodón blanco con el alcohol, sólo te afloran los recuerdos, y me veía yendo a pasar vacaciones a la finca de mi tío Víctor, que inyectaba a las vacas mientras caminaban, él las seguía para inyectarlas cuando andaban sueltas, o las inyectaba amarradas; entonces ese recuerdo tenía yo, me sentía vaca, o me sentía caballo, con la muerte de Tello encima. El doctorcito me decía que pusiera la nalga floja, y cuando me metía la inyección yo la ponía floja para que no me doliera, pero estando adentro la aguja apretaba el glúteo, como por desquite, o de arrechura porque me habían inyectado. Y entonces cuando a mí me ponían esa inyección la circunstancia en que me la ponían era como la vaca de mi tío Víctor, porque cuando me la ponían a mí yo brincaba un poquito como brincaba la vaca. La vaca de mi tío Víctor se iba después y ya quedaba curada, se iba con su ternerito, y alegres las vacas al potrero y les importaba un pito que las hubieran jincado, pero es que a mí me jincaban a cada ratito y luego a caminar, no podía resolver la muerte de Tello y de remate no sabía si Claudia había tenido niño o niña, porque me habían dicho que tenia un hijo y yo no sabía si era niño o niña y siempre lo andaba en la mente.

Por fin llegamos a un punto que no era propiamente un campamento, se miraba que era un poco más afuera, es decir una zona a la orilla de la montaña. No era totalmente montaña, pero tampoco, como el campo del occidente de Nicaragua, porque los campos del norte de Nicaragua son distintos. Allí tuve yo una de mis grandes satisfacciones de mis más imborrables satisfacciones y fue que cuando íba-

mos acercándonos al punto me dicen que ahí está el Gato Munguía. ¡Puta! Era algo así como el gran reencuentro de los dos, no sé si era el retorno de él, o el retorno mío, o el encuentro de los dos, yo creo que no era el retorno de él ni el retorno mío, yo creo que era el reencuentro de los dos, me inclino por el reencuentro de los dos. Y entonces, ¡el Gato! digo yo, y el Gato sabía que yo iba a llegar también, el Gato que había sido para mí algo tan extraordinario, como ya te dije antes, pues los tres amigos del alma éramos Leonel, Juan José, éramos cinco, Leonel , Juan José, el Gato, Camilo Ortega y yo. Yo tenía la esperanza de encontrarme a Camilo allá adentro, en la montaña, porque Camilo, en la manifestaciones cuando corríamos porque la Guardia nos seguía tenía unas grandes piernas porque era flaco y alto, entonces cuando Camilo corría, quién sabe por qué, porque no había sido entrenado militarmente, o a lo mejor alguien se lo había dicho, lo hacía siempre encorvado, y entonces yo decía en mis adentros: ¡alagranputa, Camilo, el Gato, Leonel, Juan José y yo en la montaña! y pensaba si algún día estamos en la montaña, Camilo y el Gato en la montaña y yo y Juan José en la montaña, vamos a hacer la guerrilla decía yo, porque yo pensaba este Camilo jodido es flaco y *plom* se brincaba, y cualquier tronco también se lo brinca, y el Gato con sus dos ojos verdes que tenía me imaginaba que podría ver mejor y pegar mejor. Sentía en ese tiempo que los cinco juntos éramos invencibles. Y me dicen que el Gato va a estar allí, y me preguntaba, cómo estará, será el Gato jefe de escuadra, puede ser, porque está preparado, el Gato estuvo en Cuba, y si el Gato estuvo en Cuba y era dirigente estudiantil y ya tiene dos años de estar en la montaña, el Gato tiene que ser jefe.

Era el reencuentro con el Gato o el reencuentro con el misterio o el reencuentro con lo cierto, una de las dos cosas, pero el encuentro mío con el Gato era un encuentro de algo. Y yo me acordaba de todas las camisas que el Gato tenía y de todos los pantalones que el Gato tenía, y yo me acordaba de todos los zapatos que el Gato tenía y de todas las novias que el Gato tenía, y me acordaba de todas las formas de su cara, o de los gestos de su cara. Me acordaba bien de los ojos, me acordaba de todas las cosas que el Gato decía. Y entonces llegamos, ya de noche. Yo veo en la oscuridad a cuatro o cinco guerrilleros. Yo sabía que el Gato se llamaba Ventura, y dónde está Ventura, digo yo. Entonces me dicen que Ventura está dormido, ¿dónde está dormido Ventura? Me llevan a un punto en el campamento, allí está Ventura dormido. El estaba en una hamaca; era ya verano, porque recuerdo que habían hojas secas, yo caminaba, iba despacito, para no despertar al Gato, aunque de todos modos lo iba a despertar, pero iba despacito para que no se diera cuenta que ya habíamos llegado. Y uno va despacito en las hojas

secas que truenan y te denuncian. Eran como las tres de la mañana y llego a la hamaca del Gato. Dormido en su hamaca bajita, a la orillita del suelo, como a una cuarta del suelo. No había champa porque era verano y había luna y se filtraba por entre la poca vegetación del lugar. Y entonces veo el fusil del Gato, era un AR-15, el arma del Gato era mejor arma que mi carabina M-1, claro él era mejor que yo, era más viejo que yo. Me pongo a la orilla del Gato y siento el mismo olor que yo tenía, el mismo olor de mi mochila, el mismo olor de mi hamaca, de mi cobija, porque el Gato estaba embozado en la hamaca; pero tenía un olor también, un poco distinto, el olor del Gato era distinto al mío, y dejáme decirte que yo estaba nervioso, porque yo no sabía si al Gato le iba a dar alegría verme, yo no sabía si iba a sentir lo que yo sentía, y estaba nervioso, porque yo no sabía cómo iba a reaccionar, porque si el Gato sólo me decía, "¡ideay, que tal!", qué sabía yo lo que iba a decir el Gato. Entonces al rato de observar la hamaca y sentir los olores y de recordar mil cosas y de decirle interiormente, viste a lo que nos metimos, o ya viste hasta donde hemos llegado, lo toco, le digo "Ventura... Ventura... Ventura" y el Gato se despierta, "¿ahaaaaah?" dice, "Ventura, soy yo, Eugenio", cuando yo dije "Eugenio", el Gato se incorporó violentamente y se quedó sentado en la hamaca como medio despertándose... Cuando oyó... "Eugenio" debe haber creído que estaba soñando; sudaba y entonces... le digo "Gato, soy yo Eugenio", y le agarro así la cabeza en penumbra de la luna y entonces me dice... "¡Flaco!" me dice y me abraza y entonces yo lo abrazo y el Gato se cae de la hamaca y caemos los dos abrazados en el suelo. Y entonces quedamos los dos acostados en el suelo, porque yo estaba en cuclillas observándolo, y quedamos los dos en el suelo y siento todo el olor del Gato, y me dice: "¿cómo estás vos?" como diciéndome: ¿cómo te fue después que yo me fui, cómo te fue después que vos hiciste tantas cosas allá y tantas cosas aquí y ahora, tantas cosas que vos has vivido aquí, cómo estás ahora, que nos estamos viendo de nuevo, después de todo, pues? Y entonces, nos quedamos así un rato medio caídos los dos en el suelo, y abrazados y entonces nos levantamos, y el Gato se sienta en su hamaca y yo me siento frente a él y eran tantas cosas que decir, y no sabíamos qué decir. Y veo en la penumbra que el Gato tenía barba, yo también tenía barba pero era más pequeña, la del Gato era un poco más tupida, una barba roja, y hacía que la guayaba (la boca), se le mirara menos, y yo notaba que tenía siempre los ojos verdes, me preguntó por la Claudia "¿y la Claudia?" me dice. "No sé, dicen que tengo un niño, ¿y vos, y la Susy?", le digo yo, "hombre", me dice, "ya no hay nada". "¿Cómo que ya no hay nada?", le digo yo, "no, me dice, es que ella está allá y yo estoy aquí, ya no hay nada". "Pero andas

el anillo" le digo yo, porque la Susy le había regalado el anillo, había comprado dos anillos la Susy y el de ella por dentro decía "Susy" y tenía la fecha en que se habían puesto a jalar y el que Edgard andaba decía "Edgard". "Sí" me dice "pero es que yo estoy aquí, ella está allá" me dice "ella tiene un novio, tiene marido, no sé..." "No jodás ¿y por qué vos andás el anillo entonces?" "es que el anillo no me sale, aunque ella tenga novio" me dijo.

Y bueno, nos quedamos en silencio y después nos pusimos a reír y hablamos cosas incongruentes, sueltas; no incongruentes, sino hablábamos en una forma desordenada, pequeñas cosas, y luego como que nos quisimos dormir y amaneció el día siguiente. Y entonces al día siguiente los dos fuimos los primeros en levantarnos, como que no podíamos dormir por ganas de platicar, o por ganas de vernos. Y nos vimos al día siguiente y ya le empecé a contar. Después me dijo: me contaron que habías tenido problemas al entrar, que te costaba la montaña, o me contaron sencillamente que habías tenido problemas. "Para mí al comienzo fue muy duro"; y él me cuenta que para él también fue muy duro, y entonces ya fue una conversación más suave, más fluida, más tranquila. "Parece", me dijo, "que te van a bajar a la ciudad". "¿A quién?", le digo yo, "a vos, te van a bajar". Y luego me dice: "Yo pienso que está bien, que vos das más en la ciudad que aquí". "No hombre, le digo, yo ya tengo buenas condiciones físicas". "Sí", me dice, "pero aquí ahora no se trata de condiciones físicas, sino que se trata de ver adonde nosotros podemos, desde el punto de vista político-militar, dar más; yo creo que a vos se te necesita en la ciudad, y creo que es una buena decisión que te vayas a la ciudad." "Bueno, si a mí me bajan a la ciudad que me bajen, está bien, yo voy donde me manden, pero yo ya tengo condiciones desde hace rato para estar en la montaña, ya lo he demostrado". "No hombre", me decía, "no insistás en las cuestiones de las condiciones físicas que no se trata de eso ahora, se trata de que dónde estamos mejor ubicados".

En efecto, al día siguiente, me llaman a una reunión donde están Modesto, Rodrigo y el Gato; el Gato está callado. Ellos escogen a Rodrigo para que me lo diga, yo estoy seguro en ese momento que fue una decisión que me lo dijera Rodrigo. A todo esto, yo no sabía si me iban a bajar por la lesmaniasis o porque estaba también padeciendo de apendicitis, a veces tenía ataques de apendicitis, o porque se iban a racionalizar los cuadros o porque me estaban pidiendo de la ciudad, etcétera. La cosa es que me llaman y Modesto se queda callado, Edgard se queda callado y la reunión la abre Rodrigo. "Mirá Eugenio, nosotros hemos pensado, te hemos estado observando, hemos visto tu capacidad, hemos visto tu moral, hemos visto tu rápida capacidad

de adaptación, pero la montaña es sólo una escuela donde muchos compañeros de la ciudad vendrán a formarse y que luego tendrán que bajar, y la montaña en ese sentido es una gran escuela, adonde formamos hombres también, y luego inyectamos la ciudad de hombres sólidos que ayuden a desarrollar la ciudad, porque la montaña no lo es todo, sino que requerimos del trabajo en la ciudad y el campo...", me hace toda una aclaración, me dice un montón de cosas y agrega: "Algo te queremos decir, y es que el Eugenio que entró, no es el Eugenio que está bajando; vas a bajar a la ciudad, y ya los compañeros te van a ubicar donde ellos dispongan". Entonces, a mí se me cruzaron por la mente muchas cosas... ¿por qué? Y luego yo pensaba: bueno, si me van a bajar a la ciudad, ¿y es a León? bueno, pero en León me conocen, yo no podría caminar ni una cuadra en León, o tres cuadras, yo no me podría parar en carro en un semáforo en León, porque me iban a reconocer un policía, me van a poder reconocer, o un guardia. Pero bueno, yo no iba a pedir: no me bajen, porque siempre iba a estar donde a mí me dijeran que yo debía estar...

La cosa es que me informan, pues, que me van a bajar. Dejame decirte, que yo me agüevé, porque ya le había cogido cariño al medio, cariño a la gente, había tomado confianza sobre mí mismo, había aprendido tantas cosas en la montaña, que entonces, yo me decía: yo no puedo dejar abandonados a los muchachos, yo no puedo bajar, yo no puedo dejarlos en el lodo, en el abra, yo no puedo dejarlos en la soledad. Pero bueno, ya era una decisión del alto mando en ese momento, y me bajan. Fue un verano, a mediados de abril de 1975.

## 15

Empiezo a bajar con Juan de Dios Muñoz y con Valdivia, con José Dolores Valdivia, que se llamaba Faustino, Silvestre. Faustino se quedaba hasta cierto punto, y luego yo seguía bajando; Faustino se iba a trasladar al Cuá, para que abriera una nueva zona, o una nueva ruta, o no sé cómo es la cosa. Caminamos varios días, hasta que llegamos de noche a un ranchito, en ese ranchito es que yo conocí a Francisco Rivera. A Juan de Dios ya lo conocía, él estaba con el Gato en ese campamento, yo conocía a Juan de Dios Muñoz porque él me había subido a mí a la montaña, cuando trepé en el 74. Entonces llegamos a un rancho, hacemos la señal y contestan la señal; entramos, era un ranchito pequeño, así como este cuarto, de unos 5 metros por 5 metros, la cocina, unas patitas de gallina, con una mesa chiquita, rústica, una hamaca, una cama, el fogón y una pata de gallina cerca del fogón

esperando que estuviera el café negro. Yo veo que estaba un hombre chele, ojos azules, bien parecido, con un sombrero, cuando entramos, ni se inmuta; luego, cuando dice Juan de Dios "Rómulo, este es Eugenio", me dice "¿usted es Eugenio?... mucho gusto compañero" y me da la mano. Y ya está, se quedó sentado. "¿Y cómo le fue en el viaje?" dice, "Bien, compañero". "Compita" dirigiéndose a la señora "como que ya quiere reverberear esto"; estaba como afanado con el café negro y metiéndole, atizándole los palos al fuego y fumando, "¿cómo están los muchachos?" me pregunta; "bien, compa". Tenía todo el hablado campesino y parecía un hombre de ciudad; a la orilla del resplandor del fogón lucía como una especie de *cowboy* norteamericano, con el sombrero, porque era ojos azules, blanco, de rasgos finos, y con un sombrero tejano más o menos. Puta... este hombre, decía yo, tiene tipo de tejano y habla como campesino. Estuvimos allí un buen rato platicando cosas, y él hablando como campesino preguntando cosas y hablando cosas. Y luego nos fuimos todos a acostar fuera del rancho, ahí en unas hamacas, como a unos quinientos metros. Platicamos al día siguiente y nos fuimos, seguimos bajando... seguimos bajando. Y en todo el trayecto en que yo venía bajando, cuando yo miraba que era un hecho irrefutable, que iba caminando para la ciudad, mi cabeza era una mezcla de información procesándose; por un lado yo dejaba lo que para ese momento más quería, mis hermanos de la montaña; y al mismo tiempo también me iba acercando a los que yo más quería, que era la ciudad, y mis hermanos de la ciudad. Y entonces la gran incertidumbre, adónde me iban a ubicar, y la ciudad y la luz eléctrica, y de nuevo los colores, los carros, y el ruido de los radios, ver televisión, y azúcar siempre, azúcar, todos los tres tiempos y comer helados y el *Pop's* y el *Chip's* y alguna vez al cine. Y los carros.

Yo nunca comprendí, al fin y al cabo, si yo quise o no quise la montaña, porque sentía dejarla y también la odiaba, yo llegué a odiar a la montaña, o si la quería, no sé qué puta era lo que me estaba pasando. La cosa es que iba pensando de nuevo en la ciudad, bueno me iban a operar y luego, ¿qué voy a hacer? Me van a mandar a otra ciudad, me van a subir de nuevo a la montaña, voy a ir al campo, y la ciudad y las muchachas, iba a ver a Claudia. Y entonces sí, iba a hacer el amor y me entusiasmaba la idea de hacer el amor con Claudia, o con cualquier otra mujer, la sensación nuevamente de besar una mujer, de acariciar una mujer, de pasarle la mano a una mujer por todo el cuerpo, de estar sobre una mujer, de derramarte sobre una mujer y pensaba en las clandestinas que había en ese momento y las iba repasando, cuál me gustaba más para ver, si no estaba Claudia, o si ya Claudia no me quería ¿cuál mujer era?, o qué mujeres podían existir, y cómo eran esas mujeres que

podían existir que yo no conocía, porque ya tenía yo justamente un año de no pasarle a nadie la mano sobre la cara, ni arreglarle el pelo. Nadie que me diera un besito, con quien haber estado desnudo y sentir la piel de ella, etcétera, Y todas estas ideas se me venían a la cabeza. La universidad de nuevo, y si iba a pasar por la universidad y quiénes iban a estar en la universidad. ¿Y si me encomiendan el movimiento estudiantil? ¿Quiénes serán los del movimiento estudiantil y quiénes serán las nuevas muchachas del movimiento estudiantil? ¿O será con una de ésas que voy a estar de nuevo? Me van a mandar a otra ciudad y no va a haber muchachas, ojalá que haya una compañera... qué sé yo, pues. Así iba soñando en el camino y luego, inmediatamente que terminaba de pensar en eso, pensaba otra vez en la montaña ¿Y si me matan en la ciudad?, decía yo, ¿y si me reconocen y me matan, y si me agarran vivo? Me agarran muerto... Hasta que llegó un momento en que nos cambiamos de ropa, nos quitamos la ropa de la guerrilla, me afeité, y me dejé los bigotes nada más. Antes, legal, no usaba ni barba ni bigotes. Y continuamos bajando hasta que llegamos a un punto, que creo fue el Cuá, por ahí, por el Cuá y agarramos un vehículo de transporte colectivo. Después de tanto tiempo, oigo el primer ruido de vehículo, y entonces digo: yo conozco eso, ése es un vehículo, con qué seguridad dije yo, ése es un vehículo, yo conozco ese ruido. Yo estaba con la curiosidad de que si iba a reconocer los vehículos y cómo iba a comer, si iba a poder comer con cuchara y con tenedor y con cuchillo, con tanto tiempo de comer con la mano, de comer como salvaje y tener actitud de salvaje. Agarramos un vehículo y nos montamos en una camioneta con un montón de gente, pasajeros que iban para un pueblito de allí, y yo viendo, toda la gente, yo me hacía el normal, viendo a toda la gente, viendo a todos los hombres de la ciudad vestidos de todos los colores. La gente que iba en el vehículo era una mezcla de ciudad y de campo, nosotros no estábamos totalmente en la ciudad, estábamos entre el campo y la montaña, y todo el camino, va de ir pensando en lo que te decía. Y pensando que una vez hicimos manifestaciones con ramas de ocote, con candelas y que después que vine de Chile, donde yo había oído una consigna que decía: "el que no brinque es momia", momia en Chile era decir burgués en tiempo de Allende y me acordé de eso en una manifestación, y una vez yo dije: "el que no brinque es sapo", porque en Nicaragua los sapos eran los somocistas y todo el mundo, como tres cuadras de gente empezó a brincar en la manifestación, "el que no brinque es sapo, el que no brinque es sapo, el que no brinque es sapo..." Y todo el mundo empezó a brincar y que luego la Guardia me fue a buscar de noche a la casa, me acordaba de eso, y yo no sabía si yo era el mismo que había hecho las manifestaciones brincando, y

que había estado adentro de la montaña y que venía bajando y que no sabía qué iba a pasar después y la gran incertidumbre, qué se iba a decidir allá abajo, y me iba acordando también, que una vez hicimos una manifestación, y que yo dije: "cada estudiante... una lata" y pusimos afiches en la universidad "cada estudiante, una lata..." y todos los estudiantes empezaron a llevar latas viejas de los basureros a la universidad y entonces hicimos la manifestación con latas, y la camioneta en una sola brincadera, levantando el clásico polvasal que producen los vehículos en el verano cuando corren sobre caminos de tierra. Estaba lejos de León y ya empezaba a respirar a León porque el polvo se me metía en la nariz y en los oídos y en la garganta, y el pelo se me empezaba a poner castaño, los pelos de los brazos rubios, el bigote chele y eso me recordaba a León, aunque estuviera a cientos de kilómetros respiraba a León, cada vez con mayor intensidad porque cada vez el sol era más fuerte, el aire más caliente, el terreno más pelado. Respiraba a León porque la gente en el vehículo se empezaba a poner pañuelos en la cabeza y en la cara para cubrirse del polvo, como lo hacíamos en León con las tolvaneras, cuando la erupción del Cerro Negro en 1971.

En aquellos días como todo lo aprovechábamos contra Somoza, en la oscuridad forzada de la tolvanera mientras llovía ceniza sobre León, el Gato y yo nos valíamos de que todo el mundo se ponía pañuelos en la cara y nos íbamos con la cara tapada al mercado central y empezábamos a decir mientras caminábamos en medio de los canastos de punches, conchas y verduras: "¡qué barbaridad, qué barbaridad, castigo de Dios, castigo de Dios este es castigo del Señor porque no hemos botado a Somoza!" "!Dios nos va a seguir castigando porque tenemos a Somoza en el gobierno todavía!" y pasábamos por donde las carneras y las vende fresco "¡castigo de Dios... castigo de Dios!", y los vende ropa "¡castigo de Dios!" y los zapateros rumberos y las marchantas de abarrotes "¡mientras no botemos a Somoza, esto va a seguir así!" y la gente que estaba arrecha porque el polvo todo lo ensuciaba y porque las ventas se bajaban y lógicamente buscaban contra quién descargar su cólera, nos oían porque nosotros les dábamos a alguien a quién echarle la culpa; y entonces la gente empezaba a decir: "este hijueputa que nos trae las maldiciones", "tiene mal agüero, es que anda con la Dinora". Y entonces nosotros aprovechábamos las circunstancias para hacer propaganda contra Somoza y la Guardia.

Venir en esa camioneta era como venir corriendo, brincando o cabalgando sobre la máquina del tiempo en sentido regresivo; a medida que avanzás y se va cambiando la topografía a que has estado acostumbrado en los últimos meses y vas viendo una nueva topografía que

se parece ya a la que uno siempre ha visto desde chiquito, otra vez el madroño, el jiñocuago, las mismas piedras, los garrobos, las iguanas, la tierra caliente, entonces a medida que uno va recorriendo el camino rumbo abajo, va asociando ideas con respecto al pasado. No solamente con respecto al pasado más reciente, cuando te metiste a la montaña, sino al pasado de tu adolescencia, al pasado de tu infancia; porque cuando veía los madroños y veía el jícaro, por ejemplo, recordaba que en el patio de mi casa habían jícaros y que mi papá cortaba las ramas de los jícaros para verguearnos cuando estábamos jodiendo. Entonces, frente al jícaro uno se va remontando con una velocidad extraordinaria hasta su infancia.

Como a las ocho horas de viaje, ya por la tarde, llegamos a El Sauce, donde íbamos a tomar el tren. Me acordaba del ferrocarril de León cuando me monté la primera vez y también la idea del tren me volvía a mi infancia... Esa bajada de la montaña en el vehículo era un ir y venir constante sobre la propia historia de uno, con una velocidad, con una agilidad de mono: vos sabés que los monos se pasan de una rama a otra bien rápido, con esa misma velocidad, uno se va retrocediendo de la infancia a la montaña, de la montaña a la ciudad, y así, son malabares, acrobacias mentales, fugaces sobre los pedacitos de tu vida anterior a la anterior.

Había poca gente en las calles de El Sauce y empezamos a caminar cogiendo rumbo hacia la estación. Al rato desembocamos en una esquina y veo el gran tren parado, todo largo, negro y viejo, el mismo tren, el mismito tren de mi infancia. Entonces yo sentí como que la dialéctica se había parado; porque era el mismo tren, con las mismas barandas, la misma gente, las mismas voces... "el agua helada... el agua helada... el chancho con yuca... el chancho con yuca..." las mismas vendedoras con sus panas, los cargadores montando los sacos, pesando la carga con la báscula, montándola en las carretillas para llevarla al tren; otros bebiendo guaro, los bolitos tirados allí en la estación, niñas inocentes pidiendo, putas paradas en la esquina, lo billares en la otra esquina; en fin todo el ruido de la misma estación que yo ya conocía, la gente con sus gallinas en las manos, con sus chochadas, con sus bolsas, con frutas, las campesinas de las comarcas con los cachetes coloraditos porque venían al pueblo, recién pintados los labios con aquel rojo, rojo, que se ponen las campesinas; el montón de viejas gordas con sus delantales, espantando al perro, otro bolo cayéndose del caballo, chanchos comiéndose la mierda de los niños en la calle, chancheros arriando los chanchos para llevarlos al tren, y la vendedoras espantando los chanchos patangos y chingos, chanchos negros, capados, verracos, otro jodido medio brujo sacando la suerte con chocoyos y los

campesinos arremolinados con cara de susto, y la barata parada anunciando una pomada que curaba todo, hasta las penas; y el guardia ahí, el mismo guardia en la esquina que no se metía en nada y en fin...

Ibamos caminando, a comprar los boletos y la gran patada de orines allí en el corredor donde venden las *tickets* y el que vende las *tickets*, el mismo hombre con cara de perro que de lejos se miraba que era un *oreja,* extendiéndonos los mismos boletos de siempre con aquella como tijerita que le abrían un huequito. Y luego al rato el mismo pito piiiiiiiii, de la partida, y toda la gente apresurándose para terminar de comprar sus cosas y el colector bajando a los chigüines del vagón y "espérate un momentito", la que estaba comprando y "pasame el agua helada" y la tortilla con chancho con yuca, y aquél corriendo porque se le quedaba el vuelto y el que va en la ventana, la mano extendida, "hermano,el vuelto, el vuelto..." y el que tiene que dar el vuelto como que no alcanza el chunche y hasta que aquél le pega un grito, "¡hijueputa el vuelto!" hasta entonces se lo pasa, ese truquito de siempre. Y luego empieza el tren a caminar; efectivamente, vamos rumbo a León y la máquina del tiempo corre más rápido todavía, ya no se siente el polvo, pero empezamos a ver algo que yo tenía mucho tiempo ya de no contemplar: los algodonales blancos. El algodón, y de nuevo los recuerdos, los *trailers* saliendo en las madrugadas aún oscuro con el montón de cortadores y las mujeres con camisas de hombre y con sombreros de hombre; todo mundo a cortar y mi papá que siempre se arrechaba porque los operarios que tenía en su negocio se le iban a los cortes de algodón donde les pagaban mejor; las desmotadoras de León trabajando, y ya empezaba yo a sentir casi la pelusa del algodón en la nariz. Y el tren sigue corriendo con su mismo ruido, llega a una estación, y el pito, y otra vez el agua helada, y la lotería, y los perros, y la gente que se encarama y el colector peleando de nuevo. Y de vuelta la campana en la nueva estación, y va corriendo el tren, y a medida que el tren va corriendo, yo no sé por qué razón, como que yo empiezo a sentir más opresión en mi interior, y cuando el tren va acercándose a Malpaisillo, yo empiezo a sentir que me va entrando cierta incomodidad, voy más inquieto, ves, a medida que me doy cuenta que tengo que confrontarme de nuevo con León, a encontrarme de nuevo con un pasado que me es incierto. Me iba poniendo más nervioso, estaba más arisco, inquieto, más presionado, no lograba explicarme qué es lo que me pasaba, qué era lo que me estaba ocurriendo, porque me iba sintiendo como aventado para afuera, de forma que cuando el tren empezó a pitar al llegar a Malpaisillo, quién sabe por qué yo apreté con las manos, con los brazos, la ventana, porque yo iba sentado al lado de afuera, a la orilla de la ventana, la apreté, me apreté yo sobre el

asiento, frente a cierta sensación de que podía salir catapultado hacia adelante y no es que yo me quisiera regresar, ni mucho menos, pero era una sensación de que una fuerza que yo no gobernaba me disparaba hacia León. Cuando el tren se paró en la estación de Malpaisillo no nos bajamos de primero, sino que esperamos que se aglomerara la gente para confundirnos un poco medio de todo el bullicio con todos los vendedores de agua helada, los vendedores de verduras, los vendedores de ropa, los vendedores de todo. Allí en la estación empecé a sentir una especie de desnudez. Como habíamos estado en la montaña tanto tiempo sin contacto con la gente, ocultos, viéndonos siempre entre nosotros mismos, sin acercarnos siquiera a los ranchos, porque no todos estábamos autorizados a llegar a los ranchos, nosotros no estábamos acostumbrados a que la gente nos viera, siempre ocultos en el monte, no nos dejábamos ver. Luego comprendí que uno, no solamente se acostumbraba a no ver a la gente, sino que te acostumbrás a que nadie te mire, te acostumbrás a estar solo, ¿no? Me sentí desnudo en Malpaisillo, en el sentido de que todo mundo te queda viendo, desnudo en el sentido de que caminás para adelante y no te tropezás con nada, te sentís desnudo, sin caparazón, te sentís en campo abierto, te sentís en la playa, qué sé yo, como desprotegido, no tenés que estar levantando los pies para salvar los obstáculos del terreno al caminar, caminás normalmente y no vas apartando las ramas de los árboles y entonces descubrís que los árboles en la montaña y la topografía en la montaña viene a ser en alguna medida, como vestido para uno, como protección para uno, y se me ocurrió, que si no me iría a pasar o sentir lo que sentí cuando subí a la montaña, pero ahora en otra dirección.

Ya en las calles, me entró un temor porque yo soy de León y había viajado eventualmente a Malpaisillo en distintas ocasiones, por lo tanto, tenía gente que me conocía, compañeros de clase, gente de Malpaisillo que vivía en León; y por otro lado, el hecho de ser conocido me daba una sensación de desnudez, porque sentía que cualquiera me podía ver, que cualquiera me podía reconocer; y la sensación de desnudez es todavía más grande, porque en la montaña uno anda con su pistola, o con arma larga, con fusil, o con la subametralladora, la carabina y andas un montón de tiros en el fusil, y en los cargadores y andás en la mochila a veces reservas de comida, sos autosuficiente en el medio y sentís la protección del arma larga que en la montaña se te encarna, es parte tuya el fusil en la montaña, dormís con tu arma, caminás con ella, te bañás a la orilla de ella, hacés ejercicio con ella, arma helada, arma aceitosa, arma al hombro, arma en la mano, arma con sarro, arma apoyo, arma limpia, arma mojada, arma, siempre el arma al cuello, al hombro o en la mano. En la montaña el arma se vuelve un

pedazo tuyo, como un miembro más, y uno de los miembros más importantes porque a la hora de una caída uno protege más el arma para que no se golpee que la propia mano. Entonces a veces preferís quebrarte la mano que quebrar el fusil. En la montaña, es más importante el arma que cualquier parte del cuerpo; y uno se empieza a encariñar con el arma, y por lo general le ponés apodos a las armas, ¿verdad? Por ejemplo, Aurelio Carrasco, le había puesto a su Garand "El Garañón", otro compañero tenía una carabina de culata negra y se llamaba "La Negra". Yo usaba una carabina M-1 y como siempre dormía con ella y a veces me quedaba en la hamaca dormido con mi carabina, entonces yo le había encajado mi "Peluche".

Y cuando bajé a Malpaisillo, me sentía desprotegido sin mi Peluche, porque mi Peluche, me garantizaba la oportunidad de morir combatiendo, con una buena capacidad de defensa.

Yo iba crispado, pero me quería hacer el hombre normal, corriente; andaba con un sombrerito un par de botines, un pantalón *blue jeans* y una camisa sencilla; había bajado de la montaña con mis bigotes, ya venía un poco transformada la cara, afeitado pero con bigotes, pero mi gran temor era que alguien me reconociera. Me hacía el normal, pero iba vigilando las reacciones de la gente; Así, con disimulo me fijaba en la gente que iba encontrando y que me quedaba mirando, para ver si alguien me reconocía; y desgraciadamente alguien me reconoció y entonces, cuando me reconocieron, sentí una corriente en el cuerpo, no sé, una cosita en el estómago, iba a salir en carrera, deseaba salir en carrera. ¿Me irá a saludar? ¿me va a llamar? sólo acerté a caminar más rápido, hasta ganar la carretera que va a León. Recuerdo que nos escondimos como una hora, esperando que fueran a poner la denuncia y la Guardia llegara, pero no sucedió nada. Al rato nos decidimos a caminar por la carretera en dirección a León, nadie me había reconocido, ni tampoco a Juan de Dios Muñoz, que era el que venía conmigo, o si nos reconocieron, no se atrevieron a denunciarnos.

Durante el trayecto a pie de la carretera yo sentía una gran curiosidad o alegría porque iba ver a los compañeros, pero lo cierto es que ya no me entusiasmaba mucho, ya habían pasado demasiadas cosas como para entusiasmarme tanto, me alegraba pensar que vería a los compañeros que estaban en la ciudad, fundamentalmente Iván Montenegro, pero ya no era aquel encanto, aquel entusiasmo como cuando subí a la montaña, era distinto, ya había muerto gente... ya sabíamos que se moría, y que se vivía, ya sabíamos que se sufría, que había tristezas, además de alegrías. Y digamos que lo que más me entusiasmaba era la oportunidad de poder conocer a mi hija o a mis hijos, porque ahora que recuerdo, el jodido de Rodrigo, antes de bajar me dice: "y felici-

dades por los gemelos". La compañera tenía una gran barriga y parece que alguien, un correo, hizo comentarios allá arriba, que tenía una gran barriga, y que a lo mejor eran gemelos, y de boca en boca, hasta llegar a la montaña, alguien se lo dijo a Modesto y a Rodrigo, que eran gemelos. Entonces había empezado allá arriba toda la jodedera: "Chocho, Eugenio... ¡qué clase de poder, qué barbaridad!" y toda la jodarria que se arma cuando uno tiene gemelos. Fue hasta que llegamos a pie, a un lugar ahí por Telica, a una casita, que me encontré con un compañero que se llama Francisco Lacayo, quien me sacó de dudas: "Eugenio, ¿sabías que tenés una niña?", me dijo, "no hombré" le digo yo, "¿no son gemelos?"... "no hombré, es una niña, y se parece a vos". ¡Qué alegría! Cuando me aclararon que no eran gemelos varones, sino una niña, me entró, bueno, una gran ternura, cuando me dijeron que era una niña. Nunca me había puesto a pensar en el hecho de que yo tuviera una niña, una mujercita, y entonces, cuando me dicen que es una niña, no sé, me entró una ternura muy especial, me sentí tan delicado, tan tiernito, ¿ves? Y claro, yo ya llevaba pensando pedir una cita con Claudia para compartir con la niña, para ver a la niña. Y bueno, nos llegaron a traer, bajamos un correo a León y llegaron por nosotros; nos dijeron que iba a llegar personalmente el regional a traernos hasta el punto de la carretera. El jefe del regional era Iván Montenegro. En efecto, en la noche, se aparece en un taxi Iván Montenegro, el del taxi era un compañero y bueno, te imaginás la alegría de ver al gordo, que nos dice un poco nervioso: "Móntense, móntense, móntense". Y nos montamos y nos vamos para León. Cuando yo entro a León, me sentía, ¿sabés como qué?, como dentro de las pesadillas en que siempre aparecía León, como que soñaba que de repente estaba en León, que todo mundo me estaba viendo, y que yo andaba desarmado, y que la Guardia me seguía y que yo disparaba, y que no me funcionaba el arma que yo disparaba y que los tiros no llegaban, y que les pegaban a los guardias los tiros, y que no les hacían nada, o no se morían, o se doblaba el cañón del arma, esa era la pesadilla cuando yo pensaba en León. Entonces, cuando voy entrando a León en carro, de noche, como a las ocho de la noche... ¡La sangre de Cristo!... el mismo bulevar, la misma avenida Debayle de hace tiempo, el hospital, el mismo *drive-in*, la estación, doblamos en la estación, el tope del parque San Juan; y me dan unos anteojos oscuros de ésos, te imaginas vos, para que nadie me reconozca. Y yo miraba a la gente, qué barbaridad, ya no es sólo la sensación de desnudez la que sentía, ya fue mayor, ¿sabes cómo me sentí? me sentí como que estaba clandestino, entrando a León. Es decir, eso para mí era inconcebible, lo inimaginable, lo siempre preocupado, la mayor expresión de la inseguridad física, la más concreta posibilidad

de ser muerto o capturado. Realmente era estar totalmente descobijado, de estar totalmente al descampado, entonces era una locura en alguna medida, pero había que hacerla, y entré a León. Tratamos de irnos por los barrios, bordeando la ciudad hasta que llegamos a la casa de seguridad. Era una casa de Subtiava, de un compañero sastre que no se ahora cómo se llama, no recuerdo con mucha precisión la dirección, pero era en Subtiava, como a unas dos cuadras, o una cuadra, de la calle Real. Luego, la gran alegría, me bajo y veo al "Chiricuto", a Luis Guzmán, a Quincho Ibarra, a Jorge Sinforoso Bravo, al que hasta entonces conocía personalmente, y a comer se ha dicho, me bañé, me dieron ropa de ciudad, yo quería todo, yo quería chocolate, yo quería *popsicle,* yo quería lecheburra de donde Prío... Y en fin, ¿qué no quería? De todo. Me parecía mentira, de estar ahí, de nuevo en el corazón de León, sin que la Guardia ni la seguridad de Somoza, ni mis amigos, ni mi familia lo supieran.

## 16

Como a los cuatro días de estar ahí, llega una orden de Pedro Aráuz, miembro de la Dirección Nacional: me tengo que dirigir a Ocotal, que me van a operar primero y que luego me van a ubicar en la regional del norte. En ese tiempo, el jefe del regional era "Pelota"... Pelota, conocido como Manuel Morales Fonseca, y estaba Bayardo Arce ahí en la misma regional. Salimos a pie ya clareando el día como a las cinco y media de la mañana; nos iban a recoger como a dos cuadras de la casa. ¡Te imaginas! Iván Montenegro, Quincho Ibarra, que era el presidente del CUUN, y yo, los tres caminando por la calle, a esa hora cuando ya hay casas abiertas y ya andan los panaderos vendiendo pan y la gente vendiendo mantequilla lavada, ellos, que eran menos quemados, iban a los lados y yo al centro, para ocultarme un poquito de las miradas, porque íbamos a media calle, era una calle empedrada, de tierra, y me decía yo: ¡qué barbaridad! ¡esto es el acabose!... y claro, me reconocieron inmediatamente, y yo notaba que la gente se quedaba con los ojos cuadrados cuando me miraba, incluso algunos me dijeron adiós... pero Subtiava era un sector combativo, un territorio liberado políticamente casi por completo; entonces me montan en un carro que no recuerdo quién lo iba manejando, y nos fuimos por la carretera León-San Isidro. En el empalme de San Isidro, está otro carro, yo me monto, no llevaba nada, sólo mi 45 con un magazine de repuesto y un poquito de tiros. Y reconozco al tipo que manejaba el nuevo carro, y qué gran alegría, era Toño Jarquín, el doctor Antonio Jarquín Toledo, dilecto hijo de

Nueva Segovia. "¡¿Idiay?!", me dice sorprendido, porque él creía que estaba en la montaña, "¿cómo estás Flaco?, jueputa estás mas gordo", "no jodás, qué voy a estar más gordo", le digo. "Es que te veo gordo", me dice, es que de tanto tiempo de no vernos él me miraba gordo, más bien inflamado es que estaba de tanto maíz, porque el maíz inflama, inflamado de comer posol, y me miraba más chele, claro, no me daba el sol, pálido, es que estaba. Y me llevan a Ocotal, y empiezan a hacer los preparativos para que me opere. A mi me daba temor, porque pensé que me iban a operar en alguna casa clandestina, una cosa así, algún médico amigo en algún hospitalito guerrillero, yo había oído hablar de los Tupamaros, que tenían clínicas y cosas bajo el camuflaje de salones de belleza, y yo creía que ya teníamos todos esos recursos, pues.

"¿Cuándo es la operación?" le pregunto yo. "No", me dice, "tenemos que ver primero cómo está el hospital de Somoto, porque tengo que operarte en Somoto", "¿cómo, que a mí me van a operar en el hospital de Somoto?" le digo yo. "Pues sí, ¿y adonde creés que te vamos a operar?" "No... no, pues yo, sólo preguntaba, pues", le digo yo, "curiosidad mía, sólo quería saber cuál hospital es". No jodás, se me fue el alma al culo. Entonces nos vamos para Somoto, yo ya conocía a su esposa, era una vieja amiga, que se llama Luisa Molina. Yo pensé que ella iba a estar viviendo en su casa, y no, me llevaron a vivir enfrente, y yo con una gran ilusión de ver a la Luisa pero ella estaba en Estelí.

Al día siguiente le pregunto a Toño: "Y ve, ¿qué pasó con el hospital?", "hombré", me dice, "es que fijate que estamos arreglando eso, porque tenemos que ver cuáles son las enfermeras que te van a ver, y tenemos que buscar a la anestesista". "¿Y la anestesista y la enfermera son compañeras?", le pregunto. "No, ninguna de las dos. Ni la anestesista, ni la enfermera, pero los médicos somos Saúl y yo, no hay problemas. Además no te preocupés, que yo voy a decir que vos sos un primo mío, y que vas a estar aquí nada más el tiempo indispensable, digamos tres días, luego te vamos a traer para acá". "Va pues", le digo, sin pensar que me iba a pasar lo que me iba a pasar.

Al día siguiente, me dice: "Vámonos pues, hermano", y me mete en el hospital, como a las cinco de la tarde. Yo andaba una granada, y me decía: ¡Dios mío mi lindo! ¡qué clavo sería que me descubran y que la Guardia me llegue a traer operado, y me saquen a culatazo limpio! A vergazos, a empujones y operado no me voy a poder poner de pie, no me voy a poder defender, y si me caigo se me va a abrir la herida, y los guardias me van a patear la herida y se me van a salir las tripas y lo peor no era pensar que me hicieran eso, sino la idea de sentirme impotente frente a los hijueputas; entonces me decía, si aquí viene la Guardia lo que voy a hacer es tener la granada y la pistola debajo de la almohada,

entonces le abrí las dos patitas esas que están dobladas, se las enderecé, y sólo quedó de jalarle la anilla, manteniendo la granada a la orillita; entonces en cuanto la Guardia venga, pensaba yo, saco la granada y aquí la estallo en el cuarto y se va la Guardia y me voy yo, pero a mí estos perros no me van a malmatar, no me van asesinar operado, y sólo me acordaba de Enrique Lorente, que era epiléptico, y que para provocarle la epilepsia, en la cárcel le pegaban en la cabeza, y entonces lo cachimbeaban epiléptico, le pegaban, y salía de la epilepsia y le volvían a pegar, y lo torturaban después que le pasaba la epilepsia y le volvían a provocar la epilepsia; esa sensación horrible de que te malmaten en esas condiciones a mí me aterraba, me aterraba. Yo había convenido con Toño en que después que me operaran, él se iba a quedar conmigo durmiendo, y que íbamos a tener siempre un vehículo allí, por cualquier cosa, ¿verdad?

Y bueno, llega la enfermera, y me dice: "Desnúdese, que tenemos que limpiarlo". Entonces vengo yo y me quito mis calcetines, mis zapatos, mi pantalón, mi camisa, y ya. Entonces me dice ella: "Quítese el calzoncillo, que tenemos que rasurarlo", "¿eso no lo va a hacer el doctor?", le pregunto yo, cohibido. "No no", me dice ella, "soy yo, y apúrese". ¡Hijueputa ya la cagué!, porque si esta mujer me toca, decía yo, me voy a poner erecto, y la mujer va a creer que yo soy un vulgar, qué iba ella a saber que yo tenía un año de no tocar una mujer, de que una mujer me pusiera la mano encima; y de remate era una morena bien linda, ¡sólo de verla me voy parar!, decía yo, ¡qué vergüenza la mía! Ni modo, me quito el calzoncillo, ella está de lo más seria con todas sus herramientas allí, con los estuches, las bandejas, con el montón de vasitos de colores, *merthiolate*, alcohol, yodo, qué sé yo, gasas, tijera algodón... me desnudo, y coloco las dos manos bajo la cabeza, acostado en la camilla. Voy a cerrar los ojos, me dije, pero recapacité de inmediato: si cierro los ojos va a creer esta mujer que estoy pensando en alguna cosa mala; mejor cerré los ojos, porque así no miraba y corría menos riesgo de templarme, una pura indecisión en mi cabeza. Entonces viene la mujer, agarra una cuchilla de afeitar y empieza, ra, ra, ra, ra, ra, y me agarraba los genitales y me los levantaba, me tocaba por debajo y luego me agarraba el pene, así, y me lo ponía para el otro lado... ¡Ay Diosmiito mi lindo! ya sentía que me a iba a templar; y entonces lo que yo hago es empezar pensar en el lodo de la montaña, acordarme cuando iba caminando en el barro y me caía, cuando andaba buscando leña, cuando andaba cansado y tenía que subir una cuesta, me imaginaba que daba un paso, otro paso, y otro paso, y otro paso y me voy en el lodo, pero la mujer, me agarraba así, con el dedo, con la mano delicada, femenina, el pene, y me lo hacía así, y luego me

pasaba la mano por debajo de aquí, de los testículos, con un algodón húmedo, y empieza a llenarme de *merthiolate*, yo sentía heladito, rico, ya no aguanto, ya no aguanto, y luego dejaba de contar y sentía lo que me estaba haciendo y sentía y me imaginaba sus manos con las uñas pintadas, y sentía su piel, sobre mi carne, sobre mi pene sobándolo, restregándolo, moviéndolo y entonces, volvía rápido a pensar en la montaña y me agarraba la cabeza, me jalaba el pelo, cerraba los ojos, y los abría de nuevo... estaba pidiendo imposible, la cosa venía para arriba levantándose y yo miraba que la mujer ya no me estaba limpiando, botó los algodones y miro que me empieza a agarrar el pene y me lo empieza a jalar, y en determinado momento me dije: ¡hombré, yo soy un estúpido! me estoy templando ¿y qué voy a hacer yo? si no puedo aguantarme, si yo soy un cristiano, común y corriente, pues me quedo templado, duro, duro, duro, pero qué vergüenza, yo no hallaba qué hacer, allí en la camilla, desnudo y completamente erecto, nervioso y con pena, y la mujer que se pone a reír y me dice: "No se preocupe joven, que ya estamos acostumbradas a estas cosas nosotras", ni mierda, pensé, esta mujer hijueputa a mí me tocó intencionalmente, porque yo sentí que ella me limpió y todo, pero luego sospechaba que me estaba acariciando al echarme jabón, y vos sabés lo que es que te echen jabón y agua en el pene cuando tenés tiempo de no hacer el amor, que venga una mujer, con toda su mano linda, con sus uñas bien lindas, su mano bien linda, suavecita, y te empiece a tocar el Pene y los genitales, el pubis y todo eso, es para morirse. Entonces, al rato, llega Toño Jarquín, y entra en grandes carcajadas: "Ja, ja, ja, ¡te templastes, Flaco hijueputa! ¿verdad?" "Sí, hermano", le digo yo, "qué cagada, qué pena, ¿qué te dijo la compañera?" "No, hermano, olvidate de esa mierda", me dice... "me acabas de hacer perder cincuenta bolas", "¿cómo?", le digo yo, "¿qué es esa mierda?" "Sí", me dice, "es que yo aposté con la enfermera aque no te templabas, y la mujer dijo que sí lo lograba". ¿Te das cuenta? el hijueputa Toño Jarquín por jugarme una broma maceó que no me templaba, puras bandidencias, y por supuesto de que la mujer se los ganó, y me provocó para ganarse la apuesta, con razón yo sentía que me estaba tocando más de lo necesario.

Me ponen la bata de operar y yo dejo mi pistola, con el gran temor, mi pistola y la granada, en la cabecera, debajo de la almohada, me llevan al quirófano, yo nunca me había operado de nada, y me ponen una jeringa, y me dicen que empiece a contar, uno, dos, sólo llegué hasta tres contando, y pum, me quedé dormido; allá, cuando me despierto, estoy en el cuarto de nuevo, cobijado y con mi bata de hospital, medio pendejo, baboso, y medio me incorporo y me miro el montón de gasas... Bueno, niño, aquí empieza la cuestión... ¡Diosmiito mi lin-

do, que no venga esa Guardia, hijuelagranputa, o aquí nos vamos a morir todos, pero a mí no me agarran! Y si viene la Guardia y yo estoy dormido, me van a matar, porque yo sentía el dolor en la apéndice y no podía ponerme en pie. Entonces le pregunto a Toño: "¿cómo está la cosa? ¿todo en calma?", "todo en calma, no te preocupés", me dice, "no hay problemas, todo controlado, mano". "Aquí chivéate", le digo, "cuidado una mierda aquí mano, me va a llevar la gran puta". "No, no te preocupés, aquí no hay nada... ¿sabés qué, Flaco?", agregó, "yo voy a ir a dar una vuelta a Estelí, voy a ir a darle una vuelta a la Luisa, es que estamos peleados" me dice. "¿Pero vas a volver a dormir aquí vos?" "Sí, aquí voy a dormir yo, no te preocupés". Y Toño se va, no se reconcilió con la Luisa, el maje se puso a beber guaro en Estelí de arrecho, se pelea otra vez con ella, y se viene para Somoto; pero como estaba tan bolo, no quiso seguir manejando y se paró a dormir en la carretera; entonces, claro, no se fija dónde se detiene dormir, se queda frente a la entrada de Condega. Por supuesto, los guardias notaron el carro y fueron a ver, le golpearon, y le golpearon el vidrio hasta que se despertó, y le preguntaron qué hacía allí, empiezan a registrarle el carro y le encuentran una pistola que él andaba, con los números borrados, libros de literatura revolucionaria de toda clase y por supuesto se lo llevan preso, y yo a todo esto sin darme cuenta de nada, hasta el día siguiente que llega una compañera con dos compañeros como a las 18 horas y me dicen: "Compañero, vístase, que nos vamos". "¿Qué pasó?", pregunto yo. "Capturaron anoche a Toño Jarquín y no sabemos qué va a hablar porque andaba hasta el tronco".

¿Y ahora?, me digo yo. Me pongo la camisa y me ayudan a ponerme el pantalón, me meten los zapatos porque yo no me puedo agachar. "¿Y cuál va a ser el manto para salir de aquí?", les digo yo. No tenían manto. "Entonces", les digo yo "el manto va a ser éste: una vez que logremos salir al corredor, yo me les voy a colgar a ustedes dos, así, de los hombros, como que voy borracho y ustedes me van a llevar sostenido a mí por la cintura, como que yo me voy cayendo de bolo; yo voy a ir hablando como bolo".

Así fue, se me ponen a la orilla de la cama, yo me siento en la cama, me les guindo, me cuelgo del cuello de uno de ellos y con la otra mano me agarro la cintura. Y entonces empezamos a caminar, me llevaban guindado y así salimos del hospital. Me montaron en un *jeep* Willys y agarramos para Ocotal. Todavía no había defecado la primera vez después de la operación, ¿te imaginás? yo había orinado, sí, pero no había defecado; me llevan a una casa en Ocotal y luego, en la noche, en cuanto oscurece me sacan del pueblo, porque en el pueblo la represión era intensa. A partir de allí empezó una tortura horrible; me llevan a

una finca, al monte, verdad, el camino malo y el *jeep* dando tumbos, un camino, pedregoso, accidentado, horrible; el vehículo, por muy suave que vaya, cada piedrita te golpea en el alma, en la herida, mi amor, cada piedrita me dolía la herida, hubiera tenido que venir en el aire para que no me doliera; si en un camino parejo y en un buen carro me hubiera dolido, ahora te imaginás en un *jeep* Willys, sin amortiguación el hijueputa, un *jeep* Willys viejito, que lo manejaba un viejito, que ahora recuerdo el bandido de Pelota le había puesto "Fitipaldi" de apodo, era chofer de Pelota, y como el *jeep* caminaba hasta cincuenta, y el viejito nada más caminaba como a treinta, entonces Pelota le había puesto Fitipaldi, el nombre del corredor de autos brasileño. Y allí iba yo, en el *jeep* de Fitipaldi y con Fitipaldi en el timón, y claro, se me hizo lejos, porque yo sentía que cada piedra me pegaba en la herida y era como que la piedra, después que me pegaba en la herida, me rebotaba; y yo decía: ¡Dios mío! ¡a qué hora encontramos un retén de la Guardia aquí, y yo no puedo ni brincarme del *jeep*! Si a mí me paran y un guardia me dice que me baje, yo voy a sacar la pistola y le voy a pegar un tiro, y siempre con la granada lista para aventarla, ése era mi consuelo, tirar la granada y que muriéramos varios, pues, los guardias y yo, y no irme solito, no darle mi vida a esos jodidos.

Tardamos como dos horas en llegar, o tres horas, ya había avanzado la noche; era un lugar allí en Macuelizo, cerca del pueblito, en una finquita de un compañero que se llama Teófilo Cáceres, el seudónimo era Fidel, porque se parecía a Fidel Castro, alto, recio y narizón. Y allí empezó para mí una pesadilla; todavía no había podido defecar, y ya tenía como catorce horas de operado. Y allí en la finquita de Fidel, tengo que defecar, y no hay inodoros, ni excusado, ni letrinas; para hacer sus necesidades fisiológicas los campesinos de la casa caminaban como 150 metros hasta un barranco. Yo a duras penas podía caminar, y así fui la primera vez; me tuvieron que llevar entre dos compañeros, me bajaron el pantalón y luego, yo agarrado de los hombros de ellos, tuve que cagar de pie. Era una cuestión de lo más incómoda y engorrosa... te sentís animal o vegetal, pero no te podés sentir gente en esas condiciones.

Lo otro era la curación de las heridas todos los días y las inyecciones; me curaban entre Pelota y otro campesino que se llama Manuel Mairena que era de ahí de la zona, y la mamá de ese muchacho, una campesina; me curaban todos los días y me inyectaban antibióticos para evitar que se me infectara la herida, porque no había ninguna condición de higiene; entonces, además de que me dolía la herida y que sentía una gran fragilidad, no aguantaba las nalgas de tanta inyección, porque me metían antibióticos a lo descosido.

Allá como a los ocho días, cuando ya se estaba pasando el tiempo de quitarme los puntos de la operación, pudimos al fin regresar a Ocotal, aprovechando que ya había pasado un poco la represión. Me llevaron a una casa de seguridad para quitarme las puntadas. Saúl, el otro doctor que me había operado junto con Toño, tuvo que hacerme una heridita como de una pulgada con una cuchilla de afeitar desinfectada para sacarme los puntos, porque el pedacito de hilo visible se había podrido de tanto pasarme el algodón con alcohol en la herida, y era una costura muy moderna la que me habían hecho, con las puntadas debajo de la piel. Aquello fue un dolor de gratis, adicional.

A esa casa me llevaron, le llegamos a tomar mucho cariño; esas dos casas, digamos, porque eran dos familias que vivían frente a frente en la misma calle, era un complejito de seguridad, porque tenían relaciones de trabajo las dos familias, y tenían clandestinos en una y clandestinos en la otra, o solamente en una, pero siempre estábamos, viendo a las dos familias. En una de las casas vivían tres viejitas a cual más linda, la menor como de unos sesenta años, las tres eran correos del Frente, nunca las quebraron, porque nunca la Guardia se imaginó que esas ancianitas eran correos del Frente; tenían todo el sabor tradicional de la conspiración de la gente del norte de Nicaragua, desde el tiempo de la lucha de Sandino, te hablaban en susurro, y en voz baja, y asimismo te relataban todas las anécdotas de la guerra de Sandino, hacé de cuenta, que te estaban hablando del último contacto que habían hecho antenoche; para ellas lo nuestro era una continuación y se sentían como en aquellos tiempos, igual que cuando conspiraban con los maridos y con los hermanos, en sus fincas, ahora era con nosotros en la ciudad. Esas viejitas nos querían como hijos, como revolucionarios, era un cariño bien místico, bien desprendido, siempre estaban llegando al cuarto donde estábamos nosotros a dejarnos algo, llegaba una y nos dejaba jocotes, llegaba otra y nos llevaba mangos, llegaba otra y nos llevaba rosquillas; y cada vez que ellas llegaban nos alegrábamos, porque además las fregábamos, les hacíamos chiles, bandidencias, nos adoraban. Les encajamos los Reyes Magos, porque cada vez que llegaban se aparecían con presentes.

La otra familia estaba formada por la esposa; él, un viejo revolucionario, viejo sandinista de aquellos tiempos, con dos o tres hijas. Jugador de gallos. Allí en esa casa, nosotros fregábamos también a las muchachas; a la mayor, que era enamorada de Leonel Espinoza (Marino), Pelota le encajó Marina, toda esa gente era bien linda. A esa casa yo sabía que llegaba una muchacha del Pacífico a hacer contacto con Pelota; no sabía quién era, pero sospechaba que era la Luisa, la de Toño, pero no podíamos verla, me daba unas ganas de verla, y no

poderla ver, y con ganas de decirle: Luisa, Luisa, Luisa, aquí estamos, porque era bien alegre de carácter y teníamos mucha amistad con ella y seguro que íbamos a gozar mucho viéndonos, pero nunca se pudo eso; luego estuve varios días en otra casa, donde una compañera maestra que también me curaba, muy heroica y de quien yo guardo recuerdos muy lindos, se llama Rosario Antúnez, capturada varias veces, torturada por la Guardia, le mataron a una hija de quince años en Nueva Guinea; está viva, trabaja con el Frente en Ocotal.

## 17

Estando yo allí, donde esa profesora, como a los veinte o treinta días de operado, más o menos, la Dirección Nacional planteó la realización de dos escuelas guerrilleras grandes, para impulsar el entrenamiento militar y reforzar en hombres y en calidad los distintos sectores del trabajo, incluyendo la montaña; de forma que una de las escuelas se hizo en Macuelizo, un poquito más adelante de la finquita donde fui llevado después de la operación. La escuela se llamaba Julio Buitrago y tenía treinta alumnos; era el mes de junio de 1975. Me notifican que yo quedo incorporado al regional, y que vamos a hacer una escuela para hombres que también van a ir a la montaña; y que yo voy destinado a la escuela para que participe en el entrenamiento de la gente, y les dé los conocimientos básicos de la lucha guerrillera, en virtud de la experiencia que yo tenia y el tipo de entrenamiento que había recibido; me nombraron responsable militar de la escuela; Manuel Morales y Bayardo Arce eran el primero y el segundo jefes de la escuela, Augusto Salinas Pinell era el responsable logístico porque él trabajaba en esa zona organizando clandestinamente a los compañeros del sector. Esa escuela fue para mí una gran experiencia, porque empecé a ver reflejada mi propia experiencia a nivel masivo, a nivel colectivo, en treinta compañeros; allí estaban Jorge Matus, que murió en la guerrilla; Marcelino Guido, que ahora es capitán y segundo jefe de orden interno de la segunda región militar del Ministerio del Interior; los otros compañeros cuyos nombres no recuerdo, pero tengo presente sus caras, algunos cayeron, otros quedaron vivos; había allí todo tipo de gente, estudiantes, obreros, campesinos.

A medida que iba transcurriendo el primer día de la escuela e iba notando las limitaciones de los compañeros, me di cuenta que mi proceso en la montaña no fue un proceso único, sino que todos los compañeros vivían eso; claro, que allí en escuela eran un tanto distintas las condiciones, porque no era la selva, sino pinares, cerros de pino,

ya bastante diezmados por las compañías madereras norteamericanas; al revés de ser una vegetación espesa y tupida, era una vegetación sumamente rala, casi como estar haciendo escuela en un parque al descampado, teníamos que camuflar las champas y los utensilios del campamento para que no los viera la aviación, cómo sería aquello de desprovisto de árboles, un cerro que llaman El Copetudo, bastante alejado y el campamento en la cumbre del cerro. Allí empecé a ver a los compañeros caerse, frustrarse, volver a impulsarse, allí los vi sacar sus problemas y sus debilidades, corregirse, allí vi el desarrollo desigual de los hombres en cuanto a capacidad; por supuesto, me empeñé en darles todo lo mejor que yo sabía, y en ese sentido, René Tejada siempre estuvo presente en mí, él ya había muerto, yo estaba marcando el espíritu de Tello en la escuela. Esa escuela se clausuró el 14 de julio de 1975, había empezado como el 14 de junio. Recuerdo que había uno que era sordito, le gritaban y nada, vimos que era sordo; entonces Pelota decía... "Este maje es sordo, es sorbete, es sorbete... *ice cream, ice cream*"; entonces, el sobrenombre que le pusimos fue *ice cream*. Había otro que era asmático, y llevó al campamento sus inyecciones de *Aminofilina*, entonces Pelota decía: "Ve, es asmático, *Aminofilina*, entonces le vamos a poner "Aminofilina"... no, mejor pongámosle *Amín*, en vez de Aminofilina... "Amín, Amín, Uganda... ¡Uganda!" porque estaba Idi Amín en Uganda, y así por el estilo Pelota bautizó a todito el mundo. Después nos dimos cuenta que Carlos Fonseca se ponía bravo con esas cosas, decía que nosotros no éramos una banda de delincuentes para ponernos "alias", ¿ves?, no le parecía correcto ponerle a las viejitas sandinistas Reyes Magos ni al chofer viejo Fitipaldi, ni *ice cream*, al sordo, ni Uganda al asmático, al comandante Fonseca no le gustaba eso.

Como a los diez días de empezada la escuela comenzaron a llegar informaciones sobre gente rara en el sector, parece que eran oficiales del servicio de información militar de la Guardia que ya habían detectado el tráfico de vehículos, las pasadas de noche por allí, señales y más señales. La Guardia no llegó por largo tiempo, y pudimos terminar la escuela; pero un día nos dicen que la Guardia ya entró, y nosotros con treinta muchachos que en su vida habían echado tiros, que no tenían la experiencia de caminar, con sólo caminar hasta el campamento habían llegado con los pies reventados, y lo que habían caminado era nada más como ocho horas, eso era toda su caminata, pero para los muchachos eso era quién sabe qué cosa, ellos se sentían guerrillerísimos a esas alturas. Y entonces, con la gente que nunca había combatido, que sabía caminar, que no sabía cargar, con pocas armas, armas de cacería, sólo dos o tres armas de guerra en todo el campamento y con municiones contaditas, en terreno pelado y bien poblado, está-

bamos claros que si entraba la Guardia era un desastre para nosotros, la escuela la habíamos hecho allí porque no habían otros lugares con mejores condiciones. ¡Y nos dicen que la Guardia ya entró! Entonces se decide que bajen Manuel y Bayardo a la ciudad, porque nosotros no podíamos buscar el combate, sólo teníamos un contingente que había que devolverlo a la ciudad, para que esa gente fuera mandada para la montaña. Pelota y Bayardo debían buscar los recursos para bajar inmediatamente la gente, para evitar un confrontamiento, y mandar vehículos, buscar casas en la ciudad para alojarlos o trampolinearlos rápido para los departamentos, y ver cómo estaban las carreteras, y como, estaban los retenes en la ciudad, y la vigilancia, para hacer toda la operación. Pero qué va, lo único que logramos fue que pudieran salir Bayardo y Manuel, porque después ya no pudo bajar nadie más empezó el cerco de la Guardia, yo era el responsable militar de la escuela y Augusto Salinas Pinell, responsable del grupo, porque ya había terminado la escuela, la escuela termina el día que la Guardia entra, o el día antes, algo así.

Empezamos a bajar, y cuando ya habíamos descendido algo, nos quedamos cerca del rancho de un colaborador, esperando el contacto que llegaría de la ciudad para jalar a la gente, por monte y luego por carretera. Y ahí están las enseñanzas de Tello: Tello muere porque él está como a 500 metros de la casa de un colaborador, la Guardia llega donde el colaborador, lo echa preso, y el colaborador lo vende y lo va a entregar. Entonces yo puse posta viendo hacia la casa del colaborador, porque si la Guardia llegaba nosotros nos retirábamos antes de que el colaborador nos entregara, o aunque no nos entregara, pero había que tomar las medidas de seguridad. En efecto, al rato, la posta que está allí arriba nos dice que hay como 40 o 50 guardias en la casa del colaborador y que se lo llevan preso; inmediatamente doy la orden de retirada, pero a esa hora ya hay patrullas por todos lados, un cerco completo sobre la zona, eran patrullas de la Guardia que estaban entrando a buscar contacto con nosotros. La Guardia estaba con sus dispositivos, tenían helicópteros, aviones, todo; tenían la información de la escuela y la iban a quebrar. Entonces yo decido mandar a un compañero, veterano de Raití y Bocay, Heriberto Rodríguez, a que encabece la retirada para un sector donde teníamos otro colaborador, el sector donde estaba Augusto Salinas Pinell en ese momento, porque me había dejado a mí en el campamento para ir a buscar contactos con otros colaboradores que nos facilitaran la bajada. Mientras la gente se prepara para retirarse, yo me quedo con otros compañeros decididos a contener a la Guardia con una emboscada, porque si la Guardia llegaba al lugarcito en que estábamos nosotros, que era un zanjón, un cañoncito, una quebrada

seca, la podíamos contener con la emboscada. Pero nos pudimos retirar sin problemas, y ya estando en otro punto voy a buscar otros contactos para ver cómo bajamos, porque comprendimos que de la ciudad no podíamos esperar nada. Eramos un montón de hombres armados y tampoco podíamos pasar si no era en combate, había que montarse verga con la Guardia en condiciones desiguales, pero lo cierto era que no sabíamos qué hacer, la situación era sumamente difícil, tenías que buscar cómo salir a la ciudad, que te pusieran vehículo aunque fuera hasta cierta parte, que te prepararan casas en la ciudad para albergar toda esa gente.

Yo me voy con Manuel Mairena, de civil, solo con arma corta, a buscar contacto a la casa de Fidel, donde antes había estado operado. Deje instrucciones a Heriberto Rodríguez que se dirigiera con los compañeros para otro punto, donde nos íbamos a topar. Caminamos durante todo el día y al acercarnos a la casa de Fidel nos metimos en una quebrada seca, arenosa, y salimos del zanjón a las cuatro de la tarde, entre cuatro y cinco de la tarde, entonces le digo a Manuel: "Vos vas a ir hacer el contacto porque sos de aquí, yo voy a ir detrás de vos, cualquier cosa nos echamos para atrás". Yo no sé cómo fue la cosa, pero cuando nosotros íbamos caminando, de repente oímos una voz que dice: "¡allá viene uno de los hijueputas!". Entonces me dice Manuel: "Hermano, volvámonos que nos acaban de descubrir". Retrocedemos, echamos dos tiros y empezamos a correr; ya estaba la Guardia en la casa, pero estaban adentro los hijueputas, emboscados, y tenían unos hombres vestidos de campesinos, que eran guardias también, afuera, junto con un traidor, un *oreja* del lugar que conocía a Manuel Mairena, que sabía que andaba clandestino con nosotros. Empiezan a echarnos una andanada de balas y nosotros nada más con la pistola y un magazín de repuesto, corriendo a paso táctico, veloz, a la carrera, en zig-zag sobre la quebrada, hasta que llegamos a un punto en que miramos que ya podíamos salir del lecho de la quebrada. Salimos, pero otros grupos de guardias se habían adelantado corriendo por otro lado, y empieza una cacería. No hay monte, es medio pelado, son montes bajos, arbustos, algunos charralitos. La cosa es que la Guardia dividida de diez en diez, de cinco en cinco, de ocho en ocho, con sus ametralladoras, con sus Garands, con sus fusiles, con armamento moderno y bueno, con granadas. Entonces nos salíamos del charralito, y nos detectaban, y volvíamos a correr, y aquello era ni más ni menos una cacería, como que vos agarrás un par de animales y empezás a cazarlos, estábamos asustados; pero también sentía rabia, yo me podía morir sin mucho problema, pero con rabia de que nos liquidaran así. Llegó un momento que nos coparon, pero ellos no lo sabían que nos tenían

cercados; y le digo a Manuel en el oído: "ponga el arma con el martillo para atrás, sáquele el seguro, sólo que yo dispare, usted dispara". Los guardias empezaron a rastrear todo el sector, nosotros acurrucados entre cuatro arbolitos de esos bajos, chiquitos, sentados en cuclillas, porque en cuclillas por lo menos podés brincar; y desde esa posición tan precaria, mirábamos a los guardias que estaban allá a la orilla, pero ellos no nos miraban. Nos decidimos a escoger cada uno a un guardia de los del grupo, y los apuntábamos con el cañón del arma, siguiendo sus movimientos desde el matorralito, de manera que si un guardia nos veía, íbamos a disparar, y a salir corriendo si es que antes no nos pegaban un balazo ellos. "¡Estos hijuelagranputa aquí están!" decían, "¿dónde están estos hijueputas? ¡Es que no pueden ir largo!" En sus pláticas hacían referencia a otras patrullas que estaban por allí, en la quebrada, o al lado. "Estos están aquí, aquí", dicen. "¡Aquí!" "Vamos aquí de frente" y se iban de frente, y pasaban frente a nosotros, cerca de los matorralitos, y nosotros allí escondidos. A estas alturas ya son como las seis de la tarde, y ya empieza a ponerse turbio, oscurito, ¡Jueputa! ¡Cómo ansiaba que se me oscureciera! Entonces oscureció y no se fueron; ellos sabían que estábamos allí, pero no sabían dónde. Como a las siete, ocho de la noche, le digo yo a Manuel en el oído: "Vamos a empezar a salir... pero fijate bien: primero poné la mano en la tierra, y calladito, con la mano, en camarita lenta, quitá las hojitas, y dejá nada más la tierra, quitá los palitos. Cuando ya quités las hojitas y los palitos de la tierra, poné un pie, y luego con la otra mano más hacia adelantito, quitás los palitos y la tierra y ponés el otro pie, para que garanticés de que no hagás ruido, y tené cuidado en la quitada de los palitos que aquí, un ¡clis! en este silencio nos delata, y como es de noche lo que van a hacer es rafaguear indiscriminadamente adonde estamos nosotros, y nos van a matar". En eso estábamos, empezando a quitar los palitos y las hojitas, cuando oímos toser yo le susurré a Manuel: "Vamos a aguantar más, porque entre más tiempo pase se pueden ir y de todos modos si no se van, entre más tiempo pase estarán más cansados y se van a dormir". Seguimos en cuclillas; y ya teníamos dormidas las piernas, nos cambiábamos el peso del cuerpo de una pierna a la otra, se nos dormían las dos, se nos dormía una, horrible, ¿no?, no podíamos movernos, estábamos casi abrazados.

A las tres de la mañana empezamos a hacer el intento de salir pero no por la quebrada, porque sabíamos que iban a emboscar la quebrada, sino por el monte, y lo logramos, salimos al fin y fuimos a dar hasta la ciudad. Y me encuentro con la ciudad sitiada, logré llegar a la casa del señor aquel que jugaba gallos y cuando entro, como a las cinco de la mañana, pega el brinco y me dice: "¡criatura!" ¿y qué andás

haciendo en la calle?", "pues, buscando contactos", le digo yo, "porque fíjese que estabamos allá adentro y la Guardia nos tiene rodeados, los compañeros se quedaron esperando para que los lleguemos a sacar". "¡Ay, mijo!, váyanse que todo Ocotal está preso", dice, "han quebrado y capturado a todos los colaboradores". La situación de Ocotal era realmente dura, la Guardia había ocupado la ciudad y las capturas eran masivas: a Guillermo Cáceres Bank, el compañero chofer del vehículo al que decíamos Fitipaldi cariñosamente, lo tenían colgado de los dedos de los pies cachimbeándolo en el cuartel. Todas las estructuras, las casas de seguridad, la red de colaboradores, habían sido quebrados, y la gente se sentía horrorizada. Aquello me chocaba, me hacía mierda a mí, porque la pobre gente se volvía a embarcar y la cosa no salía adelante. Pero también sabíamos que teníamos que salir adelante. La cosa es que nos fuimos a otra casa, logramos hacer contacto con Bayardo y Pelota y me dicen los compañeros: "aquí no podemos hacer nada... estamos listos, hasta el tronco. El regional aquí en el pueblo está en el suelo, no nos podemos mover. El que ustedes salgan del pueblo va a ser un éxito, ¡un éxito! Regrésense para allá. "Vos, Omar, responsabilizate con Salinas de la gente", me dicen. "Busca cómo sacar a esa gente, por la carretera, por donde querrás, pero ustedes saquen a esa gente. Aquí tenés estos reales". "Aquí están estas latas". La gente se nos estaba muriendo de hambre allá arriba.

Entonces volvemos a salir de noche, bordeando el pueblo, con miedo de las patrullas que andaban peinando la zona, con los grandes sacos llevando el poquito de comida, en latas, sin vehículo. "Sólo falta que ya no los encontremos", pensaba yo, porque existía la posibilidad de que la Guardia hubiera quebrado al resto de colaboradores en la zona y ya no pudiéramos retomar el contacto con los compañeros. Logramos llegar al ranchito de don Bonifacio Montoya, que fue uno de los primeros chanes del FSLN, él nos dijo que fue chan de Carlos Fonseca. ¡Era un viejito bueno! Alto, delgadito, chelito, ojitos azules, medio rubio, medio pelito castaño, ¡bien lindo! Tenía 82 años y la pureza de un niño. Vivía en su ranchito miserable, chiquitito, con su viejita que no recuerdo cómo se llamaba, que también era chelita, ojitos azules, campesinos norteños de Nicaragua, sandinistas del tiempo de Sandino los dos.

Lo encontramos viniendo de la quebrada de jalar agua con un balde y le caímos... "¡Don Bacho, don bacho!" "¡Muchachos! métanse para acá ¡entren al rancho!" nos dice apenas oyó que lo llamábamos. "Cuidado los miran allá afuera, que ahí anda la Guardia". "¿No ha visto a los muchachos?", le pregunté. "¡Cómo no!, yo los tengo en un cerro", nos dice. Era una cumbre pelada que sólo las cabras podrían subir allí,

los garañones. Nos dio café negro y nosotros le preguntamos: "¿No ha venido la Guardia aquí al rancho?" "No", dice la viejita, "y si viene la Guardia aunque sea agua caliente le echo".

Aquel viejito, don Bacho, era una página de la historia. Me contaba Salinas Pinell que cuando llegó por primera vez donde don Bacho en nombre del Frente, el viejito se alegró de entrada: "ves" dijo, "ves, ¡yo sabía que iban a volver a pasar! y es que yo les tengo unas cosas enterradas a ustedes que dejaron en vez pasada", "¿y qué es?", le preguntó Augusto, "una cuestión de los machos que tengo allí, que ustedes dejaron la última vez que pasaron". Y buscó debajo de un tronco y desenterró un pequeño salveque militar, un salveque del tiempo de la ocupación yanqui que vos lo agarrabas con la mano y se te deshacía, y dentro del salveque un montón de tiros de Enfíeld. ¿Te das cuenta?... El viejito los tenía guardados. ¿Te das cuenta?... El viejito los tenía guardados y todos los días los sacaba a asolear, porque él sabía que algún día iban a pasar de nuevo los sandinistas.

"Si ustedes me ayudan yo los voy a llevar donde están los muchachos", dijo don Bacho. Y lo agarramos, casi no podía caminar de viejo y empezamos a subir con él, llevándolo casi chineado entre Mairena y yo. Encontramos sólo a una parte de los compañeros, que se estaban muriendo de hambre; en una de las caminatas, como era tanta gente y solamente Heriberto Rodríguez iba de jefe de la columna se fracturó en la marcha y como solamente había un chan, o ninguno, no estoy seguro, una parte se quedó rezagada y se dislocaron, porque si uno deja de ver al compañero que va adelante, si no conoce el terreno se pierde y se desgarita, y a partir de ese momento se busca cómo salir por sí solo. Nos mataron a tres o cuatro compañeros y los otros lograron alcanzar la carretera, nos cogieron a uno o dos, uno de ellos en Estelí, un muchacho extraordinario que había sido de los mejores en la escuela. Salinas, Mairena y yo nos responsabilizamos de buscar cómo sacarlos.

Ya en el cerro repartimos a los compañeros las cosas que llevamos de comida, las latas, más unos mangos que habíamos cortado donde don Bacho, don Bacho que tenía como ocho días de estar nada más comiendo mangos, no tenía comida. Allí estaban los compañeros ocupando cada uno sus posiciones, en los acantilados, quince o dieciocho compañeros, a lo sumo; a medida que ibas subiendo el cerro te encontrabas que estaban apostados con sus escopetas, con sus veintidós, con sus Enfields, con lo que sea, apostados en los acantilados, en los desfiladeros; para haberlos desalojado, la Guardia hubiera necesitado aviones, porque era muy difícil sacarlos. Estábamos dentro del cerco de la Guardia, nos estábamos moviendo dentro de ese cerco y la cosa era salir de ahí porque la Guardia empezaba a tirar patrullas de lado a

lado, buscando cómo chocar con nosotros, para luego apretar el cerco. Salinas me contó que ellos pudieron llegar al cerco, porque don Bacho los había chaneado durante un trecho donde la Guardia no estaba, pues había espacios entre patrulla y patrulla y como don Bacho, conocía bien, sabía cómo pasar cerca de una patrulla sin ser visto por la otra patrulla.

Entonces llegamos nosotros y veo aquellos rostros llenos de esperanza, impacientes, pensando que nosotros llevábamos toda la piedra de la salida. Comimos ahí un poquito y empezamos a cavilar; bueno, dijimos, aquí hay dos cosas: o tratamos de romper el cerco de la Guardia, o esperamos que la Guardia haga contacto con nosotros y morimos todos en este cerro. Esa era la disyuntiva que había pero si decidíamos salir, ¿adónde nos dirigíamos? Entre más salías hacia afuera el terreno era más pelado, eran potreros, zonas totalmente descubiertas, milpas, guatalitos pequeños, algún bosquecito de pino minúsculo y ralo, era difícil salir de allí. La decisión final fue salir por la carretera Panamericana, y de ahí cada quien busca ropa civil con los colaboradores de ahí, de la orilla de la carretera, y a montarse en un transporte colectivo e irse, no había más que hacer. La misión era salvar a la gente para que volviera a las ciudades, habían otros compañeros que estaban destinados a los frentes de montaña, otros iban a las estructuras de la ciudad; otros, incluso, volvían legales a sus casas a seguir trabajando: De forma que planeamos con don Bacho y con su hijo, porque don Bacho también tenía a sus hijos metidos como colaboradores, cómo salir de ahí de noche. Sin foco, te imaginás vos, en esos precipicios. De suerte que había una buena luna, que era a la vez una ventaja y una desventaja; una ventaja porque podías ver por dónde caminabas, y le ayudaba chanes, a don Bacho, a orientarse, y una desventaja porque la Guardia te podía ver. Empezamos a bajar, yo me puse en la vanguardia y Augusto me quitó, y me puso en el centro. Recuerdo que por la tarde, antes de partir, antes de la marcha, cambiamos los seudónimos; yo me llamaba Eugenio, y como ya ese nombre estaba quemado, me puse Juan José, ahí fue que me empecé a llamar Juan José porque el enemigo conocía algunos seudónimos, se trataba de negarle información operativa al enemigo. Pusimos las normas de la marcha y arrancamos, sin foco, cada uno con un cordón de nylon amarrado atrás, porque yo tenía temor de que en la marcha nos perdiéramos y asesinaran a los muchachos, como habían asesinado a los otros que se habían perdido. Entonces les amarramos un cordelito de nylon a cada uno, aquí en el portafaja, atrás, para que el de atrás agarrara el cordelito y no se perdiera, ya nosotros habíamos hecho prácticas de caminata nocturna durante la escuela; ellos conocían más o menos las normas de la mar-

cha nocturna, lo que hicimos fue hacerla más severa, porque era una marcha nocturna con posibilidades reales e inmediatas de un confrontamiento. Dispuse que yo cubriría la retirada a la hora de un combate, para que Augusto, que conocía el sector, se retirara con la gente; pero allí fue donde tuvimos la discusión sobre quién iba en la vanguardia y quién cubriría la retirada; Augusto insistió en que yo no iría en la vanguardia sino que él, que en todo caso él tenía que cubrir la retirada porque conocía el terreno, y como quedaba un chan que era Manuel Mairena, que yo me fuera con la tropa. En el fondo yo creo que lo que él quería es que a mí no me mataran y caer él, por el cariño que ya habíamos desarrollado en el transcurso de la escuela: Augusto era un tipo extraordinario; era maestro en Somoto, un maestro rural, que había estudiado en la escuela normal de Estelí, y esa práctica de maestro de escuela le imprimió determinada personalidad. Era un compañero apacible, calmo, muy fraterno, bien dulce, tenía don de mando, pero don de mando como de profesor con sus estudiantes; le enseñaba a leer a los campesinos usando la parte de atrás de las hojas de platanillo, eso se raya y quedan letras. Nunca perdió su vocación de maestro, y por eso yo siempre lo nombraba responsable de alfabetización de los campesinos donde íbamos llegando, porque yo sabía que él se realizaba como maestro. Ese era, Mauricio, incapaz de ofenderte, siempre desprendido de todo y siempre enseñando cualquier cosa, valiente, no fumaba, perro al dulce, a los caramelos, tenía inspiraciones literarias, porque hacía poemitas que me enseñaba, siempre estaba hablando de su chavala, porque tenía una niña; de su mujer hablaba poco, fundamentalmente hablaba de su niña, me acuerdo hasta del número de su pantalón que era treinta y dos.

Empezamos a bajar los acantilados en lo oscuro, sin mucha carga, pero muy débiles físicamente, porque ya teníamos como diez, quince días, de estar a punta de dulce, de algunas latas, de mangos no había agua en ese cerro, había que meterla de noche, entonces la ración era medio pocillito al día, una tajada de mango, una cosa así, esa era la ración diaria de comida. Entonces los compañeros estaban débiles, todos estábamos débiles, pero en mi caso más acostumbrado a eso que los otros compañeros, recién llegados de la ciudad al curso; y la gente se empezaba a caer, se iba de rodada en los acantilados, una bajada muy tensa porque en un desliz te matabas de ahí y si la Guardia estaba cerca de las orillas del cerro, podía oír, o porque vos podías provocar también un alud o derramamiento de piedras. La cosa es que logramos bajar del cerro y empezamos a caminar por una parte pelada. Parece mentira que caminamos tres horas agachados, la gente se creció ahí, no nos podemos quejar, los compañeros se crecieron, claro también

es que senos iba la vida. Augusto decía que el asunto era buscar cómo salir de ahí para tener mejores oportunidades de combatir en el futuro. Y así fuimos pasando y pasando, lugar tras lugar, caminando toda la noche; don Bacho se quedó hasta cierto punto, luego seguimos con Pastor, el hijo de él. Nunca había visto hombres con tanta hambre caminar tan rápido en la noche, y también tan crecidos como te decía. Recuerdo que cruzamos como dos veces una trocha interna que iba de Ocotal para el lado de Macuelizo, y la pasamos en formación de cuña que teníamos recién practicada, con las armas bien colocadas; bueno, había moral, una gran moral a pesar de lo difícil de la situación, nosotros ejercíamos permanentemente un trabajo político enturcado sobre la gente, y eso por supuesto ayuda mucho.

A las cinco de la mañana, cansados, llegamos al fin a un cerro que tenía el singular nombre de "La Señorita", un cerro pedregaloso pero tupido de monte, chiquito, un pequeño pico, que está a unos doscientos metros de la carretera Panamericana, cerca del pueblo de Totogalpa, ya al sur del Ocotal, buscando para el lado de Estelí.

Ahí se plantea una disyuntiva: lanzar o no a la gente a la carretera, de dos en dos, para que pidan raid, para que cojan un bus, que empiecen a caminar. Ya hemos pasado lo peor, estamos fuera del cerco, pensábamos, lo peor sería tirar a la carretera a estos muchachos, nosotros mismos, y que los maten. Con la experiencia que hemos acumulado de la vida legal, y ese riquísimo año en la Pablo Ubeda, en la montaña, en el caso particular mío, tirarlos así por la borda, era una decisión arriesgada, que a los muchachos que están recién entrenados los fueran a matar. Le dimos vueltas y al fin decidimos que aguantaran allí, mientras Manuel Mairena y yo nos metíamos de nuevo a Ocotal, a ver si podíamos conseguir un vehículo que se los llevara a Estelí y ya puestos en Estelí cada quien podía buscar transporte para Managua.

Los colaboradores de Totogalpa les estaban llevando a los muchachos alguna comidita, mangos, y chochadas así, una gallina para quince hombres, un gallina al día, diez tortillas para quince hombres en todo el día, porque tampoco podían estar llegando diario al cerro, por la represión en toda la zona.

Los dejamos allí en La Señorita y nos volvemos a meter a Ocotal en la madrugada. Yo me acordaba de un hombre al que yo le había hablado, que todavía no era compañero y me le voy a meter porque no teníamos otro lugar donde ir a meternos; era un carpintero que tenía una carpintería chiquita y Manuel Mairena y yo nos escondimos debajo de una mesa; él nos arrimó unas cajas a la orilla de la mesa para que no nos vieran, llegaban los clientes, nadie sabía que estábamos allí, no podíamos tirarnos un pedo, no podíamos hacer nada, ni fumar; y

yo encima con la duda de que el carpintero nos fuera a delatar, por el terror que había. Entonces mandé a hacer contacto, y el hombre, para que nos fuéramos de allí, se va a buscar el contacto, y encuentra a la profesora Antúnez, que se mueve y logra pegar, pero resulta que las estructuras están tan frágiles, que todas las casas han sido evacuadas porque les están cayendo a todos los colaboradores y sólo queda una casa nada más, que no había llegado a usarse hasta ese momento y que había conseguido la Mónica Baltodano, que para esos días estaba ya en la regional. El colaborador era un hombre muy nervioso, pero aún así no nos quedaba otro recurso que tomar la decisión heroica de irnos a meter todos a la única casa que había que era la suya. Y cuál es el susto del hombre cuando en la noche le caen Bayardo Arce, Manuel Morales, la Mónica Baltodano, Manuel Mairena y yo, el regional del norte en pleno y nos quiere correr, pero nosotros no íbamos a salir de ahí. No recuerdo ahora bien, pero me parece que se planteó que Bayardo se fuera a Estelí, yo no sé si a buscar vehículo o porque era necesario desalojar Ocotal, que se había convertido en una gigantesca ratonera. La cosa es que Bayardo sale con un hombre en una camioneta, que quién sabe cómo la consiguió, persuadió al dueño, quién sabe qué cosa, y sale Bayardo de la casa porque iba para Estelí. Ellos llevaban un plan que si los paraban en el retén que había en el puente el hombre les iba a echar encima la camioneta a los guardias y acto seguido dispararían para huir, pero el hombre quién sabe por qué cosa, porque se acobardó, yo no sé por qué, se bajó cuando les dieron el alto y les ordenaron apearse; entonces bajan a Bayardo y lo empiezan a registrar, y cuando le tocan la pistola Bayardo le agarra el Garand al guardia, quedándose el guardia con la pistola y Bayardo con el Garand, y el otro muchacho dispara al guardia y se brinca el puente y Bayardo empieza a correr para el lado de Ocotal, bajo una andanada de balas y en cuanto se puede salir de la carretera Bayardo se esconde. Los guardias empiezan a buscarlo y colocan todos los jeeps que tenían, no se cuántos, serían uno o dos, los que fueran, cercando el lugar donde se metió él y empiezan a cazarlo; pero fueron tan cobardes, ante la actitud de Bayardo que iban con cuidado y se decían unos a otros: "recuerden que tiene un Garand, tiene un Garand ese hijueputa", porque les daba miedo que al entrar al monte y estar Bayardo ahí, el primero que entrara se fuera... La cosa es que Bayardo se quedó allí, aguantó, y en la madrugada, oímos que tocan la puerta... pam, pam, pam, pam ¡la Guardia!, dijimos nosotros, porque ya habían pasado patrullas de la Guardia en *jeep* por la calle, y a pie por la acera, golpeando las puertas, jodiendo; entonces cuando tocan la puerta tres o cinco minutos después que había pasado la última patrulla nosotros nos pusimos en guardia, cada quien agarró

su posición; pero en eso entra Bayardo, y yo le veo la cara de espanto al pobre hombre dueño de la casa, agüevado, porque Bayardo do traía la cara así inflamada, mirá, golpeada, toda la cara, la boca, inflamados los labios, yo no se si fue de la caída que se dio en el pleito con el guardia.

## 18

Manuel Mairena y yo volvimos de nuevo al cerro de La Señorita con reales para darle a los compañeros que compraran comida, y ya pudimos, planear la salida. Por su cuenta de los que estaban en el cerro, habían logrado a través de un colaborador de Totogalpa que llevaran a Salinas Pinell a conseguir vehículo y lo logró, porque como él había, estudiado ahí tenía unos contactitos, conocía gente y se apareció entonces con una camioneta. Se hizo como tres viajes y otros se quedaron de civil en la carretera; recuerdo que nos cogieron a dos compañeros a la salida, dos de los mejores hombres, parece que los capturaron en un bus en Estelí, porque les vieron las botas militares, los bajaron y los asesinaron, uno de ellos, moreno, fuerte, estudiante de secundaria, que no recuerdo cómo se llamaba.

Augusto tenía que preparar condiciones para la gente en Estelí. Mairena y yo salimos del cerro para Estelí de último en la camioneta de un colaborador de Palacagüina. Nos dejaron en la casa de Gilberto Rivera, pero cuál es el gran susto nuestro cuando nos encontramos con un fiestón; yo iba como ganadero, llevaba botas de cuero y blue jeans, un saco y una pialera, son las cuerdas de cuero con que lazan el ganado; mi granada y mi pistola. Gilberto se llevó una gran sorpresa cuando nos vio porque ya todos los radios habían anunciado los combates de Ocotal que no fueron reales, pero como habían tirado helicópteros, aviones, esto y lo otro, y el gran despliegue de guardias y los piripiiii, los comunicados de la Guardia y los muertos reportados después de los combates que no eran otros que los compañeros que habían sido asesinados, entonces el hombre se sorprende, pero se porta güevón. "Aquí no pueden estar, pero vamos a ir a buscar a alguien, a un contacto, para que se los lleven", nos dijo, y nos mete al patio de la casa y nos aventamos por un cerco hacia un zanjoncito al final de patio, un zanjoncito que pasa a la orilla de la tapia del patio de la casa y que tenía un matorralito. Entonces Mairena y yo nos ponemos en la mitad del zanjoncito, porque había menos luz y porque estaba el matorral. La gente después de cada set se salía al patio y llegaba a la orilla en donde estábamos nosotros, y por supuesto que a las dos horas

de baile, los bolos empiezan a miarse y a vomitarse, y cuál es mi susto cuando un hijueputa está allá arriba del zanjón y lo veo con el pene de fuera que me va a orinar encima de la cabeza y no podemos hacer ruido ni Manuel ni yo, y nos han pegado como cuatro orinadas, no estoy mintiendo, ni te estoy exagerando, y nos han pegado como dos vomitadas; después de la primera orinada lo que hicimos fue ponermos el saco de bramante que llevábamos y así aguantamos las orinadas y las vomitadas siguientes. En Estelí el ambiente estaba sumamente tenso pero no se sentía la ocupación militar que había en Ocotal. De forma que en la madrugada llega el contacto, pero no hay vehículos para trasladarnos y nosotros nos hemos ido desde la entrada de Estelí hasta la iglesia del Calvario, a pie; fue Juan Alberto Blandón, un compañero que cayó en la insurrección en el 78 quien nos llegó a traer. Era la una de la mañana y se nos hacían largas las cuadras; recuerdo que en el trayecto oímos el ruido de un jeep que iba a atravesar la calle en sentido contrario al que llevábamos nosotros y nos escondimos; al asomarnos un poquito vimos que allí venía la Guardia, pero por suerte no nos vio ¡con la facha que teníamos nosotros! La Mónica siempre me decía que yo aparentaba lo que era, una cara de guerrillero, el pobrecito, que ni mandada a hacer.

Llegamos a la iglesia del Rosario. Todo Estelí estaba quieto, dormido, en silencio, y cuando yo entro a la iglesia el silencio se me multiplica por la quietud, por lo sacrosanto del templo, por lo que vos querrás, por las imágenes inmóviles, por lo cerrado, por las cortinas que no se movían, por lo blanco de las paredes, por las bancas, porque tenía más de un año de no entrar a una iglesia, porque era como hueco, porque las cúpulas no hablaban, porque los cristales de las ventanas no se movían y estaban fríos, y de repente entro allí, y como que allí también se había parado el tiempo, porque era una calma ajena a la tensión de Estelí y una calma que nada tenía que ver ni con El Copetudo, ni con la caminata, ni con la La Señorita, ni con nada, como que no había tiempo allí, como que todo era desnudo, sin oído, te podías escuchar la respiración, oír tu propia presencia. Y nos recibe un cura joven, se llamaba si no me equivoco Julio López, era un muy querido en Estelí, muy revolucionario; nos metió en la casa cural, y allí estaban ya Mauricio y Heriberto Rodríguez, sólo faltaban Bayardo, Pelota y la Mónica, que estaban en otra casa de Estelí. Nos sentíamos tan excitados que no nos podíamos dormir, recuerdo que nos bañamos y me regaló un poquito de vino el padre; yo me sentí como salvaje, porque el cuarto de él era un cuarto bien limpiecito, con una cama de dos colchones, bien lindas sus cómodas, sus libros, el misal, una alfombrita, sus closets con sus sotanas, todas limpias, el baño bien lindo,

aseado, y nosotros allí dentro del cuarto sintiéndonos como animales raros. Entonces él nos dice: "báñense, coman, aquí hay vino" y empezamos a platicar con Mauricio y Heriberto del recuento de todo lo que había pasado, si fue denuncia, si no fue denuncia si es que tenían información, si no tenían información, si nos infiltraron, cómo cayó el regional, cómo masacraron a la gente, lamentando la pérdida de los compañeros...

El cuarto del padre era una prolongación de la calma de la iglesia, en lo limpio, en lo frío, se sentían esas corrientes de aire de las películas, y era parte de la iglesia porque había incluso un Cristo, el Cristo clásico con la corona de espinas, con la carita de lado, que tiene unas gotas de sangre rojas sobre la frente, que se van así para abajo, esa imagen que siempre te da una sensación como de paz. Las iglesias, con todos los santos, tienen una atmósfera de paz y el cuarto del padre también tenía una atmósfera de paz, una especie de paz de siglos, como que las iglesias concentraran ese vacío de sonido, la extinción de millones de voces, de millones de hombres durmiendo, descansando, muertos, quietos, es la paz de los espíritus extinguidos, de la pasión dormida. Y allí en el cuarto del padre yo percibía ese vacío de sonido, de voces, aquello resultaba un gran contraste con la situación de donde yo venía, con todo lo que había ocurrido, con la cacería que armó la Guardia contra Manuel Mairena y conmigo, con el tropel de noche, con la huida de los muchachos de la escuela, con la ocupación militar de Ocotal, no sé si fue que al entrar a la iglesia y al cuarto del padre, la iglesia chiquita de allí del Calvario de Estelí había acallado los pequeños siglos que habíamos vivido en El Copetudo, en La Señorita, en Ocotal, o si el cuarto del padre había concentrado la paz de la protección clandestina... Como que no querés hablar alto, como que no querés violar el silencio que hay allí, el silencio de los siglos, de lo que pasó antes de vos, como que no querés herir el vacío con la presencia del absurdo de tu soledad terca, consciente y necesaria, y todo esto te sacude, independientemente de que vos creás o no creás en Dios, es una cuestión tan resguardadita, tan íntima, como las chinelas del padre a la orilla de la alfombra, eran unas chinelas peluditas, que no hablaban, nada más figuraban como testigos mudos del peso de un hombre que vive en ese mundo.

En esa casa hicimos contacto con Bayardo, llegó a vernos con Pelota. Se decidió que no podíamos estar todos en esa casa, y además que el trabajo había que continuarlo, no había que perder un momento. Pelota y Bayardo, en coordinación con Pedro Aráuz, que era miembro de la dirección, decidieron que yo me iría al campo a abrir trabajo para desarrollar la guerra, simple y llanamente; empezar sin ningún punto

de partida, sin saber en que parte del campo, si no hay nada... Entonces resulta que un muchacho, profesor de un instituto de Condega, de apellido Aguilera, originario de Somoto, había salido comprometido en algo, decidieron pasarlo a la clandestinidad; le habían conseguido una casita de un hombre de apellido Zavala que era medio cristiano, como que le habían dicho al hombre que si podía esconder a un muchacho perseguido por la Guardia, por unos dos días, algo así, y entonces el hombre aceptó simplemente por un sentimiento de caridad, el hombre vivía a la orilla de la carretera que va de Condega a Yalí, en un pequeño caserío que se llama San Diego, a la orilla de la hacienda de ganado de René Molina, un esbirro de la dictadura. Entonces me llevan donde el hombre, solo; Salinas Pinell se queda en Estelí y Manuel se queda también en Estelí, me mandan solo donde estaba Aguilera, en San Diego. Entonces el dueño de la casa se asusta cuando mira a otro, mientras, por el contrario, Aguilera se alegra. Aguilera tenía una pistola con su magazín y otro de repuesto que creo era un 38; yo andaba siempre con una 45 que me acompañó por varios años, con un magazín de repuesto. Al día siguiente, el dueño de la casa nos pregunta que cuándo nos íbamos a ir; nosotros no estábamos propiamente en su casa, sino como a 30 varas de la casa, escondidos en otra casita desocupada. Al día siguiente lo miré, y me preguntó que cuándo nos íbamos a ir; yo le contesté que nosotros no habíamos llegado allí para irnos, sino para quedarnos a trabajar con él por la lucha revolucionaria, para hacer la guerra y para derrocar a la dictadura de Somoza. Entonces, el hombre se me quedó con los ojos cuadrados: "no... no... no..." me dice "a mí me dijeron que estaban siguiendo a un muchacho y yo porque soy cristiano los tengo aquí, pero lo que usted me está proponiendo es ya un compromiso y yo tengo esposa, yo tengo mis hijos y mi trabajo y yo no me puedo andar metiendo en esas cosas, porque esas cosas nada dejan... y yo le aconsejo a usted que no se meta porque los van a fregar, mire usted lo que ha pasado allá en Ocotal, al lado de Macuelizo". No tenía ni la más remota idea que nosotros veníamos de ese lado. Pero para aquel hombre, el solo hecho de haber aceptado al compañero Aguilera fue un gran paso, porque había terror en todos los alrededores.

Bayardo nos mandó un correo, una pariente de aquel señor que trabaja con el FER en Condega, yo le contesté a Bayardo a través de ese mismo correo diciéndole que la casa no era una casa de seguridad, que el dueño no iba más allá de sus sentimientos cristianos y nos estaba presionando para desalojar; entonces, a vuelta de correo, viene Bayardo y me dice: "mira, no me andés planteando problemas, mandame a plantear soluciones de problemas; pero de todos modos lo que ustedes

tienen que hacer es crecer a partir de allí, y abrí una ruta para pegar con Henry Ruiz en la montaña, porque ahí donde están ustedes a la vez va a pegar con otra que vienen sacando unos compañeros de otro lado", ¡una ruta de mas de 300 kilómetros hasta donde estaba Modesto! Este jodido está loco dije yo, no sabe lo que me está diciendo... Pero aunque lo que Bayardo me mandaba a decir pareciera absurdo, yo estaba sumamente claro y convencido de que había que hacer la guerra, y que era por eso que estaba clandestino, y que era necesario inventar hasta lo imposible para botar a la dictadura de Somoza y liberar a Nicaragua. Entonces empiezo a trabajar al hombre, le digo que yo quiero hablar con él, que sólo vamos a estudiar, que cuando terminemos de estudiar un folletito nos vamos a ir. "No, compa", me dice, "si yo más o menos sé lo que dice el folletito, no se preocupe, yo estoy con usted, yo entiendo, yo estoy de acuerdo con todo, ustedes buscan la justicia", dice, "pero por favor váyanse porque, esto es un compromiso serio, tanta gente que han fregado"; y luego dice: "mi mujer esta enferma, la pobre ya va a caer enferma"; caer enferma, era tener un niño. Pero no nos íbamos. "Entonces, compa", le digo yo, "vamos a hacer una cosa: si usted quiere que nos vayamos consíganos una casa" "¿Cómo?", me dice, "que nos consiga una casa" le digo, "porque nosotros, ¿adónde nos vamos a ir? ¿quién nos va a dar de comer?" "Es que aquí todos son somocistas, me dice, aquí la gente mucho bebe, sólo es guaro y son *orejas;* entonces, para que lo van a fregar a usted y me van a fregar a mí, mejor váyanse", "no, compa", le insisto yo, "hable, vamos a ver quiénes son los fulanos"; y empiezo a sacarle los nombres de la gente que vivía por allí... "¿y este hombre qué tal es?" "Es bueno pero bebe guaro", "bueno, tampoco es pecado echarse sus traguitos", le digo yo, "no porque el hombre beba guaro va a ser malo, háblele a ése, pues". "Bueno, pues, vamos a tantear pues".

Un día llega y me dice: "Vengo a notificarle que se me vayan hoy en la tarde". "¿Cómo?", le digo yo, sorprendido y con cara de bravo, con sentido de autoridad, como buscando que él aceptara mi autoridad, "¿y no lo mandé a que fuera hablar con el fulano? ¿y ahora usted me viene a decir, que nos vayamos hoy en la tarde? No, no, a mí no me ande con esas cosas, vaya a hablar con él, nosotros no nos podemos ir al abra, porque si nos cogen enfrente de su casa, van a decir que nosotros estábamos aquí y lo van a matar a usted y además ¿cómo es que usted es cristiano y quiere que nos vayamos?" Jueputa, le cargué las baterías y así logré aplacarlo.

Pero era angustiante, porque no crecíamos, no íbamos para ningún lado, refugiados en esa única casa allí; de forma que en todo ese tiempo, como Aguilera, mi compañero, no estaba entrenado, en ese

cuartito yo lo empecé a entrenar. Empezamos el arme y desarme de las 45; con una tranca a manera de fusil le enseñé la posición de rodilla en tierra, el tendido con desplazamientos a rastras por los flancos, la vanguardia y la retaguardia; todo el día pasaba entrenando al pobre Aguilera en un piso de tierra, era un puro polvasal, hasta que quedaba chele de polvo. Y allá vuelve el dueño de la casa: "Figúrese que no pude hablar con el hombre, porque ese hombre es *oreja;* y ahora sí vengo a que se vayan, porque ya han abusado demasiado de mi confianza". Y se me pone arrecho el hombre. Entonces me le arrecho yo más: "Ahí están los dos sacos de nosotros; si usted es cristiano, el muy jodido, agarre los sacos y póngalos en la carretera, que cuando usted los ponga en la carretera, usted nos entrega a la muerte como cristiano. Entonces nosotros nos vamos a la carretera a que nos maten". "No", me dice, "yo no soy el responsable de la muerte de ustedes". "Cómo no, porque usted va a agarrar los sacos y los va poner allá... O no los agarra, y nos quedamos aquí". "Ay, es que es la mujer la que me manda, es que está nerviosa la mujer, si no soy yo, si fuera por mí, mire, si yo no tuviera mujer e hijos..." Bueno, así estuvimos; pero por desgracia un día de tantos, Aguilera se puso a travesear el arma y se le va un tiro... bamg... el turcazo de la cuarenta y cinco y en esos ranchitos, todo mundo sabe quién tiene pistola y quién no tiene pistola, sobre todo de ese calibre. Entonces comprendimos que había que desalojar y decidimos irnos a pie a Condega, para alegría del hombre, a caer donde unos Espinoza. Ya te estoy hablando de agosto de 1975. Allí contactamos de nuevo a Bayardo. "Mirá hermano", me dijo, "estamos jodidos, pero es que ustedes no pueden quedarse aquí porque no hay casas de seguridad, y tenemos que continuar el trabajo". "No", le digo yo, "si no vengo a proponer quedarme en Estelí o en Condega; yo soy un hombre de monte y ya no me acostumbro a andar en la ciudad clandestino" "Mirá", me dice, "tenemos a Toño, Antonio Centeno, un hombre que fue mandador de una hacienda que está entre Condega y Yalí, que se llama San Gerónimo. Esa hacienda es del papá de la Luisa Molina y el mandador ése es muy querido por los mozos. Entonces van a ir a hacer un recorrido con él para que él les enseñe las casas de esos mozos a ver si se pueden quedar allí". Era un absurdo el planteamiento, pero había que hacerlo, era cuestión de audacia. Pusimos manos a la obra al día siguiente. Llegamos a Yalí, entramos por el lado de Los Terreros, en unos valles que hay por allí. Dejamos los vehículos en un lugar y luego seguimos a pie. Empezamos a subir con el disfraz de que éramos medicineros, que andábamos vendiendo medicinas; cada uno llevaba su saco con la cobija, su hamaca y además un turcazo de pastillas, cada quien con su sombrerito. Llevábamos también una pialera, como que

de paso andábamos comprando ganado, o chanchos, cualquier cosa. Después de caminar como seis horas, llegamos al rancho de uno de los mozos conocido de Toño el mandador; él llevaba el manto de andar visitando a sus viejos conocidos. Aguilera y yo nos quedábamos en el monte como a cuatrocientas varas del rancho.

Y llegaba: "¿qué tal?, ¿cómo están...?" "¡Qué milagro, Toñito, qué milagro que usted anda por aquí...!" "Sí, es que los ando viendo, saludándolos, porque no hay que olvidarse de las amistades"; "¡ah, Toñito! pase adelante..." Había una sequía de la gran puta ese año; no quedaba comida, ni maíz, y la gente ya se había comido todas las gallinas; no había frijoles, sólo tortillas de trigo millón, horribles, feas, yo nunca las había comido. "Don Toñito, esta sequía cómo nos ha golpeado, no hay frijoles, no hay arroz, no hay nada, las gallinitas que teníamos ya las comimos; ¡ay, qué lástima! pero vamos a buscar un milloncito para hacerle tortillas". Entonces allá al rato de hablar les dice Toño: "Miren, tengo unos amigos que yo quiero que ustedes conozcan", "¿Ah sí?, ideay, ¿y ellos dónde están? ¿en el pueblo?" "No, no, andan conmigo, se quedaron por ahí", "¿y quiénes son?" "Son unos muchachos buena gente, quiero que los conozcan, quiero que me acompañe, usted siempre ha confiado en mí, ¿verdad?"

Don Pedro Ochoa se llamaba el hombre que andábamos viendo. "Usted siempre ha creído en mí, don Pedro". "¡Cómo no, sí, ideay...!" "Acompáñeme pues". Y allí la amistad pesa mucho, la palabra. Pedro Ochoa sabía que se trataba de algo anormal, intuía una cosa rara, pero como eran amigos y Toño le había hecho favores cuando era mandador, entonces eso ayudaba a que le tuvieran confianza. Lo llevaba donde estábamos nosotros. Claro pero el hombre pegó el brinco cuando nos vio con la estampa de hombres de ciudad metidos en el monte, armados con pistolas, con un par de sacos hasta el tronco de cosas, en el suelo alguna lata abierta de sardina que llevábamos. "Estos son los amigos..." "Mucho gusto", nos saludó él. "Pues mire compañero", le dije yo, "nosotros somos del FSLN..." Hermanito, aquella pobre gente se escapaba de morir en cuanto les decías, porque estaban fresquecitas las grandes matanzas de la Guardia en la montaña, la represión de Macuelizo y los combates; entonces, la presencia nuestra allí era sinónimo de desastre para ellos, porque al comienzo en algunas zonas significábamos compromiso, desgracia y muerte. "Pues nosotros andamos conociendo gente", le digo, "porque si algún día pasamos por aquí y necesitamos una tortilla, ya sabemos que lo conocemos a usted y pasamos así, escondiditos, como estamos aquí, y usted nos da tortillita, nosotros la comemos, y nos aliñamos, y seguimos caminando, en esa forma tenemos colaboradores por todos lados, pero andamos

conociendo, pues, esta zona, porque uno debe conocer cruzadas, ¿me entiende? ante cualquier cosa, la Guardia, y así yo ya sé que estas cruzadas existen, y que usted vive por aquí". Yo no le podía decir que no teníamos donde meternos, sin techo y fantaseando, imaginate. Y así fuimos, de uno en uno, de rancho en rancho, por aquellos valles y los campesinos con aquel terror cuando les hablábamos, y con aquella humildad que nos recibían y con aquella pobreza, todos casi desnuditos, flacos, flacos del hambre, con una tristeza horrible. Así seguimos todo un recorrido desde Los Terreros hasta la hacienda San Gerónimo. En una de tantas, me presenta Toño a un campesino que se llama Moisés Córdoba, un hombre de unos treinta años. "Ah, ustedes son sandinistas", nos dice susurrando como con miedo, pero también como sabido, "cuidado los ven que nos van a matar a todos; mi papá fue sandinista". A mí se me iluminó el bombillo, "¿y tu papá está vivo?", le digo yo, "sí", me dice, "está vivo, allí vive en la casa con mi mamá, porque yo vivo aparte en una ranchita que paré con la mujercita, con los chavalos, ahí", "¿y no podemos hablar con tu papá?", le pregunté nuevamente, "a saber si él querrá, preguntándole tal vez, el día que ustedes pasen de vuelta platican con él". Y así seguimos caminando, durmiendo donde nos cogía la noche, en todos esos valles. Luego seguimos para Buena Vista, por todo el sector de Canta Gallo. En Buena Vista hablamos con otro compañero que era del Partido Conservador, también fue mozo de la hacienda, que se llamaba Gilberto Zavala, pariente de aquel Zavala miedoso y pariente de otro Zavala que vivía enfrente de Gilberto y que tenían querellas por tierras, no se querían. Don Gilberto me decía "¡Ay!, aquí no se pueden estar". "No, nosotros no nos venimos a quedar", le digo yo, "nosotros es que vamos pasando"; y le eché el mismo cuento. "Porque yo", me dice, "tengo malquerencia con esa gente, que vive enfrente, son unos..." "¡Ah!", le digo yo, "entonces ¿usted también tiene malquerencia con los Zavala de allí de San Diego?" "Es que son los mismos", me dice, "la familia no me quiere a mí porque nosotros somos un poquito más acomodados que ellos, porque hemos sido luchadores, por eso nos tienen envidia"; habló de una señora fulana que le había dejado unas tierras y que los Zavala le querían quitar las tierras. "Ah, cómo no", le digo yo, "si ellos me hablaron de ustedes". "¿Y qué le dijeron...?, ¿le hablaron mal de mí?" "No, pues, pero yo creo que yo podría resolver ese problema, porque ellos tienen mucha confianza conmigo", le digo "y a lo mejor hablando se resuelve, porque no hay que llegar a cosas mayores, ustedes tienen sus hijos, no se van a matar, ni nada de eso, porque queda en desgracia después la familia, yo lo conozco a él, y yo sé que usted también es un buen hombre; vamos a ver con calma las cosas un día

que yo pase, y voy a ver cómo arreglamos eso". Entonces al hombre como que le daba ganas, le entusiasmaba la idea, pero a vez le daba terror, la presencia nuestra ahí.

Ya por último nos fuimos a buscar cómo comprar comida y sin saber nos metimos en la casa de un juez de mesta. Se llamaba Presentación Laguna, creo que lo ajusticiamos después. El hombre nos quedaba viendo raro y hasta cuando estábamos allí, me cuenta el compañero que ése era el juez de mesta, se lo acababan de decir. Nos vendió frijoles con cuajada y tortillas y cuando ya habíamos comido le digo: "Bueno amigo, ya comimos, ya le compramos, pero ahora cómprenos usted a nosotros". Era puro mate para que viera que éramos vendedores. Abro mi saco y empiezo a sacar mis sardinas, mis jugos, mis *alkaseltzers,* mejorales, mis aspirinas, mis lechemagnesias... saco un par de pilas nuevas, andaba una cobija, la cobija era nueva, como que todo eso era para vender y eran mis cosas personales. "¿Y esos verracos los vende?", le pregunto; y por ahí me le voy, como verdadero comerciante; ¿y cuánto tiene de ganado?, ¿lo vende en pie o en canal caliente? " Ya habíamos practicado todas esas cosas, todo ese lenguaje y entonces el hombre se me empatina, me cree el hijueputa que soy comerciante y también la mujer se arrima: "¿y no anda vestiditos de niños?", me pregunta.

Después nos regresamos a pie y volvimos de noche a la casa del Zavala de San Diego, y le caemos otra vez y le tocamos el punto al miedoso, al cristiano ése que te dije. Teníamos ocho días de haber pasado por donde él: "Abranos, sólo vamos de paso", le decimos, "andamos con hambre, no tenga miedo". Nos abrió al fin y estando ahí mandamos a traer a la chavala correo y mandamos una correspondencia para Bayardo, informándole que la gira había sido un éxito, que habían probabilidades de abrir el trabajo; y nos responde que la rempujemos. Mi plan era estar pasando y pasando hasta que los fuéramos consolidando uno a uno; y yo con la idea que no se me apartaba de la mente del viejito sandinista, y con la idea de ese hombre que tenía el problema de las tierras, y que a través de ese litigio yo lo podía agarrar. Bayardo nos mandó reales, y comenzamos de nuevo la gira, pero esta vez entramos por el sentido contrario. La primera casa era de un hombre que se llamaba Juan Canales, mandador de otra hacienda, "Darailí". Cuatro años después nos estábamos juntando como mil hombres en esa hacienda. Llegamos, pues, donde ese primer colaborador, y le golpeamos, ya de noche, "¿quién es?", se oyó. "Es Juan José", le digo yo, "el vendedor de pastillas"; porque yo aparecía como vendedor de medicinas. Entonces el hombre abre, y cuál es mi susto cuando veo un turcazal de gente en su casa, acostada en el suelo, sentados, de pie, el día antes se había muerto la esposa, la había atropellado un carro en

el pueblo y había pasado la vela, el entierro, y todo el mundo estaba en la casa. Andábamos cansados de caminar, y ya nos íbamos, pero él se porta güevón y dice: "pero bueno, ¿y ustedes cuándo se van?", "mañana", le digo yo, "necesitamos unas tortillas para seguir". Entonces nos mete en una casita vacía que era como trojita para secar maíz, nos lleva comida y al día siguiente ya estábamos listos, allí seguía el montón de gente. "Hombré, ¿y usted no tiene amigos que nos pueda presentar para que nos ayuden?", le pregunto. "Qué va, amigo", me dice, "aquí la gente es bien cavilosa, es zafada de la lengua, no se puede". "Cómo no, hombre", le digo yo, y le insisto, hasta que me suelta prenda: "voy a tantear, pues, un hombre que es mozo de la hacienda donde yo trabajo", me dice. Y habla con él, y el hombre acepta que nos pasemos, pero no a su casa porque era chiquita y estaba a la orilla de una trochita interna, camino a la hacienda Darailí, sino, a una milpa. Y aún así costó convencerlo: "nosotros nos metemos dentro de la milpa, nosotros vamos a estar quietecitos, nosotros no vamos a hacer ruido, compa". "¿Y si viene gente a la milpa y los encuentra?", nos dice. "No, hombre ¿que no es ésa tu milpa? ¿quién va a venir?" Y pasamos allí como tres días; nos llevaba comida y era un éxito que no nos denunciaran, mientras no nos denunciaran había posibilidad de trabajo político y mientras él nos llegara a dejar comida, había posibilidad de hablar media hora con él, y hacerle conciencia. Tenía a los hijos enfermos, y como andábamos el cachimbo de medicinas y reales, le dábamos dinero para las medicinas de los niños y para hacernos compritas. Entonces era una mezcla de toda mierda, le ayudábamos a resolver el problema con sus hijos, le hacíamos conciencia, estaba en la miseria y le dábamos cien pesos para que fuera a comprar cuajada, y esa era la forma de hacer el trabajo político sobre el hombre. La cosa es que después quedamos con él en que nos iba a trampolinear más adelante, a los valles de Buena Vista, El Robledal, a La Montañita, Los Planes, nosotros ya habíamos hablado en La Montañita con Juan Flores, con Laureano Flores, con Concho, que era un coto hijo de él, a quien yo le puse "El espadachín manco".

Un día, el hombre dueño de la milpa no se aparece, nos falla cuando se había comprometido a hacer con nosotros la cruzada por los montes, nos deja abandonados, y ya no nos lleva comida. Yo pensé, este cabrón se rajó, o nos va a denunciar, o no viene para que nosotros nos vayamos. Entonces Andrés, que era aventado y andaba contento conmigo porque se sentía muy seguro por sentir que yo era un hombre de la montaña y andaba con rabia de trabajar, con rabia de hacer la guerra y ser guerrillero, de botar a Somoza, a la Guardia, de luchar por la justicia, me dice una mañana que estaba neblinosa, casi no se

miraba alrededor por la neblina: "vámonos, Juan José, tirémonos por cruzada y tenemos que dar con esos ranchos"... "hombré, vámonos", le digo yo, y empezamos a caminar por la mañana. Andábamos brújula... esto queda, decíamos nosotros, cargadito al norte, cojamos por aquí, ¡y qué, hijueputa! ¡No jodás! A medio día andábamos perdidos; mirábamos y encontrábamos una carretera, pero esa carretera, ¿cuál será? Eran trochas internas... ésta otra ¿cuál es? y las mirábamos, y nos encajábamos arriba de los cerros para orientarnos ¿dónde estábamos? Bueno, amanecimos allí, y nos quedamos durmiendo, había una quebrada y nos quedamos comiendo pinol, allí fue la primera vez que Andrés durmió en hamaca y todo eso, andábamos perdidos pero no nos importaba, nos sentíamos frente a la historia, de pecho, a conquistar el futuro, el porvenir, con una moral extraordinaria, y claro, yo tenía un año de montaña y qué me iba a agüevar aquello a mí, después de todo lo que había vivido arriba yo, para mí esa vegetación rala y pelada era como un juego; además, que habían casas donde podíamos comprar comida, y si yo me alcanzaba a comer una sardina al día, eso era un *buffet* diario, pues. Y amaneció el día siguiente y empezamos a caminar de nuevo, y no dábamos, buscábamos el cerro de Canta Gallo y no dábamos con el cerro hijuelagranputa, primero encontramos El Fraile, que es un cerro que queda atrás de Canta Gallo, y luego buscando Canta Gallo nos perdimos, salimos de los ocotalillales, que son pinares de Darailí y El Fraile, y entramos a una zona de montaña, a otro tipo de vegetación, de fincas cafetaleras. Habíamos pasado cerca de San Gerónimo, pero como no nos orientábamos ni cuenta nos dimos y al día siguiente amanecimos todos remojados; y me dice Andrés: "Hermano, allá va un camino, allá está una casa, caigamos a esa casa como que andamos vendiendo mierdas, y preguntamos cuál es el abra que va para El Robledal, cómo se va para La Montañita así averiguamos". Caemos en la casa y encontramos a una mujer sola; había llovido esa noche. Nosotros salimos super empapados del monte, como a las seis y media de la mañana, y de repente sin saber cómo la mujer nos vio dentro de la casa, no supo de qué lado le caímos, le nacimos de frente, como dicen los campesinos... "Buenas... ¿cómo está señora, qué tal?..." "Aquí", dice, "¿y esos niños son suyos?", y no sé qué cosa más. "Es que mire, andamos vendiendo medicinas, traemos alkaseltzers, mejorales, ¿no nos va a comprar? traemos también pilas"..., tirando el precio por debajo para que nos comprara. "Es que estamos en la ruina", nos dice, "es que hubo sequía, y no hay reales" "mire, alíñenos una comidita", le dijimos después de un rato, "es que no tengo nada". "No, lo que tenga, esos frijolitos que están allí, un cafecito negro" y aceptó, y luego de comer le decimos: "fíjese que nosotros tenemos que ir del lado de

El Robledal, de La Montañita, de Buena Vista... ¿ésta es el abra que pasa por allí?", "no, este camino agarra para allá, ése cae al abra, recto, éste es un gancho de camino"... y nos empieza a dar todas las direcciones clásicas del monte... Y ya orientados nos vamos por joder, sobre el abra, a pleno día. Había sido imposible llegar por monte con la brújula, no la sabíamos usar. La brújula era buena, los que éramos un culo para orientarnos éramos nosotros; así que la forma de orientarse fue la plática; pasábamos por las casas, oye amigoó... ¿ese chancho lo vende, amigó? platicándola, platicándola... cuando proponía comprar, me les tiraba con un precio super por debajo del real para que no me lo vendieran, calculando incluso su pobreza porque yo sabía que me lo podían dar más barato por pobreza, pero yo me ponía super por debajo para que no me dijeran que sí, y no comprar ni mierda... y así íbamos, con Andrés. Hasta que llegamos a Buena Vista, y nos metimos de noche donde Gilberto Zavala y el hombre al fin nos empieza a socar, independientemente de su litis con la tierra. Gilberto era del Partido Conservador, pero como el tal Partido Conservador no reflejaba sus intereses, igual que él muchos otros campesinos conservadores se hicieron sandinistas. Y estuvimos como cuatro días donde él, trabajando con él. La señora vivía con el Cristo en la boca del susto. "Usted viera cómo se pone, no duerme", me decía Gilberto, "todo latido de perro en la noche se escapa de morir de miedo". Nosotros acampábamos en un cafetalito que tenía Gilberto como a doscientos metros de la casa, "ella es bien buena", me seguía diciendo en relación a su esposa, "fíjese que me comenta sobre usted, que pobrecito ese muchacho que tan jovencito y cómo anda en esos montes sin comer". Entonces yo vi que ella tenía cierta caridad cristiana, que era una mujer muy noble; pero claro, con un gran terror, además era una anciana, igual que Gilberto. Y le digo: "a mí me gustaría hablar con ella, con su señora". "¡Ay no, se me muere, se me muere!", me dice. "No, dígale que quiero hablar con ella". Lo convenzo y ella con más miedo que otra cosa acepta hablar conmigo; entonces en la noche llego a la casa y empezamos a hablar cosas, generalidades... "Qué linda su virgen", "sí", me dice, y como tenía otra virgen que estaba allí que era la de Fátima, creo, "la virgen más milagrosa es la de Fátima porque esa sí que no falla ¿verdad?", le digo yo y entonces, allá, ella me dice, "y usted ¿tiene mamá?", "sí", le digo, "mi mamá está donde yo vivo"; "¿y ella en qué trabaja?", "yo no sé, porque antes yo la mantenía", "¿y usted tiene hijos?" "sí, tengo una niña", "¿y su esposa?", "allá está, la pobrecita..." "Pobrecito", dice, "¿así es que usted no mira a su mamá, ni a su esposa, ni a su niña?", "no", digo yo... "porque nosotros los sandinistas abandonamos todo porque queremos que se libere el pueblo". "Ahhhhhhh", dice ella, "es

que la Guardia es mala, ¿verdad?" "Mire", le digo yo, "ésta es mi niña" Cuando estaba en Ocotal me habían dado una foto a colores de mi niña tiernita, bien linda la niña. "¡Ah!, qué linda la criatura, si supiera que el padre… ¿verdad? ¡qué horror!, ¿verdad...? va a crecer sin padre si a usted lo matan", me dice. "¡Ay, ni quiera Dios, que Dios no lo permita que esta niña tan linda vaya a quedar mota!", dice. "Y ésta es mi mamá, mire" le saco yo otra foto. "Ve la señora, se mira bonita… ¡ay qué barbaridad, ay Dios, cuídese por favor, cuidado le va a pasar algo...!" "Con la ayuda Dios y con la ayuda de todos ustedes, pues, siempre que pasemos que nos den una tortillita, que nos hagan un preparito, un aliñito allí, pues, nosotros vivimos cuidando; no ve que nosotros no venimos, de día, sólo de noche y les hablamos bajito, y entramos sin foco, y pasamos despacito para que los perros de los vecinos no nos latan, ni nada, pasamos bordeando por los patios de la casas, ya ve".

La viejita con el tiempo nos llegó a adorar, tanto a Andrés como a mí; y entonces, ya en confianza le dijimos a Gilberto que nos mandara a buscar a Moisés Córdoba a Los Planes y que nos fuera a buscar a Juan Flores, a La Montañita. Me llevan a los dos y tengo una reunión con ellos por separado "Ideay...", dice Juan Flores, "pasaron de nuevo". "Sí, pasamos", le digo, "es que andamos conociendo bien y queremos hablar con ustedes, aquí ya tenemos como ocho días de estar donde el compañero, hemos platicado bastante". "¡Ah, bueno!", dice, "y por allá ¿cuándo van a llegar?". Yo les conté que teníamos ocho días de estar donde Gilberto. Pero yo seguía con el tema del viejito sandinista de Los Planes, pero el viejito seguía enfermo y opté por irme a La Montañita donde Juan Flores. Antes de irme logro que Gilberto decidiera llevarme correspondencia a Condega donde Bayardo. Y entonces ese fue el primer correo que tuvo la génesis de lo que luego fue la unidad de combate "Bonifacio Montoya". "Hermano", le decía yo a Bayardo, "vamos rompiendo esta mierda, esta mierda va para adelante, y aquí esta cuestión es de PATRIA LIBRE O MORIR". Y me voy donde Juan Flores, me estoy unos días ahí, se nos complica la situación porque parece que el tal juez de mesta, Presentación Laguna, sospechó algo, la Guardia había andado por ahí, rastreando, llegaron unos guardias a San Gerónimo, una cosa así, tomaron por Darailí y los alrededores. Estando donde Juan Flores, hablo con él, con Laureano, con Concho, conozco a otra gente, al heroico Mercedes Galeano, que luego cayó en combate, que llegó a ser el responsable de todos los valles... Cuando terminé de hacer esos primeros contactos regresé a la casa de Gilberto, a la trojita. Recuerdo que volví como a las nueve de la noche y él todavía no había llegado del pueblo con la respuesta del correo de Bayardo.

Yo venía un poco preocupado por el trabajo, empezaba a dar visos de nacer pero con timidez y la Guardia ya hacía presencia allí; entonces llegué a la trejita, me arrecosté y empecé a pensar en la montaña, cómo estaría Modesto, cómo estarían los regionales del Frente en occidente... en el interior del país... y empecé a pensar en todo lo que había ocurrido en el norte, en Ocotal, en Macuelizo, lo que había ocurrido en El Sauce, porque paralelamente al quiebre de la escuela en Macuelizo, se había dado el quiebre de la escuela de El Sauce; empecé a pensar en Bayardo, en la Mónica, en todos los compañeros de León y, claro, al pensar en León pensé en Claudia...

## 19

Cuando yo me fui a la montaña estaba enamorado de la Claudia. El amor de ella era para mí algo sublime, algo que no estaba sujeto a medidas ni magnitudes, como decía el Che; yo había puesto esa relación lo más puro de constructor y de artista que el hombre puede tener. Había construido a partir de la relación con ella una gran ciudad, una ciudad muy bella, digamos que esa relación entre la Claudia y yo era el principio y el fin, el Alfa y Omega de cuanto sobre el amor el hombre hubiese alguna vez concebido. Es decir, la Claudia, o la relación con ella, se convirtió para mí en un estandarte en la montaña, en una bandera que andaba en la mano levantada, que no se me enredaba en los bejucos, que no se me caía, que no se me mojaba, que no se me enlodaba; es decir, después de ella, después de la relación de amor que tenía con ella, después de eso había selva, después de eso estaba lo que mi mente no había computado, y mi mente antes de entrar a montaña no había computado la jungla ni la selva ni había computado la montaña. Entonces me acostaba con mi estandarte, lo guardaba, lo doblaba tranquilo, me lo ponía debajo de la cabeza como almohada, y me dormía. Eso me ayudaba a seguir adelante, me ayudaba a vivir, me ayudaba a ser mejor, sentía la vergüenza de ser ejemplo para ella, sentía la necesidad de ser ejemplo para ella y de la niña que había nacido; Claudia era motor, era seguridad, era confianza, era balas, era ver por sobre oscuridad de la noche, era más aire en los pulmones, más fortaleza en las piernas, era sentido de orientación, era fuego, nuestro amor era ropa seca y calientita, nuestro amor era champa, victoria, tranquilidad, era todo... futuro... hijos... era todo lo computable por mi cerebro. Y entonces, estoy en la trojita en la que había un pulguero horrible, abundante... y zancudos porque estaba lloviendo y era invierno... y llega Gilberto de donde Bayardo y me entrega una carta y

entonces veo la carta que dice "personal para Eugenio" y leo la carta. En la carta empiezo a leer: "Flaco, cómo estás", algo así, no recuerdo bien, "Flaco, te admiro mucho, Flaco, dejame decirte que tengo un profundo respeto por vos, muchas de las cosas que yo sé las debo a tus enseñanzas, vos has sido una de las personas que más han influido en mi vida y por el mismo cariño y respeto que te tengo quiero ser honesta, quiero decirte que estoy enamorada de un compañero, que he dejado de quererte y que ahora lo quiero a él. Espero que comprendás, dejame decirte que siempre te querré, o que siempre te respetaré y te admiraré, fraterna", y el seudónimo de ella. Y me acuerdo que estaba con hambre porque no había ni almorzado, ni cenado, cuando me llegó la carta, que los campesinos todavía estaban con temor, que la Guardia andaba merodeando por los lados, que me estaban picando unas malditas pulgas en los güevos que no las aguantaba, andaba con hongos y me ardían los pies. Tenía quién sabe cuánto tiempo de no lavarme los dientes y me pasaba la lengua por los dientes y sentía la masa de comida almacenada y acumulada y sentía roma la lengua cuando me la pasaba por los dientes. Estaba hecho mierda ese día y me habían fallado unos contactos por la tarde y para remate se me habían perdido unos tiros en la caminata, que nunca se me habían perdido tiros, y estaba descansando allí esa noche y me llega eso. También venía una correspondencia de Bayardo Arce que leí sólo hasta como a las dos horas después, porque cuando empecé a leer la carta de la Claudia me puse nervioso, muy nervioso, me parecía injusto... eso no podía ser... eso no estaba contemplado, era ¡ilógico, no tenía cabida... ¿Cómo me podía hacer eso? Yo comprendía que ella no se iba a quedar esperándome como en la Edad Media, como al caballero que se va a la cruzada y que luego después de mil combates victoriosos llega a caballo y se sitúa frente al castillo y ella aparece con su sonrisa en el balcón, todo como un cuento de hadas. Estaba consciente que no podía pedirle eso, pero tampoco podía concebir que ella me dejara cuando yo andaba manteniendo el estandarte limpio sin que se me enlodara cuando yo andaba con mi bandera por sobre todos los montes, y en silencio, cada vez que subía un bordo la clavaba y en la noche la doblaba y me dormía con ella y cuando las lenguas de fuego de las fogatas la miraba, y en las victorias, en los aciertos, en las caminatas la miraba, y yo no podía concebir eso. ¿Te das cuenta? Y entonces sentí como que el mundo se hundía. ¿Vos has visto, cuando vas en avión, que el avión se hace de lado, así, para un lado el avión, y entonces vos ves la superficie de la tierra como volteada, y los montes como volteados, así, y el agua como volteada, como que se va a dar vuelta el agua cuando vas sobre el mar y ves casas volteadas, y la gente volteada y los perros volteados?

Igual sentí yo, que se me movió la tierra, que se me perdió el sentido del espacio, como que perdí el equilibrio, el sentido de la gravedad, el de la inercia, no sé cuántos sentidos, todos los sentidos físicos del hombre sobre la tierra los perdí, pero no solamente el sentido físico del hombre sobre la tierra, sino que perdí el sentido del ser, del hombre, de la mujer, de un montón de cosas, recordé que una vez había dicho antes de partir al clandestinaje: "Mirá, Claudia, si a mí algún día me matan, lo que te voy a decir no se lo digás a nadie: si a mí algún día me matan, sólo que las balas me duelan mucho o sólo que la Guardia me desfigure el rostro a balazos, van a impedir de que yo al morir tenga una sonrisa en mis labios, que tenga una sonrisa en el rostro, en la cara; entonces, cuando vos veas el periódico *Novedades* o *La Prensa* con el titular abajo: *muere delincuente no identificado*, y me veas, y reconozcás mi cara, y mi sonrisa en el periódico, vos sabés, sabelo, que esa sonrisa es tuya, que esa sonrisa es para vos. Y cuando hagan manifestaciones en la calle los estudiantes, cuando hagan asambleas los estudiantes en la universidad en protesta porque me mataron, vos sentate en uno de los tantos asientos de en medio del auditorio, o de atrás y cuando estén hablando bellezas mías y cuando estén diciendo que fue un hombre que cumplió con su deber, un hombre que combatió contra la dictadura, un hombre valiente, etcétera, vos quedate calladita y con el periódico en la mano, ve mi sonrisa y pensá que esa sonrisa es tuya, sólo tuya y que nadie te la va a quitar. Y cuando vayas en las manifestaciones caminando, o corriendo, cuando la Guardia los persiga, vos te vas con mi sonrisa caminando y corriendo y que nadie te quite mi sonrisa, porque esa sonrisa es tuya. Y nadie me va a poder arrebatar mi sonrisa para dártela a vos. Pero eso no se lo digás a nadie, nunca le contés a nadie, si a vos te toca morir, morí también, y antes de morir también te llevás mi sonrisa y nunca le contés a nadie que esa sonrisa era tuya, que yo te la había dado a vos".

*Y todo eso lo pensé cuando leí la carta, y las garrapatas hijueputas* me picaban y me picaban, y como que se esmeraron y se ensañaron las garrapatas en picarme más, y me picaban ya no solamente en los genitales, y en el pecho, y en las piernas, y los hongos no solamente me jincaban los pies, sino que ya sentía que todo el cuerpo era insoportable, que ya el polvito de las tuzas me molestaba en el cuerpo al estar acostado, y me levanté, y no pude dormir y pasé una noche de perros y me daba vueltas, y me levantaba y orinaba, y lloré esa noche, y no pude conciliar el sueño, hasta que quién sabe cómo, malévolamente, maquiavélicamente, me dije: ya sé lo que voy hacer; aquí ésta me las pagó por injusta.Y entonces decidí, y dije: le voy a mandar una carta, y mi desquite va a ser que en la carta le voy a mandar a decir que el

día que me muera sólo que la Guardia me destroce el rostro a balazos no me voy a dejar de reír y que esa risa que ella vea en el periódico no es de ella, y que sepa y que esté clara que esa sonrisa del hombre protesta, que esa sonrisa del hombre moral, del hombre consecuencia, del hombre amor, que esa sonrisa del hombre de montaña, esa sonrisa del sandinista antes de morir ya no le pertenecía. Esa era mi íntima venganza, mi más grande lección, que esa sonrisa era para otras, aunque no fuera para otras, no importa que no fuera para otras, lo importante era que mi sonrisa, al momento de morir, ya no iba a ser de ella. Por supuesto, con todo lo que pasó después que leí la carta y le contesté a vuelta de correo, pasé un período bien triste. Con facilidad me entristecía. Estaba deprimido interiormente, pero nadie sabía. Por fuera trataba de ser ejemplo de moral, de entusiasmo, y asi era, pero también tenía soledad, era la primera vez que me sentía solito, solo, ayudame a decir soledad.

Cuando uno entra a la montaña en las condiciones de la entrada nuestra, se sufre un cambio violento; incluso, a veces traumático, porque de repente, después de estar en la universidad haciendo vida orgánica, disciplinada (ya llevaba seis años en el FSLN) empezás a subir y en veinticuatro horas vos estás en las afueras de Matagalpa, rumbo, a la montaña. Entonces para irte a la montaña, vos, previamente has comprado una docena de mojorales, una docena de *alkaseltzer,* una docena de aspirinas... no sé cuántas cápsulas de tetraciclina, tu botellita de alcohol, tu algodón, tus agujas de coser, tu hilo, botones, tu par de pilas, tu par de zapatos... y además vas cargando tu licencia de conducir, tu cartera, tus papelitos, tu libreta... qué sé yo... llevás el cortaúñas que tenías tiempo de tenerlo en tu cuarto, la navaja que te regala tu hermano, el fajón que me dio la Luz Marina, tus fotografías... el pañuelo que siempre has usado, con el mismo que ella te limpiaba, con el mismo que se secaba las manos... llevás los calzoncillos de siempre, las prendas que te has puesto tantas veces, que has usado tantas veces, en tantas ocasiones, en tantos lugares con la misma gente. Te vas con las manos de todos los días, con tu cara de todos los días, con tus ojos de todos los días, con tu dentadura de todos los días, con tu pelo, con tu expresión facial de siempre, con tu mismo suéter. Es decir, te vas de la ciudad, de tu mundo. Te vas de tu presente que se convierte en pasado al momento de marcharte, vas cargando con tu presente cuando vas a la montaña, pero en la medida que vas caminando hacia ella, vas dejando tu presente atrás... tu presente se va convirtiendo en pasado. Pero aunque el presente se va convirtiendo en pasado, en la realidad, lo cierto es que al irte vos con tu cabeza, con tus ideas, con tu vida fresquecita, que acabas de vivir todos esos años y toda esa vida, llevás la

cabeza fresquecita de lo que hacías: cómo trasnochabas, cómo amabas, cómo peleabas, cómo dormías, cómo comías, cómo te divertías. Toda la información va fresca en tu cabeza, en tu cerebro, tus recuerdos bonitos... los compañeros... ella... los planes... todo iba fresco; y si bien vos llevás tu presente, en la medida que vas marchando hacia la montaña el presente objetivamente se va convirtiendo en pasado, al llevar todas las cosas hacia la montaña, incluyéndote vos mismo, incluyendo tu piel, incluyendo las ideas de tu cerebro, en buena medida todas esas cosas reafirman en vos tu presente. Tu presente que ya es pasado... ¿Me explico? ¿Por qué...? porque ya te has ido de allí. Al caminar hacia la montaña empieza un proceso de desprendimiento forzado de tu presente. Vas aventando contra tu voluntad el presente, hacia el pasado. Es como irse desprendiendo de tu propia carne. Y eso duele. Pero debés seguir caminando hacia arriba en ese proceso de descarnación, de muerte lenta... y cada día vas entrando a la montaña, y primero ya no ves el tipo de gente que mirabas antes... Y a partir de ahí, ya no vas a ver el tipo de gente que mirabas en la ciudad... dejás de ver las cosas que mirabas diariamente, las casas, las paredes, las ventanas de vidrio, el pavimento, todo dejás de verlo, objetivamente queda atrás aunque lo llevás computado en tu mente. Y entonces dejás de escuchar los ruidos de los carros, de las bicicletas, de la televisión, de los radios, los gritos de los vende periódicos, de los vende chiclets. Dejás de escuchar los gritos de los niños en el tono del niño urbano. Ya no ves el cine, ni sus carteles...y vas entrando... y ya no ves la luz eléctrica... y seguís entrando... y ya no ves los colores... sólo ves verde... y ya no vas a ver otro color que el color que la gente lleva encima... pero además empiezan a perderse... te quedás ciego de colores. No vas a volver a sentir en el paladar el sabor del chocolate, del trago de ron, del trago de vino, del *chiclet*... En la medida que vas caminando hacia adelante ya no vas a oir música. Las canciones de moda en ese tiempo Camilo Sesto, de Julio Iglesias, de Leonardo Fabio, de Nicola Di Bari... porque ahí las radios no entran entonces las canciones se quedan grabadas en tu cerebro... En la medida que te vas adentrando, vas desligando. En la medida que vas penetrando en la montaña te vas aislando. Llega un momento en que de tu pasado a nivel vivencial, sensorial, no sé cómo decirlo, a nivel de tu presente que acabás de dejar, de vivir, ya no te queda nada, ya no existe, tenés que resignarte que eso no lo vas a ver de nuevo, excepto si algún día salís vivo, si la revolución triunfa. Y son quince o veinte compañeros nada más los que había en la guerrilla allá arriba. ¿Cómo vamos quince o veinte compañeros en la montaña a derrocar a la poderosa Guardia armada de Somoza? A ratos creía que iban a pasar años de años antes que el triunfo llegara, y los años

hacen pasado tu presente, aunque tu mente no quiera aceptarlo. De la continuación de tu presente, de tu presente urbano, del presente de tu vida... de siempre... de cuando estabas en la ciudad antes de irte a la montaña; lo único que te queda de ese presente allá en la montaña son las cosas, los objetos que llevás cargando, que sensorialmente estimulan las ideas y los recuerdos que vos tenés en el cerebro; o sea, las cosas materiales que andás cargando en la mochila, más los recuerdos y las ideas, es lo único que te reafirma tu presente, que ya es un pasado. Entonces, ¿qué pasa? que el pañuelo un día se te pierde, lo dejás olvidado... ¡hijueputa, el pañuelo...! ¿dónde dejé el pañuelo? y el pañuelo se perdió... nunca más vas a volver a ver el pañuelo... Entonces vos decís ¡hijueputa! ése era el pañuelo que ella me había dado... el pañuelo... el pañuelo... ¡hijueputa! se me perdió el pañuelo... qué cagada... se me perdió el pañuelo... Se te arranca un pedacito del presente, es como que te arranquen un pedacito de identidad, de la carne, de lo que vos querés conservar.

Con el tiempo la ropa se luye, se pudre el pantalón. Ya no lo podés andar porque es harapo, o tenés que ocuparlo de parchecito para el nuevo pantalón que ya se te rompió. Al tiempo ¡hijueputa! el cortaúñas, porque las uñas están largas y ¡pum! el cortaúñas se perdió. Otro pedazo de piel desprendido...

A medida que se te van perdiendo las cosas o se van arruinando, van desapareciendo los objetos con que vos reafirmás tu presente y tu propia identidad, tu conciencia de existir, la conciencia de que no sos un ser superpuesto, sino que tenés historia, pero que en el fondo también es tu propio sentido del tiempo, porque en la medida que las cosas se van perdiendo, el tiempo va pasando, el tiempo se va prolongando... Bueno, ¿y cuándo es que vas a bajar...? ¿Acaso es que se te va a perder todo?... tu presente, que es tu pasado... y la revolución no triunfa... y la Guardia al culo... y el hambre... y todo eso. Porque puede haber hambre, pero, claro, si vos tenés todo lo que llevás y hay perspectivas, pues uno aguanta y soporta mejor los problemas. Entonces cuando se te van perdiendo cada una de las cosas, es como que te desprenden pedacitos de tu presente, a tal grado que vos, por un momento, no sabés si va a regresar, no sabés si va a volver, y en cada una de esas cosas que se te pierden, es como que te cercenen, te corten, te desprendan pedazos de tu persona; y con el tiempo, que no perdona, que es inmisericorde, que va transcurriendo invariable, perdés todo... y perdés la mente. Vos te vas perdiendo, tu físico se va transformando: de usar manga larga siempre, y nunca ver el sol porque la copa de los árboles lo tapa, y no ver el cielo que te recuerde el cielo de allá, de

León, el mismo cielo de ayer, y no podés juntar la luna de las playas de Poneloya que has visto siempre con la de la montaña y asociar tu viejo presente con tu nuevo presente para poder soñar y recordar, y asociar ideas y darte continuidad histórica, porque en la montaña no hay luna, ni hay sol, ni hay estrellas, todo es verde. El cuerpo se te pone blanco-pálido, las manos no son manos de tantos chimones, de tantos rayones de espinas, de bejucos, de zarzas, de no lavarte, de no bañarte, y las palmas de las manos, gruesas de tanto usar el machete, el hacha y de socar el bambador de la mochila, o de poner la hamaca, o de bajar las cosas calientes del fuego. Los dedos callosos... tus manos... tu propio cuerpo de quien vos sos dueño, al que vos mandás, empieza a transformarse paulatinamente ante tus propios ojos, sin que vos lo podás evitar. Entonces tu propio cuerpo abandona tu propio presente y ante tu propia impotencia, tu propio cuerpo se convierte en un nuevo presente que ya es distinto a tu pasado. Y lo peor es que no te ves la cara en un espejo, yo me vi la primera vez en la montaña la cara como a los cinco meses y hubo un tiempo que pasé como un año sin verme la cara y cuando me la volví a ver en un espejo, ¡ése ya no era yo, hermano! Tenía bigotes, y yo nunca tuve bigotes en mi vida, o nunca me los había dejado crecer, me venía brotando una barba —que siempre me la vivía tocando—, pero que nunca me la había visto. La expresión de mis ojos ya era otra, tenía constreñido el ceño de tanto quejarme de las espinas, de las caídas que te das. La montaña siempre te frunce el ceño y las mandíbulas se te ensanchan un poco hasta los lados. ¿Nunca te has fijado en las fotografías del comienzo de la victoria? teníamos el ceño fruncido y las mandíbulas duras porque uno aprieta los dientes cuando va caminando. Siempre estás arrugando las cejas... así... Y la mirada va cambiando, la expresión de los ojos se va volviendo más aguda, el esfuerzo de ver de noche, el esfuerzo de ver al enemigo que está de verde olivo detrás de lo verde para que no te embosque, el esfuerzo de tratar de ver y no poder ver cosas y pensamientos que se van borrando, te transforman la vista y se vuelve una vista agresiva, sin dejar de ser limpia. Entonces, cuando te ves al espejo te das cuenta que tampoco sos el de antes. Te das cuenta que ya estás en otro lado, que ya sos otro. Es una angustia conscientemente aceptada; te sentís otro elemento más, otro ser más del medio incorporado ahí, que, lo agarra y lo domina, porque tiene razón, porque tiene inteligencia y que lo domina para otra cosa, para usarlo, en este caso, para la guerrilla, para la lucha revolucionaria. Entonces, cuando a vos se te pierde todo lo material que has llevado y cuando tu propio cuerpo, tu propia materia hecha papilla se ha perdido, el último recurso de identidad que te queda son las ideas y los recuerdos que están alojados en tu cabeza y

que los tenés bien cuidados y mimados y conservados en el centro de tu cerebro, porque son el alimento de tus fuerzas, son como el centro, la médula de la vida en el tuétano de la existencia.

La idea y el recuerdo son lo más íntimo del hombre; donde nadie puede escrutar, ni pudo escrutar la inclemencia de la montaña, lo único que la naturaleza no puede transformar fácilmente. Uno alimenta los recuerdos y cuando se acuesta en la hamaca por la noche, acurruca los recuerdos, los saca un poquito más para fuera del cerebro, les da vuelta en la cabeza, los pasea un poco, tímidamente por los ojos, tal vez por la cara; pero yo nunca me la vi. Entonces saca a pasear el recuerdo y antes de dormirse lo devuelve al cerebro paulatinamente como un caracol que se encierra de nuevo, tus ideas las empezás a recoger otra vez, a lo mejor yo no sé si también el cuerpo, y empezás a encerrar de nuevo las ideas, a recoger los recuerdos hasta que se cobijan y quedan quietecitos alojados en el cerebro... como descansando... Y te dormís. Digamos que el único cordón umbilical, el único hilo que te queda con ese pasado o con ese presente que convirtió en pasado —eso lo recuerdo increíble—, es la idea, el recuerdo.

De modo que cuando uno recibe una carta como ésa y te fracturan el recuerdo, es como que te rompen el único hilo invisible que vos conservabas de alimentación con tu presente, que ahora se volvió, aunque vos te arrechés o no querrás, en un pasado. Entonces cuando esa carta llega, me saca violentamente, me desaloja de lo más recóndito del cerebro, de la parte más íntima, una de las cosas que yo tenía ahí como recurso. Ahí sí, uno empieza a sentir la soledad, te sentís aislado y entonces, si vos no tenés una estructura mental político-ideológica, te desertás o te volvés loco. Yo recuerdo que una vez escribí un poema que también se lo mandé a la Claudia, después de la carta, como un remate, como para decirle que yo no me iba a morir por lo que hizo. Escribí un poemita que decía:

Hoy que te he perdido
me doy cuenta
que si no fuera "plomo"
fuera mierda

aclarándote que "plomo" eran las iniciales de PATRIA LIBRE O MORIR. Si yo no hubiera tenido una razón de ser, otra razón de ser, como era la de luchar por la liberación de Nicaragua, me hubiera convertido en una mierda.

## 20

Pero dichosamente no fue así. Al día siguiente, salí tempranito de la trojita y me fui al cafetal para lavarme la cara en una quebradita; creo que me peiné, me senté debajo de un palo de naranja, a chupar naranjas. Con la navaja fui desprendiendo la cáscara del cuerpo de la naranja y al separar la cáscara de la carne, al ver los pedazos de hollejos que se iban rompiendo, que se iban separando, cediendo por la fuerza de la navaja, asimismo me iba sintiendo yo, como que así era también y que las cáscaras de la naranja, eran las cosas en que yo no debía pensar. Cuando terminé de pelar la naranja me sentía un poco más liviano, menos pesado. La naranja quedaba desnuda y quedaba más pequeña, reducida, entonces yo me desprendía de los recuerdos al desprenderme de los recuerdos igual quitaba la cáscara de la naranja. En alguna medida, como que a los días me empecé a sentir más liviano, menos pesada la cabeza, y al fin y al cabo, después de todo era como haber andado cargando un peso y me estaba desprendiendo de ese peso, y ya no me quedaba encima otro peso que no fuera el peso de la lucha. Y bueno, respiré profundo, me llené de aire los pulmones, sentí en la cara recién lavada el fresco de la mañana, asenté bien las piernas y al incorporarme me puse a reír, yo sabía que estaba empezando otra etapa de mi vida allí debajo de aquel naranjo. Intuía de repente que el futuro lo andaba apenas visible, como untadito en las yemas de los dedos, y que lo que había que hacer era cerrar el puño para atraparlo, era octubre de 1975. Y me dije: aquí todo es para adelante, yo voy a hacer una vida, y yo también voy a pintar mi vida y voy a pintar la historia de mi vida del color que más me guste y aquí cada quien que pinte la historieta de su vida del color que le parezca; yo voy a pintar la mía y la voy a pintar de los mejores colores; y mandé a Andrés que llamara a Gilberto para que fuera a Los Planes, a buscar Moisés Córdoba, y le dijera que esa misma noche caeríamos en su casa. Don Gilberto le había contado a Moisés que habíamos estado en su casa, y que habíamos estado en La Montañita. Ya todo mundo como que se iba acostumbrando a nuestra presencia, como que sentían que ya no iba siendo tan arriesgado, o que era arriesgado pero que no los iban a matar ese día, tal vez mañana, o que a lo mejor no los mataban, ya se iban abriendo y luego viene la amistad con nosotros; yo ya había empezado a hacerles las primeras bromas, a metérmeles dentro, a conquistarles el cariño. Llegamos esa noche a una peña que ya nos habían escogido para que acampáramos. Al día siguiente, allí estaban con los frijolitos calientes, la tortilla que habían conseguido en el pueblo, después nos llevaron una gallina que

todavía les quedaba y claro, nosotros empezamos a platicar bastante con Moisés; y allí le planteo a Moisés que me lleve al papá, el viejo sandinista que estaba enfermo y, además, era un señor como de ochenta años; entonces, mientras me lleva al papá, yo voy a otra cosa y hago contacto con otros compañeros que me presenta Moisés. Moisés, por el papá, tenía menos miedo que los demás o estaba más consciente de lo que éramos nosotros, estaba más claro de qué se trataba la cosa, porque antes de que nosotros llegáramos ya su papá le había hablado de la lucha de Sandino. Total, que recorrí como tres casitas en esos valles y entre más gente iba conóciendo, mi trabajo de carácter político crecía, y estos Córdoba eran, digamos, los más prestigiados en el valle, y el hecho de que ellos me presentaran ayudó a que la otra gente tuviera menos temor; porque si los Córdoba, los hijos de don Leandro, estaban en "eso", pues era permisible para los otros hacerlo. En el día pasaba en la roca, a la orilla de una quebrada, y al oscurecer me iba a la casa de ellos. En los ranchos, de noche, entre café negro y café negro, entre plática y plática, abordábamos los problemas económicos que tenían y a través de las conversaciones se iba fortaleciendo mi amistad con ellos; al consolidar una relación, mi interés era traducir esa relación y darle contenido político y viceversa, hacer que la relación política contribuyera a cimentar una relación personal. Lo primero que nosotros les preguntábamos es que si la tierra en que vivían era de ellos y siempre la respuesta era que no, pertenecía a "la gente rica" o se ponían reír como que estabas bromeando... o bajaban la cabeza... porque para los campesinos la tierra era un sueño. Un sueño de los padres de ellos, un sueño de los abuelos de sus padres; entonces, que vos llegaras a preguntar si la tierra era de ellos les producía risa, porque la tierra nunca había sido de ellos, ni de los padres, ni de los abuelos. Y claro nosotros dirigíamos el trabajo político hacia el porqué la tierra no era de ellos.

Los terratenientes, o los padres, o los abuelos de los terratenientes, habían venido quitándoles a los campesinos la tierra paulatinamente, de forma que la generación de campesinos que nosotros conocimos nos contaban que sus bisabuelos habían tenido tierra y éstos se lo habían contado a sus abuelos y éstos a sus padres... es decir, era ya una generación de hombres sin tierra la que había. Los terratenientes se habían apropiado de la tierra a través de un proceso de desalojo violento, o legal; ahí en los Planes de Condega, donde vive Moisés, eran unas setenta y cinco manzanas, había, digamos, veinticinco casas. Ellos le habían puesto buen nombre a ese proceso: "nos enchiqueraron" decían. Los habían "enchiquerado", los habían reducido, los habían rodeado de alambres. Entonces esos campesinos le trabajaban la tierra al terra-

teniente, le cuidaban el ganado, y los que estaban "enchiquerados" tenían que sembrar en tierras que les prestaba el terraniente vecino; una parte del tiempo que les sobraba, lo dedicaban a sembrar en las tierras que el terraniente les alquilaba. Luego, al sacar la cosecha, tenían que vendérsela al mismo terraniente. Y por supuesto, le tenían que comprar a él la sal, las limas, los machetes, las mejorales, las pastillas, en un comisariato que tenía el terraniente ahí.

Nosotros le agarrábamos la mano a los campesinos, unas manos bien gruesas, bien fuertes, bien toscas, y les preguntábamos: "y esos callos, ¿de qué son?" y ellos respondían que esos callos eran del machete, del trabajo en la tierra. Y nosotros les preguntábamos que si ellos tenían esos callos a consecuencia de trabajar la tierra, ¿por qué la tierra no era de ellos, sino del patrón? Tratábamos de irle despertando al campesino el sueño que tenía. Queríamos hacerle ver que aunque era un sueño peligroso, porque involucraba luchar, la tierra era un derecho de ellos y empezábamos a cultivar ese sueño. A través del trabajo político muchos campesinos fueron asumiendo el sueño, es decir, asumiendo la posición de lucha frente a la tierra.

Había otros compañeros que no vivían ahí, sino que eran rancheros: así llamaban a aquellos que el terrateniente les cedía tierra dentro de la extensión de terreno de la propiedad de la hacienda. Se les daba un pedazo y ahí el campesino construía un rancho en dos días, con puro palo y paja. Entonces este compañero era doblemente explotado, porque sí bien los que estaban "enchiquerados" estaban explotados, el problema es que el dé la ranchería estaba además viviendo en terreno del terrateniente. Por eso es que la tierra era un gran sueño permanente de los campesinos. Y nosotros siempre estuvimos planteando la cuestión de la lucha por la tierra.

A veces se nos partía el alma, porque vos te encontrabas que el campesino ama la tierra y tiene más sentido de la tierra como elemento. Así como un marinero no puede vivir sin el mar, o un piloto sueña con volar, el marinero se identifica con el mar, o el piloto con el espacio, el campesino logra desarrollar determinada identificación con la tierra, que es muy difícil que vos se la veas a un hombre urbano; logra determinada unidad con la tierra, desarrolla una serie de sentimientos muy particulares, muy característicos respecto de la tierra. Incluso, el campesino a veces te habla de la tierra como algo sagrado, como si te estuviera hablando de una madre. Pero a veces también el campesino te habla de la tierra como si fuera una mujer: "yo la hago producir" te dice, "yo la agarro, la limpio". Te dice: "aquí la tengo", y claro, se encariñaba con el pedacito de tierra que le daba el terrateniente para producir... limpiaban la tierra, la socolaban, la sembraban, la cosecha-

ban... El campesino machetea la vegetación para sembrar, pero vos sentís que aunque sea una cuestión violenta, al fin y al cabo lo de la socola es una cuestión muy tierna entre él y la tierra, una relación de cariño muy particular. Entonces, el campesino, además de que necesita la tierra para hacerla producir para vivir de ella, tiene la particularidad de que la ama como elemento material de su existencia.

Nosotros nunca le prometimos una reforma agraria a los campesinos ¡jamás se lo prometimos! Nosotros a los campesinos los invitamos a luchar y a combatir para conseguir la reforma agraria. Los invitamos a combatir por la tierra, claro, ¡para el campesino eso era una tentación demasiado grande! ¿Cómo aguantarse y no combatir por lo que para él es madre, mujer, medio de vida, cariño, sentimiento, relación secreta, como es la tierra? Era muy difícil que el campesino renunciara a combatir sobre todo cuando uno le va despertando el sentimiento y la idea de la lucha de clases.

El campesino no sólo logra desarrollar, como dijimos, sentimientos afectivos, sino que los sentidos, las cuestiones sensoriales, las desarrolla más con respecto a la tierra... ¿ves? él tiene más tacto, su tacto es más fino con la tierra, el olfato lo desarrolla en función de la tierra. El te dice: "tierra quemada, tierra sembrada, tierra socolada, tierra mojada", lo que sea... el crimen más grande de la dictadura era negarle la tierra al campesino, porque negarle la tierra era como mantener muertos, viviendo ahí errantes. El campesino sin tierra es como un *zombi*, está sacado de su elemento. Sin su elemento está desgarrado.

Es por eso que animales del campo, mujer e hijos y tierra es todo un elemento, es un conjunto en el campesino, es su universo indivisible. Por eso te digo que el campesino que no tiene tierra es un hombre incompleto, es un hombre sin alma. El alma del campesino es la tierra, es el elemento que le da vida, que lo mueve, porque él la quiere no sólo para cosechar y para vivir de la tierra como tienen que vivir los hombres de la tierra... sino que además se enamora de ella, guarda una relación íntima con ella y la mujer y los hijos son parte de esa misma relación.

Después de hablar bastante, ya como a las nueve de la noche, me volvía a la peña a acostar; por supuesto que nunca te dormís inmediatamente, siempre estás pensando, oyendo los ruidos de la noche, a veces los ladridos de los perros del rancho, escuchando un poquito de música, ponés Radio Habana, y aquella campanita de la señal de entrada de Radio Habana-Cuba, oía "El Momento" de las diez de la noche, o ponía la "Equis" para oír un poco de música, pensaba en mi familia en León... Recuerdo que una de las noches en esa peña, estuve recordando cuando bajé de la montaña a León ya clandestino, y estando

una noche en la casa de seguridad había empezado a experimentar un montón de sensaciones; y una de las sensaciones que más experimenté fue la sensación del absurdo. En la montaña las distancias eran kilométricas, digamos ocho días, siete días, un mes. Para irse de un lado a otro eran lo mínimo tres horas, ¿ya?, para ir a buscar leña, era una hora, o media hora, ¡difícil! no solamente por la distancia, sino también por el terreno, porque implicaba subir y bajar, caminatas de medio día, o de dos horas, implicaba frío, implicaban no sé cuántos rayones en las manos, no sé cuántas caídas, no sé cuántos dolores físicos, implicaba el maldito cansancio en las piernas, en el pecho, en los pulmones; es decir, siempre ir de un lugar a otro implicaba sacrificio, tiempo, implicaba dolor. Entonces estando allá en León sentí la gran curiosidad de saber de mi familia. Pregunté por mi mamá a los compañeros que estaban allí, ¿qué sabían de ella?, que me dieran información, ¿cómo estaba mi mamá?, ¿cómo había reaccionado?, ¿cómo estaba haciendo para mantenerse?, porque entre todos los hermanos manteníamos a mi mamá, sobre todo mi hermano mayor, ¿de que vivía?, ¿cómo hacía ahora para comer? No tenia ningún oficio; antes cuidaba estudiantes de otras ciudades que llegaban a estudiar a León; pero teniendo tres hijos en la guerrilla, nadie iba a hospedarse, a comer allí, por temor, y porque efectivamente la casa la vivían cateando a cada rato. Había que pagar todos los meses la casa, y a veces no teníamos reales, ¿cómo estarían mis hermanos pequeños? Y los compañeros me empezaron a contar como estaba. A mí se me cruzaba por la cabeza la idea de ir a verla porque el refugio quedaba como a quince cuadras de mi casa; quince cuadras en carro son cinco minutos, qué sé yo, tres minutos, diez minutos sin mojarse, sin cansarse, sin arañarse, sin nada, sentadito, cómodo oyendo radio. Tenía nostalgia de mi casa, unas ganas inmensas de ver a mi mamá. Pero no solamente a mi mamá, nostalgia de los vecinos, nostalgia de la hija de doña Lilliam, de quien yo fui enamorado platónico y nunca le dije nada porque me daba pena; nostalgia de mi cuarto, un cuartito chiquito, de mi cama; nostalgia de la cocina, del comedor, de la sala; nostalgia de las sillas de madera, del baño, del patio, del perro. Era tan mío eso, lo había conservado tanto, tan fresco, que me parecía mentira estar ahí a la orilla de mi casa, que podía ir, y que si lo pedía, de seguro no me iban a decir que no, se las iban a arreglar para hacerlo de cualquier forma, para meterme de noche o sacar a mi mamá y llevármela; pero yo sabía también que no debía de ir. Antes de partir, pasé varios días en ese plan: me acostaba y empezaba a repasar las cuadras, cuántas cuadras había, quiénes vivían en esas cuadras, ¡porque me acordaba tanto de la calle!; y era tan sencillo ir ahí, ¡que se volvía absurdo no poder ir! Tenés casa pero

no tenés casa, tenés familia, tenés hogar pero no tenés hogar. Hasta que una noche que salí a hacer un mandado con Iván Montenegro y Jorge Sinforoso Bravo, le digo a Iván: "Gordo, Gordo, pasemos por mi casa". "Va, pues", me dice, "pero en el carro, sí… ¿verdad?... sin parar". ¡Dios mío mi lindo! Y me puse nervioso, fijate, era demasiado violento. Porque la casa yo la conservaba fresca en la memoria, y en la montaña había perdido las esperanzas de verla de nuevo, porque la montaña era el culo del mundo —ahí estábamos perdidos— y entonces de repente plantearte la posibilidad real, incontrastable, de que vas a pasar por tu casa y que a lo mejor está tu mamá en la puerta, o en la sala o tus hermanos jugando en la calle con el perro, eso me dio cierta ansiedad, cierto nerviosismo. Y entramos a la calle y yo veo la casa con las mismas paredes amarillas descascaradas y sus puertas ¿verdad?... ¡Dios mío!, dije yo, aquí se paró la dialéctica, de viaje. Como que todo aquel año de ausencia había sido un segundo ¿no? Yo no sabía si lo había vivido, si era cierto que había estado en la montaña, si era cierto que habían pasado un montón de días, uno detrás de otro hasta que llegué ahí, si en realidad no me había ido nunca. Porque yo estaba en el carro clandestino y con los dos compañeros armados pasamos frente a la casa y vi los muebles de la casa, ¡qué barbaridad! Es una impresión esa, como que todo era mentira. A veces uno cree que el mundo evoluciona con uno, o que uno evoluciona al mundo, uno tiene el sentido de que todo se para si vos no estás allí. Lo cierto es que León y mi casa habían seguido allí independientemente de que yo estuviera o no; mi madre y mis hermanos habían seguido viviendo, comiendo, durmiendo, trabajando sin mí... ¡mirá qué lindo! ¡Qué vivos ellos!, ¿verdad? Y no es que uno se sienta el centro del universo, pero bueno, es una cuestión mental. Pero había pasado el tiempo, había pasado un año y habían pasado muchas cosas. ¡Sin embargo la casa era la misma casa! y entonces eso a mí me confundía, me desubicaba en el espacio y en el tiempo, yo mismo me miraba y me sentía con mi propio espacio limitado y finito de mi cuerpo; estaba ahí materialmente, materialmente en toda mi dimensión corporal, finita; pero esta dimensión finita, esta presencia material, ahí, pasando frente a la casa, como que no la lograba engarzar con mi propio tiempo. Como que no lograba enclocharlo, engarzar mi propio tiempo, con mi propio espacio. No sabía si el tiempo había pasado o no había pasado: allí estaba la casa con los mismos cascarones, con los mismos muebles, la misma gente del barrio. Entonces, yo no lograba compaginar la magnitud del tiempo, el proceso de vida, el año en la montaña con lo finito de mi físico. Y no sé por qué de repente sentía los propios habitantes de mi casa, o a mi propia casa, como angelical, ¿ya? como inocente… como en otra dimensión.

¡Qué sabían ellos de tantas cosas que habían pasado, de tantas cosas que uno sufre, de tantas cosas que uno ha vivido! Vos, pensás: ¿qué saben ellos? Era candidez la de las paredes amarillas, era mutismo el de los muebles. Como que mi casa era un niño sin tiempo, como que mi casa era un anormal, o un pajarito; como que mi casa era algo en que no contaba el tiempo. Mi casa no tenía idea de lo que era la guerra, ni de lo que pasaba en Nicaragua en ese momento, ¿me explico? Se me dio un choque entre el presente y el pasado. Yo no estaba claro en cuál de los dos estaba; es decir, si en mi espacio finito yo estaba poseyendo mi tiempo pasado, o mi tiempo presente, o si estaban metidos los dos dentro de mí; o si yo era de uno de ellos porque yo no podía ser del presente y del pasado al mismo tiempo. Si era pasado yo estaba frente a la casa, y si era presente y estaba frente a la casa no podía ser, porque no vivía ahí, yo venía del otro lado, de vivir otra cosa. Entonces se me encolochó, se me hizo un remolino de espacio y de tiempo en la cabeza, que yo no lograba descifrar y lo que sentía era mi absurdo, porque no podían pegarse los dos tiempos así.

El carro continuó caminando, continuó caminando, y se me fue quedando en la espalda, yo sentí que se me iba saliendo de la espalda, desprendiendo de la espalda, jalándome de los pelos de atrás de la cabeza y comprendí que no: que ese presente, aunque estaba ahí, no era mi presente, ya era el pasado. Yo ya no iba a volver allí en mucho tiempo, ya no era mi mundo, ya no era mi vida. Eso duele ¡duele! Porque eso es el remate bestial, grosero, embadurnante en la cara: la certeza ahí se me rompió, la unidad orgánica de mi pasado y mi presente, ahí se me rompió la medida de mi propia contradicción, que además ya no la podía corregir, de que yo no iba a volver ahí, que no iba a poder volver a ver a mi madre, a mis hermanos, que había que ver sólo para adelante, hacia el futuro. Eso uno lo acepta emocionalmente, sólo lo acepta racionalmente. Es como que te hayan apretado por un momento el botoncito de la historia, el botoncito que echa a andar la película de la vida. Yo nunca sospeché que me iba a causar tanto dolor ese encontronazo violento del presente con el pasado, esa ruptura en que toma conciencia de mi nueva calidad. Recuerdo que cuando volvimos a la casa, estuve bien callado: no hablé, quedé como aletargado, como cuando tenés una fiebre que te estremece y luego quedás con el sopor, meditabundo, no triste, sino arrecho, encachimbado, como tratando de descifrar la contradicción o el ridículo, vuelvo a decir, lo absurdo una situación como esa, el por qué no se podía volver, ni estar ahí. Entonces me entró un odio a la burguesía, al imperialismo norteamericano a la Guardia de Somoza porque ellos eran los causantes del absurdo. Era la sociedad del absurdo la que estábamos viviendo y

nuestra vida era la vida del absurdo, en la que teníamos que hacer cosas que en una sociedad normal no teníamos por qué hacerlas, o que no hacíamos algunas cosas que en una sociedad normal se pueden hacer. Eso quiero decir yo cuando digo que era la sociedad del absurdo; que nos hacía hacer o no hacer cosas absurdas. Y de tanto pensar cosas, esa noche me dormí en la troja con el radio encendido. Por la mañana se aparece Moisés con el desayuno, siempre llegaba solo pero esa vez oí que Moisés venía acompañado, yo le conocía el golpe de los pasos al caminar. Uno más o menos identifica a la gente de tanto oír el golpe de los pasos, la fuerza de los pasos, el ritmo los pasos; percibí que eran los pasos de Moisés pero más despacio, y vi que alguien venía tras de él. Nos preocupamos, Andrés y yo nos pusimos rodilla en tierra con las pistolas, y la granada, parapetados pero cuando alcancé a ver bien sobre la picadita que viene a la peña, noté que detrás de Moisés venia un viejito, y le digo a Andrés: "¿Será ése el papá de Moisés?" En efecto, me dice Moisés: "Juan José... éste es mi apito", es una forma de decir mi papacito, mi papito. El viejito se pone a reír y me da la mano bien suavecita, como la dan los campesinos y yo veo bien que es un señor flaquito, no muy alto, pelito crespo, bien negrito, tostado, arrugadito, era como una cosa vieja, era como algo que había estado guardado durante muchos años y que de repente se sale, que vos ves, que ése que está allí es algo que fue nuevo, que fue joven y que pasó tanto tiempo guardado, que se fue deteriorando. Don Leandro fue joven pero pasó tantos años quién sabe adónde guardado, y de repente ¡pum! me lo encontré, pero me lo encontré cuando la cosa ya estaba vieja, sin dientes, vistiendo uno de sus mejores vestidos, eran bien humildes, pero ese día él, llegó con la mejor ropita que tenía. Y le digo: "Ajá, compañero, ¿cómo está?" "Allí, bien enfermo, es que ya estoy viejo", me dice, "y usted viera unos dolores que me agarran en el estómago; y es que yo tampoco miro porque yo ya estoy viejo, yo casi no veo, ya estoy infeliz, yo sólo con este palo ando, si voy a la milpa estoy un rato, y me canso, y tengo que ir a la casa, ya estoy arruinado", y luego me pregunta, "esa arma ¿qué es lo que es?" "Ah, ésta es una 45", le digo, "¿y las otras armas qué las hicieron?" me dice. Yo pensé, cuando me preguntó sobre las otras armas, que él sabía que nosotros éramos guerrilleros del FSLN, que andábamos en columnas, que sospechaba que éramos los mismos de Macuelizo, yo le respondí que era por cuidado que no portaba arma larga para que no nos viera la gente, y no se diera cuenta que andábamos por esa zona, que a veces teníamos que andar nada más con pistola. "Pero estas pistolas son buenas", le digo yo. Yo no comprendía que él me estaba ligando con los viejos sandinistas de él, del general Sandino, entonces me está preguntando por





las otras armas, como quien dice, las armas que andábamos ayer, ¿qué las hicieron? Para él, ese momento que estuvo guardado y se hizo viejo fue un instante de cuarenta años. Cuarenta años, pero fue un instante, como diciendo ¿adónde dejaron el Enfield o el Mauser o la treinta que teníamos? Luego me dijo con don de sapiencia y mucha seguridad: "Esas animalas son buenas, charchalean bien, charchalean bien... una vez el general Sandino me manda a traer unas tortillas a Yalí". Bueno, y se suelta, yo dije en mis adentros: qué cosa más bella, hacé de cuenta que estabas tocando a Sandino, que estabas tocando la historia… y allí mismo me di cuenta lo que significaba la tradición sandinista, se me reafirmaba, y la veía en carne y hueso, en la práctica, en la realidad... Y siguió platicando, y las anécdotas, él fue correo de Sandino... y hablándome de Pablo Umanzor que había andado con él, hablándome del general Estrada, de Pedro Altamirano, de José León Díaz, de Juan Gregorio Colindres, él anduvo con todos ellos, y me lo estaba contando como que lo estaba viendo, se quedaba ido, recordaba detalles, y yo con ganas de tener una grabadora en ese momento, porque era una cosa tan linda lo que él estaba contando, y luego me dice: "Mire, Juan José, yo le voy a decir una cosa, yo ya no puedo acompañarlo en esta campaña, porque míreme usted que ya soy un hombre viejo, yo para qué, yo con gusto pero ya no puedo, yo no aguanto una jornada más, ya esta campaña no la resisto pero yo tengo un montón de hijos y todos mis nietos, aquí están estos muchachos", y me señala al hijo, "yo se los voy a dar para que ahí anden con ustedes, porque aquí tenemos que hacer la fuerza todos, y esto no hay que dejar que lo acaben". Pero me está diciendo que no hay que dejar que lo acaben como si nunca hubiera sido interrumpido, como una continuación de lo que él había vivido con Sandino... y entonces yo me sentí bien, y me sentí mal, me sentí feliz pero me sentí un tanto afligido porque yo miraba que a veces las cosas no nos cuajaban, la Guardia reprimía y mataba, eran tiempos duros esos, no... puta mano, pensaba en mis adentros, esta gente es valiente o es ignorante, o no saben a lo que se meten, o son irresponsables, te da esa sensación porque yo me decía... ¿cómo es posible que estén matando un montón de gente al lado de Ocotal, que salió en todos los radios que mataron compañeros, que la Guardia anduvo con helicópteros, con aviones, con miles de soldados, cómo es posible que hayan matado a toda esa gente y que este señor, siendo nosotros sólo dos hombres allí, se esté comprometiendo en un proyecto que, aparentemente en estos momentos, no pasaba más de ser una aventura peligrosa, aunque justa, pero atrevida? ¿Cómo es posible después de todas estas represiones, de todos estos muertos, de todos estos reveses, no sólo de esos reveses, sino de los reveses que ellos como sandinistas con

el general Sandino habían sufrido, cómo era posible que este hombre, después de la muerte de don Bacho, me estuviera planteando que si él no fuera viejo, me acompañaría? ¿Y que como está viejo y no aguanta una campaña más, me va a dar a todos los hijos?

Porque a don Bacho Montoya, según me había contado Augusto Salinas Pinell, lo habían matado por culpa de un tipo que se nos desertó y que la Guardia lo capturó; había echado por delante a don Bacho y la Guardia había llegado donde él en la mañanita, en forma violenta, insultando, y la esposa de don Bacho que estaba haciendo un café negro, hirviendo el agua caliente para el café negro, cuando un teniente dijo: "vieja hijelagranputa, sálgase para afuera", la viejita le contestó: "Sálgase usted miserable" y tomó la jarra de agua caliente y se la aventó al teniente, y le quemó todo el pecho y el cuerpo. E inmediatamente empezaron a golpearlos, torturarlos a los dos viejitos, les arrasaron el ranchito, se los botaron, agarraron a patadas el fogoncito, les desprendieron del techo las babosaditas en que ellos cuelgan las tacitas y el queso y la cuajada, le sacaron toda la ropita de las camas y sus mudaditas, les rompieron el camastro de madera, les quebraron la mesa, sus huacales, sus ollas de barro, los sacaron a empellones, y los amarraron un árbol a los dos ancianitos, y una vez amarrados los mataron a golpes, luego sacaron al niño de tres meses de las ruinas de la casa y lo empezaron a tirar para arriba; cuando el niño venía cayendo para el suelo, ponían la bayoneta calada en los fusiles, para que el niño quedara ensartado allí, y luego lo sacaban de la bayoneta, y lo volvían a tirar arriba y habían unos guardias, que cuando tiraban para arriba al niño y no les quedaba ensartado que nada más le prensaban el bracito, los guardias se burlaban de los que tiraban al niño y no podían ensartarlo en la bayoneta. Era la fiesta de los buitres. Y don Bacho, muerto a golpes, ¡su gran alegría, me acuerdo cuando hicimos contacto con él! ¡y la vida que irradiaba cuando lo vimos irse con nosotros a romper el cerco, parecía que vivía de nuevo y con su rabia comprimida desde cuando el general Sandino!

Por eso, cuando don Leandro me habla así, yo pienso en don Bacho, siento que don Leandro, no es que sea irresponsable, no es que sea un ignorante, sino sencillamente, que ésa era la historia del pueblo de Nicaragua; ellos tenían una historia sandinista, una historia de rebelión contra la explotación, contra el dominio norteamericano, interpretado de una forma sensorial y primitiva por ellos, tenían un sentimiento histórico de rebeldía adquirido de su enfrentamiento con la ocupación norteamericana. No era irresponsabilidad, sino la historia, la vergüenza del pueblo, la rebeldía histórica del pueblo. Los sandinistas quedaron aislados después de la muerte de Sandino y empezaron a

educar a sus hijos en esa tradición, a alimentar ese sentimiento contra los yanquis que nos ocupaban, que nos intervenían y que nos humillaban. Eran hombres descalzos, miserables, pero con un sentimiento de dignidad nacional extraordinario, con conciencia de soberanía; ésa era en esencia la realidad. Ahí me di cuenta que el Frente Sandinista estaba formando a sus militantes en una gran firmeza revolucionaria, una gran testarudez revolucionaria, un gran sentido de la dignidad y del combate, pero que estos principios no eran nuevos, no los había inventado el FSLN, sino que ése era un patrimonio histórico, era un tesoro que íbamos ahí a desenterrar. Y ése fue el más grande acierto de Carlos Fonseca, retomar esa historia, apropiarse de esa firmeza, de esa intransigencia por la dignidad y por la soberanía. Carlos lo que hizo fue agarrar eso y dárselo a los nuevos sandinistas. Lo que el FSLN contemporáneamente estaba haciendo con nosotros y nosotros con los nuevos no era más que dándole un contenido científico a esa tradición histórica, a esa firmeza, a esa testarudez, a ese sentido de la dignidad.

Y no sé cómo, allí, cuando don Leandro me empieza a hablar de esa forma, al darme a sus hijos y hablarme de Sandino y hablarme de la lucha sandinista, de repente, yo empiezo a sentir a don Leandro, el padre, y me doy cuenta en realidad, que él es el padre, que don Bacho, don Leandro son los padres de la patria, y nunca me sentí más hijo del sandinismo, más hijo de Nicaragua que en ese momento. Yo era un joven estudiante que había conocido a Sandino a través de los libros, había llegado a Sandino por el estudio del sandinismo, pero aún no había llegado a la raíz, a la paternidad verdadera de toda nuestra historia. Entonces, cuando yo encuentro a ese hombre y que me dice todo eso yo me siento hijo de él, me siento hijo del sandinismo, siento que soy hijo de la historia, comprendo mi propio pasado, me ubico, tengo patria, reconozco mi identidad histórica con aquello que me decía don Leandro. Sentía como ganas de abrazarlo, de besarlo; pero no sólo porque me iban a dar de comer y ya no me iban a correr, y me iban a amparar; la magnitud, la dimensión era mayor porque yo había encontrado la historia a través de él, me había reencontrado con mi propia historia, con la tradición, con la esencia de Nicaragua, encontré mi génesis, mis antepasados, me sentí continuación concreta, ininterrumpida, encontré mi fuente de alimentación, que no la conocía, yo estaba siendo alimentado por Sandino, pero no había logrado ver materialmente mi cordón umbilical, y eso me nació, lo descubrí en ese momento. Y abracé a don Leandro con un escalofrío de gozo y de emoción, sentí que estaba parado sobre la tierra, que no estaba en el aire, que no era hijo sólo de una teoría elaborada, sino que estaba pisando sobre lo concreto, me dio raíz en la tierra, me fijo al suelo, a

la historia. Me sentí imbatible. Al despedirnos yo le di la mano y él me dio la mano, recuerdo que apreté fuerte su mano con mis dos manos y le dije: "Ahi nos vamos a estar viendo" Y entonces él me respondió: "Sí, yo ya estoy viejo, pero acuérdese que ahí están mis muchachos".

agosto/noviembre de 1981

# Glosario de términos y expresiones

*abra:* camino de tierra angosto en la montaña
*agüevarse:* amilanarse, acobardarse, desmoralizarse
*a güevo:* a la fuerza; por mandato u obligación
*a lo descosido:* sin medida, desenfrenadamente
*al suave:* despacio, pausadamente, con calma
*andar hasta el tronco:* estar muy ebrio
*arpillar:* amontonar con cierto orden
*arrecho:* iracundo, colérico
*aventado:* osado, atrevido
*a verga:* a la fuerza, a como dé lugar
*barata:* vehículo que anuncia por bocina un producto en venta o una invitación a un acto
*bayunco:* grosero, rudo
*bolas:* córdobas (moneda nacional); también significa rumores
*bolo:* borracho, ebrio
*bomba de mecate:* explosivo de fabricación casera
*bordo:* cúspide de una montaña
*búfalo:* excelente, en estado óptimo
*bulpén: bull-pen:* (en béisbol) lugar donde practica el lanzador relevista
*burusca:* astillas y hojarasca para hacer fuego
*cabrón:* malvado, desalmado. También se aplica al que consiente el adulterio de su mujer
*cachimbazo:* balazo; golpe; trago de licor
*cachimbo:* montón
*caerle a alguien:* llegar de improviso a solicitar un favor o hacer una diligencia
*caites:* sandalias campesinas, generalmente de factura casera
*camioneta de tina:* vehículo liviano de carga, con la parte posterior descubierta.
*caramanchel:* construcción frágil e inprovisada; trasto viejo
*cascado:* mellado, con peladuras
*caviloso:* chismoso, que gusta darse cuenta de todo; desconfiado
*cipote:* niño pequeño, chiquillo
*compa, compita:* apócope de compañero

*con el Cristo en la boca:* en zozobra, bajo un constante temor
*correr a alguien de un sitio:* echarlo, expulsarlo
*coto:* manco
*champa:* plástico para protegerse de la lluvia úsandolo a manera de tienda de campaña
*chan:* baqueano, que sirve de guía
*chaparro:* de baja estatura
*chele:* de piel blanca, pelo claro
*chichicaste:* planta cuyo contacto con la piel provoca irritación
*chigüín:* niño pequeño, chiquillo, pilluelo
*chilear:* bromear, contar chistes
*chimón:* (de chimar) escoriación leve provocada por fricción; desollón
*chingo:* pequeño, corto (vestido), cortado. Dícese del animal rabón
*chiva:* (interjección) ojo, cuidado. (Adjetivo) alerta
*chochadas:* trastes, objetos diversos de poco valor; tonterías
*chocho:* interjección que denota admiración asombro
*chompipe:* pavo
*chonela:* úlcera, llaga
*chopeado:* abollado
*chorcha:* llaga, lesión o infección en forma más o menos circular
*chupar el modo de ser de ser de alguien:* imitarlo inconscientemente
*darle vuelta a alguien:* engañarlo, embaucarlo
*de la gran puta:* fig. de los diablos
*de la madre:* a todo dar. Una cena de la madre: una cena rica y abundante
*de romplón:* de improviso, exabruptamente
*descachimbarse:* caerse aparatosamente, desbocarse
*echar (a otro) por delante:* descargar en otro la culpa o responsabilidad de algo
*embarcarse:* comprometerse, involucrarse en una actividad actividad no siempre exitosa
*empatinar:* andar con una idea, hacer participar a otro de una idea o proyecto
*encachimbado:* muy enojado, iracundo. También se utiliza hiperbólicamente (frío encachimbado: mucho frío)
*encachimbarse:* encolerizarse
*encajar:* apodar
*encajarse:* subirse, treparse
*enclochar:* coordinar dos cosas (anglicismo proveniente de clutch, embrague)

*encolochar:* enredar, confundir (viene de colocho, que significa rizo)

*en puta:* mucho. Caminar en puta: caminar mucho
*enturcado:* muy enojado; endiablado. Muy difícil (un problema)
*estar colorado:* quedar en evidencia, encontrarse sin cobertura
*estar hasta el tronco:* estar comprometido, estar en un trance muy difícil; estar borracho
*Estar listo:* encontrarse en una situación sin remedio
*faldear:* caminar por la falda de un cerro
*fila:* cima de una montaña o cerro
*garañón:* caballo padre, semental
*góndola:* fig. contingente de revolucionarios en tránsito clandestino
*gualdrapas:* fig. personas inútiles, degradadas
*guatal:* monte bajo
*guayaba:* fig. boca
*guayabudo:* de labios abultados
*güevón(a):* valiente, audaz; también perezoso, holgazán
*guindo:* barranca, precipicio
*hacerle huevo a algo:* enfrentarlo resuelta y esforzadamente
*hasta el tronco*: completamente lleno (un recipiente)
*jalar:* tener un noviazgo; tirar, halar
*jincar:* punzar, pinchar
*lecheburra:* confites hechos con panela
*macear:* apostar
*macho:* nombre que daban los campesinos a los invasores norteamericanos; mulo
*mantequilla lavada:* mantequilla de fabricación casera
*mecate:* cuerda o cordel de pita
*milloncito, millón:* nombre que da el campesino a una variedad de trigo
*montarse verga con alguien:* batirse con alguien, enfrentársele violentamente
*moto:* huérfano
*murruco:* que tiene el pelo muy rizado
*ni verga*: nada (se emplea con intención enfática)
*ojos de chibolón*: ojos muy resaltados
*oreja*: informador, soplón, espía
*paja*: grifo; hacerse la paja: masturbarse
*palmazón*: carencia temporal de dinero
*pasarse una cosa por los güevos, o huevos*: menospreciarla ostensiblemente
*patada*: fig. hediondez; olfatear repentinamente un olor desagradable
*pata de gallina*: silleta de tres patas

*patango*: de baja estatura
*patero*: bueno a las caminatas
*patín*: estado obsesivo; dar vueltas a una idea
*pelo chuzo*: pelo lacio y duro
*pelota*: fig. grupo de amigos o camaradas
*pijudo:* conveniente, satisfactorio, muy bueno
*piñuelas:* arbusto espinoso que se utiliza para cercar
*piripipí:* onomatopeya de la señal radial usada para llamar la atención de los radioescuchas sobre las últimas noticias
*popsicle:* variedad de helado de tipo casero
*por la verga grande:* muy lejos, remoto o extraviado
*porra:* olla de metal
*posol:* masa de maíz de la que se hace un refresco. No es igual pozole
*puro:* fig. gustar una idea
*puro mate:* meros aspavientos; pura farsa
*putear:* andar con prostitutas. También significa: reprender acremente
*quemado*: fig. que ha sido reconocido en actividades ilegales; también significa tostado por el sol
*quemones:* marihuanos
*raspado:* variedad de helado hecho de hielo raspado y endulzado con miel
*rempujar:* perseverar, llevar adelante una tarea emprendida, introducir algo violentamente
*rielazo:* equivale aproximadamente a golpe. Un rielazo de agua: un fuerte aguacero
*rifarse:* jugarse uno la suerte en una empresa arriesgada
*sacos Macén:* marca de un costal de nylon
*salbeque:* morral, mochila, saco
*socar:* enfrentar valerosamente una situación peligrosa o difícil. Tomar una decisión sumamente difícil. Apretar una cosa
*socolar:* cortar las malezas para despejar un terreno
*tapesco:* cama tosca de madera o de carrizo
*tener cáscara:* ser caradura, desvergonzado, descarado
*tilinte:* rígido, tenso, tensado o estirado al máximo
*trampolinear:* trasladar, remitir a alguien
*triangulación:* práctica militar para afinar la puntería
*tuco, tuquito*: trozo, pedazo, fragmento
*turcazal:* montón
*turcazo:* grandes cantidades; golpe fuerte
*turqueo:* enfrentamiento, combate

*vaho:* comida típica nicaragüense

*vergazo:* grandes cantidades. También significa golpe

*verguear*: vencer, derrotar. También significa azotar, castigar vapulear

Omar Cabezas Lacayo nació en la ciudad de León en el año 1950, es Abogado y Notario Público graduado en la Universidad Autónoma de León; Escritor y Literato, autor de dos obras reconocidas internacionalmente: *La Montaña es Algo más que una Inmensa Estepa Verde*, 1983 y *Canción de Amor para los Hombres*, 1988. El primero, ganador del Premio Internacional "Casa de las Américas", con más de doscientas ediciones en trece idiomas en 26 países de distintos continentes, siendo de los pocos libros de autores nicaragüenses que ha sido traducido al Brayle. Fundador y Presidente Honorario de la Asociación de Padres de Familia con Hijos Discapacitados "Los Pipitos". De 1990 al 2000 fue Legislador como Diputado propietario, como un pilar importante en la creación y modernización de diversas Leyes de gran relevancia en el medio ambiente, agricultura, migración y extranjería entre otras.

El Licenciado Omar Cabezas Lacayo es Procurador para la Defensa de los Derechos Humanos de la República de Nicaragua.




